Campos azules

Julia Soria

ALBA ● CONTEMPORÁNEA

CAMPOS AZULES

JULIA SORIA

ALBA

alba l CONTEMPORÁNEA
Colección dirigida por María Tena

© Julia Soria, 2022

© de esta edición: **ALBA EDITORIAL, s. l. u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es

diseño: Pepe Moll de Alba

Conversión a formato digital: La Letra, S.L.

primera edición: mayo de 2022
isbn digital: 978 84 9065 883 3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Estos días azules y este sol de la infancia.

ANTONIO MACHADO

1

Tomás sigue aferrado al volante con la vista fija en la monótona carretera de Los Monegros. Miro ahora este paisaje despiadado en su pobreza, y es como si lo viera por primera vez. Lo que antes era un páramo ahora reverdece como si volviera a la vida. Los aspersores escupen ráfagas de agua en redondo. Qué habrán sembrado. De dónde sale el agua. No recuerdo ni ríos ni manantiales por estos parajes. Pero la vida surge de algún lado. Como un milagro.

Qué paradoja. Este desierto se alza contra la fatalidad de su destino al mismo tiempo que nosotros nos encaminamos hacia la que había sido nuestra aldea, territorio de infancia, de nuestros antepasados y de nuestra historia, para encontrarla vacía.

Me doy cuenta de que este es el primer viaje que hacemos mi hermano y yo solos, y me entristece pensar que la nuestra no será una estancia placentera como lo fueron aquellas en vida de los abuelos. La niñez quedo muy atrás. Somos adultos y si mamá nos encargó la tarea, por más penosa que nos resulte, se supone que debemos de ser capaces de llevarla a cabo sin problemas.

—¿Por dónde empezaremos? —le pregunto a Tomás.

—Por el principio. —Desvía su mirada de la carretera y me observa con aire socarrón—. Vaciar la casa tampoco tiene tanto misterio. Recogemos lo que queramos conservar y nos despedimos de ella.

—Pues eso. Justo eso es lo que nos va a resultar más difícil. ¿Tú habías oído hablar de vender la casa? No consigo entender que, al primer posible comprador, mamá ni se lo piense. Ella que tanto cariño le tiene.

—Igual crees que lo hace con alegría.

—Con alegría seguro que no. —No digo nada más porque intuyo un leve reproche en las palabras de Tomás, como si yo no alcanzase a percibir que le debe de costar mucho más a ella que a nosotros.

Vuelve a mirar fijamente la carretera mientras yo sigo pensando en la abuela, en sus dichos, en su quehacer, en que fue ella quien me ayudó a venir al mundo y en lo mucho que significa esa casa para mí.

Me quema el aire caliente que entra por la ventana del Golf de Tomás. Este sol no perdona, diría ella. Fue en verano cuando mis

padres vinieron a buscarla para llevársela a vivir con ellos. La veo en ese viaje. Seguramente triste e inquieta y, sin embargo, sin rechistar. Mientras pueda, yo sigo aquí, insistía tozuda ante las constantes invitaciones de mamá para que se uniese al resto de la familia. Después de la muerte del abuelo, de eso hacía ya muchos años, y tras la ida de su hija mayor a Barcelona, se había negado rotundamente a abandonar su casa.

¿Quién se va a ocupar del huerto?, decía, menuda y cada vez más encorvada.

Aprovecho para sacar el cuaderno que me acompaña siempre y busco algo que he escrito hace poco.

«La abuela María no había podido morir en su hogar, ni había podido ser enterrada junto a su marido en el camposanto como ella quería. Se había ido en silencio, sin hacer ruido, sin lamentos. En un paisaje extraño, en el que ni las estrellas brillaban la noche de su muerte.»

No. No es eso lo que quiero escribir. Bueno, sí, porque quiero escribirlo todo. Todo lo que la memoria ha ido filtrando, tal vez embelleciendo, tal vez olvidando. Lo dicho, lo no dicho; lo que se me escondía y lo que no podía esconderse. Me haré preguntas que nadie ya podrá responderme. Estarán presentes las dudas que me habitaban, que me habitan. Cierro la libreta y la guardo de nuevo en el bolso.

El traqueteo del coche me hace temblar. Pienso que sus manos curtidas y callosas debían de temblar igual al dejar las patatas, los pocos garbanzos y las judías verdes, *vainas* las llamaba ella, con las que me alimento la mar de bien, nos mentía.

Entrados ya en la provincia de Soria, Tomás sugiere hacer una parada para comer algo. Es un ritual, no digo nada. Miro a este hombre en que se ha convertido mi hermano y no puedo dejar de recordar los viajes en familia en el Dos Caballos. Papá paraba siempre aquí. El Mesón del Aceite, a pie de carretera, buen pan de hogaza y torreznos que, aunque buenos, ni entonces ni ahora podrían competir con los de la abuela. El mesonero es un poco rancio, la verdad, y no hay modo de hacerle sonreír, pero en este momento casi se agradece su aire adusto. Tampoco nosotros estamos para muchas cháchara. Damos cuenta de nuestros torreznos y de las cervezas sin decir palabra. Ambos envueltos en el mismo manto de tristeza.

Regresamos al coche. Llevamos un buen tramo en silencio cuando le digo:

—¿Te acuerdas de cuando llegó la abuela a Barcelona? Aún hoy sigo preguntándome si fue una buena idea sacarla de su casa.

Tomás aparta su mirada de la carretera solitaria para mirarme, le oigo aspirar hondo, luego dice:

—Claro que me acuerdo. Me daba mucha pena verla tan perdida.

—Sí —me apresuro a responder para no dejar que la nostalgia me gane—. Andaba como desorientada. Toda la vida en el campo y de repente la meten en un lugar donde no ve ni el sol ni el cielo.

Volvemos a callarnos por un instante en el que observo la llanura escaparse hacia el horizonte.

—Recuerdo el primer día que oyó sonar el teléfono. Dio un bote en la silla buscando de dónde venía el ruido. Y cuando oyó a mamá hablar con el oído pegado a aquel aparato negro, la pobre, no entendía nada. La miraba como si se hubiese vuelto loca. —Tomás sonríe al evocarlo.

—¿Y el día de las ovejas en la tele? A mí me vais a contar que en esa caja caben tantas ovejas. Sabré yo lo que ocupan, dijo con el aplomo de quien está segura de lo que dice.

—Pero nunca se quejó. Ni le echó en cara a mamá que la hubiese sacado de su casa.

—Una sola vez la oí murmurar en voz baja, como si hablase con ella misma, Por qué no me habrán dejado morir allí, en mi casa. ¿Qué podía decir yo a eso? Callé y salí corriendo de la habitación antes de que me viese llorar.

Desde que murió, la vida es otra vida.

Pienso en el farol de la ventana, guía del caminante, y estoy por decirle a mi hermano ¿Te acuerdas del farol?, pero el silencio se impone.

Vuelvo a mis notas en este cuaderno de tapas rojas. ¿Por qué se me ocurriría ese color entre los muchos que me ofrecía la estantería? No será por pasión, porque de apasionada no tengo nada, o sí, depende. Tal vez como un aviso para ojos ajenos: «Terreno vedado». A saber. Lo abro al azar, y leo mientras Tomás sigue atento a la carretera: «Me pregunto si la abuela fue feliz sus últimos años en Barcelona. Pregunta estúpida donde las haya porque ella no debía ni tan siquiera saber qué quería decir eso. Feliz o no, vivió plenamente la vida que le tocó vivir. O lo que es lo mismo, habitó el espacio en el mundo que le vino asignado al nacer, sin quejas ni lamentos. ¿Resignada? No, tampoco debió de planteárselo en esos términos. De un modo sencillo y natural, aceptó su condición de madre de familia, labriega, pobre, analfabeta y con esas herramientas, en un páramo tan duro como aquel, hizo de su quehacer su vida, sin espacio para las dudas. Cuántas y cuántas veces me habré dicho que fue una pena no haber tenido la ocasión de pasar más tiempo con ella. De no haber podido impregnarme de su saber, de su sensatez, de su paciencia. Pero no. Yo tenía prisa. No me conformaba. No me dejaba ahormar. No podía hacer como los demás. Ni seguir en esa noria triste y herrumbrosa que me había tocado vivir.

No era ambiciosa, pero tenía muy claro lo que no quería para mí. No podía respirar en aquella atmósfera densa de caudillajes varios, en aquel país que olía a gomina y a incienso rancio, en el que había tantos mandamientos que observar que lo difícil era no vivir pecando. Así que emprendí vuelo en cuanto tuve alas con las que alzarme. Y me fui. En busca de una libertad a la que no sabía poner rostro».

Me detengo en la palabra libertad y me dirijo a mi hermano:

—¿Recuerdas cuando les presenté a Émile? El numerito que se montó.

—Cómo no voy a acordarme. Mamá lloraba mientras papá repetía: Pero cómo te vas a ir a París con alguien a quien acabas de conocer; esta hija mía se ha vuelto loca. La cosa se ponía fea, así que me fui a dormir.

—¿Cuántos años tenías? ¿Dieciséis? El pobre Émile con el roscón de Reyes y la botella de vino blanco que había traído, no entendía nada y se sentía culpable de todo.

—Pobre hombre. Menuda encerrona. Y pobres viejos, lo que menos podían esperarse es que te largases de casa en esas condiciones.

—Sí, claro. Ahora me doy cuenta de que les era imposible entenderlo. Pero aún era más impensable para la abuela y, sin embargo, fue la única que se atrevió a abrir la boca.

—¿Qué dijo? —Estaba segura de que habría oído la versión un montón de veces. Me seguía el juego cariñosamente.

—Serena como siempre, se enfrentó a mamá y le soltó: Hija, no sé dónde está París, pero igual tan lejos de aquí como el pueblo. Cuando tú me anunciaste que te ibas con la niña y con tu marido a Barcelona, te dejé partir. Era tu vida. Ahora es la suya. Tiene que hacerla a su manera. —Nunca me olvidaré de la cara que puso mamá.

—¿Y papá qué respondió?

—Lo único que se le ocurrió: Abuela, creo que este vino francés se le ha subido a la cabeza.

—Y ella, con su dignidad a cuestas y la corona del roscón prendida en el cabello, dio las buenas noches y se fue a la habitación que compartíamos.

Nos reímos. Mi hermano sigue atento a las curvas de los últimos kilómetros.

Vuelvo de nuevo a mi cuaderno y leo: «Mientras estuvo sola en su casa, María se deshizo también de la yunta de bueyes porque ya no le eran necesarios para la trilla. Demasiado mayor para trabajar las fincas, no había tenido más remedio que arrendarlas a un tercero. En vez de pagarle la renta con dinero, el hombre le pagaba con grano. La imagino aceptando los sacos. Racionándolos. Haciendo el pan, alimentando a sus gallinas y comprando a Nemesio cuando pasaba con

su carro las cuatro cosas que necesitaba: arroz, azúcar y aguardiente para las visitas, mientras los surcos de su cara se hacían cada vez más profundos».

No, no debería haberlo escrito. Me faltan palabras para abarcar su sufrimiento ante la pérdida de su casa, de sus campos, de sus animales, de su razón de vida.

Cierro los ojos. Así veo mejor los suyos, tan azules, a través de los que yo había descubierto el mundo.

2

El coche pena por subir la cuesta del camino de La Vega tanto como yo peno por respirar. A la vista del campanario de la iglesia y de los primeros tejados de las casas, se me encoge el corazón. Cómo voy a enfrentarme a la realidad del pueblo vacío, a las chimeneas sin humo, a la ausencia de María en el corral. No lo sé. Por eso pretendo ir poco a poco. Mamá nos ha encomendado la tarea de vaciar la casa y darle una mano de pintura para un comprador de Zaragoza que quiere verla cuanto antes.

Me giro hacia mi hermano y casi susurrando le pido que pare en medio de las eras. Me devuelve la mirada y doy por sentado que nos entendemos sin palabras. Frena y salimos los dos del coche a observar desde allí el paisaje sin límites, el horizonte inabarcable, lo minúsculos que somos ante la vastedad de lo que abarcan nuestros ojos. La era, escenario de tantos y tantos momentos buenos en mi niñez y en mi adolescencia, ha dejado de ser el terreno limpio en el que se alzaban las hacinas de mies hasta la trilla, el aventado y la recogida. Convertida ahora en un terreno salvaje por el que no transitan ni animales ni personas, la primavera ha campado a sus anchas y la ha llenado de esas florecillas amarillas que más tarde se convertirán en algo delicado y etéreo que volará tras el soplo infantil y el deseo pensado pero no dicho. Cardos de los de flor con sus pelillos de color lila, cardos de los que simplemente pinchan, malas hierbas y espinos. Podría parecerme bello este páramo puro librado a sí mismo, si mis ojos no lo hubiesen visto siempre antes duramente trabajado por generaciones y generaciones hasta conseguir dominarlo.

Tantas y tantas vueltas como he dado en la vida buscando sin parar aquello que no tenía, queriendo a toda costa ampliar los limitados contornos en los que me movía y ahora aquí estoy, en los orígenes; mujer madura, sin trabajo y sin pareja estable frente a este horizonte nítido que siempre ha estado aquí, sin trampantojos.

—Respira hondo —le digo a Tomás, al tiempo que también yo intento ensanchar mis pulmones—. Mucho me temo que el aire es lo único que permanece igual.

—Hay que ver cómo eres. Mira el paisaje. Ahí lo tienes, como

siempre. —Y tiene razón. Allí siguen la Sierra de Cebollera por un lado, los oscuros carrascales por el otro, la Virgen de Inodejo allá en la cima y, tras los ariscos pedregales, los tejados de Las Fraguas.

Me doy cuenta de que su vista se dirige al lustroso horizonte. La mía se ha detenido en los campos desde siempre heridos por arados y caballerías. Y no, no son los mismos. Las cicatrices son otras. Los rastrojos de la hoja en barbecho muestran un abandono momentáneo y altivo a la vez, allí donde las enormes ruedas de los tractores no han podido doblar su gallardía. Saben que solo tienen que esperar. Que la próxima vez será su turno de jugar a la belleza que ostentan en estos momentos las tierras cultivadas cuyo verde ondular picoteado por el fuego rojo de las amapolas es una verdadera fiesta. Ahora ya nadie las recogerá como hacía yo, maravillada por su ardor fatuo y efímero. Ya no hay huellas de surcos ni tampoco gavillas en los sufridos labrantíos. Por lo demás, Tomás tiene razón. El firmamento y las cumbres parecen inamovibles. Se trata solo de elevar la mirada. Allí, fiel a su cita, el atardecer se anuncia tan esplendoroso como sigue en mi recuerdo. Mi hora preferida del día.

A la que entraba un coche en el pueblo, como si estuviesen al acecho de la llegada de posibles intrusos, aparecían también los vecinos más cercanos. Hoy no hay nadie husmeando desde el corral de las casas ni hay vida en ellas, ni perros que ladren, ni nadie que salga a recibirnos cuando entra nuestro coche. Estamos solos. En nuestra aldea, habitada por fantasmas. Testigos mudos de nuestra inesperada y tal vez inoportuna visita. Hay algo sobrecogedor en esta ausencia física, en estas casas cerradas con los portales protegidos por chapas de hierro para que la lluvia y la nieve no azoten en exceso las puertas de madera.

Damos una vuelta por las dos únicas calles: la que lleva a la plaza del olmo y a la iglesia, y la de la escuela, que desemboca en el lugar en el que reinan, monumentos prestigiosos, la nueva fuente y los lavaderos. La fuente de la poza sigue allí abajo, en el plantío, medio abandonada también. Ni voces de chiquillos alrededor, ni oídos para captar el rumor del follaje de los chopos, ni el chapoteo del agua del lavadero cuando las mujeres lanzaban las gruesas sábanas de lienzo para aclararlas.

Algunos tejados empiezan a desmoronarse, otros lo han hecho ya llevándose por delante la mitad de las fachadas. Los corrales se han llenado de zarzales, escaramujos y hierbajos de todo tipo, guardianes mudos y espinosos de los hogares sin vida. Las zarzas visten su ropaje rojo pasión, aunque pasión contenida porque no se dejan tocar. No es el momento, parecen decirnos. La fuente deja salir un chorro tímido de agua, al que no dudo un segundo en amorrarme. Fresca como siempre, capaz de despertar a los muertos. Del agua de la fuente se

alimentan los dos lavaderos, que presentan idéntico aspecto de abandono. En el fondo de los pilones se han formado unas telillas verdes parecidas a las algas. Agito el agua con las manos y, como en un cuento, estas telarañas húmedas salen de su quietud forzada y recobran vida. Cierro los ojos unos segundos y me veo, veranos atrás, lavando la ropa con mamá. De pie, al sol, ella en una parte frotando y dándole al jabón; yo, en la otra, aclarando y con el ojo puesto en las benditas telarañas que podían acabar enganchándose a la ropa. Hasta eso era un placer en verano. También un lugar de reunión para las mujeres, confesándose sus cuitas, sin curas ni penitencias.

Retardamos a conciencia el encuentro con la casa familiar. El corral, como lo demás, ha sido invadido por cardos y malas hierbas que, en su crecimiento desvergonzado y libre, han formado una barrera intimidante hasta la puerta. Miedosa como siempre, dejo a Tomás adentrarse primero. Yo le sigo, intentando poner el pie en la huella del suyo. Nos llama la atención que haya desaparecido la gran plancha de metal que papá había dejado para proteger el portón de madera. Ni plancha ni piedras que la sujeten.

—Qué raro, ¿no? —digo en voz alta para ahuyentar mi temor. ¿Quién demonios ha podido sacarla si no queda alma viva?

—Vete a saber. —El tono de Tomás indica también desconfianza.

Saca la llave herrumbrosa del bolsillo y se dispone a abrir. Como todos los años desde que la casa está deshabitada, nos recibe una selva de telarañas, estas de verdad. Una red tan delicada y densa que apenas podemos pasar sin destrozarla. En el portal, cagadas de pájaros y de ratón. También eso es lo habitual. Abro de par en par la ventana de la sala y, al entrar la luz, no puedo reprimir el grito que sale de mis entrañas.

—¿De qué tamaño es el bicho? —dice Tomás con ironía desde el portal.

—Ven y verás —digo sin moverme.

La mesa de la sala, o mejor dicho, la única mesa de la casa, ha desaparecido. En su lugar, en el centro del espacio, vestigios de ceniza. Las paredes ennegrecidas y las cortinas de las alcobas que huelen a ahumado me dicen que alguien ha ocupado el lugar y prendido fuego con la madera carcomida de la mesa. Una barbaridad que me deja sin habla.

—Putos salvajes, se han despachado a gusto —suelta mi hermano nada más cruzar el umbral de la sala.

—¿A quién se le puede ocurrir algo así? Hay que ser muy miserable para venir a robar a una casa de campesinos pobres y además encender una fogata en la pieza principal. Menos mal que la abuela no lo ha visto.

Me invade un sentimiento de rabia y odio tan grande que hubiera deseado tener a los sinvergüenzas causantes del desastre delante para escupírselo en la cara. Como no los tengo, suelto Hijoputas, cabrones, la madre que los parió a pleno pulmón. Inútil pero terapéutica, la expresión de la rabia no me permite venirme abajo.

Les ha debido sobrar tiempo para hacer lo que les ha venido en gana. Todo ha sido inspeccionado de forma minuciosa. Todo violentado. Las dos arcas de madera, vaciadas de mala manera. La más grande, la de las mantas y ropa de cama, tiene incluso un hachazo en la tapa, pero aun sangrante sigue allí. Las toscas mantas de lana tejidas por la abuela han desaparecido. Las sábanas, de lienzo, en su mayoría apedazadas, ahí están hechas un ovillo. Del arca pequeña solo falta el magnífico mantón bordado, regalo de la señora de Vinuesa, para la que la abuela había trabajado de joven.

La sangre me arde aún más al entrar en la cocina. Allí tan solo permanecen intactos los nidos que las golondrinas suelen hacer en el cono de la chimenea cuando regresan en primavera. Voy directa al vasar, al mismo al que no conseguía llegar cuando era pequeña, en busca de la cazuelita de barro donde el abuelo acostumbraba a dejarme las cortezas de los torreznos. Nada. Qué hará un ladrón con un recipiente minúsculo de barro, me pregunto. Ni la caldera de cobre que colgaba siempre de la cadena del hogar, ni las trébedes de hierro, ni la artesa del pan donde amasábamos la abuela y yo, ni la sartén con patas en la que solía hacerme las torrijas. Han invadido algo más que una casa. Todos esos objetos cotidianos habían tenido una vida propia, útil e intensa; una vida de la que de repente me siento desposeída.

En el casillo, el panorama es similar. En su rincón de siempre, la pila de leña para el hogar. En el resto, el caos. Busco con la mirada el trillo en el que tantas veces me había sentado dando vueltas y más vueltas a la parva, y no lo veo en su lugar habitual. No hay azadas, ni horcas, ni bieldo, ni el yugo de los bueyes. Tampoco las angueras en que me hacía transportar cuando volvían vacías del pajar a la era. Nada. Saliendo del casillo, Tomás me indica con un gesto el tejado de la casa, en el que se ve un buen boquete sin teja alguna. Habrá que subir también a la cámara para ver cuánto ha llovido dentro.

Siento una rabia inmensa y al mismo tiempo algo parecido a la compasión. Pobres tipos, me digo, igual pensaban que llevándose sus cosas podrían borrar las huellas de los abuelos. Poco saben que la estela dejada por ellos en esta casa es tan difícil de eliminar como inasible es para un extraño su presencia.

—¿Cuándo dijo mamá que venía ese buen hombre a visitar la casa? Como la vea así, seguro que no compra.

—Y yo le aplaudiría. —Directo de las entrañas a la boca.

—Hay que ver cómo eres —dice Tomás con una sonrisa cómplice.

—Seguro que mamá también lo haría. Pero los dos sabemos que le puede su lado práctico. Con lo que saquen de la venta pondrán la calefacción en aquella nevera de piso en la que le ha tocado vivir.

—¿Y no te parece un buen motivo?

—No. Me llena de impotencia pensar que para solucionar un problema tenemos que privarnos de algo tan querido. Yo preferiría conservarla como nido familiar.

—No le des más vueltas. —Su sentido común al servicio de la soñadora impenitente—. Seamos prácticos. Esta noche llamamos a casa, les contamos lo que hay y que mamá llame al comprador para que atrase su visita.

Sugiero ir a dar un paseo hasta el monte, con la perspectiva de encontrar allí un paraje de rostro conocido y amable. El atardecer es una buena hora porque a la ida vamos hacia poniente y la luz que se filtra entre encinas y chaparras es mágica. A la altura de las primeras tainas me acerco lentamente a aquella a la que había ido más de una vez con la pandilla del pueblo cuando ya nadie la usaba como abrigo para las ovejas. Los muros de piedra seca siguen en pie, pero el tejado se ha venido abajo. La observo en silencio y me sumerjo en imágenes lejanas perturbadoras que a la adulta que soy aún le provocan cierto desasosiego.

Está cayendo la noche cuando regresamos al pueblo. A medida que nos acercamos, veo un tímido resplandor en lo alto de la casa y hago los últimos metros con la vista puesta en él. El farol guía de la abuela sigue donde siempre, indicando el camino a quien quiera que regrese en una noche oscura. Me reconforta saber que siempre estará ahí, con su llama indeleble, faro constante en mi vida.

En un gesto rutinario volvemos a cerrar puertas y ventanas de la casa, como si aún hubiese algo que preservar. Y sin embargo, después de apagar las luces, salimos al exterior como queriendo borrar el rastro clandestino que en ella hemos dejado. Como si de nuestra visita no hubiese que dejar constancia. Como si el deseo de darle una segunda vida al refugio familiar fuese suficiente para conseguirlo.

3

Luce una mañana primaveral magnífica. El aire es fresco. El cielo lo abarca todo, incluso tiñe de azulón los sembrados reverdecidos que se cimbrean al viento. Es un azul que duele.

Vamos a La Cuenca, en busca de Valeriano, el albañil del que nos ha hablado mamá al teléfono, después de haberle contado lo de la casa. Ha lamentado lo que ha ocurrido pero, como no podía dejar de ser, ha primado su lado práctico. Sentimentalismos, los mínimos: Hijos, eso solo lo podéis resolver vosotros. Hablad con Valeriano y haced lo que sea necesario para que la casa no se venga abajo. Yo llamaré al señor de Zaragoza para retrasar la visita.

Ayer noche decidimos hospedarnos en el lugar más cercano, en una antigua venta convertida en un hostal restaurante de carretera. Esta mañana, después de un desayuno más bien frugal, he pedido que nos preparasen unos bocadillos en previsión de la jornada larga que nos espera, dispuestos a convertirnos por unos días en mano de obra: pintores, retejadores o lo que haga falta.

Por suerte, gracias al calendario, Tomás puede disponer de la Semana Santa entera. Por mi parte, libre de ataduras y sin trabajo por primera vez en la vida, no tengo que dar explicaciones a nadie para permanecer aquí el tiempo que sea necesario. Eso nos tranquiliza.

En estos días de iglesias y procesiones debería de sernos más fácil encontrar a Valeriano en casa. El pueblo es algo más grande que el nuestro y todavía permanecen en él cuatro o cinco familias. Siguiendo las indicaciones de mamá, no nos resulta difícil dar con la que resulta ser la mejor casa de la población. De algo tiene que servirle ser albañil, pienso. Barriendo el portal, encontramos a su mujer, quien, sin dejar la escoba, nos dice que el marido debe de estar jugando al frontón con unos vecinos. Allí nos vamos y como están peloteando, nos quedamos a un lado para no estorbar. Pero nuestra presencia debe de llamar la atención porque enseguida paran el juego.

Nos presentamos, decimos buscar a Valeriano y hacia nosotros viene él, un hombre cincuentón, fornido y curtido por el sol. Nos tiende su mano callosa y nos da un rotundo apretón.

—Claro que conozco a vuestros padres. Y a vuestra abuela María

también. De vosotros no me acuerdo. ¿Habéis venido a pasar estos días al pueblo?

Le resumimos lo ocurrido y le preguntamos si está disponible para echarnos una mano con el tejado y la pintura.

—Si queréis, vamos ahora un momento y veo si puedo o no. ¿Hasta cuándo estaréis por aquí?

—Unos ocho días —responde Tomás mientras nos acercamos los tres al coche. Apenas tres kilómetros separan un pueblo del otro y no nos costará nada devolver a Valeriano a su casa después de la visita.

Después de ver los daños del tejado y de la sala, dice poder empezar al día siguiente. Que busquemos a ver si la abuela tiene guardadas algunas tejas de recambio. El resto del material lo traerá él.

Cuando estamos de nuevo solos, me doy cuenta de que la ausencia de vida es tan absoluta que el silencio atruena. Esta ha sido siempre una tierra de silencios apenas quebrados por el sonido de arados rompiendo los surcos, de cencerros alegres en su caminar, de cantos de golondrinas, atolondradas por la primavera. Ahora no. Ahora ni la quietud tiene alma donde posarse. La paz de antaño con sus ruidos cotidianos, la siento hoy como una losa carente de sentido. Paz sin sosiego. Siento la melancolía apoderarse de mí y me rebelo ante ella. No ahora. No así.

Sigo encallada en mis pensamientos mientras Tomás se está cambiando de ropa en el portal. Se enfunda un pantalón de chándal y una sudadera, dispuesto para la tarea. Me mira y creo que no le gusta la cara mohína que debo de tener. Se acerca a mí, me pone una mano en el hombro y con un guiño pícaro me dice que lo primero que va a hacer es segar las malas hierbas del corral para que pueda moverme sin miedos. No necesita decir nada más. El niño al que solía proteger es ahora el hombre que me sostiene. Sé que no estoy sola y no puedo seguir ensimismada. Le agradezco el gesto con una sonrisa y le digo que voy a ocuparme de las dos arcas para separar lo que pueda ser recuperado.

Dentro de casa hace más frío que fuera, pero enseguida veo un mantón viejo de la abuela y me lo pongo en los hombros. Aún tiene el alfiler con el que ella lo prendía. Yo hago lo propio. Su calor me recompone.

Mientras hurgo en el arca del hachazo me sumerjo en el agua de los recuerdos. De ahí sale ropa de todos nosotros. El viejo uniforme de Correos que papá se ponía para faldegar, sayas y refajos de la abuela, prendas de punto raídas por el tiempo y los ratones, una falda mía de cuando era niña, pantalones cortos de Tomás y hasta una chaqueta de su uniforme de soldado. Viejos pijamas, camisones blancos que amarillean y huelen a alcanfor. Retales de nuestras vidas pasadas que me devuelven retazos de la niñez y la adolescencia.

Vengo de aquí, pienso, soy hija de esta tierra áspera y pobre. Todo desprende una nobleza de la que me siento parte.

Oigo a Tomás zarceando en el corral y me asomo para ver cómo avanza su trabajo. Verlo pelearse con cardos y malas hierbas con la hoz en la mano me hace sonreír. Cuando éramos pequeños, no nos dejaban tocarla. Ahora es todo un hombre de ciudad, emulando a sus antepasados. No se te da mal, le digo en tono guasón, los abuelos estarían orgullosos de ti. Me acerco después a la antigua cuadra, despensa improvisada en los últimos tiempos, y cojo un par de cervezas de las que he comprado esta mañana en La Venta. Le tiendo una como invitación implícita a un descanso.

Nos sentamos en el poyo del corral como tantas y tantas veces, pero a diferencia de las demás, estamos los dos solos, adultos ambos y codo con codo. La sintonía es perfecta, el cariño recíproco, y la mayoría de los recuerdos, compartidos. Los dos tenemos una querencia especial por este lugar y es posible que los sentimientos que nos provoca esta insólita situación sean los mismos. Quizás la única diferencia entre los dos sea que Tomás es mucho más reservado que yo. Absolutamente transparente en su bonhomía y a la vez cauteloso en sus silencios. En cambio, yo distribuyo sin pudor mis filias y mis fobias entre las personas que amo.

—Me estaba acordando ahora de la primera vez que vinimos juntos a esta casa —digo de repente—. Sentí que tu presencia me hacía perder protagonismo.

—No me digas que competías conmigo.

—Algo así. Tenía miedo de que me robases el cariño de la abuela.

—Vaya, que estabas celosa.

—Sí. La abuela había sido mía primero y ese día me dije: Va listo si piensa que me va a pasar por delante.

—Ja, ja, ja. ¿Y cuánto tardaste en darte cuenta de que no era así? —Parecía divertirse con mi confesión.

—No mucho, pero, por si acaso, yo la seguía a todas partes. No sabía los trucos que podías esconder bajo aquellos ricitos de querubín.

—¿En serio? Pero si siempre fuiste la niña de sus ojos.

Me mira sonriente y un tanto incrédulo. Da un sorbo a su cerveza, enciende un pitillo, me lo ofrece y saca otro de la cajetilla para él.

—No paro de decirme que esta tierra dura hizo de los nuestros gente ruda y poco demostrativa, pero también íntegra y resistente. Con esos mimbres nos moldearon y aquí estamos ahora.

—No les salimos del todo mal. ¿O sí?

—¿A ti qué te parece?

—Eso habría que preguntárselo a los viejos —remata él.

Tras la pausa, volvemos ambos a nuestras respectivas tareas.

Regreso a la sala y me ataco a la segunda arca. El sol entra por la ventana que decido abrir de par en par porque la temperatura de fuera es más agradable que la interior. Buceo literalmente en el arcón entre ropa de cama, mantas y mantones ajados, talegos de lienzo, incluso uno con lana limpia para rellenar los colchones hasta que, de repente, en el fondo topo con lo que supongo es el archivo de la familia. Viejas carpetas de cartón con elásticos que ya han perdido su función y que presentan señales evidentes de haber sido en algún momento pasto de ratones. Todo ello debidamente atado con una cuerda de cáñamo. Para qué la cuerda, pienso, si de aquí no se movían. Se me ocurre que la cuerda hace las veces de contenedor, como una manera de decir *Ojo, todo va junto*. La curiosidad me desborda y extraigo el fardo con respeto y devoción, como si estuviese invadiendo un espacio prohibido. Como ya no hay mesa, cierro la tapa del arca, me siento en ella y abro el paquete con mucho cuidado. Lo primero que aparece a mi vista es un documento escrito a mano, en plumilla, que encabeza con estas palabras: *Memoria de los bienes muebles y semovientes que Tomás Duruelo pone en el día que contrajo matrimonio con María de la Cruz Nafría*. O sea, mis abuelos. Se me saltan las lágrimas al empezar la lectura:

- Diez y ocho fanegas de trigo a 18 pts. fanega 324
- Seis fanegas de avena a 10 pts. fanega 60
- Tres fanegas de yeros a 17 pts. fanega 51
- Cuatro celemines de garbanzos a 2,50 pts. celemín 10
- Cinco celemines de alubias a 2 pts. celemín 10
- Tres medias de salvado a 2,50 pts. 7,50
- Ciento treinta y cuatro arrobas de patatas a 2 pts. arroba 268
- Una baca de cuatro años que vale 400
- Un pollino de cuatro años tasado en 200
- Nueve gallinas y un gallo que vale 20
- De lo que de matanza le corresponde 200
- Una armadura de cama que vale 4

Saco el cuaderno de mi bolso y escribo la única verdad de la que estoy segura: «Me conmueve pensar que mi verdadera identidad está ahí. De esos garbanzos, de ese salvado y de ese trigo provengo. De la sencillez de una vida difícil y del esfuerzo de unas personas que labraron algo más profundo que los surcos de la tierra. Esta tierra, escenario de sacrificios continuos y del trabajo duro de muchas generaciones. Mi tierra, alimento de todos ellos, de todos nosotros. La misma tierra de la que tuvieron que huir mis padres en busca de una vida mejor para sus hijos, pero de la que nunca hemos desertado».

4

El cuaderno me resulta tan indispensable que ya no entra y sale del bolso. Está siempre a la vista. Lo cojo y garabateo: «Ya no entra la lluvia en casa; tampoco las estrellas».

Valeriano acabó de retejar ayer por la tarde. Esto ya está, dijo mientras recogía sus bártulos, pero lo mío ha sido solo un remiendo. El tejado está muy mal y estas casas, si no se viven, se vienen abajo. No tardará en daros problemas.

Tras las palabras de Valeriano, Tomás y yo nos miramos con preocupación. Retejar de nuevo es una obra mayor y no estamos preparados para ella. No tiene mucho sentido llevarla a cabo si hay un comprador a la vista. Que lo haga él, me digo. Pero, por otro lado, mamá había sido muy precisa con su «Haced lo que sea necesario para que la casa no se venga abajo», cuando hablamos ayer con ella. Por de pronto, hemos decidido quedarnos a dormir aquí los días que faltan, tras librarnos de las telarañas y adecentar la sala lo suficiente como para poder ocupar las dos alcobas. ¿Cuántos años hace que no veníamos? Mi hermano no sé. Yo, una eternidad. Sé que durante la última etapa de la abuela en Barcelona, mamá ya no se atrevía a hacer el viaje con ella y a mí, cuando venía de vacaciones con Émile, no me atraía venir a una casa vacía.

Retiro los plásticos que poníamos al final de los veranos sobre los colchones, en previsión de goteras, y me pongo a hacer las camas con las sábanas y un par de mantas raídas que apestan a naftalina, rescatadas de las arcas. Sin necesidad de decírnoslo, los dos estábamos deseando ocupar este espacio, quién sabe si por última vez.

El sol nos ha dado la espalda esta mañana y el cielo encapotado no me permite adivinar si lloverá o no, una duda que la abuela resolvería en un santiamén. Dentro de casa hace frío. Tomás sugiere encender fuego en la chimenea y va a buscar leña al casillo. Te gustaría que comiésemos aquí, le pregunto por preguntar, porque de sobras sé que sí; tanto como a mí. Qué tal si me acerco a Abejar a comprar algo y hacemos aunque solo sea unos huevos fritos con patatas. Me dice que sí con la mirada y una sonrisa. Es como si los dos quisiéramos apurar las horas en la casa.

—¿Tú llegaste a venir alguna vez aquí con Émile? —pregunta mientras dejo las compras encima del banco de la cocina.

—Sí, claro. Quería saber dónde había nacido y vinimos un par de veces desde París. Aún recuerdo la cara que puso la primera mañana que pasó aquí, cuando iba a vaciar el orinal en los casares, y se encontró con que mamá ya lo había incluso lavado.

—Me imagino. Debió de morirse de vergüenza —dice mientras esparce los troncos en el hogar para conseguir las brasas que necesitamos para las sartenes.

—De vergüenza y de agradecimiento. Creo que dijo algo como «La hospitalidad de la gente humilde no tiene precio». La familiaridad con que mamá lo había tratado lo desconcertó.

—Y eso que él también era una persona sencilla —agregó Tomás, confirmando el afecto que siempre sintió por él—. Y tú ¿qué dijiste?

—Qué le iba a decir. Que en casa eso era lo normal y que mamá quería que se sintiese a gusto a pesar de la falta de comodidades. La pena es que no pudimos venir mucho más. Sin la abuela ya no tenía sentido.

Tomás sigue pendiente del fuego y dispersa los troncos para hacer ascuas.

—Estuve muchos años sin venir. Cuando veníamos a España, las vacaciones eran como maratones entre la familia y los amigos de un lado y otro de los Pirineos. Un sin parar.

Vuelvo atrás en mis anotaciones: «El pasado vuelve a ráfagas y la memoria es, cuando menos, caprichosa. De repente, me viene la imagen de mamá con una bata de flores que se ponía en verano, guisando en la cocina de butano. La vieja cocina de Pueblo Nuevo que debió de llegar aquí hará unos años, como todas las cosas que ya no se usaban en Barcelona. No tengo que agacharme tanto y me duele menos la espalda, así justificaba ella el abandono de una costumbre de toda la vida. En la leña y las ascuas solo siguió haciendo la carne y las patatas».

En cambio, a mí, con mis cincuenta bien cumplidos, ni se me ocurre mirar si hay butano en la bombona. Quiero sentir el calor del fuego en las mejillas e impregnarme del olor ahumado de la abuela. Sentirme del mundo al que pertenezco.

Las sartenes deben de estar en el horno. La abuela solía dejarlas allí cuando no se usaba para cocer. Abro la portezuela y, en efecto, ahí están. Las trébedes han desaparecido y no tengo ni idea de cómo voy a hacer para no poner las sartenes directamente en las brasas. Me las apaño para confeccionar un rudimentario soporte con algunas de las tejas rotas. Anda tu tía, si hasta parece que hayas estado toda la vida en el campo, oigo decir a Tomás, tan sorprendido como yo de la

pericia con la que he salido del apuro.

Su comentario me hace sonreír. Me he ganado a pulso la reputación de ser más urbanita que campestre, así que no tengo nada que objetar. Herencia genética, tal vez, replico con igual tono socarrón.

Nos sentamos los dos frente a la pequeña mesita que, a pesar de renqueante, cumple su función. No necesito gran cosa más. Lo esencial es más que suficiente: la compañía de mi hermano, estas paredes cargadas de historias, las llamas del fuego —cuánto tiempo hará que no se enciende este hogar— y una comida improvisada. Emociones tan viejas como sencillas, que salen a flote incluso en situaciones paradójicas como esta. Tomás y yo aquí, solos en casa de la abuela, ahora vacía y violentada, en la casa que me vio nacer, en la aldea en la que no queda alma viva.

Tomás se calla. Qué estará pensando. Tal vez en su trabajo, en el que no se encuentra muy a gusto, o tal vez en el futuro de sus hijas, en plena adolescencia. No me atrevo a preguntarle. Ambos tenemos la vista puesta en el crepitar de las llamas. Se me ocurre pensar que el humo que salga por la chimenea del tejado será la única señal de vida para los duendes que pueblan la aldea. Tal vez así nos reconozcan como miembros de su tribu.

—Me cuesta creer que esta casa vaya a ser ocupada por extraños —digo, al fin, mientras él atiza una brasa incandescente a punto de apagarse.

—Venga ya, no te tortures más con eso. Será lo que tenga que ser.

—Sí, hombre, y ya puestos, hagamos un brindis por el bendito destino que decide nuestras vidas —le suelto, no sin cierta acritud, mientras extiendo mi vaso de vino hacia el suyo.

—Bueno, tampoco te pases. —La seriedad de su mirada me dice que no está enfadado, aunque sí molesto—. No eres la única a quien le duele desprenderse de todo esto.

—Tienes razón. Perdona. Soy muy bruta. Me pueden los impulsos. —Disimulo mi evidente falta de tacto poniendo la sartén para los huevos encima de las tejas, ya que las patatas empiezan a dorar.

—Y a mí, la sorpresa. Cosmopolita y nómada… —dice mientras coge una patata y la reboza en la yema que aún no ha salido de la sartén—… pero estos huevos te han quedado de fábula. —Me mira burlón, pero sus palabras son cariñosas, lo que alivia mi sensación de haber metido la pata.

—Ja, ja, ja. Soy camaleónica. Ya me lo decían mis amigos.

—¿Qué decían?

—Que en vez de una, soy dos por el mismo precio. —Me río porque de nuevo siento la complicidad entre los dos.

—¿Cómo?

Gilberto y Zedu siempre me decían que convivían en mí dos personas, la castellana austera y la que había ido construyéndose entre la ternura y la música brasileñas. Sin embargo, solo digo:

—Tawkif me pintó con dos caras, la melancólica y la risueña. ¿Te acuerdas?

—Es verdad. Lo tenías en el salón de tu casa. ¿En cuál te reconoces? —pregunta mientras se lleva el vaso a la boca.

—En ambas. La eterna dualidad: realista y soñadora, sensata pero informal, seria y de risa fácil al mismo tiempo. Aunque a veces me pregunto cuál es en verdad la auténtica. ¿Tú qué crees?

—Las dos… —Imposible adivinar si lo dice en serio o le divierte la conversación—… auténticamente inaguantables. —Su risa franca acaba por contagiarme y nos reímos los dos tan a gusto.

—Pero aquí, soy la nieta de María y de Tomás, y la hija de Amelia. Eso es lo que soy.

—Amén —remata él.

Lo observo manejarse con la leña y pienso en algo que he escrito. Lo busco en la libreta: «Miro la foto y me pregunto quién pudo haberla tomado. En casa en aquella época no se había visto ni por asomo una cámara. Tomás y yo subidos en la burra. Él debía de tener tres o cuatro años y yo diez u once. Parecemos unos gitanillos, tostados por el sol, sonrientes y felices, como si fuésemos a ir de romería, cuando seguro que solo íbamos a llevar a Petro a beber agua al pilón. Verdad y ternura».

Ahora el crío de los ricitos es un hombre maduro, casado y con dos hijas preciosas, objeto de bromas entre los dos porque yo suelo decirle que las niñas son también un poco mías. Él se ríe cuando suelto semejante ocurrencia, dando por sentado que, como no tengo hijos, por algún lado tiene que salirme ese instinto maternal al que no he dado espacio en mi vida.

Hubo un tiempo en que lo natural, decían todos, era que un día llegásemos de París anunciando la buena nueva. A mí en aquellos momentos ni se me pasaba por la cabeza tener hijos. Demasiado joven, demasiado aire por respirar. La familia no hacía más que preguntar y lanzar indirectas, incluso directas, y cómo les dices a tu madre y a tu abuela que eso de los hijos solo es cosa de dos. Así que lo único que se me ocurrió decirles un día fue que serían las primeras en enterarse llegado el caso y, mientras tanto, que dejasen de preguntar. A juzgar por la cara de mi madre, mis palabras le sentaron como un tiro, pero no volvió a tocar el tema nunca más.

Tomás levanta la cabeza de las ascuas, me mira y sonríe. Un querubín crecidito, pienso.

—¿Qué hubiese sido de nosotros si nuestros padres no hubiesen emigrado? ¿Dónde estaríamos ahora? —suelto a bote pronto.

—Supongo que haríamos lo mismo que ellos. Tú pastoreando. —Me guiña un ojo porque sabe de sobra que es lo único que no me gustaría hacer—. Yo en el tajo de sol a sol.

—Y después de casado con una zagala del pueblo y con algún hijo a tus espaldas, te habrías ido a la ciudad, como ellos. O no, porque con lo campero que tú eres, igual te hubieses quedado a trabajar las tierras de todos los que se iban. Habrías comprado máquinas, tractores y serías un agricultor próspero.

—Tú sí que te hubieses largado enseguida, culo de mal asiento como siempre has sido. Aunque fuese a servir.

Este vino peleón me sabe a gloria y estoy disfrutando de la conversación con mi hermano, sin prisas ni cortapisas, en la primera ocasión que tengo desde hace un montón de años.

—A este paso, no tardaremos en ventilarnos la botella —digo mientras lleno de nuevo su vaso—, pero se está tan bien aquí… Lo que está claro es que, de haber pasado más tiempo con la abuela, habría aprendido mucho más de ella.

—Eso seguro. Su manera de hacer era una lección de vida.

—Pues eso. ¿Tú crees que, con mi aprendizaje, yo sería capaz de hacer otro tanto? Lo dudo.

—Te ha servido para valerte en el entorno en que te has movido. —¿Lo dice para consolarme o porque de verdad lo piensa?—. Y esa eres tú.

—Sí, fruto de las circunstancias.

No puedo dejar de pensar en las ganas que tenían mis padres de verme entrar en la universidad, pero cómo demonios iban a costearla si a duras penas llegaban a fin de mes. También a mí me hubiese gustado, pero la realidad era tozuda y yo demasiado lúcida como para no darme cuenta. Así que, al acabar el bachillerato elemental, con tan solo catorce años, me puse a trabajar. Las monjas seglares del instituto me pidieron que las ayudase en la secretaría con las matrículas y las libretas de las notas, y allí que fui. Estuve solo un año con ellas. Lo justo para desbravarme antes de emprender nuevos caminos. Yo quería contribuir a la economía familiar y vaya si lo hice. Toda la paga se la daba a mamá y así fue hasta que cumplí veintiuno y me planté. Recuerdo perfectamente el momento y las palabras que hicieron que mi padre me diese la primera y última bofetada de su vida. Había sacado el tema en la mesa del comedor diciendo que a partir de ese día yo me quedaría la mitad de mi sueldo y la otra mitad para los gastos de casa. Papá repetía que en una familia solo puede haber una caja y esa la tenía él. Y yo, con el orgullo espoleado y sin

bridas, le solté: Soy mayor de edad y me toca. Además, no sé por qué te pones así si yo gano más que tú. De ahí la bofetada, ahora creo que merecida, que viniendo de papá me dolió mucho más. Me costó perdonarme haber sido tan bruta y tan injusta con él.

Me paso la mano por la mejilla como si aún sintiese la palma de la suya y retomo la conversación interrumpida:

—Volviendo a las circunstancias de las que hablaba, diría que soy alguien perdido en sus circunstancias. Sola, sin trabajo y con un futuro incierto.

—Pero todo eso puede variar en cualquier momento —dice Tomás para insuflar algo de optimismo.

—Eso espero.

Nos hemos puesto profundos, pero eso no nos ha impedido dar buena cuenta de los huevos y las patatas con sabor a encina. Nos hemos acabado la botella de vino y me dispongo a hacer un café.

Tomás aviva el fuego y propone que pasemos a la cámara, que, después del trabajo de Valeriano, está hecha un asco. Solo hay un ventanuco por el que entra una luz mortecina que nos deja casi en penumbra. Tampoco la bombilla que pende de una viga ilumina lo bastante como para hacer un trabajo minucioso, pero en la parte en la que el techo y el suelo casi se tocan, encontramos un par de quinqués de aceite que el ladrón no pudo llevarse porque casi hay que reptar para acceder a ellos. En el acto recordé el que la abuela ponía en las noches de invierno en el ventanuco que daba a poniente para que sirviese de guía a los pastores y a quien viniese del monte. Los encendemos y nos ponemos manos a la obra.

Del corazón de las vigas de madera se desprende una melodía tenue pero machacona que nos suena familiar. Las termitas se están dando un festín y el suelo está sembrado de las sobras. Sin embargo, hoy también eso es diferente. La carcoma no tratada puede desintegrar las vigas y dejar el tejado sin sostén. Seguro que Valeriano debía de referirse a eso cuando dijo lo del remiendo. Muchas cosas para resolver en el poco tiempo del que disponemos y con un comprador a la vista. Estoy empezando a agobiarme.

Después de retirar los escombros y de un barrido con el que tan solo he conseguido levantar una gran polvareda, decido que me voy a dar una vuelta por el campo.

—¿Sola? —pregunta Tomás cuando me ve ponerme la cazadora.

—O contigo. Solo quiero respirar un poco de aire fresco —le respondo a modo de invitación.

El cielo sigue cubierto, pero el sol intenta abrirse camino entre las nubes. Nosotros emprendemos el del monte sin titubear, yo con la garrocha del abuelo; él, con la de papá. Como dos verdaderos

lugareños.

Me resulta inevitable comparar la ociosidad hasta cierto punto banal de nuestro paseo y el deber de una niña, nuestra madre, a la que hacían ir sola de aquí a Nódalo a llevarle la ropa limpia al bisabuelo. En eso estoy pensando cuando Tomás me suelta:

—¿Te imaginas a mis hijas, a su edad, caminando solas por aquí?

Me sonrío ante la transmisión de pensamientos en medio del atardecer y del silencio.

—No, la verdad.

—Pero la tía y mamá no tenían opción. La realidad las hacía ser fuertes y adultas antes de tiempo.

—Ya. No somos ni la sombra de su sombra. Ellas en su realidad y nosotros en la nuestra, de la que nos escapamos de vez en cuando, aunque solo sea soñando.

—¡Holaaaaa! Anda, baja de la nube, respira y disfruta.

Seguimos entre restos de majadas, encinas retorcidas, jabinos y algún que otro brote de espliego. Tiene razón, el entorno es misterioso y el silencio absoluto. De repente, nos cruzamos con un profundo surco en el camino que había sido antiguamente un riachuelo. Allí cerca había habido un manantial que con los años se fue secando. Ahora solo queda en el camino el recuerdo del trazo del agua.

Unos pasos más allá del antiguo cauce, me topo con el viejo roble, tan diferente de los demás por su enorme tronco. Sigue ahí. Parece a mi espera. Me acerco a él en silencio y lo abrazo. Me envuelven su fuerza y su nobleza. Paso mis dedos por sus surcos y palpo cada una de sus arrugas. De pronto, mi mano se detiene en una pequeña herida, una hendidura tallada por la mano del hombre con una «T» bien grande. Suficiente para transportarme a la estancia en el pueblo más larga y más importante para mí.

5

El día que cumplí diez años me desperté más temprano que de costumbre. Del cuarto de baño, al lado de mi habitación, llegaban las voces de mis padres. Pegué el oído a la pared y pude oír a mi madre diciendo: Más pronto o más tarde tendremos que salir de aquí y crear nuestro propio hogar. ¿Nuestro propio hogar? Pero si ya teníamos uno. Es grande, cabemos todos: nosotros, la prima Áurea y los tíos con los que habíamos vivido desde nuestra llegada a Barcelona.

El tío Zacarías había sido el primero en buscarse la vida en Barcelona. Luego había llamado a papá para que se presentase, como había hecho él, a las oposiciones de Correos.

Habían sido prudentes y hasta no conseguir una plaza segura habían estado solos, de realquilados con gente de la tierra. Cuando papá fue al pueblo a buscarnos, a mamá y al bebé de apenas dos meses que era yo, se llevó también a su hermana Fidela y a Áurea. La idea era que viviésemos todos juntos porque ninguna de las dos familias podía asumir un alquiler por sí sola.

No entendí las palabras de mi madre, pero no me gustaron ni un poco. Se me pusieron los pelos de punta solo de pensar que me querían alejar de Áurea y de mis amigos. ¿Por qué teníamos que separarnos si nos llevábamos bien? No oí la respuesta de papá, solo a mamá insistiendo: El casado casa quiere, la niña va a empezar el bachillerato y habrá que buscarle un instituto cerca de casa; mejor hacerlo en el barrio donde vayamos a vivir.

Los días siguientes los viví al acecho. Pendiente de lo que pudiesen decir al respecto, pero no hubo manera. Igual mamá había desistido ante el silencio de papá. Igual era solo un proyecto de su cabeza sembrada de sensatez y de sentido común que se había desbocado sin ton ni son. Pero no. El sábado de esa misma semana, nada más levantarme, mamá vino a anunciarme que iríamos a buscar a papá a la salida de Correos y desde allí iríamos a ver un piso. Los muy traidores, lo habían hablado a mis espaldas.

Debí de poner tal cara de desencanto que, en el tranvía, mamá intentó explicarme qué era lo que íbamos a ver. Me dijo que papá había solicitado el acceso a un piso en unos bloques que Correos había

construido para sus funcionarios. Que tendríamos que pagar un alquiler durante un montón de años, pero que al final el piso sería nuestro.

—Es una oportunidad que no podemos dejar pasar —remató, convencida.

—¿Una oportunidad para quién? —repliqué, aterrorizada ante la idea.

—Para todos. —Su tono no dejaba espacio para muchas más preguntas.

Papá nos esperaba en la parada de la plaza Antonio López con su cartera al hombro, aunque menos llena que de costumbre. Cruzamos el paseo Isabel II y nos apostamos en la parada del tranvía que debía conducirnos a Pueblo Nuevo, donde según mamá, se encontraba la «oportunidad». Papá casi no abrió la boca en todo el trayecto. Sentada al lado de la ventanilla, miraba, como solía hacer en el tren, el paisaje que desfilaba. Muy bonito no era, la verdad. No se veían ni parques, ni jardines; tampoco muchas viviendas. El tranvía transitaba por la avenida Icaria cuando de repente se bajaron las barreras del paso a nivel y se tuvo que parar. Los vagones pasaron a dos palmos de mis narices, pero por más que intenté verlos como los que tan alegremente me llevaban al pueblo, estos me parecieron feos y sin rumbo. Hasta que no pasó el último, no volvimos a circular. Y lo que se extendía ante mi vista cada vez resultaba más sombrío y menos acogedor. ¿Dónde demonios estaba la oportunidad?

Papá le preguntó al conductor en qué parada debíamos bajar para ir a la calle Venezuela y, para sorpresa suya y mayor espanto mío, el hombre dijo que no tenía ni idea de dónde estaba esa calle. Papá insistió diciendo que estaba cerca de la Diagonal, y el buen hombre le dijo que nos bajásemos en la siguiente. No había cómo equivocarse. Desde la parada, en medio de un desierto, se avistaban unos bloques altos de viviendas. Los únicos. No había aceras, ni calles asfaltadas, ni niños jugando.

Quién iba a conocer aquella calle si no era ni eso. Tan solo un trozo de camino, cerrado a ambos lados por muros grises de fábricas. Y en ese trozo de nada se erguían dos bloques de viviendas, uno frente al otro, y los dos aún sin habitar. Qué horror, aquí es donde se supone que vamos a vivir, pensé.

El bloque tenía tres fachadas y tres entradas, una de ellas por la Diagonal. Papá se dirigió al señor que se encargaba de enseñar los pisos a los futuros vecinos de la calle Venezuela, quien nos dio las llaves de un tercero primera para que lo visitásemos a nuestro aire, como dijo él, advirtiéndonos de que las viviendas no estaban aún disponibles, que no se entregarían las llaves hasta el año siguiente. Menos mal, me dije.

Debían de ser las tres de la tarde cuando entramos, imagino que cada uno de nosotros buscando algo que le gustase. Pero fue ver la cara de horror de mi madre y entender enseguida el silencio de papá.

—Me extrañaba a mí… —dijo mamá con más reproche que voz en los labios—. Te tenías que apuntar en la lista de los más baratos, claro.

—Y tú te hubieses apuntado a los más caros —replicó él con cara de rabia—. Como te sobra el dinero… ¿No te habrás equivocado de marido?

No me gustó nada el tono de papá. Tampoco el de mamá. Me sentí incómoda. No supe qué decir y me metí en una de las habitaciones. Fui entrando y saliendo de cada una de las piezas: tres dormitorios, el baño, una cocina pequeña, el comedor. Todo daba a patios de luces, aunque a saber por qué los llamaban así porque luz, lo que se dice luz, más bien poca. Olía mucho a pintura y todo me resultaba asfixiante. Me disponía a bajar a la calle, cuando mamá dijo:

—Más que una vivienda, parece una cárcel. Sol ni en pintura.

Tenía razón, pero me guardé muy mucho de decirlo.

—Seguro que los que dan a la calle costaban diez pesetas más al mes, pero claro, igual nos arruinábamos. —Nunca había visto a papá así, me dieron ganas de abrazarle, parecía perdido—. El que no arriesga, nunca tiene, y seríamos igual de pobres, pero…

—Pero ¿qué? —gritó papá—. Si no te parece bien, nos quedamos donde estamos y sanseacabó.

Nos mudamos en junio del año siguiente. Justo a tiempo para matricularme en el instituto, en el que iba a estrenarme con un año de retraso.

A mí me tocó la habitación más pequeña, la que daba al patio de menos luces. Apenas había espacio para un ropero, una cama de medio matrimonio, una mesita de noche y una silla. En la otra habitación, un poco mayor que la mía, pero igual de oscura, pusieron dos camas individuales, una para Tomás y otra para alquilar. La habitación de mis padres, el comedor y la cocina daban al gran patio de luces. Había un balcón con el lavadero y el tendedero, y a unos pocos metros los vecinos de enfrente, a los que casi les podíamos dar la mano. El cielo solo era un rectángulo del tamaño del patio. Supuse que a los del noveno, algo de luz debía de llegarles, pero en nuestro tercero todo era penumbra.

—Aquí vamos a enmohecer —dijo mamá en medio de la mudanza — y no te arriendo las ganancias con la factura de la luz.

Pocos días antes de empezar las clases, llegó el muchacho que iba a compartir la habitación con mi hermano. Víctor, que así se llamaba, debía de tener unos dieciséis años y acababa de llegar de Calatañazor,

a unos cuantos kilómetros de nuestra aldea. Olía tanto a pueblo que me dio envidia. Dijo haber pasado antes por casa de los abuelos para poder decirnos cómo estaban todos y para recoger un paquete que la abuela había preparado para nosotros. Ese era el mejor comienzo, nada más abrirlo me invadieron olores familiares y me imaginé las manos de la abuela detrás de cada trozo de chorizo y de tocino. Mamá haría torreznos, seguro, aunque no sé yo si me sabrían iguales que los que hacía ella. Víctor me resultó simpático desde el primer momento y había algo en su mirada clara y avispada que me hizo pensar que nos llevaríamos bien. Al día siguiente, salió a la calle bien temprano en busca de trabajo. Estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa, aunque hasta entonces no hubiese hecho nada más que arar y sembrar.

6

Dos de octubre, primer día de clase. Las luces de la casa empezaron a encenderse muy temprano. Papá salió con su cartera al hombro cuando aún era de noche, como siempre. Hacía poco ruido para no despertarnos, pero yo lo oía igual. Mamá entró en el baño nada más salir él. Supuse que tocaba ir al mercado porque esos días se iba de casa antes del amanecer. Se vistió, desayunó a puerta cerrada en la cocina y entró en mi habitación diciéndome que me aviara. Volveré antes de que te vayas, pero si no llego a tiempo, déjale la llave a la señora Encarna; el mismo ritual de siempre que yo cumplía con alegría porque Encarna, la vecina de enfrente, andaluza de Jaén, me caía muy bien y porque me divertía oírla hablar con ese acento tan cerrado que a veces me costaba entender. Soltaba muchos tacos: «joer», «güevón» «la-madre-que-te-parió-mija», que le salían de la boca a borbotones, pero sin ánimo de ofender. Su hija mayor era algo más pequeña que yo y sus dos hijos, uno de la edad de Tomás y el otro aún bebé. Así que hoy le tocaba a ella, mañana a mamá, y así sucesivamente. «Favores de ida y vuelta», solía llamarlos yo. El caso es que la señora Encarna era nuestro particular ángel de la guarda; tan pronto le echaba una ojeada al niño, como hacía las compras para mamá el día que Tomás, por entonces con tres años, se ponía enfermo. En aquel edificio éramos todos más o menos de la misma condición, y casi todos desenraizados de sus terruños. En nuestra escalera había treinta y seis viviendas y solo en una de ellas, también en nuestro rellano, vivía un matrimonio catalán. Llegué a pensar que debían de ser ellos los que se sentían extraños en semejante revoltillo de orígenes, pero en el tiempo que llevábamos allí, me di cuenta de que los lazos vecinales se creaban igual, fuese uno de donde fuese.

Un primer día de instituto triste como un camposanto. Encima, la mañana había amanecido como una torrentera. No llovía, jarreaba. A falta de impermeable y de botas de goma, el paraguas grande de papá era mi único refugio y, aunque el trayecto era corto, el camino no era precisamente una senda de rosas. Cuando crucé el portal, la calle, sin asfaltar y sin alcantarillas, ya estaba llena de charcos negros, como todo en aquel barrio. Malas hierbas penaban por sobrevivir en los terrenos baldíos. Bosques de chimeneas escupiendo hollín y ceniza

acababan por apoderarse de todo. Qué lejanos me parecían ya los campos azules que veía al mirar los ojos de cielo de la abuela. Cómo había llegado a estas calles grises y llorosas tan alejadas de todo lo que yo amaba. Solo podía ser un mal sueño. Me froté los ojos con rabia. No era una pesadilla, era tan de verdad como las charcas que pisaba y en las que, a buen seguro, no había ranas.

Cuando llegué al instituto, enfurruñada conmigo misma, zapatos y calcetines empapados y el agua corriendo piernas abajo, debía de dar pena. Antes de entrar a clase, corrí al lavabo para secarme las pantorrillas con papel y sacar el barro de los zapatos. Poco más podía hacer. Hasta que no regresase a casa, me tocaría estar con los pies en remojo.

En el aula solo niñas. Caras nuevas. Nos mirábamos unas a otras con timidez y como queriendo adivinar con cuál de ellas nos llevaríamos mejor. No supe dónde ponerme, no quería estar en la primera fila ni de broma, no fuese que luego ese acabara siendo mi sitio para todo el curso. Acabé sentándome en la tercera. Al poco, a mi lado se sentó una chica delgaducha, morena como un tizne que dijo llamarse Tere. A diferencia de la academia del señor Serra, a la que había ido hasta entonces, yo allí era una más del montón. Ni iba a ser la primera de la clase ni malditas las ganas que tenía de serlo. Íbamos a tener mates, que se me daban fatal, de física no entendía nada y en gimnasia era torpe con ganas. Las únicas asignaturas con las que podría llevarme bien, la literatura y el francés, que tuvimos esa primera mañana, las daban unas profes muy simpáticas.

La mañana me resultó menos pesada de lo previsto. Habíamos empezado con el francés y la profe, Carmen, me gustó. Tenía el pelo todo blanco a pesar de que era demasiado joven para eso. Al salir ya no llovía y, aunque el cielo seguía encapotado, regresé a casa con mejor talante que cuando había salido.

Nada más bajar del ascensor, olí a lunes. En casa cada día había un olor diferente, y el de los lunes era el que más detestaba. En realidad, era vomitivo. Día de colada y de caldo. No había manera de combinar los aromas de una cosa y de la otra, aunque mamá se empeñase en ello, como si fuese un ritual. La cocina era el centro de operaciones y, como la lavadora impedía cerrar la puerta, la casa entera olía igual. La lavadora, de las de turbina, traqueteaba haciendo un ruido infernal y avanzaba trotando hacia el comedor. En el suelo cubos de ropa: uno con la que estaba en remojo, otro con la que ya estaba lavada y esperaba el aclarado en el lavadero exterior; de la máquina surgía una nube de espuma y un olor intenso al jabón en escamas Lagarto. En los fogones, la olla que se había pasado la mañana hirviendo lanzaba vapores de tocino, chorizo, col, garbanzos y no sé qué más.

—Hola, mamá, qué pestazo —dije a modo de saludo.

—A lo mejor piensas que a mí me encanta —respondió ella con un gesto resignado.

—Me voy a cambiar de calcetines; los llevo empapados.

—Anda, dámelos ya; los pongo a lavar ahora. —La madre de siempre, lo importante es lo importante, el tufo era lo de menos—. Lávate las manos y a comer —concluyó.

Papá no venía, así que nos sentamos los tres a la mesa con el traca traca de la lavadora y el aroma del tocino debajo de mi nariz. Ya sabes que a mí no me gusta la grasa, protesté yo, me dan arcadas. Y ella, con la misma respuesta a mano: Hija, eso no es grasa, es la sustancia del caldo. Yo, como quien pesca, sumergía la cuchara hasta el fondo del plato para atrapar garbanzos, chorizo o lo que fuese, pero, al sacarla, siempre enganchaba algo de esa materia viscosa que, según mamá, era el mayor alimento. Con mi hermano Tomás aún era peor; los días del caldo eran un suplicio para él. El niño crecía, pero no engordaba ni a la de tres; parecía un alfiler. Seguía siendo un crío fácil y precioso al que mamá solo regañaba a las horas de las comidas.

—Hija, hoy vas a tener que llevarlo tú al colegio, a mí me sobra faena para un buen rato. —Mamá recogía ya la mesa y repartía instrucciones.

—¿Al Matadero? —pregunté adrede porque me parecía terrible que a un cole de críos pequeños le pusiesen semejante nombre y porque sabía que a mamá le daba rabia que lo preguntase.

—¿Otra vez con eso? —No fallaba nunca—. Lo llaman así porque antiguamente ahí había un matadero de reses.

—Lo que tú digas. Venga, Tomasín, en marcha. Ya sabes, pipí, manos lavadas y eso —le apresuré con autoridad—. Nos vamos antes de que vuelva a llover.

El crío, que tampoco era respondón, me siguió al lavabo. Le ayudé a colocarse el pantalón, a lavarse las manos, le pasé el peine por los caracoles dorados y le di un sonoro beso en la cabeza. ¿Listo? Sí, dijo él, mientras corría a la cocina a despedirse de mamá y cogía su maletita de cartón donde llevaba la merienda y cuatro lápices de color. Sabía que no le gustaba ir al cole y, antes de entrar, empezó a hacer pucheros y a decirme: Tata, no me dejes, no me dejes solo, y su diminuta mano se aferraba a la mía como a una tabla de salvación. Siempre me pareció un corderito a la entrada de un matadero de verdad y se me partía el alma dejándole allí llorando, pero qué podía hacer yo sino calmarlo prometiéndole que mamá iría pronto a por él, pero ni eso servía de gran cosa. Era puro desconsuelo. Me fui al instituto con el cuerpo descompuesto.

Cuando llegó papá por la noche, el perfume ya era otro. Nos envolvía ahora el olor a lejía porque mamá acababa justo entonces de

aclarar la ropa y de tenderla. Papá tenía cara de cansado, dejó su cartera en el recibidor, se quitó el uniforme, se puso los pantalones y la camisa de estar por casa, y se dejó caer en una silla como quien asienta el culo por primera vez en todo el día. Pero, por más cansado que estuviese, siempre tenía unos minutos para nosotros.

—¿Qué tal ese colegio que tanto te gusta? —le preguntó a Tomás, mientras lo sentaba en sus rodillas.

—No me gusta —respondió el crío mirando a papá con cara de pocos amigos—. No quiero más.

—Anda, cuéntale a papá lo que has aprendido hoy.

—Mira. —Sacó de su carterita el cuaderno donde había hecho sus garabatos.

—Muy bien, hijo. Y a tu hermana —se giró hacia mí— ¿cómo le ha ido el primer día de instituto?

—Aburrido y mojado.

—Vaya, pues sí que empezamos bien.

—A cenar —dijo mamá entrando y saliendo de la cocina con dos platos de sopa, uno para Tomás y otro para papá, unos boquerones fritos y una ensalada de tomate y cebolla.

Al poco llegó Víctor, al que mamá sirvió enseguida otro plato de sopa calentito, y se sentó al lado de papá. Bastó que papá le preguntase cómo le habían ido las cosas, para que el chico se pusiese a contar lo bonita que le había parecido la ciudad, lo mucho que había caminado, que había comido en el bar en el que estaba de camarero un chico de su pueblo, que había ido a ofrecerse a unas empresas textiles cerca de la plaza Urquinaona y en una de ellas le habían dicho que volviese el día siguiente para hacer una prueba en el almacén. Estaba entusiasmado y sus ojos relucían. Me puse contenta por él. Bueno, y también por papá porque el pobre se había llevado un buen chasco con Tomás y conmigo.

Acosté al peque mientras mamá recogía. Los dos hombres seguían sentados en el comedor, fumándose unos Ducados y charlando mientras miraban sin ver lo que daban en la tele. Di las buenas noches y me fui a mi habitación. Otra noche oscura sin estrellas. Y ya eran demasiadas para mí. Primero el nacimiento de Tomás, luego la mudanza a Pueblo Nuevo y los gastos que el nuevo piso se comía. Total, muchas cosas y yo sin pisar el pueblo.

7

No llevaba ni tres meses en el instituto cuando empecé a perder el apetito y las ganas de hablar. Nadie en casa entendía lo que me pasaba. Tampoco yo.

Mamá no hacía más que preguntarme si había ocurrido algo en el instituto, si me había peleado con alguna de las compañeras, si se habían portado mal conmigo. A todo le decía que no y ella se emperraba en que no me había visto nunca tan mohína y que, si no comía, acabaría enfermando. ¿Es eso lo que quieres?, me preguntó un día. Casi me sonó a amenaza, pero le contesté que me daba igual. Pues a mí no, replicó ella, mañana mismo voy a ir a hablar con el director del instituto y después te llevaré al médico. Ninguna de las dos cosas me hacía mucha gracia, pero no estaba yo como para ponerme a discutir con mamá cuando sabía que la batalla estaba perdida de antemano.

De la entrevista con el director solo supe lo que ella me contó. Que era una buena alumna, que prestaba atención en clase, pero que se habían dado cuenta de que últimamente se me veía ajena —esa es la palabra que mamá dijo oír, que yo no entendí y creo que ella tampoco — a lo que ocurría a mi alrededor y apenas me relacionaba con las compañeras.

Ese mismo día por la tarde fuimos al médico de cabecera, un hombre simpático que siempre acudía a casa cuando Tomás cogía aquellas anginas tan fuertes. Después de escuchar lo que mamá tenía que decir, me preguntó: A mí sí que me vas a contar qué es lo que te pasa, ¿a que sí? ¿Qué te duele? De repente dejas de comer así sin más con lo buena comedora que eres. Apenas respondí: No me duele nada, no tengo hambre y tampoco muchas ganas de hablar. Mamá me lanzó una mirada atravesada, pero no dijo nada. El doctor me tumbó en la camilla, empezó a palparme la barriga, me escuchó respirar con un aparato que, ante mi cara de extrañeza, el doctor Pascual me dijo que era un fonendoscopio, tuve que enseñarle la lengua, me hizo mover los brazos y las piernas, y me pasó la mano por el pelo diciendo: Enferma no estás, así que, si no me cuentas lo que te pasa, te voy a tener que dar aquel aceite de hígado de bacalao que tanto te gusta.

El muy pillín pensaba que podía atraparme por ahí, pero no lo consiguió. Ni yo sabía ponerle nombre a lo que me pasaba. Después, me hizo salir de la consulta diciéndome que aguardase a mi madre en la salita de espera.

De regreso a casa me extrañó que mamá no dijese nada de lo que habían hablado y, por prudencia, preferí no preguntar. Ya me enteraría.

Y no tardé en hacerlo. Porque, nada más llegar, papá por la noche preguntó cómo habían ido las visitas al director y al médico, y mamá le contó todo. Que no estaba enferma, pero que el médico me había visto abatida y aconsejaba que me mandasen al pueblo una temporada para rehacerme.

—Por lo menos no está enferma —dijo papá aliviado.

—Pero no sabemos qué es lo que tiene. Casi preferiría que le doliese algo que se le curase con botica. —Mamá estaba de verdad preocupada.

—Pues yo no. Porque si el médico no ha visto nada raro y cree que sacarla de la ciudad le va a ir bien, a mí me parece un mal menor. El pueblo mucho mejor que las medicinas. ¿Dónde va a parar?

—Sí, claro, pero además de que ha empezado tarde el bachillerato, la haremos perder un año de instituto —replicó la voz práctica de mamá.

—Pues mejor eso que verla así de mustia. Igual en el pueblo puede ir a la escuela y, aunque no será lo mismo, mejor eso que nada. ¿Vas tú con el niño o pido unos días de permiso y voy yo con ella? — Oyendo a mi padre me vi ya en el pueblo y solo de pensarlo se me alegró el talante.

—Ya me gustaría ir a mí —dijo mamá— pero con el frío que hace en esta época, ir con el crío me parece imprudente. Imagina que coge esas anginas suyas allí. Quita, quita, mejor la llevas tú. Habrá que escribir a mi madre para avisarla. Menudo trasiego.

Esa misma noche mamá escribió a los abuelos. No quería alarmarlos y no escribió ni una sola vez «La niña está enferma», pero les decía que no estaba muy fina, que apenas comía y que estaba muy mohína y, como el médico había aconsejado un cambio de aires, habían pensado llevarme allí, donde seguro que mejoraría en compañía de ellos, con los que siempre me había encontrado tan a gusto. También le decía a la abuela que, si ella creía que era demasiada responsabilidad, no iría. Esperaba sus noticias antes de decidir.

Yo no estaba preocupada por mi salud. Estaba contenta por poder escapar de ese nuevo paisaje en el que me habían metido y que detestaba. Y sobre todo feliz de poder ver a la abuela de nuevo, a la

que no veía desde hacía ya cuatro años y de la que solo sabía por las cartas que escribía tía Simona de vez en cuando y por los paquetes que llegaban del pueblo: alubias, chorizos, panceta, rosquillas y cosas así. Siempre eran motivo de alegría y para mí un festival de aromas tan familiares que, si cerraba los ojos, no me costaba nada sentir la presencia de la abuela María.

La respuesta a la carta de mamá tardó unos diez días y no necesitaba leerla para saber que me esperaban con los brazos abiertos. La abuela no temía las responsabilidades y lo único que le importaba era que yo me pusiese bien. Así que me voy, pensé antes de que mamá me la dejase leer.

Mamá también debió de imaginar lo que su madre le diría porque entre carta y carta, inquieta como estaba porque me hacía falta ropa adecuada para el invierno de allí, se puso a tricotar a toda prisa un jersey, una bufanda, un gorro y unos calcetines de lana, todo de color granate porque eran los únicos ovillos que había en casa. Luego, un día salimos las dos a comprarme unos guantes y unos zapatos horrorosos que querían ser botas cortas, pero no eran ni una cosa ni la otra.

8

Fue así como papá y yo emprendimos el viaje la segunda semana de febrero. Cargados como mulas, con dos maletas grandes, la bolsa con la comida para el viaje y otra con tebeos, cuadernos y un par de libros, uno de geografía y otro de historia de España, que el director del instituto le prestó para mí cuando mamá fue a anunciarle que iba a dejar de ir a clase por un tiempo porque el médico había decidido que era lo mejor.

La emoción del viaje empezó en la estación de Francia, de donde salía el Expreso de Bilbao, creo que a las ocho y media de la noche, aunque, como de costumbre, allí estábamos una hora antes. En la estación estaba la familia entera despidiéndose de mí. Llegué a pensar que igual imaginaban que no volvería. Mamá daba las últimas instrucciones como si recitara los diez mandamientos: Dales muchos besos a todos, no hagas tonterías, hazle caso a la abuela y cómete lo que te ponga, ve a ver a los otros abuelos… No le presté mucha atención porque estaba como en las nubes; excitada con el viaje y también un poco triste de dejar a Áurea, que parecía haberse contagiado de repente de mi aire mustio, y a mi hermano, que miraba a todos los lados sin entender gran cosa de lo que ocurría. Papá y el tío metieron el equipaje en el tren y lo acomodaron en el compartimento. Después papá cogió a Tomás y lo subió para que viese cómo era un tren por dentro. ¿Por qué te vas?, preguntó el niño con carita triste. Cogí su cara entre mis manos y le dije como quien le cuenta un secreto: Tu hermana se va a ayudar a la abuela, y tú vendrás con mamá en verano y nos ayudarás a las dos. ¿De acuerdo? Le di un apretón bien fuerte y casi me puse a llorar. Al despedirme de Áurea, insistí para que convenciese a su madre para que la dejasen venir con mamá en verano. Te escribiré, le dije, y no tuve tiempo para más porque papá me mandó subir ya al vagón, que el tren no tardaría en salir.

Comienzo de la gran aventura: un viaje a solas con papá. En el compartimento ya estábamos todos: nosotros dos, un matrimonio de Calatayud con un bebé y una pareja de soldados de Abejar que volvían a casa de permiso. Papá, supongo que siguiendo instrucciones estrictas

de mamá, no tardó en sacar lo que nos había preparado para cenar y, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo, los demás hicieron otro tanto. En unos minutos, el lugar se convirtió en un comedor familiar. De nuestra fiambrera salieron pechugas de pollo empanadas, los de Calatayud tenían tortilla de patatas y los soldados, pobres, solo sacaron unos bocadillos y unas cervezas, pero en un santiamén los pollos y los tacos de tortilla circulaban en todas las direcciones. Los de Calatayud, que también llevaban bota, invitaron a papá a un trago de vino que, dijo él, le supo a gloria. Después de la cena, unos y otros empezaron a cabecear, papá se puso a recogerlo todo y se acomodó en su asiento dispuesto a dormir. Me gustó que no me dijera nada a mí; él me conocía y sabía que antes me daría unas vueltas por el vagón. Una vez fuera del compartimento, me recorrí el estrecho corredor de cabo a rabo, mirando descaradamente a través de las puertas acristaladas el interior de los demás departamentos. El tren era para mí como un venero del que podían manar mil historias. Ya entonces me divertía inventarme una vida para cada una de las personas que los ocupaban. A las parejas jóvenes les construía una historia romántica que acababa en boda. A los mayores, un mundo de sacrificios y discusiones que acababan por hacerles la vida insoportable. Estos, pensaba para mí, se aburren mucho, y les creaba una vida de emociones y aventuras. Me podía pasar horas haciendo eso. Y, sin saberlo, estrené una manera de mirar el mundo y transformarlo a mi gusto. Cuando se me agotó la imaginación, volví a la altura de nuestro sitio y me quedé de pie ante la ventanilla con la frente pegada al cristal. Miré al exterior, aunque no vi nada a no ser las luces de alguna estación en la que el tren no paraba. Solo cuando el pasillo se quedó vacío, entré en el compartimento, para gran sosiego de mi padre. También yo debí de quedarme dormida en algún momento porque de repente mi almohada, o sea el brazo de papá, empezó a moverse y me despertó. Fuera, noche cerrada. Estamos llegando a Castejón, dijo, anda, ve poniéndote toda tu ropa que seguro que hace un frío que pela. Mientras voy acercando las maletas a la puerta.

Fin de la primera parte del viaje, donde el tren apenas paraba unos segundos. Los justos para que los pasajeros bajasen.

Por el único andén de la estación, vacío y helado, parecíamos fantasmas en las tinieblas buscando refugio en una sala de espera tenebrosa, que seguro se alegró de nuestra presencia. La luz era escasa, tan solo unos farolillos colgaban de las paredes e intentaban espantar el aspecto sombrío del local. A lo largo de las cuatro paredes, bancos de madera y una estufa de leña en la que apenas se veían rescoldos, a la que nos acercamos con devoción. Eso era todo. Nos adueñamos del lugar porque estábamos solos.

Papá sacó de una de las bolsas una manta de cuna, me dijo que me

tumbase en el banco, que pusiese la cabeza en sus piernas y me cubrió con la manta, que no me tapaba del todo pero calentaba. No sé si él durmió o no. Yo no debí tardar en hacerlo.

El día despuntaba cuando un tren que parecía un tranvía, pero no era ni una cosa ni la otra, se desperezó también antes de iniciar su jornada. Le llamaban automotor. Tenía apenas dos vagones y a nosotros como únicos pasajeros. Nos acogió sin prisas y puso rumbo a Soria, penúltima etapa de nuestro viaje. Aquel cacharro iba muy lento. Supuse que sería por la nieve amontonada en las vías. Bueno, en realidad había nieve en todas partes. Pegué la cara al cristal de la ventanilla y se llenó de vaho enseguida. Estaba maravillada con el paisaje que veía así por primera vez, con los árboles enharinados de arriba abajo. Papá me dijo: Si te despegas del cristal un momento, igual podemos desayunar antes de acabar el trayecto. Hambre no tenía, pero no dije nada porque no quería entristecer a papá. Sacó de la bolsa un par de bocadillos de tortilla y un termo con café con leche caliente. Bueno, caliente debía de estar cuando mamá lo hizo, porque en aquel momento a los dos nos pareció tibio tirando a frío.

Nuestro tren particular finalizaba su recorrido en la capital, por lo que allí no hubo prisas para bajar las cosas del vagón. En la estación cogimos un autobús que a duras penas consiguió abrirse camino en la cuesta nevada y nos subió al centro, y allí otro que nos llevó a la barriada de Yagüe, donde vivía una hermana de la abuela María y donde haríamos parada y fonda hasta las cinco de la tarde, hora en la que salía el coche de línea que nos llevaría al pueblo. La tía Maximiana, que así se llamaba ella, estaba hecha de la misma madera que la abuela. A pesar de haber sufrido lo suyo en la vida y de haber tenido que criar seis hijos y un nieto, era toda bondad. La casa estaba calentita porque había una estufa en el comedor y otra en la cocina, y era de agradecer casi tanto como la calidez de la tía. Nos recibió con alegría, como siempre, nos sentó a su mesa, siempre abarrotada, y lo que había para comer para ellos llegó para todos. Era como un mar sereno después de una tormenta. Tranquila y generosa a pesar de su mirada triste. Imposible no quererla.

Después de comer y de asearnos un poco, el primo Rafa nos acompañó hasta la salida del coche de línea. En el punto de partida del autobús, mientras esperábamos, se me quedaron los pies helados, pero ni se me pasó por la cabeza quejarme. Nadie podía hacer nada para evitarlo. Las personas que esperaban se saludaban entre sí; todas se conocían. Era el coche correo que hacía la línea Soria-Burgo de Osma, y paraba en todos los pueblos y en los cruces de camino que llevasen a algún lugar habitado. La mayoría de los pasajeros eran campesinos que iban y venían a la capital a comprar o vender algo, a la botica o a la feria. Antonio, el chófer de siempre, saludó a mi padre

como si lo hubiese visto la víspera. ¿Esta es tu hija?, le preguntó con su sonrisa picarona que compensaba su aire de bruto, se nos ha hecho una mujercita. Era una cría raquítica y bajita, pero con una barriga vistosa, llena de aire supongo, que a la gente le hacía pensar que rebosaba salud.

El coche se paró en el cruce de caminos que indicaba nuestro final de trayecto. Antonio se apeó primero, subió a la baca y bajó nuestros trastos. Y luego, lo más bonito del viaje. Ahí estaba la abuela María, con su pañuelo negro a la cabeza y envuelta en su mantón que apenas dejaba ver esa cara angular con surcos profundos como los de las tierras y esos ojos azules tan claros que me dejaban ver el mundo a través de ellos. Su delgadez la camuflaban esas sayas amplias que escondían a su vez unas enaguas que aparentaban unos volúmenes que no tenía. Nada más vernos, nos brindó una sonrisa que acentuó aún más los surcos alrededor de la boca y de los ojos. Extendió los brazos y esperó que su nieta querida se echase a ellos. No era dada a grandes demostraciones de cariño, pero en aquel momento sus besos no tenían límites. Hacía por lo menos cuatro veranos que no la veía y su alegría era tan sincera como sonora. Su aroma era cálido y bondadoso. Olía a humo y a tierra. Menuda y delgada, la fuerza que le venía de dentro se sentía desde fuera. Estar con ella significaba sentirme en casa, protegida y amparada. Toda ella era un hogar acogedor. Siempre práctica, había bajado a esperarnos debidamente equipada para que el kilómetro que separaba el pueblo de la carretera fuera lo más cómodo posible. Atada al poste del chozo destartalado que hacía las veces de sala de espera para quienes esperaban el coche de línea, estaba Petro, la burra, aparejada con el serón para meter a cada lado las maletas y los bultos, y encima del serón a la nieta. Así emprendimos la subida al pueblo. El aire era cortante como un cuchillo y tuve que subirme la bufanda casi hasta los ojos. La escena me recordó a la imagen de la huida a Egipto que nos habían enseñado en el cole, solo que nosotros no huíamos de nadie, más bien llegábamos a la tierra prometida.

Porque nuestra entrada en la aldea tenía algo de eso. Era algo como la llegada al reino después de un largo tiempo de ausencia. Yo observaba desde lo alto de mi posición los saludos que papá cruzaba con los pocos que se atrevieron a asomar la nariz, emperrada en no bajar de la montura hasta que no llegásemos a casa. Total, fue un parar y arrear constante hasta que llegamos al corral de mis abuelos paternos, a los que no podíamos dejar de saludar. Solo estaba la abuela Marcelina, que besó a papá e hizo un gesto como si me mandara un beso con la mano. Papá dijo que volveríamos más tarde para verlos a todos y seguimos hacia nuestra casa, en la que el abuelo Tomás había abierto un camino entre la nieve amontonada en el corral para que pudiésemos entrar sin mojarnos. El abuelo, hombre de

pocas palabras, me abrazó tan fuerte que casi me quejé; tía Simona, rara como ella sola y un poco amargada, pareció sin embargo contenta de verme. Había ya encendido un buen fuego en la chimenea y hacia allí fuimos todos. Ese año mi estancia en el pueblo iba a ser diferente y sin duda las vacaciones más largas de mi vida.

La abuela, aunque no había ido nunca más allá de Soria, entendió que debíamos de estar cansados del viaje y sugirió que cenásemos cuanto antes y nos fuésemos a dormir. La cena estaba arrimada a la lumbre en aquellos pucheros de barro ennegrecidos por un lado y con su color rojo original del lado del asa. Tía Simona acercó la pequeña mesa rectangular a los bancos, vertió el contenido del puchero en la cazuela en la que la abuela había puesto antes trozos de pan y la puso en el medio para que todos pudiésemos llegar hasta ella. Las sopas de ajo olían de maravilla y sobre todo calentaban el cuerpo entero a su paso. Después vino la tortilla de chorizo, a la que atacamos todos como lobos hambrientos. Incluso yo.

Papá dijo que iba a acercarse a casa de sus padres a saludarlos. Ya estaba rumiando una buena excusa para no acompañarle cuando agregó: Tú mejor te quedas aquí ahora que has entrado en calor y te acuestas cuanto antes. Les diré que mañana iremos a comer con ellos. Bendito papá.

Me tocó dormir en la alcoba pequeña con tía Simona. Cuando tu padre se vaya, dijo la abuela, dormirás tú solita en la del portal.

La única fuente de calor en la sala donde estaban las dos alcobas, apenas separadas entre sí por una pared y de la sala por dos visillos de tela blanca, era un brasero a los pies de la mesa redonda donde se comía cuando estábamos todos. No era mucho, la verdad, pero algo era. Desnudarse y ponerse el pijama de franela era casi un acto de heroísmo que me pregunté si llegaría a soportar un día tras otro. Para mi gran sorpresa y mayor alegría, la abuela había puesto entre las sábanas una cosa de metal parecida a un cazo con tapa lleno de ascuas. Ante mi cara de asombro, Simona me dijo que era un calientacamas. Nunca había visto algo parecido y tampoco un objeto con un nombre tan fácil de entender.

Papá se fue dos días después de nuestra llegada. No podía faltar más al trabajo. A pesar de que la mañana era de puro hielo, bajé a la carretera con la abuela a despedirlo, envuelta en mantas y mantones y en el serón de la Petro. Aunque me gustaba estar allí, sabía que pasarían unos cuantos meses antes de volver a verlo y, tenía que admitirlo, algo triste sí que estaba. En el camino oí a papá decirle a la abuela que no se preocupase por mí, que enferma no estaba. Que no sabían lo que me pasaba porque casi no comía y apenas tenía ganas de hablar. Estoy seguro de que aquí con usted, volverá de nuevo a ser la

comilona y la polvorilla de siempre, remató.

Me cogió en brazos haciendo ver que ya no podía conmigo y me apretujó por todos los lados como a la niña que fui. Luego me soltó lo de Pórtate bien, hazle caso a la abuela y escribe. La dejo en buenas manos, María, le dijo antes de subir al coche. Vete tranquilo, le respondió ella.

9

En las dos o tres semanas que siguieron a la partida de papá, pude darme cuenta de que además del frío pelón y de los días de cielo blanquecino que no había visto hasta entonces, muchas otras cosas eran diferentes de las demás veces. Los abuelos pasaban más tiempo en casa, las tareas eran distintas, estábamos más en la cocina que en ningún otro sitio y solo se salía de casa si era necesario. Lo era que Simona sacase a las ovejas porque, hiciese el frío que hiciese, los animales tenían que moverse, pero ahora los horarios eran al revés. Las sacaba de día y volvía a casa después de cerrarlas en la majada al atardecer. También al abuelo le tocaba ir una vez por semana al monte a por leña. Salía apenas amanecía con la Petro, aparejada con cincha y parihuelas, un montón de sogas y un hacha, y volvía al caer el día.

Se vestían como si fuesen cebollas, capa sobre capa, mantón sobre mantón, la cabeza al descubierto y en los pies las mismas abarcas que calzaban en verano, solo que con calcetines gruesos de lana y unas cuerdas que ataban alrededor del calzado para no resbalar si el suelo estaba helado.

Demasiadas novedades como para no desatar mi curiosidad y mi lengua de nuevo.

—Abuela, ¿el abuelo y tía Simona no se mueren de frío cuando están tanto tiempo fuera? —pregunté por fin.

—Aquí no se muere de frío nadie, puedes estar tranquila. Los pastores lo pasan peor que los leñadores —dijo como si con eso bastase—, pero cuando llegan a casa con los pies mojados, la abuela ya tiene una buena lumbre encendida para que se los calienten.

Esa mañana era una de esas en las que el cielo parecía un desparrame de leche agria, el tiempo parado y ni una gota de aire. El paisaje parecía de postal, sin movimiento, ni color. Raro, muy raro. Yo miraba embobada desde el portal de casa y no tuve ni que preguntar. La abuela se me adelantó.

—Te falta el sol, ¿a que sí? —Cómo lo había adivinado, me pregunté—, pero no te preocupes porque estar, está. En invierno muchos días son así, descoloridos.

—¿Por qué?

—Porque va a nevar, ya lo verás. Y luego, mañana, igual tendrás el sol que andas buscando y hará aún más frío que hoy.

De sus artes adivinatorias ya sabía yo bastante. Recordé un verano cuando yo era pequeña en el que habíamos salido juntas a la era por la mañana. Desde ahí se dominaba el horizonte por los cuatro puntos cardinales y era un buen lugar para observar. Se había quedado quieta a mi lado un rato, olfateó el aire, giró sobre sí misma buscando señales por todos los costados, palpó el viento, lo escuchó y me miró con esa cara suya tan seria y tan serena.

—Pequeña, mañana llueve —afirmó, segura de lo que decía.

Me había quedado boquiabierta. Allí donde yo solo veía un cielo de un azul inmenso y ni rastro de nubes, ella intuía una tormenta.

—¿Cómo puede saberlo, abuela? —Para mí era pura magia. Veía donde yo no alcanzaba a ver nada.

—Hay que tener los ojos bien abiertos —dijo, como quien no dice nada—, observar con calma, oler el aire y ver de qué lado sopla el viento, mirar de qué color es el cielo cuando se pone el sol. Cualquier señal es importante.

La recordaba diciendo eso y me sonreía porque sabía que acertaba siempre, pero, aun así, seguí preguntando:

—Y al trigo que usted me dijo que ya está sembrado, ¿le gusta la nieve?

—Le encanta —respondió sin dudarlo—, le da el agua que necesita para que crezca. Ya lo verás. Lo que no le gusta mucho es el hielo.

La abuela resultaba ser mucho más interesante que el instituto, pensé.

—Y a mí me encanta que preguntes, porque me habían dicho que ahora ya no se te oía mucho —dijo ella con una mirada picarona—. Ya has cambiado de color desde que llegaste. Lo contenta que se pondría tu madre si te viese.

—Si le cuento un secreto ¿me lo guarda? —Sabía que me iba a decir que sí, pero no me esperaba sus palabras.

—Venga, cuéntame, no sea que te vaya a sentar mal guardártelo. Aunque a la abuela nunca le han gustado los secretos, te prometo que no diré nada a nadie.

—Lo que me pasa es que no me gusta nada el sitio donde vivimos ahora. Es oscuro, no veo ni el cielo ni las estrellas, para llegar al instituto no hago otra cosa que pisar porquería. Además, echo de menos a mi prima Áurea y a los amigos del otro barrio. —Me di cuenta de que me salían las palabras a borbotones, como si hubiesen estado estancadas mucho tiempo.

—Ya veo —dijo ella—. Tu madre ya contaba en una carta que

tenía que encender la luz todo el día y que era un piso muy frío. A ella le dije que tendría que hacer de ese sitio un hogar. A ti te digo que ese es vuestro nido y que los polluelos no son los que escogen. Así que nada de ponerse mala y de no comer. Eso hace más difíciles las cosas. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí —respondí cabizbaja y avergonzada.

—Así me gusta —zanjó ella.

—Abuela, ¿por qué se fueron mis padres a la ciudad? Usted tiene que saberlo.

—Porque aquí todos tenemos que vivir de las cuatro tierras y de los animales que tenemos. Y de eso comemos todo el año. Poco más. Cuando se casaron pensaron que tendrían hijos y que ni las fincas de tus abuelos paternos ni las nuestras serían suficientes para el sustento de la familia que ellos querían tener. Por eso se fueron. En busca de una vida menos dura para vosotros.

—Ya. Pero aquí, aunque poco, tenían algo. Allí papá se mata a trabajar y no tienen nada.

—Poco a poco, hija. Ya verás cómo las cosas irán a mejor. Todo tiene su tiempo.

—¿Qué quiere que le diga? Ya llevamos un montón de años allí y de momento solo hemos conseguido ir a un barrio peor y a un piso oscuro —repliqué con convencimiento.

—Vas a tener que aprender a ser paciente y sobre todo a no hacerles las cosas más difíciles. Día llegará en que lo entenderás.

—Si usted lo dice…

—Y ahora a trabajar —mudó de tercio la abuela—. ¿Quieres ser mi ayudante?

—Sí, claro que quiero. ¿Qué tengo que hacer? —le respondí predispuesta.

—Hoy vas a ser panadera. En verano no puedo enseñarte porque no hay tiempo para eso —dijo mientras me colocaba un mandil hecho con retazos de sábanas viejas. El suyo era negro, como toda su ropa.

—¿De verdad? —pregunté incrédula, porque eso de hacer pan eran palabras mayores.

—Y tan de verdad. A ver, ¿por dónde crees que tenemos que empezar? —dijo, poniéndome a prueba.

—¿Por el fuego? —No lo pensé, pero, a juzgar por su cara, estaba orgullosa de que hubiese acertado.

La seguí al casillo, donde guardaban la leña, y al ver el tamaño de los troncos me di cuenta de que poco podía hacer para ayudarla con mis brazos enclenques. Pero mientras ella cargaba los troncos grandes en el cesto de paja que tenía al lado, me daba instrucciones para que fuera cogiendo jabinos y ramas pequeñas. Hicimos varios viajes del

casillo a la cocina hasta que consideró que ya había bastantes leños para empezar a encender el horno. Tiró del asa de la portezuela que cerraba la boca de la bóveda y comenzó a introducir troncos. Después, me pidió que le acercara las ramas de encina, las colocó encima de los troncos y con un trozo de jabino encendido les prendió fuego. El chisporroteo del jabino era tan alegre como yo en esos momentos. No volvió a cerrar la boca del horno hasta que los primeros leños empezaron a arder lentamente. Luego se dirigió de nuevo a mí.

—Ahora, mientras se calienta el horno, le meteremos manos a la masa —dijo ella mientras sacaba el tablón que cubría la artesa.

De la harina que guardaban en la cámara había separado un saco que estaba ya en la cocina, esperando instrucciones. Cogió una cosa que parecía un colador grande —un cedazo dijo que se llamaba—, abrió el saco y me pidió que fuese metiendo el cazo que acababa de darme y fuese echando harina encima del colador. Puse todo mi empeño en que no se me cayese nada en el camino, a pesar de no tener ni idea de lo que estaba haciendo. Ella sí que lo sabía. Observaba cómo iba meneando aquel objeto redondo encima de la caldera que había dispuesto sobre el hogar y cómo volcaba a un cubo lo que se quedaba en el cacharro. Esto es salvado, pequeña, y lo dejamos aparte para los cerdos, me dijo antes de que yo preguntase. Y, de repente, no pude contener la risa al ver su cara completamente cubierta de blanco.

—Abuela, está muy guapa. Se parece a uno de los Reyes Magos.

—¿A quién? —Me miraba de nuevo con aquella cara que ponía cuando le hablaba de cosas raras.

—¿No conoce a los Reyes Magos? Son Melchor, Gaspar y Baltasar. Y uno de ellos, nunca sé si Melchor o Gaspar, tiene la cara tan blanca como usted ahora —le expliqué, esperando que me entendiese.

—Pues anda que tú… —No dijo más, pero me ofreció una gran sonrisa.

—Yo ¿qué?

—Tú también estás muy guapa. Anda, ve a mirarte a la sala. Ya verás.

Paré mi tarea y me fui al espejo. Me puse a reír y oí su risa mientras volvía a la cocina.

Nos reímos las dos con ganas.

Separada la harina del salvado, me explicó que trabajaríamos con esa harina y con la levadura de la última hornada de la tía Francisca, su vecina. Yo me acerqué a la artesa que estaba contra la pared contigua al horno, dispuesta a meter las manos en la masa, y me entregué con pasión a manosear, voltear, espolvorear y repetir los gestos que veía hacer a la abuela. Cuando decidió que ya habíamos

aporreado la masa lo suficiente, me dijo que había que dejarla recuperarse de tanto toqueteo, y se dirigió al horno para ver cómo iba el fuego. Al abrir la portezuela, salió todo el calor en desbandada. Una enorme lengua de fuego, roja y brillante, que cantaba una musiquilla que no había oído nunca. Quemaba, pero me gustaba tanto que no podía apartar mis narices de allí.

—Bueno, pequeña, también nosotras nos merecemos un descanso —dijo mientras me sacaba de la cocina—; cuando esté listo el fuego, te llamo.

El aire del mediodía cortaba la cara como un cuchillo, pero salí hasta la era, donde estaban las gallinas intentando rescatar algún grano perdido. Ese día tocó comer en la sala, al calorcillo del brasero, porque en la cocina los trastos del pan ocupaban todo el espacio; orgullosa, le conté al abuelo que estaba aprendiendo a amasar y que la abuela me dejaría hacer tortas. Eso está bien, dijo él, el trigo es la vida y el pan el sustento. Y continuamos dando cuenta de las alubias con chorizo que se habían ido cocinando arrimadas a la lumbre mientras andábamos con lo del pan. Yo no veía la hora de volver a la cocina.

—¿Está lista mi ayudante? —Y sin esperar respuesta, volvimos las dos a nuestra labor.

—¡Anda, la masa se ha hecho grande! ¿Ahora qué hago? —pregunté, maravillada ante el milagro.

—Ahora la abuela separará los montones de masa para las hogazas y tú unos más pequeños para las tortas. ¿Lista?

Dicho y hecho. Estaba disfrutando más que si me hubiesen llenado las manos de tebeos. Pero eso del pan y las tortas también tenía sus misterios, porque, hechos ya los montoncitos y extendidos sobre un tablero, la abuela marcó un tiempo más de espera porque dijo que el pan tenía que soltarse.

—Mientras, si quieres, puedes acercarte a ver a Narcisa. No la has visto mucho desde que llegaste.

Narcisa era prima hermana de Áurea. O sea, igual que yo, pero por parte de su padre. Era mi gran amiga en el pueblo. Hacía más de cuatro años que no nos veíamos, pero al encontrarnos fue como si nos hubiésemos visto el mes anterior. Teníamos la misma edad, aunque ella me ganaba en experiencia en el terreno. Supongo que el hecho de tener cinco hermanos espabila al más pintado. Su familia formaba parte de aquellos de los que te podías fiar y, como decía la abuela, la chica era más buena que el pan y trabajadora como ella sola. No tuve suerte porque, cuando llegué a su casa, me dijo su madre que había bajado a los huertos y yo tenía la masa de pan esperándome. Así que volví a casa a continuar la tarea.

—¿Ya se ha soltado la masa, abuela? —dije al entrar en la cocina

—.Narcisa no estaba en casa. Ya la veré mañana.

—Ya está lista —me respondió—. Ahora coges montón por montón y los pones encima de esta pala. ¿De acuerdo?

Mientras hacía lo que me decía, llena de orgullo por tener una abuela como ella y feliz porque me había dedicado el día, pensaba en lo mucho que la quería y lo poco que se lo decía. Ella iba introduciendo aquella pala con un mango muy largo en el horno y depositaba los montones de masa en el centro. Volvió a cerrar la portezuela y, con cara de satisfacción, me dijo:

—Buen trabajo, pequeña. Hay que ver cómo se avanza cuando se tiene ayuda.

Yo sabía que me mentía porque ella sola lo hubiese hecho mucho más rápido que conmigo enredando y con mis preguntas en el aire, pero me acerqué a ella con las manos enharinadas, la abracé por la cintura y le dije:

—Abuela, la quiero mucho.

—Y yo a ti más. —Se agachó hasta cogerme la cara entre sus manos y llenarme de besos.

Con lo poco demostrativos que eran en estas tierras los adultos entre ellos, me parecía un gran regalo que los abuelos conmigo fuesen tan cariñosos. Lo cierto es que a lo mejor yo provocaba sus gestos cariñosos porque los besaba mucho y les decía que los quería. Vete tú a saber. Pero qué más daba, la abuela era más amorosa conmigo que mi madre.

Aún no había estrenado la libreta que me había traído de Barcelona con el fin de tenerla siempre a mano por si me apetecía escribirle a Áurea. Junto con la libreta, habían venido dos libros que me había dejado la profesora de literatura del instituto para que no perdiese la costumbre de leer durante los meses que estuviese en el pueblo. Uno era *Las aventuras de Tom Sawyer* y el otro *Las aventuras de Huckleberry Finn*, los dos escritos por un tal Mark Twain, del que no había oído hablar en mi vida. Me dijo: Estoy segura de que te gustarán, y te los tienes que leer en este orden. Cuando vuelvas, ya me dirás qué te han parecido. El de Tom ya casi me lo había acabado y me estaba gustando mucho. Del Huckleberry Finn que era amigo de Tom, me había olvidado por completo. Lo saqué del cajón y lo llevé a la repisa del ventanuco de mi alcoba. Cuestión de tener la tentación al alcance de la mano, me dije.

Aquella noche saqué la libreta y en la primera página puse: «La abuela me ha enseñado a hacer pan, aunque no sé yo si alguna vez podré hacerlo igual que ella. Me ha encantado meter las manos en la masa, ver el horno chisporrotear y ese olorcillo tan rico de las hogazas recién hechas».

10

Los días empezaban a recuperar la luz y el color que había echado a faltar a mi llegada. También eran más largos y, aunque seguían siendo heladores, la nieve iba fundiéndose en los barrancos y pedregales, y los riscos volvían a ser del mismo gris plomizo de siempre. Pero aún me quedaban más cosas por descubrir. Los campos sembrados, que solo conocía en su gama de amarillos de antes de la siega, empezaban a reverdecer. Era como si el sol hiciese su trabajo a todo tren después de los meses cubiertos de blanco. Primero apareció un vello verdoso cubriendo las tierras y, en pocos días, ya se veían pequeños tallos ondulando y danzando al son que les brindaba el viento. Como un mar impresionante de color aceituna y suave oleaje.

Narcisa solía decirme que se me notaba que era de ciudad porque me quedaba como atontada viendo cosas que ellos estaban hartos de ver. No me gustaba oírlo, pero quizás tenía razón.

Fue la abuela quien me sacó de ese estado de asombro ciudadano al salir a la era y decir:

—Niña, te vas a quedar helada. Mejor harías en entrar y escribirles una carta a tus padres. Desde que has llegado no te he visto escribir ni una. —Era verdad, solo había mandado besos en las que había escrito tía Simona. La abuela siempre conseguía ponerme en mi lugar.

—¿Pero no me había dicho que hoy había que bajar al lavadero? Bajamos ahora y por la tarde escribo. Se lo prometo. —No me despegaba de ella, era como su sombra.

—Hoy va a pasar Nemesio. ¿Te acuerdas de él y de su carromato?

—Sí. El que vende de todo.

—El mismo. Así que al lavadero bajaremos después de que haya pasado él. Anda, ve al ponedero y en esta cesta metes dos docenas de huevos. Así ya estarán listos para cuando llegue.

—Huevos ¿para qué?

—Para pagar las cosas que le compremos. Así se ha hecho toda la vida. Con grano o con huevos.

Nemesio solía pasar una vez al mes con su carromato tirado por una mula. Era como el colmado del señor Cecilio de Barcelona, pero en pequeño y con ruedas. No había más tienda que la suya.

Nuestro tendero ambulante era un hombre recio y curtido por el sol, pero simpático y algo guasón. Solía venir a la hora de la comida porque decía que siempre había alguien calentando el puchero. Se anunciaba a los gritos delante de cada casa: ¡Tía María! ¡Tía Francisca!, y si tenía suerte, decía: Hoy de un solo tiro me han caído dos gorriones, porque le salían las mujeres de dos en dos. A mí me gustaba su talante porque era mucho más alegre que la gente del pueblo, aunque a veces notaba una chispa en su mirada que no me gustaba demasiado, pero eso era nuevo. Vaya, vaya; la niña se nos ha hecho toda una señorita, le dijo a la abuela cuando la vio aparecer en el corral y, enseguida, dirigiéndose a mí: ¡Qué!, ¿quieres o no quieres subir hoy? Y yo cómo no iba a querer. Lo que no quería era que me cogiese con sus manazas para ayudarme. La abuela pareció adivinar mis pensamientos porque se acercó al carro y me subió al pescante, desde el que podía husmear todo lo que había debajo de aquella lona: sacos con arroz, sémola, azúcar, sal, pimentón; un barril de vino, otro de aguardiente. Unos pocos cestos con manzanas y ciruelas, otro cesto con tapa en el que iba metiendo los huevos y la romana en la que en uno de los platos ponía el género que vendía y en el otro, siguiendo sus instrucciones, yo iba poniendo pesas de diferente tamaño hasta que los dos platillos se quedaban al mismo nivel. Solo había que mirar cuántos gramos sumaban las pesas para saber cuántos gramos de lo que fuese estaba vendiendo. A mí, lo que no me salían eran las cuentas. Nunca sabía cuántos celemines de grano o cuántos huevos había que dar por cada cosa, pero la abuela, aunque no sabía de números, sí parecía estar bien enterada y no se dejaba enredar con la palabrería del tendero. No me vengas con esas, le dijo, con dos docenas de huevos estás más que bien pagado. El otro ni rechistó, lo que me hizo pensar que en las próximas casas intentaría recuperar lo que había dejado de ganar en la nuestra. Concluida la compra, la abuela volvió a ayudarme a saltar del pescante. Una vez abajo, Nemesio me tendió un par de sus ciruelas tristes como premio por mi ayuda. Tristes o no, me las comí con ansia. No había más fruta en la casa. Me supieron a gloria.

La abuela dejó el aguardiente y la achicoria en la alacena de la sala; el arroz, la sémola y el azúcar dentro de la artesa en la cocina —para que no se lo coman las ratas, dijo— y el odre de vino y lo demás en el banquito del portal. Ya apañaremos esto a la vuelta del lavadero.

—Le prometí a tu padre que, así que estuvieses mejor, irías a la escuela con los demás chicos —soltó de repente nada más salir de casa —. Y ahora ya estás como una rosa. Cualquier día de estos iremos a hablar con el señor maestro. ¿De acuerdo?

No contesté enseguida. Tenía que pensármelo porque mucha ilusión no me hacía, la verdad. Iba a ser una vez más el bicho raro de

la clase, como en la academia del señor Serra cuando empecé a ir al cole. Allí no solo había sido la única alumna que empezaba el cole tarde, sino que era una pueblerina que no podía fingir que no lo era. Aquí podía ser peor.

Mientras yo me lo pensaba, ella ya había cogido el balde con la ropa sucia, un cubo con el jabón y el rodete para la cabeza.

—Anda, vamos, que te pierdes en tus pensamientos.

Al plantío, de donde manaba el agua de la fuente que alimentaba también al lavadero, se llegaba por una cuesta muy empinada. La abuela llevaba el cubo en una mano y en la otra un asa del balde, yo la ayudaba asiendo la otra. Nada más empezar la bajada, vi a alguien llenando cántaros en la poza; unos pasos más abajo ya alcancé a ver la yegua con las aguaderas y a un mozo cargar los cántaros en ella. No supe quién era hasta que nos cruzamos ya a media cuesta. Por suerte, pasó rozando a la abuela. Yo iba en el otro extremo y lo primero que hice fue desviar la mirada hacia la chopera. Tenía que ser él, pensé, mientras me recorrió un escalofrío de arriba abajo. Le oí decir «Buenas» y a mi abuela responder «Buenos días» mientras yo permanecí muda. Detalle que, por supuesto, no pasó desapercibido para la abuela.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó mientras me miraba severa—. El saludo no se le niega a nadie.

—Lo siento. No puedo remediarlo. Desde que me hizo lo que me hizo, no puedo ni verlo.

—Pues anda que no ha llovido desde entonces —soltó ella con toda naturalidad—. Se portó como un zopenco contigo, pero estoy segura de que en algún momento te pedirá perdón. Es un poco alocado pero buen chico.

—¿Buen chico? A saber cómo serían los malos.

Las palabras de la abuela resonaban en mi cabeza mientras desfilaba ante mis ojos la escena de ese verano, el último en el pueblo, y la brutalidad que sufrí.

11

Ya va siendo hora de hablar de Teo, ese que no podía ver sin que me diesen escalofríos, y de lo que ocurrió aquel verano.

En la aldea había dos Teodosios, el «rico» y el otro. Cuando hablaban del primero, decían Teodosio el rico; al segundo, le llamaban tío Teodosio a secas. El primero tenía una casa algo más grande —una buena casa, decían todos—, algún pedazo más de finca, tal vez una oveja más en el rebaño, una yunta de machos además de la de bueyes y un carro, el único del pueblo. Eso y poco más era lo que hacía a Teodosio rico. El otro era alguien que sobrevivía, algún año mejor que otro, del fruto de su cosecha. Como el resto.

También había buenos y malos. Sobre los malos malísimos, me venían hablando desde hacía tiempo, pero luego estaba el hijo de Teodosio el rico, que se llamaba como su padre pero al que todos conocían por Teo. Ese, al parecer, era una peste por sí solo, porque de sus padres nadie hablaba mal. Debía de tener unos tres o cuatro años más que yo, pero por altura representaba muchos más. Era, de hecho, el único chico alto en un pueblo en el que todos parecían cortados por el mismo patrón, fuertes pero bajitos. Teo no era santo de mi devoción. No sabía lo que eso quería decir, pero la abuela María lo decía a menudo y, si ella lo decía, yo también; bueno, lo que quiero decir es que nunca me acercaba a él porque no me gustaba su cara de palo. Iba tan tieso que parecía que se hubiese tragado un bastón y no hubiese podido vomitarlo. Debía de creerse un príncipe de esos de los cuentos de niñas, aunque me costaba imaginar a un príncipe con albarcas. No debía de gustarle mucho trabajar porque en la era siempre se oía gritar a su padre diciéndole que bajase de las nubes y les echase una mano. Era el único hijo del tío Teodosio, pero debía de creerse el hijo de Dios porque las cosas de la tierra no parecían importarle lo más mínimo.

Desde la era de casa se veían unas puestas de sol maravillosas y pocos eran los días en los que me privaba de ellas. Debía de tener entonces siete años y a todos les resultaba extraña mi fascinación, pero me daba igual. Aquel día estaba apoyada en la pared del casillo de casa, mi puesto fijo de observación, cuando de repente vi aparecer

al mozo y a algunos de los críos del pueblo tras de él. Caminaban en mi dirección y no parecían traer muy buenas intenciones. Recuerdo que pensé que no venían en son de amigos, pero tampoco era cuestión de salir corriendo. Seguí quieta como si nada, hasta que los tuve justo delante, tapándome la puesta de sol. Él, Teo, al mando de su pequeña tropa, con las manos a la espalda, me miraba como retándome a decir o hacer algo. Tenía miedo, sí, mucho miedo, pero no quería que se me notara.

A punto estuve de decirle que se apartase un poco, pero no tuve tiempo. De pronto, el muy bestia sacó las manos de sus espaldas y me lanzó al cuello lo que quiera que fuese como quien lanza el lazo a una vaca.

Después, la oscuridad y la nada.

No debían de tener previsto que me desmayase, pero, al parecer, eso es lo que ocurrió. Lo sé porque no tuvieron más remedio que contarle la verdad a mi madre cuando me llevaron en brazos, inconsciente, hasta casa.

Cuando desperté estaba tumbada en la cama de mi madre con las piernas encima de unas almohadas y una cebolla debajo de mi nariz. Vi la cebolla antes que a mi madre, del color de la cera, que la sostenía sin moverse y me observaba aterrorizada. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí y menos aún de qué había ocurrido. Oía voces en el portal, entre las que me pareció reconocer la de Teo, y estaba tan aturdida que no podía entender nada. El color volvió enseguida a las mejillas de mi madre, me abrazó, me alcanzó un vaso de agua para que intentase beber y me dijo: Ya ha pasado todo, mi niña. Ha sido un gran susto. Nada más. Enseguida vuelvo. La oí salir al portal y con voz firme y en un tono que no le conocía, dijo: De buena os habéis librado, hijos de mala madre. Salid de aquí enseguida y pedid a Dios que no os denuncie a la Guardia Civil. Ruido de pasos precipitados saliendo al corral y un portazo monumental de mi madre. Luego, el silencio.

Mamá volvió a mi lado con la intención de hacerme hablar. Me preguntaba qué había pasado y, como debía de estar aún medio alelada y no abría la boca, intentaba hacerme volver a la realidad pellizcándome las mejillas y prometiéndome que al día siguiente se quedaría conmigo y haríamos rosquillas juntas, de esas que tanto te gustan, y yo nada, sin decir palabra. Intentó que me incorporase y lo hice. Quería que me pusiese en pie y también lo hice, aunque me costó mucho porque me temblaban las piernas. Volvió a tumbarme en la cama, pero no me dejaba cerrar los ojos. Y yo quería descansar. No sé cuánto tiempo debimos de pasar así, yo luchando por dormir y ella para que no lo hiciese. Luego apareció el resto de la familia, enterada ya de lo que había ocurrido. La abuela vino enseguida a la alcoba, me

dio un par de besos y dijo: Mi niña querida, ya ves, has sido más valiente que ellos. Estoy orgullosa de ti. Creo que dije algo así como: «Gracias, abuela» y nunca tan pocas palabras en mi boca habían causado tanta alegría general.

—Lo pasé muy mal, abuela, no sé si se acuerda. Me llenaron de miedos. —Me miró y asintió con un gesto triste del que me sentí responsable—. Aunque recuerdo también que a la mañana siguiente me despertó el olor de sus torrijas y la sorpresa de verla a usted en la cocina cuando hubiese debido estar en el tajo. Me acuerdo de aquel almuerzo juntas porque me supo a día de fiesta. —Una verdad que le devolvió una sonrisa.

Nadie me había querido contar lo que había pasado hasta que una noche, después de acabar sus tareas, vino Narcisa a verme. Parecía estar al corriente de todo, aunque no muy dispuesta a hablar. Me dije que de allí no se iría si no me lo contaba.

Veía aquellos momentos con tanta claridad que hasta me atrevería a decir que mi diálogo con ella fue más o menos este:

—¿Me lo vas a contar o no?

—Tu madre me mata si se entera de que te lo cuento. Me pidieron que no lo hiciera. Que aún no era el momento —dijo ella con esa cara de buena que tenía.

—No se enterará si no se lo decimos.

—Fue idea de Teo.

—¿Qué idea? —apremiaba yo.

—Lo del bicho —siguió ella en voz baja, como si no estuviese segura de querer continuar con la historia.

—Venga, sin rodeos.

—A Teo se le ocurrió que a las niñas de ciudad hay que bautizarlas en el pueblo.

—¿Bautizarme? Pero si me bautizaron en la iglesia de aquí —debí de responder para hacerle entender que no me viniese con cuentos.

—No, mujer. No se refería a ese bautizo. Era una manera de decir. Lo que quería era que se te fuesen esos aires de capital. —Estaba incómoda porque no hablaba conmigo como hablaba siempre, pero yo insistía.

—Yo no soy de capital. Soy de aquí y mi abuela me ayudó a nacer. Soy tan del pueblo como tú. Y como el imbécil de Teo.

—Solo quiso gastarte una broma —continuó Narcisa—. Nunca imaginó que fueses a desmayarte.

—¿Qué tipo de broma?

—Pues esa. La que te hicieron. ¿Tú no lo viste? —preguntó ella, extrañada.

—No. No vi nada. Solo los vi llegar y a él tirándome algo al cuello.

¿Tú sabes qué era?

—… Sí. Una víbora.

—¿Una víbora? ¿Viva? —La idea era tan horrorosa que preferí no creerla.

—¡No! —respondió ella rápido, demasiado rápido como para convencerme de que estuviese diciendo la verdad.

—¿Sí o no?

—No. La encontró viva, la mató y te la tiró ya muerta. Te lo prometo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque mi hermano pequeño estaba con ellos. Ya conoces a Teo. Le gusta ir de valiente, pero sin público no es lo mismo.

—¿Tu hermano? —Eso aún me sonaba más extraño.

—Sí, el Saturio. No veas la que le ha caído en casa, aunque insiste en que lo único que hizo fue mirar y luego te llevó en brazos a casa.

—No lo entiendo. ¿Saturio es de los buenos o de los malos?

—De los buenos —dijo Narcisa, en defensa de su hermano— pero mi padre dice que, como no asiente la cabeza pronto, se le va a caer el pelo.

—Por mí como si se queda calvo.

—Calvo no sé, pero de momento ya le han castigado. Mi madre le dio unos buenos escobazos y En la fiesta de la Virgen ya te puedes olvidar de salir con los demás; después de misa, para casa, le dijo.

—Pero él no tuvo la culpa. ¿Y a Teo no le va a pasar nada?

—Seguro que sí. Buen genio tiene el tío Teodosio, como para pasar por alto algo así. Por lo que sé, tu madre fue a hablar con él para contarle que no lo había denunciado porque no quería problemas con ellos, pero que esperaba que tuviese algún escarmiento.

—Pues mi madre no me ha dicho nada —dije, sorprendida.

—Porque no debe de querer echar más leña al fuego —replicó con aire de misterio—. Se trata de que todos nos llevemos bien.

—Ya, pero yo con ese bruto no quiero saber nada.

—Igual si te pide perdón…

—De rodillas me lo tiene que pedir si quiere que lo perdone.

La abuela ya le había dado una primera enjabonada a la ropa mientras yo andaba perdida en mis recuerdos. Tan prudente que ni me dirigió la palabra en todo ese tiempo. Tan lista que seguro que sabía lo que la nieta andaba rumiando. La miré con cariño y solo dije:

—Perdone, abuela, se me ha ido el santo al cielo. ¿Voy aclarando la ropa o qué?

—El agua está helada, chiquilla. Mejor me ayudas a frotar. Empieza con estas prendas pequeñas. —O sea, las mías.

Frotar, frotaba, pero seguía en la enredadera de mis recuerdos. Tan enmarañada estaba que ni notaba el frío.

—Creo recordar —ella debía de estar pensando lo mismo que yo— que llegaste a hacer las paces con Saturio. No estaría de más hacerlas también con Teo.

—Sí. A Saturio me lo encontré un día que fui a ver a Narcisa. Estaba en el corral con su madre. Estaba avergonzado y no abría la boca. Fue la madre la que dijo: «¿No vas a decirle nada a la chiquilla?». Me pidió perdón y me dijo que no había querido hacerme daño. Le respondí que ya lo sabía pero que no entendía cómo estaba con ellos si él era de los buenos.

—¿Y qué hizo él? —Ella ya lo sabía, pero me pareció que quería que me diese cuenta de que no podía enemistarme con los pocos de los que una se podía fiar.

—Dijo que no había sabido decir que no. Que no sabía lo que Teo quería hacer. Que se había asustado cuando me vio desmayada en el suelo y que me llevó en brazos a casa. Te perdono porque eres hermano de mi mejor amiga, le solté, pero al otro salvaje no quiero verlo nunca más. Y al final quedamos como amigos. Así me gusta, remató su madre.

—Eso es. Aquí cuantos más amigos tengas, mejor. —Las palabras de la abuela, escuetas como de costumbre, siempre me hacían pensar. Como si hubiese cosas no dichas que podían ser tan importantes como las pronunciadas.

El balde con la ropa mojada pesaba el doble que con la seca, así que la abuela se puso el rodete en la cabeza y el balde encima. Yo subí con el cubo y en silencio para no distraerla.

Aún me dio tiempo de añadir en mi libreta: «Nos hemos cruzado con Teo, pero no me ha dado la gana de saludarle. A ver si aprende de una vez». Y de escribirles la carta a mis padres. Primero con lo que decía la abuela: «La cría está muy bien, ya vuelve a tener color en los carrillos y de nuevo le brillan los ojos; come de todo y vuelve a cotorrear». Luego yo desgranaba todas las novedades que iba descubriendo.

De todos modos, habría que esperar al abuelo y a tía Simona para que también ellos pusiesen su parte. Así que al correo solo la echaría al día siguiente.

12

Lo de ir a la escuela volvió a salir a la superficie. Yo había guardado silencio después de la propuesta de la abuela porque no tenía ningunas ganas de ir y pensé, ingenua de mí, que ella se olvidaría del tema. Pero qué va. Si se lo había prometido a papá, lo haría seguro; las promesas se cumplen y eso no se discute.

A la mañana siguiente, nada más acabar el desayuno, muy decidida me dijo:

—Anda, vístete, mi niña, que don Marcial nos está esperando. Ya le hablé de ti y le dije que asistirías a sus clases.

—Pero, abuela, ¿cree de verdad que es necesario? Le prometo que voy a revisar los libros que me dieron en el instituto, si es eso lo que le preocupa.

—No, no es eso. Lo que me preocupa es no cumplir la palabra que le di a tu padre. Así que aviando.

Cuando ella decía eso, nadie rechistaba. Yo, con lo que la quería, no iba a ser la primera. Me vestí y la seguí hasta la escuela, donde nos encontramos la puerta cerrada pero los postigos de las ventanas abiertos. La abuela llamó con los nudillos y al poco nos abrió don Marcial en persona, al que no tenía el gusto de conocer, porque no vivía en el pueblo. Venía solo a dar clase unas horas por la mañana y por la tarde iba a otro pueblo. De sobra debía de saber que en los pueblos incluso los niños son necesarios en las labores del campo y que los padres no les dejarían estar en la escuela todo el día.

Me había imaginado al maestro como un señor mayor, de pelo canoso y barba tupida. Y nada más lejos de lo que me encontré. Era un hombre joven que debía de haber acabado hacía poco sus estudios porque era más joven que mi madre. Iba vestido como todos los del pueblo, con pantalones oscuros, camisa blanca y una zamarra de piel de oveja. Su mirada era franca y nos recibió con una sonrisa.

—Don Marcial, esta es mi nieta, de la que le hablé. Tuvo que dejar el instituto porque no estaba bien y le aconsejaron una temporada de aire fresco. La dejo en sus manos para que le enseñe lo que pueda.

—Hola. Bienvenida —dijo él dirigiéndose a mí, y mirando de nuevo a la abuela—: Tranquila, doña María, haré cuanto esté en mi

mano.

La abuela se fue y yo me quedé sola con el maestro, en aquella sala donde hacía frío a pesar de que don Marcial ya tenía encendida la estufa de leña. Me preguntó cuántos años tenía y en qué curso de instituto estaba. Le respondí que había empezado el bachillerato en octubre pasado, un año más tarde de lo normal. Y para que no pensase que eso se debía a un descuido por parte de mis padres, le expliqué que habíamos cambiado de piso y que mi madre quiso que empezase directamente en el nuevo barrio.

En todas esas explicaciones estábamos cuando empezaron a llegar los alumnos. Grandes y pequeños, chicos y chicas; todos revueltos y todos conocidos.

La primera en llegar fue Flavia, la hija de los carteros, luego Narcisa, que abrió unos ojos como platos cuando me vio allí. Su hermano Saturio llegó con Jesús, el hermano pequeño de tía Puri, dos hermanos de la familia de los malos, y por último Teo, el chuleta. En cuanto Narcisa se sentó en un pupitre, aproveché para sentarme a su lado. Tenía bien claro a quién no quería tener como compañero.

—Buenos días a todos —inició don Marcial—. Hoy tenéis una compañera nueva a la que no necesito presentar porque todos la conocéis. Volveremos a la materia que empezamos ayer y tú —de nuevo me miró a mí— si tienes problemas para seguirme, levantas la mano y preguntas. ¿De acuerdo?

—Sí, señor —respondí, no muy segura de que aquello me fuese a gustar.

El maestro cogió la tiza y empezó a escribir en la pizarra los nombres de las regiones de España y, a medida que las escribía, las iba señalando con un bastón en el mapa que estaba colgado en la pared. A continuación, pidió a Jesús que se acercase a la pizarra y, después de nombrarle una al azar, le pedía que la localizase en el mapa. Así hizo con todos nosotros, dejándome a mí la última a quien preguntó por las islas Canarias. Salí decidida del pupitre y le señalé las islas que, a saber por qué, siempre aparecían en un recuadro separadas del mapa. Como si no fuesen españolas de verdad.

Me dije que en esa escuela no iba a aprender nada nuevo y que no iba a ser la tortura que yo había imaginado. Siempre que el imbécil de Teo no se metiese conmigo, claro.

Poco a poco se fue caldeando la temperatura y pudimos ir quitándonos las prendas de abrigo que nos mantenían un poco atados. Después, el maestro nos mandó escribir en la pizarra la capital de cada una de las regiones y esas también me las sabía porque ya las habíamos dado con el señor Serra en la academia.

Por último, don Marcial hizo pasar de mano en mano el libro de

texto que él empleaba para que cada uno leyese un poco sobre la región que le había tocado. Ahí me di cuenta de que algunos se trababan bastante en la lectura; bueno, casi todos menos Flavia y Teo. Y aunque no quería ser diferente de los demás, acabé siéndolo cuando me llegó el turno a mí. En eso, fui de lejos la mejor.

—Muy bien, pequeña. Por lo que veo, ya has leído mucho. Te felicito.

—Claro, don Marcial —la voz inconfundible de Teo se alzaba detrás de mí—: como que la niña es de capital…

Me quería morir. Justo lo que no quería oír y tenía que decirlo él. Me rebullí en mi asiento, esperando que el maestro replicase algo.

—Eso no tiene nada que ver. También es la más pequeña de todos vosotros.

—No, don Marcial, no he leído mucho —acerté a decir—. Solo los tebeos que le daban a papá en el barrio donde repartía el correo. Con ellos me enseñó a leer cuando era muy pequeña.

—¿Tebeos? —Ahora era uno de los malos malísimos el que hablaba—. ¿Eso qué es, niñata? Porque aquí de eso no tenemos.

—Bueno, basta ya. Dejad a la chica en paz. Por hoy ya hemos hecho bastante. Hasta mañana a todos.

Era difícil escapar a la salida. Todos menos las chicas me miraron como a un bicho raro, pero no dijeron nada más. Yo seguí pegada a Narcisa como si fuese mi escudo protector. Unos cogieron las eras, otros la calle abajo y nosotras dos fuimos juntas hasta la puerta de casa.

—¿Por qué no me habías dicho que ibas a venir a la escuela? —dijo Narcisa en cuanto giramos en la esquina—. Menuda sorpresa me has dado.

—Porque no pensaba ir. Pero mi abuela se lo prometió a mi padre y ya sabes cómo es ella.

—Mejor así. Te harás amiga de todos mucho antes, ya verás.

—Pues mal hemos empezado para hacer amigos —repliqué molesta—. Yo sabía que alguno se metería conmigo, pero han sido dos. El que todos dicen que es buen chico y se portó conmigo como una bestia y el animal de verdad, ya sabes, ese de cuyo nombre no quiero ni acordarme.

—Tranquila. Pura envidia, solo eso. Mañana ya te dejarán en paz.

Entré en casa y, como ya era la hora de comer, los abuelos estaban en la cocina, esperando a la estudiante.

—¿Cómo ha ido tu primer día de escuela? —preguntó el abuelo—. Don Marcial habrá sido simpático contigo, de eso estoy seguro.

—Sí, abuelo, él ha sido muy amable pero los chicos no tanto.

—¿Qué te han hecho los chicos? —La abuela quería saber para

estar segura de que había hecho lo correcto llevándome.

—Meterse conmigo por ser de capital. Eso lo ha dicho Teo porque he leído mejor que ninguno. Luego uno de la banda de los malos me ha llamado niñata porque he explicado que había aprendido a leer con los tebeos y él no sabía qué era eso.

—Bueno, mañana ya será otra cosa, ya verás —concluyó ella—. Y no olvides que a palabras necias, oídos sordos. ¿Entendido?

—Sí, abuela.

—Venga, come mientras está caliente, porque los garbanzos, fríos, no valen nada.

13

La vida volvía con la primavera y con ella mis ganas de comer y de estar con los chicos, aunque no con todos. Igual era eso el renacimiento del que hablaba el libro de historia.

Olores conocidos que sabían a primerizos. Entre los pedregales, los matojos rastreros se abrían camino con dificultad en busca de unos centímetros de tierra a la que agarrarse: tomillo, ajedrea y espliego mandaban un mensaje de despertares. Solo tenía que aspirar y penetraban todos hasta aquel rincón del cuerpo en el que los conservaría siempre.

El verde agreste de la era amaneció cubierto de perlas de agua que centelleaban al sol hasta que este las deshacía sin miramientos. «Rocío» me dijo el abuelo que se llamaba. Todo era diáfano y puro. El cielo parecía una promesa duradera de azul intenso. Entre el verde de los campos retoñados sobresalían unas manchas rojas que, al soplar el viento, se movían al mismo compás que los tallos de las espigas. Como si el mar se hubiese cubierto de rosas rojas. Yo sabía que aquellas no eran tierras de rosas, por lo que le pregunté a la abuela qué era aquello. Me dijo que eran amapolas que brotaban libres en medio de los trigales verdes. Que había que arrancarlas, como los cardos, y que justo era el momento de hacerlo.

Era una mañana de abril, no sé exactamente cuál, porque a medida que pasaban los días iba perdiendo la noción del tiempo, pero qué más daba. La abuela me había dicho que, si quería ver las amapolas, podía ir con ellos a escardar y di por sentado que ella debió de considerar la experiencia tan buena como una lección y por eso me permitió no ir a la escuela.

Las mañanas las tenía ocupadas con la bendita escuela, lo que me apartaba un poco de los abuelos y de sus tareas y, a veces, por la tarde había empezado a encontrarme con la pandilla porque me resonaban en la cabeza las palabras de la abuela María: «Cuantos más amigos tengas, mejor»; así que no me quedaba mucho tiempo para los libros que me habían dado en el instituto para repasar. Tampoco eran tantos los amigos con los que me sentía a gusto: a Narcisa la quería mucho; Flavia era más pícara y a veces disfrutaba haciéndome rabiar, pero me

gustaba estar con ella; luego estaban los chicos: Saturio, el hermano pequeño de Narcisa, con el que había hecho las paces después de lo de la víbora, y Jesús, hermano menor de mi tía Puri.

En mis primeros encuentros con la pandilla, me di cuenta de que Teo se sentía muy incómodo cuando yo estaba; algunos días bajábamos a dar paseos por la carretera y él ponía cualquier excusa y no venía. También yo me sentía incómoda, pero estaba tan convencida de que era él quien tenía que pedirme perdón que tampoco yo me acercaba. Hasta que una tarde, en la carretera, camino de la dehesa, adelantó el paso y se puso a mi lado. Yo no me atrevía a mirarlo y no dije ni mu. Me di cuenta de que, aunque era muy espabilado, no sabía ni por dónde empezar. La situación era tan ridícula que estaba empezando a ponerme nerviosa. De repente, me tocó el brazo como forzándome a levantar la vista. Lo miré y sentí de inmediato que había pasado demasiado tiempo y ya no le tenía rencor. Solo el orgullo me había mantenido alejada.

—No te asustes. Solo quiero pedirte perdón por lo que te hice. Fui un salvaje.

—Te perdono siempre que me prometas que no volverás a meterte conmigo, como hiciste el otro día en la escuela —le respondí, segura, pero con cautela.

—Prometido. Y, a partir de ahora, tú también me saludarás cuando nos crucemos. —El muy pillo se acordaba del día en que subía de la fuente.

Como la abuela me había dispensado de la escuela y yo no me perdía una, bajé con ellos a las fincas de La Vega. Pronto iba a saber de qué iba lo de las amapolas.

Una vez en la tierra, lo de matar aquellas flores tan vistosas me pareció una barbaridad. Me gustaba verlas: peleaban por un espacio entre los trigales, tiñendo el verde de un rojo tan vivo como aquella sortija, rubí me dijo que se llamaba, de la maestra de la academia a la que fui de pequeña. Pero si el abuelo Tomás decía que no se podían mezclar con el trigo, porque eran malas para la salud, poco podía hacer yo para llevarle la contraria. Aun así, lo intenté:

—Abuelo, ¿cómo van a ser malas con lo bonitas que son? —le pregunté.

—Porque no todo lo bonito es bueno —me contestó, y, sin darle más vueltas, me puse a la faena.

Las cortaba con mimo como si eso les evitara la «muerte» mientras ellos, con la hoz y el escardillo, se atacaban a los cardos, mucho menos alegres que las amapolas, igual de malos y además con pinchos.

—Abuela, ¿me puedo llevar algunas para ponerlas en la sala?

—No, hija, no. Cuando lleguemos a casa, ya habrán agostado —

¿Agostado en abril?, me dije.

—¿Eso qué es?

—Que ya no serán tan bonitas como te parecen —respondió ella.

—Pues sí que dura poco lo bonito —repliqué.

Y ahí ella se puso a reír entre trigales y amapolas, y me pareció muy guapa. Anda que lo que no se le ocurra a esta chiquilla… la oí murmurar mientras continuaba su tarea.

Volvimos a casa a la hora de comer. El puchero se había quedado arrimado a la lumbre y las alubias con chorizo se habían ido haciendo solas. A mí ya no me ponían la cazuelita de barro aparte. Había demostrado que podía comer con los demás de la misma cazuela. No siempre iba a ser una cría.

Después de fregar los cuatro cacharros, la abuela me recordó que no había visto ninguno de los libros del instituto que tenía entendido que debía repasar; nunca se olvidaba de lo esencial y sabía que los libros lo eran para mí. También anunció que había que darles una vuelta a las sábanas que estaban enjabonadas en remojo desde la víspera. Eso quería decir que había que bajar de nuevo al lavadero. Me di cuenta de que mi presencia multiplicaba las tareas para ella porque, en verano, quien lavaba era mi madre, y pensé que con aquellas sábanas tan gruesas no iba a poder ayudarla mucho, pero aun así me ofrecí a acompañarla, con mi promesa de que, después de cenar, cogería los libros. Después aparejó la burra con el serón y metió los baldes a ambos lados. Una vez mojada la ropa, no habrá quien pueda con ella, dijo antes de que yo preguntase.

De nuevo en casa, el abuelo descargó a Petro y los baldes fueron directos a la cocina, con lo que me di cuenta de que la colada aún no había terminado. Tampoco era necesario lavar las sábanas tan a menudo, pensé, viendo que la tarea no era lo que se dice sencilla.

—¿Sigues aquí? —preguntó la abuela con picardía, al verme ensimismada de nuevo.

—Sí, ¿la puedo ayudar ahora?

—Ve destapando el coción —me indicó con un gesto a qué se refería, porque el coción y yo aún no habíamos sido presentados.

Siempre me había preguntado para qué demonios servía aquella especie de enorme tinaja de barro anclada a la pared en un rincón de la cocina, que tapaban con una plancha de madera para que no entrasen bichos. Ahora ya sabía su nombre y pronto iba a enterarme de su utilidad.

La abuela y yo doblamos un poco las sábanas para que pudiesen entrar en aquella vasija. Después retiró la caldera de cobre llena de agua que, contra la tiznera y colgada de la cadena encima del fuego, había estado calentándose toda la mañana y vertió el agua en ella.

Avivó las llamas y volvió a vaciar un par de cántaros de agua en la caldera. Comprendí que se trataba de llenar la tinaja hasta el borde y que eso demandaría unas cuantas calderas. Mientras tanto, para no incumplir mi promesa, me había llevado *Las aventuras de Huckleberry Finn* a la cocina y le propuse a la abuela leerle una página en voz alta. No sé bien por qué lo dije, pero me alegró un montón ver sus ojos de emoción sorprendida. En aquel momento supe que nunca nadie había leído para ella. Y dije: El libro se llama *Las aventuras de Huckleberry Finn*, pero como ese nombre no hay quien lo pronuncie, yo lo llamaré Finn, y empecé:

> Un día Tom envió un chico (el emisario) a recorrer el pueblo con una tea encendida (que era como el grito de guerra de la banda y la señal de que debía reunirse inmediatamente), y nos comunicó que sus espías le habían traído la noticia de que una gran caravana de mercaderes chinos y de riquísimos árabes iba a acampar en Cave Hollow con doscientos elefantes, seiscientos camellos y más de mil acémilas cargadas de piedras preciosas; que solo llevaban una escolta de cuatrocientos soldados. Nos recomendó que cuidáramos de tener bien engrasados los fusiles y afiladas las espadas, y todo muy a punto. Jamás logró apoderarse ni siquiera de un carro de nabos y, sin embargo, quería que las armas estuvieran siempre afiladas y engrasadas, por más que solo estaban hechas de hojalata y de palos de escoba; ya podía uno afilarlas y engrasarlas hasta quedar reventado, que después de tantos afanes y sudores quedaban lo mismo que antes y maldito si servían para nada. Yo no creía que pudiéramos derrotar a tan gran número de chinos y árabes, pero como tenía ganas de ver los camellos y los elefantes, por eso al día siguiente, que era sábado, no falté a la emboscada; y en cuanto se dio la orden, salimos del bosque y como una tromba nos lanzamos ladera abajo. Pero allí no había ni chinos ni árabes, ni camellos ni elefantes. No había más que un grupito de párvulos de la escuela dominical que iban a pasar un día de campo. Caímos en medio de ellos, armándose el gran revuelo, y les hicimos huir hasta el otro lado del barranco. No obstante, como botín no sacamos más que unas cuantas galletas y alguna lata de mermelada, aunque Ben Rogers encontró una muñeca vieja y rota, así como Joe Harper un libro de himnos y un folleto de propaganda; pero la maestra reaccionó rápidamente, se metió en liza y nos obligó a abandonar el botín y batirnos en retirada. Por mi parte, no vi ninguna piedra preciosa y así se lo dije a Tom Sawyer, quien afirmó que a pesar de todo las había a

> montones, así como árabes, elefantes y todo lo demás. Entonces le pregunté que cómo era que no los habíamos visto, y respondió que si yo no fuese tan ignorante y hubiese leído un libro titulado *Don Quijote de la Mancha*, no tendría necesidad de preguntarlo. Explicó que las cosas habían sucedido por arte de encantamiento. Que allí había centenares de soldados, elefantes, tesoros y demás, pero que teníamos unos enemigos llamados encantadores, que por envidia y para fastidiarnos lo habían convertido todo en una escuela dominical de párvulos. Yo dije que así la cosa cambiaba y que en este caso lo que debíamos haber hecho era atacar a los encantadores. Pero Tom respondió que yo no era más que un zoquete.[1]

Si le gusta, puedo leerle un rato cada noche.

—¿Cómo no me va a gustar, criatura? Mañana le diremos al abuelo que esté con nosotras. ¿Te parece? —Me sentí feliz de haber sido yo quien le leyera una historia por primera vez.

Interrumpí la lectura porque vi que se dirigía a la caldera del fuego y continuaba con la labor. También a mí me interesaba saber cómo se acababa lo del coción.

Ahí la abuela colocó un harnero con un lienzo blanco por encima que cubría la boca del recipiente. Y ya por último y para mi mayor sorpresa, encima del trapo echó unas paladas de ceniza. No le veía mucha lógica a la cosa, pero la miraba hacer con tanta seguridad que me dije que en algún momento lo vería claro. Me pidió que volviese a tapar el coción y eso hice.

—Usted sí que es una maga, abuela; las sábanas blanquearán a pesar de la ceniza; conoce el cielo y lo adivina; hace pan y rosquillas; sabe lo que les pasa a los animales…

—Y ese amigo de Finn, con la cabeza llena de pájaros, se parece mucho a ti. Tú también ves rubíes en las amapolas, olas en el trigo verde y oro cuando está agostado. —Me impresionó que la abuela hubiese captado que por dentro yo me sentía como Tom.

Escuchaba con tanta atención que no se le escapaba ni una. Me dejó boquiabierta cuando, después de hacer una pausa en la lectura, dijo muy seria:

—Me suena que ese Don Quijote es de los nuestros.

—Tiene razón, abuela, tampoco yo he leído el libro de Don Quijote, pero es de los nuestros, seguro.

La tarea de la colada continuaría al día siguiente, pero era ya de noche y había que cenar. Como el puchero llevaba toda la tarde arrimado al fuego, no tuvo más que verterlo en la cazuela de barro y llamar al abuelo que estaba en el casillo para empezar a dar buena cuenta de las patatas con costillas.

—Mañana será otro día —dijo ella, después de fregar los pocos utensilios usados.

—Mañana la ropa estará sucia de ceniza y habrá que volver a lavarla —dije como si fuese una entendida.

A la mañana siguiente ya estaba yo en la cocina cuando la abuela abrió el piche del coción y lo vació por entero.

—Ya está —dijo ella satisfecha—. Ahora de nuevo al lavadero, aclaramos y tendemos al sol. Ya verás lo blancas y limpias que han quedado.

Era mi maestra. No entendía tanto empeño en hacerme ir a la escuela. Aprendía con ella muchas más cosas que en los libros.

14

Flavia, la hija de los carteros, se acercó una tarde de mediados de junio a traernos el correo. Estaba yo sola leyendo en el poyete del corral.

—Muy tranquila te veo —dijo a guisa de saludo—. ¿Estás sola? Asentí con la cabeza y no lo dudé un instante. A bocajarro le solté:

—¿Tú llevas sostenes? —Por la cara que puso entendí que era la última pregunta que podía esperarse.

—¿A ti qué te pasa? Primero, hola qué tal; luego, si quieres hablamos de sostenes. —Soltó una risa que atravesó el silencio de la era.

—Yo no llevo —dije con un aplomo que no sentía—, pero me revienta que se me noten los pechos a través del vestido.

—¿Pechos? ¿De qué pechos hablas? —dijo con una sonrisa divertida, observando algo invisible para ella.

Me dio una rabia inmensa. Siempre era la más pequeña en todas partes. La miré casi con odio.

—Tus tetas no necesitan nada que las sostenga, de momento. Contenta tendrías que estar, porque son un engorro. —Su tono ya era algo más suave.

—O sea que los llevas…

—Y dale. Pero ¿qué bicho te ha picado hoy?

No tuve más remedio que contarle lo que le había oído decir a la abuela la víspera. Ese «cuanto más tarde, mejor» no me había dejado en paz durante todo el día. Flavia podía ser algo bruta, pero siempre decía la verdad.

—Menudo misterio las palabras de tu abuela —dijo ella con tono de experta—; eso nos pasa a todas las chicas. Y es un fastidio de verdad. Los sostenes a su lado son pura gloria. —Debió de notar mi expresión de curiosidad porque enseguida añadió—: Tranquila, es engorroso, pero no mortal. —Me miró sonriendo, pero sin reírse de mí.

—Bueno, ¿me vas a contar de qué va la cosa o no? —No estaba dispuesta a aguantar más chunga.

—Es cuando las niñas nos volvemos mujeres. Nos salen tetas y

pelos en el chichi, pero eso no es nada. —Puso tal cara de circunstancias que consiguió asustarme—. Lo peor es que perdemos sangre una vez al mes.

No me había equivocado al imaginar que alguna relación había con lo de los pañales ensangrentados que había visto tantas veces lavar a mi madre. Por Dios qué asco, pensé, llevar unos trozos de tela entre las piernas llenos de sangre.

Mi cara debió de ser de tal espanto que enseguida vino a mi rescate, o eso creyó ella, porque precisó que eso les pasaba a todas las mujeres.

—Pregúntale a tu madre, ya verás, o a tu abuela. Nadie se muere por eso.

—Ya… —balbuceé sin saber muy bien qué decir, pero segura de que a ellas ni se me ocurriría preguntarles—. Y cuando sangras, ¿duele?

—A veces, la barriga, un poco… Pero deja ya de mirarme con esa cara de terror, que todo eso es bueno. Pasamos al bando de las mujeres y dejan de tratarnos como chiquillas.

—Pues menos mal que hay algo bueno… —y tan inquieta como deseosa, añadí—: ¿A qué edad pasa todo eso?

—Depende. A mí me vino a los 10. A ti, a lo mejor cualquier día de estos.

—A lo mejor —concluí, sin mucha convicción.

—Bueno, me voy, que aún tengo que ir a Las Fraguas.

La carta que nos había dejado era de mi madre y, en cuanto volvió la abuela de darle de comer al cerdo, me pidió que se la leyese enseguida. Todas empezaban igual: Esperamos que al recibo de esta estén todos bien de salud. Nosotros bien, gracias a Dios […]. Después venía la gran noticia: si no había percances, vendrían a final de mes ella, la prima Áurea y el niño. Más o menos a las mismas fechas que solíamos venir nosotras en verano, o sea, cuando se acababan los colegios.

—¿Estarás contenta? —preguntó la abuela con indisimulada alegría—. ¿No los echabas de menos?

—Sí, pero creo que usted lo está más que yo —me atreví a decirle.

—Me muero de ganas de conocer al niño —confesó rápida—, aunque hemos estado muy bien las dos juntas —añadió para suavizar lo que supuso podía provocarme celos.

No sé cómo lo hacía, pero lo cierto es que la abuela, además de adivinar el tiempo, adivinaba muchas otras cosas. Estaba segura de que tanta colada tenía que ver con el anuncio de la llegada de mamá. Querría tener todas las camas preparadas para los viajeros. Y me vinieron a la cabeza unas palabras que me había dicho en alguna

ocasión: la pobreza no está reñida con la limpieza. Lo poco que tenía, debía estar como «los chorros del oro», aunque no sabía muy bien qué tenía que ver el oro con el lavadero.

Los días siguientes se nos pasaron volando. Ella preparándolo todo para recibirlos y yo con la pandilla por las tardes. No hacíamos gran cosa; a veces solo hablábamos de lo que unos sabían de los otros, de los que no estaban presentes, muchas veces se encendían contando las últimas barrabasadas de los «malos», que, por desgracia, eran mayoría, porque las dos familias que entraban en esa categoría tenían un hatajo de hijos, a cuál peor. Hasta yo conté la mía porque, en el último verano que había estado allí, se atrevieron a machacar con piedras una chaqueta mía de piqué blanco mientras estaba extendida al sol para que blanquease. Recordé la rabia de mi madre cuando había bajado al lavadero a recoger la ropa.

Después de cenar, saqué de nuevo el libro de Finn y les propuse a los abuelos seguir con la lectura. Ambos dijeron que sí como quien se prepara para un gran acontecimiento. Me sentía importante de poder ofrecerles algo que nadie les había dado antes.

—Si les parece, continúo donde lo dejamos el otro día —dije a la par que abría el libro en la página con la esquinita doblada—. Tom Sawyer había llamado zoquete a Finn. ¿Lo recuerda, abuela?

> —Tú no sabes que los encantadores podían llamar en su ayuda a un montón de genios y estos te hubieran hecho papilla en menos que canta un gallo. Son tan altos como un árbol y ocupan tanto sitio como una iglesia.
>
> —Bueno —exclamé—. Pero y si nosotros llamáramos a algunos genios para que nos ayudaran, ¿no podríamos entonces derrotar a los otros?
>
> —¿Y cómo harías para llamarlos?
>
> —No sé. ¿Cómo los llaman ellos?
>
> —Pues frotando una vieja lámpara de cobre o un anillo de hierro los genios acuden al instante en medio de truenos, relámpagos y una gran humareda. Todo lo que se les pide, van y lo hacen en el acto. Para ellos es facilísimo levantar en vilo una fortaleza y hacerla migas, o hacer lo mismo con un maestro de escuela dominical o con cualquier otra persona.
>
> —¿Y quién les obliga a hacer todo esto?
>
> —Pues el que frota la lámpara o el anillo. Son sus esclavos y no tienen más remedio que hacer lo que les manda. Si les dices que construyan un palacio de diamantes a cuarenta millas de distancia y lo llenen de chiclés o de cualquier otra cosa, y que te traigan a la hija del emperador de la China para casarte con ella, tienen que hacerlo… y tienen que hacerlo además antes de

que mañana vuelva a salir el sol. Y más aún: tienen que trasladarte el palacio por los aires al país que a ti se te antoje.

—¿Ah, sí? Pues te digo que son unos perfectos imbéciles por no quedarse el palacio para ellos en vez de ir repartiéndolos a voleo de esa manera. Si yo fuese un genio de esos, primero enviaría a una persona a las fronteras de China antes que dejar mis asuntos para correr hacia él, solo porque ha frotado una vieja lámpara.

—¡Pero qué cabezota eres, Huck Finn! Te digo que cuando la frotase no tendrías más remedio que acudir, tanto si querías como si no.

—¡Vamos, hombre! ¡Y yo tan alto como un árbol y tan ancho como una iglesia! Está bien; dejémoslo en que acudiría.

—Bueno, Huck Finn, es inútil gastar saliva contigo; ya veo que no entiendes nada de nada.

Hice una pausa que la abuela aprovechó en el acto.

—Ese amigo de Finn no hace más que insultarlo, que si zoquete, que si idiota. Se debe de creer muy listo.

—¿Cuál de los dos crees que es más listo? —preguntó el abuelo.

—Yo creo que Finn, pero me cae mejor Tom. ¿Y a usted?

—A mí también.

—Tom tiene mucha imaginación. Se inventa cada una… —intervino la abuela.

—A ti seguro que no se te ocurriría ir al bosque con un quinqué —añadió el abuelo, con cara de pícaro.

—Abuelo, a mí no se me ocurre ir al bosque ni con quinqué ni sin él. —Se rieron los dos y dimos por concluida la lectura.

15

Por fin llegó el día en que bajamos las dos con Petro y sus serones a recibir a la familia. También yo estaba algo excitada con la llegada. Tenía ganas de ver a mamá y a Tomás, y me encantaba la idea de tener a Áurea conmigo y de poder hacer cosas de chica, sobre todo ahora que la escuela había cerrado porque don Marcial sabía en qué momento sus alumnos eran necesarios en el campo.

Esta vez, la primera en apearse del coche de línea fue mi prima, que no podía esconder la alegría de verme y se abrazó a mí nada más poner los pies en el suelo. Luego, bajó mamá, que fue directa hacia la abuela con el crío en brazos. Se dieron un montón de besos y Tomás pasó, como por arte de magia, a los brazos de la abuela, que no paraba de decirle cosas: que si era como un ángel —piropo que jamás había usado conmigo—, que si sus ricitos rubios eran del color de la miel, que si ya era muy grande… mientras lo apretujaba contra ella. Tomás, pobrecillo, se dejaba hacer sin decir ni mu. Por fin, me tocó el turno a mí. Mamá se sorprendió al verme tan cambiada, con colores en la cara y aspecto de campesina. Qué alegría verte así, me dijo. Estaba segura de que aquí te pondrías buena enseguida.

Esta vez el serón le tocó al niño. En un lado él, y en el otro, el equipaje y así la carga fue desequilibrada todo el camino de subida hasta el pueblo. Áurea a mi lado y yo le iba dando instrucciones de lo que tenía que hacer porque sabía que no le hacía ninguna ilusión quedarse en la casa de los otros abuelos. No te preocupes, le decía, a la que te levantes, te vienes a mi casa y pasamos el día juntas. Y si no te veo aparecer, voy yo a buscarte. Prométemelo, dijo ella, tímida y obediente cuando la dejamos en el corral de la abuela Marcelina, después de que mamá le hubiese dado un beso y que Tomás fuese sometido a otra tanda de achuchones.

Tía Simona y el abuelo volvieron a repetir la fiesta de carantoñas con Tomás. El pobre nunca había sido tan besado y manoseado como ese día, aunque no se quejaba. La abuela no hacía más que decir que era como un querubín, a saber qué era eso. Entendí que debía de ser algo bonito por la cara de papanatas que ponían todos los presentes ante el que parecía ser el rey de la casa. Es verdad que el renacuajo

había mejorado mucho desde el día que nació. Era un crío de piel blanca, cara sonrosada, piernas como palillos y unos ricitos rubios como tirabuzones que, desde luego, eran mucho más bonitos que mis cuatro pelos finos y estirados. Encima tenía que tener los ojos del mismo color que yo, el muy envidioso. Del azul del cielo. Del cielo del pueblo.

Los abuelos dejaban su alcoba a mamá y al niño; ellos dormirían en la contigua, y a la tía le tocaría dormir en la cámara. La casa era pequeña pero la abuela siempre decía: «De puertas adentro, todo son camas» y, cuando lo oí la primera vez, le pregunté qué quería decir. Recuerdo que me contestó que al que entra en casa, no se le niega una cama, aunque sea un colchón en el suelo.

Mamá sacó de su maleta su ropa y la de Tomás, y la fue dejando en el arca más grande. En la habitación no había armario ni sitio para dejar nada. Al final de todo, sacó un montón de tebeos que papá había ido guardando desde el día que nos vinimos al pueblo. Imposible olvidar que fue él quien se sentaba conmigo antes de cenar y me enseñaba a unir y separar letras; luego, sílabas y más tarde, frases. El día en que conseguí leer lo que los personajes de las historietas decían en aquellas nubes con palabras fue uno de los más felices de mi infancia. Así que él sabía mejor que nadie hasta qué punto me había encariñado con algunos de esos personajes. Las familias Cebolleta y Ulises se unieron a la mía. Tenía preferencia por Pocholita, la hija de Rosendo Cebolleta, que me parecía valiente y lanzada. En cambio, no le tenía mucha simpatía a Lolín, la hija de los Ulises, porque era un poco ñoña. En el *Pulgarcito*, que venía a veces con el *TBO*, me hice amiga de Carpanta porque siempre tenía hambre, como yo. Y en *Roberto Alcázar y Pedrín*, detective el primero y el segundo su ayudante, me enamoré de Roberto porque era guapísimo, vestía muy bien y siempre conseguía lo que se proponía.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, ya se habían ido todos al tajo, a segar. Salían antes de que amaneciese porque así aprovechaban las horas de menos calor para avanzar más. La abuela había hecho torrijas para Tomás como las había hecho tantas veces para mí cuando llegábamos. Lo vi claro: iba a tener que acostumbrarme a compartir torrijas y todo lo demás con el «querubín». Pero la abuela había sido mía primero y eso iba a misa. Cuando apareció Áurea, aún le tocó una que le supo a gloria. En casa de los abuelos paternos no tenían con ella los mismos miramientos que tenían los míos conmigo. No me gustan las sopas de ajo que me da la abuela Marcelina, le dijo a mi madre como si tuviese que dar explicaciones. No te preocupes. Ven aquí siempre que quieras, que de lo que coma tu prima, comerás tú. Y claro, con lo rancios que eran los otros y lo tacaño que era el abuelo Benito, Áurea pasaba más tiempo

con nosotros que con ellos.

En verano, mi madre suplía a su hermana Simona en la tarea de llevarles la comida a los que estaban segando. Era el momento de dejar a Tomás con Áurea en casa de la abuela Marcelina porque yo no quería perderme nada. Áurea, de pequeña, había tenido un problema muy gordo en un pie que nos preocupaba mucho a todos. Uno de los muchos médicos que la había visitado había dicho a sus padres que igual perdía el pie. No lo perdió gracias al tesón y a los cuidados de su madre, pero aún calzaba botines y no podía hacer grandes caminatas. Como era tan cariñosa y maternal, se quedaba encantada con el crío.

Mamá me plantó un sombrero de paja, tan grande que casi me tapaba los ojos: El sol aquí no perdona, hija. Le puso los aperos a la burra; metió en el serón el botijo, la bota de vino, la hogaza de pan y la comida, me sentó encima del animal y emprendimos nuestra excursión bajo el sol batiente. No conseguía saber cómo podía adivinar el camino y mucho menos acertar en qué finca se encontraba el resto de la familia. Cada pedazo de tierra cultivable tenía un nombre, y un día la abuela, igual que recitábamos en el colegio la tabla de multiplicar, me los cantó todos: Valdemostajo, La Vega, Arrompedizos, Tripa oveja, La Fuentona, El Rubial… De los nombres me acordaba, pero no sabía decir cuál era cuál. Todos los caminos y todas las tierras me parecían iguales. Mamá, sin embargo, se las sabía todas porque las conocía desde pequeñita.

—Este camino me trae a la memoria algo que nunca te he contado —dijo de repente, alzando la mirada hacia mí. Me pareció que era mejor bajar de la burra para no perderme nada. Le pedí que me ayudase y, cuando ya estaba en el suelo, empecé con las preguntas.

—Ya puedes empezar, me muero de ganas de saber —acerté a decir, convencida de que iba a enterarme de algo importante.

Su tranquilidad contrastaba con mi ansia. Sus gestos me decían que había esperado tanto tiempo que ya no venía de unos minutos más.

—Ya sabes que cuando papá se fue a Barcelona, yo estaba embarazada de ti. —En efecto, pensé, hasta ahí ninguna novedad—. Aquí me quedé, trabajando como peón sin sueldo para el abuelo Benito.

—Ya y no sabes la rabia que me da.

—Un día de acarreo sucedió algo imprevisto. —Parecía no poder entrar en detalles. Me carcomía de impaciencia, pero me aguanté las ganas de preguntar. La dejé seguir—. Estaba de cuatro meses cuando tu padre se fue, pero tus abuelos se dignaron poner una chiquilla de Las Fraguas para ayudarme cuando ya estaba de siete. Aun así, yo tenía que seguir yendo con ella.

—¿De verdad?

—Verdad verdadera. Yo solía ir montada a caballo a la ida mientras ella sujetaba las riendas. En la tierra, cargaba ella las gavillas y el regreso lo hacíamos a pie. —Me resultaba especialmente difícil imaginar a mi madre bajo el sol ardiente, con su barriga y sus kilos de más.

—Recuerdo que cuando era pequeña algunas veces no dejabas que te acompañase porque decías que mis piernas no daban para tanto.

—Un buen día —prosiguió ella— en el trayecto de ida, tuvimos que cruzar el arroyo que pasa en medio de La Vega. Yo iba montada, la moza delante tirando del caballo, pero el animal, vete tú a saber por qué, en vez de meter las pezuñas en el agua, como siempre, decidió dar un salto. Desprevenida, fui a dar con el barrigón en el suelo.

—O sea que nos caímos las dos —intervine yo—, ¿qué pasó? ¿Te hiciste daño?

—Perdí el conocimiento, según dijo la chiquilla, pero muy poco rato. Cuando abrí los ojos, solo vi una cara de cera. A la pobre cría el susto le había robado el color. Yo temblaba de miedo de que te hubiese pasado algo a ti —dijo ella con su aplomo habitual— pero había que volver a casa y eso fue lo que hicimos, sin gavillas, andando y con un enorme temor encima.

—¿Y el bebé?… bueno, ¿y yo? —pregunté con un egoísmo inservible.

—Tú parecías moverte dentro de mí, o por lo menos eso es lo que yo deseaba creer, pero ¿cómo podía saber si habías sufrido algún daño? Imposible en aquellos tiempos y en estas tierras, ya sabes. Sin médicos, sin pruebas.

—¿Y qué dijo la abuela?

—Algo así como: Siempre he dicho que acabarías pariendo en el tajo, pero esto es mucho peor, y a partir de ese día no paró de preguntarme si había sangrado, si tenía dolores… Fueron dos meses de angustia que solo podía compartir con ella y con la tía Simona. A tu padre preferí no decirle nada por carta. Estaba preparando las oposiciones y no me pareció un buen momento para meterle el miedo en el cuerpo.

—Menuda suerte tuvimos —solté sin pensar—. Si no, a lo mejor no habría nacido.

—Así es. Naciste de puro testaruda que eres —remató mi madre con una sonrisa—. Bueno, ahora que ya lo sabes todo, me vas a contar tú a mí cómo han sido esos meses con los abuelos. —Cambió de tema así, como si nada—. Te habrás portado bien y no habrás hecho demasiadas trastadas, supongo.

—Mamá, por favor, me hablas como si aún fuese una chiquilla. Todo ha ido fenomenal.

Después seguimos andando en silencio durante un buen rato. O tal vez no fue mucho rato, pero a mí se me hizo eterno. Poco después de cruzar la carretera, camino de La Aldehuela, pregunté: ¿Son aquellos? Mamá miró hacia donde yo le señalaba y dijo: Sí, esos son, ¿cómo lo has adivinado? Y yo, que era cualquier cosa menos mentirosa, respondí: No lo he adivinado, mamá, solo que aquellas manchas negras en medio del amarillo solo pueden ser personas. Y mi madre: Así me gusta, hija. Tú siempre con los ojos bien abiertos.

A medida que nos aproximábamos, las manchas negras iban tomando forma. Las observé encorvadas, con la hoz en una mano y la zoqueta en la otra; la abuela me había dicho que esa cosa de madera que se ponían en la mano izquierda era para no cortarse los dedos con las espigas. La verdad es que no entendía muy bien por qué se vestían todos con colores oscuros ni por qué iban cubiertos desde la cabeza hasta los pies con el solazo que caía a plomo, pero, como disparaba preguntas sin parar, acabaron explicándome que era para protegerse del sol, de los bichos y de las espigas. De sus caras apenas se veían los ojos, porque, con el pañuelo que les cubría la cabeza, las mujeres se tapaban también la boca y, encima del pañuelo, llevaban un sombrero de paja como el mío. Sobre la camisa, para proteger los brazos se ponían unos manguillos de cuero rústico sin pulir.

Pararon cuando llegamos y, bajo el sol implacable, ya que no había un árbol al alcance de la vista, nos sentamos a comer a la escueta sombra de un zarzal, sobre la manta que llevábamos en el serón. Ese día tocaban garbanzos con chorizo. Venían en el mismo puchero en el que los había cocinado mamá al calor de la lumbre, porque así se mantenían calientes. Una vez allí, los echó en una cazuela de barro y todos picoteamos de ella con nuestras cucharas. Me di cuenta de que el abuelo Tomás, menos hablador aún que la abuela, con el rabillo del ojo no se perdía nada de lo que yo hacía. Era un hombre bondadoso y tranquilo, aunque la abuela solía decir que le faltaban redaños. Qué querría decir «redaños». No lo sabía, aunque me lo imaginaba. Era la abuela la que marcaba el ritmo, la que decidía, la que siempre sabía lo que había que hacer. Él, siempre plácido, simplemente la seguía. Yo sentía que me quería mucho. No porque me lo dijese, esas cosas nunca se decían en voz alta en mi familia, sino porque me observaba sin parar y se fijaba en las cosas que me gustaban. No tardó en darse cuenta de que la niña no comía torreznos, pero no le hacía ascos a las cortezas y él, sin decir palabra, a partir de ese día iba comiéndose los suyos y dejando las cortezas a un lado para su nieta.

Acabada la comida y tras unos minutos de reposo, emprendieron su tarea de nuevo. Mientras mi madre recogía los trastos y volvía a meterlos en la cesta, yo los observaba con atención. Me maravillaba la agilidad con la que usaban el garrotillo. Con la misma mano que antes

empuñaba la hoz, asían ahora eso que a mí me parecía un simple palo y que servía para ayudar a atar los manojos de espigas con el tallo de una de ellas, haciendo gavillas, algo así como ramos de flores, pero sin flores. Ese día le pedí a mi madre que nos quedásemos un poco más, que quería ver cómo acababan de hacerlo. Cuando todo lo segado estaba ya recogido en gavillas, juntaron varias para que el montón fuese mayor y poder así dejar todos los haces recogidos en el medio de la finca hasta que tocase venir a buscarlos para subirlos a la era.

De regreso del tajo, antes de entrar en casa, mamá se quedó en casa de sus suegros para recoger al niño y estar un ratito con la abuela Marcelina y con Áurea. Yo seguí con la abuela María, que, antes de llegar al corral, se paró en la era, oteó el horizonte por los cuatro costados y olfateó el aire que, al parecer, le decía cosas. Enseguida imaginé lo que iba a decir a continuación y, a los pocos segundos, dijo: Mañana llueve. Así era la abuela. Cuando no se veía ni un asomo de nube en el cielo, ella preveía lluvia.

16

Aunque por la mañana el sol había salido rabioso, como decía la abuela, poco después del desayuno empezó el cielo a emborronarse. Todo se tiñó de gris en un santiamén y en otro amén pasó al gris oscuro casi negro. Me quedé frente a la ventana de la sala medio hipnotizada por el cielo cambiante y la luz que desaparecía a pleno día. Daba miedo, la verdad, pero era la primera vez que veía algo así. De repente, unos latigazos luminosos surcaron el aire y enseguida un ruido atronador anunciaba ya lo que la abuela había presentido la víspera. Al poco estaba lloviendo a cántaros.

El abuelo, en vista de que la mañana no iba a permitir bajar a segar, nada más levantarse se había ido a buscar gamones para el cerdo. Ahora, jarreando, pensaba en que el pobre hombre llegaría empapado como una sopa.

—Abuela, ¿los relámpagos no pueden hacerle daño al abuelo? —pregunté esperando una respuesta tranquilizadora.

—Los relámpagos no le hacen daño a nadie. Los rayos sí que pueden ser muy malos. —Debí de poner semejante cara de susto que añadió—: Pero el abuelo ya sabe de eso y seguro que se habrá cobijado en alguna majada.

Oí a Tomás parloteando con mamá en la sala y poco después allí estaba él con sus ricitos, sus ojazos y sus piernas palillo. Antes de dar los buenos días, fue directo a los brazos de la abuela, que lo esperaban abiertos de par en par. Me dolió un poco, la verdad. Aunque no se lo podía tener en cuenta porque también yo había sido niña. Para que se soltara del abrazo, reclamé: ¿Y yo qué, no queda nada para mí? El crío vino corriendo y me plantó un par de besos. Quise pensar que lo habría hecho aunque no se lo hubiese pedido.

Esperábamos al abuelo para desayunar juntos porque eso era algo que no se daba muchas veces. De pronto, oímos la puerta del corral y corrimos los dos a recibirlo. Venía chorreando y lo primero que hizo fue dejar el saco de los gamones en el suelo. Me extrañó que no nos diese ni un beso y lo pálido que estaba, como si no se encontrase bien. Pensé que se habría resfriado.

—He visto a Pablo, he visto a Pablo… —farfullaba con los ojos

perdidos, como si no estuviese en sus cabales.

—Parece que hayas visto un fantasma —oí a la abuela a mis espaldas—. Estás más amarillo que la cera de las abejas. ¿Qué ha pasado?

—Pablo, acabo de ver a Pablo en el camino —respondió él con voz temblorosa—, no me llega la ropa al cuerpo. ¡Tremendo!

—Anda, quítate esa ropa y cuenta —le dijo la abuela metiéndolo en la cocina para que se calentase.

—He visto un hombre atravesado en medio del camino al volver del monte, a la altura de las primeras tainas. —Al pobre abuelo le costaba respirar, me pareció que le iría bien beber y fui a buscarle el botijo.

Empinó el botijo y bebió como si se fuese a ahogar. Después se fue vistiendo con la ropa seca que la abuela había ido a buscar. Al oírlo, tía Simona y mamá bajaron de la cámara donde andaban haciendo limpieza.

—No se movió al oír mis pasos. Pensé que le habría dado una malagana y se habría caído allí mismo.

La abuela, a quien le había oído decir que el abuelo era más bueno que el pan, pero no tenía empuje, seguía mirándolo y esperando la continuación.

—¿Era Pablo? —preguntó la abuela, a lo que el abuelo respondió con un gesto afirmativo—. ¿No te habrás venido sin comprobar qué le pasaba? —preguntó ella, dejando la hogaza que tenía en la mano en el mandil.

—Mujer, ¿cómo iba a hacer algo así? —El abuelo pareció ofendido por la pregunta.

—Anda, cuenta de una vez, que me tienes en ascuas.

—No pude hacer nada. —Al abuelo le costaba respirar; yo, en cambio, retenía la respiración para que ni se notase mi presencia y poder oír hasta el final—. Me acerqué a él; tenía los ojos abiertos, pero no respiraba.

—¡Dios santo! —intervino mamá—. A ver quién se lo cuenta a Nati ahora.

Debía de estar muerto, pensé yo, mientras intentaba digerir semejante posibilidad y me imaginaba al bueno del abuelo delante de aquel hombre que veía sin ver y no soltaba aire por la boca.

—Tenía la camisa y el chaleco totalmente empapados de sangre y, mojado como estaba, daba pena verlo. —Soltó esas palabras como quien vomita por fin lo que le ha sentado mal al estómago—. No es el primer muerto que veo, pero te juro que así, con una raja en el pecho… me han dado escalofríos.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó la abuela, llevándose las

manos a la cabeza.— Pobre la tía Faustina cuando se entere… ¿quién habrá sido? La abuela no paraba de gesticular, algo poco habitual en ella.

—Y yo qué sé —replicó el abuelo como quien quiere zafarse de tanta pregunta sin respuesta—, pero el que lo haya hecho se ha ensañado con el pobre chico.

La familia entera estaba pendiente de sus palabras. Yo debí de quedarme con la boca abierta; un muerto, sangre, una raja en el pecho, solo había oído algo así en alguna película del Oeste, pero ahora era el abuelo el que hablaba y el muerto era conocido. Miedo y excitación se mezclaban en mi cuerpo. Oí mis tripas rebullir inquietas y al mismo tiempo a mamá decirle a tía Simona que Pablo no era de los de tener enemigos, con lo bueno y asentado que era. Y a la tía, con su cara sombría de siempre, contestarle: Pues ya ves, en este pueblo todo es posible. La abuela puso punto final a los cuchicheos y, con su sentido práctico y eficaz, se encaró de nuevo con el abuelo.

—Habrás ido ya a hablar con el alguacil, supongo. —Por su tono me pareció que suponía justo lo contrario.

—No. Aún no. Necesitaba contarlo en casa primero.

—Pues aviando —remachó la abuela con su autoridad de costumbre, tendiéndole un mantón para resguardarse de la lluvia.

Al volver de su visita al alguacil, el abuelo contó que él parecía no tener dudas sobre el posible autor de la muerte. Solo puede haber sido uno de ellos, comentó el abuelo haber oído de su boca, dando a entender que todos los presentes sabíamos quiénes eran «ellos». Todos menos yo, claro. El abuelo dijo también que había ensillado su caballo para salir de inmediato a comunicar la noticia al secretario del Ayuntamiento cabeza de partido.

El alguacil le había dicho al abuelo que no saliese a segar por si lo necesitaban para algo y ya ese día nadie pensó en la faena del tajo. Lo que sí hicieron todos los de casa fue ir a visitar a los padres de Pablo para darles la noticia. Su madre no paraba de llorar y, entre lágrima y moqueo, le preguntaba al abuelo si había visto algo que le hubiese llamado la atención. El abuelo dijo que le habían sorprendido las alforjas, en las que creyó ver algo de ropa y una hogaza de pan, pero que no se había atrevido a tocar nada por si acaso. Tanto las alforjas como lo que había alcanzado a ver le habían extrañado. Si solo iba a buscar gamones o jabinos, no las necesitaba, había pensado él.

Unos y otros se preguntaban quién y por qué habría sido capaz de hacerlo, que si el pobre Pablo nunca se había metido con nadie, que si ellos se estaban adueñando de todo el pueblo, que no lo iban a matar por una cuestión de lindes. Ya no hubo más conversación que esa el resto del día y cuando, por fin, me mandaron a la cama, también yo seguí devanándome los sesos, excitada e inquieta. A ver si al final iba

a haber más malos que buenos.

No podía dejar de anotarlo en mi cuaderno: «El abuelo Tomás se ha encontrado a Pablo muerto en el camino del monte. El pobre lo ha pasado muy mal. No han parado de hacerle preguntas en todo el día».

17

Al día siguiente, el que no interrumpió el escardado interrumpió la siega. Apenas clareaba cuando aparecieron la Guardia Civil, el juez, y uno que, según dijo el señor secretario, era el forense. Vinieron en primer lugar a casa porque el abuelo era quien había visto el cuerpo. Al pobrecillo lo acribillaron a preguntas: qué hora era cuando lo vio, que si cuando había ido al monte no había visto nada raro, que si la sangre era fresca, que si podía ser que el cuerpo estuviese allí del día anterior, que si el chico podía tener enemigos en el pueblo. Como ellos estaban en el portal y yo aún no había salido de mi cuarto, pude oírlo todo. Pobre abuelo, en su vida de labriego jamás se había visto en un aprieto así. Cuando los hombres se fueron, salí de mi guarida y me topé con sus ojos azules. Siempre eran transparentes, pero esa mañana se los vi turbios y, aunque quisiese disimularlo, se le veía inquieto. Maldita la hora en que se me ocurrió ir a por gamones. Si no hubiese salido, no habría visto nada y ahora estaríamos más tranquilos.

No tardó en aparecer Áurea, ya informada y algo asustada, diciendo que prefería estar con nosotros, porque el abuelo Benito no paraba de maldecir y de soltar palabrotas. Prudente como siempre, no dijo nada, se acercó al abuelo, le dio un beso y en voz bajita le susurró: Lo siento. Mamá nos pidió que nos quedásemos en casa, leyendo o escribiendo, que no eran momentos para andar por ahí curioseando. Ella se fue a casa de Nati, novia de Pablo, para darle ánimos y acompañarla en esos momentos tristes. Os quedáis con Tomás y mucho ojo con lo que decís, que el pobre no entiende nada, pero se da cuenta de todo el alboroto que se ha montado y está rarillo, dijo antes de salir.

Era un día extraño. Todos los del pueblo estaban en los corrales, dándole a la lengua y haciendo comentarios sobre lo que sabían y lo que no sabían. Por las calles unos iban y otros venían, en busca de alguien que escuchase lo que cada uno debía de creer que era la verdad verdadera. Lo más oído era que solo podían haber sido «los de siempre», evitando con más miedo que prudencia pronunciar nombres, no fuese que al final salieran ellos también trasquilados. Movimientos poco comunes, ruidos desconocidos, mucho vaivén y, sin embargo, el

tiempo de las horas parecía haberse parado.

El pueblo se convirtió en una feria, en un ir y venir de gente del camino del monte a la aldea, de los guardias civiles interrogando a los padres de Pablo, al alguacil, a Nati, y después a todos y cada uno de los vecinos. Que si los padres del chico tenían problemas de lindes con algún vecino, que si se había peleado con alguien últimamente, que si le debía dinero a alguien, que si le había robado la novia a algún mozo; qué sé yo la de cosas que se les ocurría preguntar. Debían de buscar algún testigo más, alguna prueba, algún indicio. Yo estaba que no me lo creía, un misterio como los de Roberto Alcázar, pero de verdad. Mejor dicho, estaba viviendo en la escena de un crimen y conocía a los personajes. Era terrible y fantástico al mismo tiempo.

El arma homicida era blanca: navaja, cuchillo o machete, se les oía decir a unos y a otros, pero no lograron encontrarla. Tampoco huellas aparentes, salvo las del abuelo. Claro, me dije yo, como que estaba lloviendo.

Todo hacía pensar que o bien el criminal no era un primerizo, o era alguien que tuvo tiempo suficiente para tomar las precauciones debidas, o la lluvia le había ayudado a borrar huellas sin él pretenderlo. El caso es que los guardias civiles no se llevaron a nadie detenido porque no se habían encontrado pruebas incriminatorias. No entendía el significado exacto de todas las palabrejas que decían, pero estaba igualmente excitadísima.

Mientras tanto el forense debía de estar con el cadáver porque, según le contó el secretario al abuelo, solo en la capital podían hacerle la autopsia, que según había leído en un libro de detectives, era algo que les hacían a los difuntos para saber el tipo de muerte que habían tenido. Pensé que tampoco era necesario ser muy listo para saber que al pobre chico no se lo había llevado al otro mundo ninguna enfermedad, pero no dije nada porque no solo no era una especialista, sino que era la primera vez que asistía a algo así tan de cerca.

A la mañana siguiente el sol lucía esplendoroso y sin rubor como para darle la razón a la abuela con su «Después de la tormenta, siempre amaina». Un día de finales de junio como otro cualquiera, en el que había mucha tarea por hacer. Porque los muertos podían esperar, pero el tajo no. Así que la familia se movilizó, como todos los días, bien temprano y cada uno a su tarea. Todos menos yo, que preferí quedarme en casa con Áurea para seguir fantaseando con los personajes de la película policíaca que transcurría a nuestro alrededor.

18

Habían pasado dos días desde la muerte de Pablo y me pareció raro que no lo hubiesen enterrado. En nuestras vueltas por el pueblo, Áurea y yo pasamos por delante de la iglesia y vimos que alguien había clavado un papel en el portalón. Nos acercamos a ver lo que decía: «Se hace saber que hasta que las autoridades competentes no reciban el informe de los médicos forenses que deben practicar la autopsia, no se podrá dar cristiana sepultura al cuerpo de nuestro querido vecino. El señor alcalde avisará cuando eso ocurra». Así me enteré de que Pablo no pudo ser velado, como de costumbre, cuarenta y ocho horas en su casa, sino que unos desconocidos se habían llevado su cuerpo, a saber dónde, y los médicos le hacían eso que llamaban «autopsia». Por eso el entierro tardaba tanto.

Al día siguiente de ver el anuncio en la iglesia, el alguacil fue avisando puerta por puerta de que la sepultura tendría lugar a las cinco de la tarde.

Era el primer entierro de mi vida. El pueblo entero había acudido al camposanto anexo a la iglesia. Todos de negro salvo los pequeños. De la cabeza a los pies. Parecía una reunión de cuervos. Entendí entonces por qué siempre había visto a mamá y a las tías con ropa oscura. Y cuando digo «siempre» no es porque sí. Recuerdo el día que me había hablado de su boda con papá y de lo poco que le había gustado que el rácano del abuelo Benito, para ahorrarse un convite, hubiese decidido casar el mismo día a una de sus hijas con su novio de La Aldehuela. Como si no hubiese habido más días en el calendario, había añadido. Y luego va y me suelta que ella y su cuñada vestían de negro. ¿El día de tu boda de negro?, recuerdo haberle preguntado sorprendidísima, a lo que había respondido con la mayor naturalidad, como si eso fuese lo más normal del mundo: Sí, hija, sí, de negro.

Ahora pensaba que como no tenían dinero para comprarse muchos vestidos, el negro debía de ser el primero que se hacían y así ya tenían el traje de novia y el de los entierros por si se moría alguien.

Me fijé en Nati. Llevaba el pañuelo en la cabeza que solo dejaba ver la cara tostada y los ojos enrojecidos y borrosos como cuando una se harta de llorar. A pesar de ser de la edad de mamá, en ese momento

parecía mucho mayor que ella. Como si hubiese envejecido de golpe y se le hubiese afilado la cara. El vestido negro no le quedaba bien. Además de parecer una viuda, era demasiado holgado para su delgadez. A su lado, los padres de Pablo, con más cara de rabia y odio que de tristeza, desafiaban con su mirada a cada uno de los presentes como si pensasen que alguno de ellos debía de ser el criminal y estaba ahí, luciendo cara de pena. Mis abuelos al lado de tía Remedios y de su marido; mamá al lado de Nati y Áurea y yo con mi tía Simona. El cura pronunció unas palabras que nadie parecía escuchar, aunque todos estaban en silencio y enseguida metieron al muerto, envuelto en unos lienzos blancos, al agujero del suelo y empezaron a echar paladas de tierra por encima hasta que estuvo bien cubierto. Nati, con lágrimas que le corrían rostro abajo, fue la única que se acercó a depositar un ramo de retama encima de la tierra removida, tiñendo levemente la escena de un amarillo fresco y vivo.

Al acabar la ceremonia, todos fueron saliendo del camposanto y se fueron dispersando. Todos menos Nati, que se quedó sola un rato más. Como si quisiese despedirse del novio y a lo mejor hablar con él. Nosotros nos quedamos afuera esperando junto a sus padres. Cuando salió, las lágrimas seguían brotando de sus ojos enrojecidos sin que hiciese nada para disimularlas. Mamá se acercó a ella, la abrazó y, en silencio, la llevó cogida del brazo hasta su casa. Daba pena verla.

Esa noche, solo pude anotar en mi libreta: «Han enterrado a Pablo. Nati, su novia, no ha parado de llorar».

19

Querido papá:

Tengo un montón de cosas para contarte cuando vengas. Demasiado complicadas para decírtelas por carta. Este verano está siendo diferente de los demás. Ocurren cosas muy raras. No te las vas a creer cuando te las cuente.

Todos estamos bien. Tomás se ha puesto muy moreno porque anda correteando por ahí todo el día. A veces me quedo con él cuando mamá baja a llevar la comida al tajo. Le dejo tebeos de los míos para que se distraiga mientras yo repaso los verbos del francés.

Me ha escrito la profesora de literatura para preguntarme cómo me encontraba. Es muy maja. Me dice que por si acaso, tiene otro libro preparado para mí para que no deje de leer. Se llama *La isla del tesoro*. Si puedes, pásate un día por el instituto a recogerlo y me lo mandas por correo. Dice que lo ha dejado en la secretaría a mi nombre.

¿Cuándo vas a venir? Tengo ganas de verte. Tu hija que te quiere.

Mi madre había escrito la suya, yo la mía. Se pondría contento de recibir dos de un golpe.

Después de llevarlas al buzón de la puerta de los carteros, mamá me retó:

—Hoy les bajarás tú la comida a los abuelos. ¿Qué te parece? —Me pareció raro y pregunté antes de responder.

—¿Y eso? Nunca he ido sola.

—Siempre hay una primera vez para todo. Cuando era más pequeña que tú, ya iba de aquí a Nódalo a través del monte con el hatillo de ropa para tu bisabuelo. Estoy segura de que tú puedes con eso y más. —No supe adivinar si me ponía a prueba o si quería comprobar si había vencido mis miedos definitivamente.

—Igual no sé encontrarlos. ¿Están lejos?

—No puedes perderte. Están justo al otro lado de la carretera y ese camino lo has hecho montones de veces con Flavia a buscar el correo.

—Era verdad, cuando no estaba ayudando a los míos, solía bajar con mi amiga a esperar el coche de línea.

No me dio tiempo ni a contestar. Cuando me quise dar cuenta, ya estaba Petro aparejada, la comida en el serón y yo con el sombrero de paja en la cabeza y tirando del cabestro.

Tampoco los abuelos se lo podían creer. ¿La niña sola con la burra? Me dieron de besos que ni para qué. Me pareció que estaban orgullosos de mí porque era la primera vez que lo hacía, pero sobre todo porque daban por sentado que esa era la prueba de que había vencido mis miedos. Comí con ellos y con ellos me quedé hasta el final de la tarde, ayudando a amontonar las gavillas en el medio de la tierra a medida que ellos iban segando. Al acabar, también yo olía a paja recién cortada, como la abuela.

De regreso a casa, a la entrada del pueblo, el camino rodeaba la parte trasera de la iglesia y del camposanto. Oímos voces y nos miramos los tres con cara de sorpresa porque no eran horas de iglesia. Además, esta solo se abría algunos domingos y fiestas de guardar: Santo Domingo, en agosto, cuando todo el pueblo iba rezando el rosario hasta la cruz de las eras, el día de la Virgen, también en agosto, y el día del Pilar, aunque en esa no había estado nunca porque ya estaba en el colegio. Y ni era domingo ni estábamos en agosto. Si hubiese sido de noche hubiese pensado enseguida en los fantasmas del cementerio, pero era al atardecer y los fantasmas no se dejan ver a plena luz del sol. Aunque, por si las moscas, me agarré a la mano de la abuela.

Debíamos pasar por la plaza del olmo, donde se congregaban las procesiones, porque no había otro camino. Imposible no verlos. Allí estaban hablando, más bien discutiendo, Venancio, el alguacil, y Nati. A la sombra del pórtico de la iglesia, se les veía gesticular, sobre todo a ella, que se llevó más de una vez las manos a la cabeza. A pesar de poner mis dos orejas en alerta, no hubo manera de entender nada de lo que decían. Los abuelos, sin detenerse, dijeron «Buenas tardes» y desde el pórtico llegó el eco de las mismas palabras, seguidas de un silencio absoluto. Silencio por su parte, porque yo me desaté a preguntas: Abuela, ¿qué hacían ahí esos dos?, ¿se estaban peleando?, ¿por qué no ha ido a ver? Solo obtuve una respuesta: Hija, cada uno a lo suyo. Y con eso me tuve que dar por satisfecha, aunque ya sabía que en algún momento me enteraría de más, porque seguro se hablaría de ello en casa.

Mamá estaba en la cocina a cargo del puchero de la cena arrimado a la lumbre. Tomás, sentado en el suelo, había transformado el banco en mesa y garabateaba en uno de mis tebeos. Los abuelos dejaron sus aperos en la cuadra y fueron directos a Tomás a cuajarlo de besos. A mí me dijeron que fuera a lavarme las manos y a poner la mesa. Me

pareció una excusa tonta, pero ni rechisté, cumplí el mandado e intenté no perder comba de lo que se cocía en la cocina.

—Extraño… —le oí decir a mi madre—. ¿Qué querrá ese hombre de Nati?

—Eso mismo se pregunta su padre. Me dijo que le ha visto más de una vez rondando su casa… —decía el abuelo—. Algo busca Venancio…

—Madre, después de acostar al niño, me acercaré a hablar con ella. No la he vuelto a ver desde el entierro —dijo mamá.

—Ya debe de estar de seis o siete meses —precisó la abuela— y seguro que no lo debe de estar pasando muy bien. Pocos somos, pero habladurías muchas…

—Ella se fía de mí —concluyó mamá—. Además, soy madre y ella lo será de aquí a poco, así que hablaremos de embarazos y de críos.

Hice ruido con los cubiertos a propósito para que se diesen cuenta de que andaba por allí y parasen de una vez de hablar a escondidas. Acudieron todos como a toque de campana y nos sentamos a la mesa, donde, muy a mi pesar, se habló de coladas y de cualquier cosa menos de lo que me interesaba.

Mamá no me dejó acompañarla a casa de Nati y no fue porque no me hubiese puesto pesada. Pero ni por esas.

—Te he dicho que no y basta —remató con ese tono tan familiar para mí, que aconsejaba callarse.

Y me callé hasta que salió de casa. En cuanto hubo cerrado la puerta, me disparé de nuevo, esta vez con la abuela:

—¿Por qué no puedo ir yo a ver a Nati? ¿No soy ya una mujercita? ¿Por qué no puedo ir con las mujeres?

La abuela, que en ese momento estaba recogiendo la ropa del tendedero, me miró, sonrió y solo dijo:

—¿Ayudas a la abuela a recoger esto? Eso también es de mujeres.

No hay quien entienda a los mayores. Tú les hablas de polluelos y ellos te responden de conejos, pensé sin decirlo. Y también pensé que me gustaban mucho los secretos porque debía de espabilarme para enterarme por mi cuenta de lo que querían esconderme. Un día les demostraré que soy capaz de guardar uno, concluí para mis adentros.

La abuela entró con la ropa a la sala y la dejó, doblada, en un cesto de mimbre.

—¿Por qué no vas a ver qué anda haciendo el abuelo en el casillo? —Ella sabía tan bien como yo que, desde lo de la víbora, ya no me atrevía a salir sola por el pueblo después de la puesta de sol; tenía miedo de encontrarme con Teo. Por eso me enviaba a territorio amigo.

Al casillo me fui. Y allí estaba él, a la última luz del día, sentado en un leño de madera, con un cesto medio roto entre sus manos.

—Abuelo, ¿qué está haciendo?

—Remendándole el culo a este pobre cesto.

Me hizo un gesto para que me sentase a su lado y allí me quedé observando cómo intentaba doblar unas pequeñas ramas verdes de enebro y después las introducía en los espacios en los que ya no había mimbres. Es lo mismo que hace mi madre con los calcetines, dije, pero ella lo hace con una aguja. Él me miró asombrado y me dijo: Mira que llegas a ser lista. No se te escapa una. Le pregunté si podía ayudarle y, ante su respuesta: No, pequeña, tus manos no pueden con esto, me levanté del leño, dispuesta a irme. No te vayas, en cuanto acabe, si quieres, me pongo a hacerte una garrocha. También él sabía que no podía estar parada mucho tiempo y me gustó su idea para retenerme. Me quedé allí con él hasta que acabó con lo del cesto. Luego, sacó del bolsillo de su chaleco la navaja que llevaba siempre encima y que servía tanto para cortar pan de la hogaza como para limpiar los huesos de la costilla de cerdo, y se atacó a pelar la rama destinada a ser mi garrocha. Tardó un buen rato en darle forma, luego la lijó para que no me hiciese daño en la mano, la pulió con una especie de estropajo de esparto, y le pasó un trapo con sebo para dejarla bien suave. Cuando me la dio, ya lista, me dijo: ¿Qué te parece? Me acerqué a él y le di un abrazo muy fuerte de agradecimiento. Ahora ya tendrás, como los demás, tu propia garrocha para cuando vayas por ahí con tus amigos.

20

Pablo apenas llevaba cuatro días en el camposanto y al sol le faltaba bien poco para esconderse cuando mi madre regresó del lavadero. Estábamos todos esperándola para cenar. Incluso tía Simona se había levantado antes de lo habitual porque, dijo, estaba harta de estar sola y quería cenar con todos. En verano las ovejas funcionaban al revés. Se tenían cerradas en la majada durante las horas fuertes de sol y se sacaban a pastar cuando el sol ya se ponía. Así que Simona llevaba los horarios cambiados: se levantaba para irse al monte cuando los demás llegaban del tajo. Yo estaba convencida de que tal vez por eso era tan agria. A las ovejas no les pasará nada porque estén encerradas un par de horas más, dijo al tiempo que miraba a la abuela, como quien espera un reproche que no llegó.

Simona ayudó a mamá a descargar el balde de la ropa que llevaba en la cabeza sobre el rodete. Hacía mala cara y me pareció asustada. No fui la única en darme cuenta, porque la abuela preguntó:

—¿Te pasa algo? ¿No te habrás cruzado con Satanás en la cuesta?

—No. Peor que eso —balbuceó ella mientras dejaba el balde encima del poyete del corral trasero.

La abuela la siguió y yo, que ya sabía de estas cosas, me quedé en la esquina de la pared contra la fachada de la casa que daba justo al tendedero.

—Madre, no se lo va a creer —oí que le decía—. Estaba yo aclarando la ropa en el lavadero cuando he visto que llegaba alguien a la fuente. Alguien sin cántaros y sin botijos…

—¿En la fuente sin vasijas para llenar? —la interrumpió la abuela, con su sentido común habitual.

—Eso mismo he pensado yo —siguió mi madre—. Me ha extrañado que no saludase y he pensado que a lo mejor era una forastera porque no le veía la cara.

—¿Y?

—He dejado la ropa a un lado y me he acercado a la poza. Justo cuando estaba a unos pasos, veo que la mujer agacha la cabeza con la intención de tirarse.

—¿Qué me dices? —La abuela, como yo, no se podía creer lo que

oía—. ¿La has podido parar?

La abuela siempre había dicho que la poza resultaba peligrosa. Yo no solía bajar sola a la fuente y cuando lo hacía, no paraban de decir: Ten cuidado, ni se te ocurra acercarte al borde. Siempre me habían parecido exageradas tantas precauciones porque, vista desde fuera, no parecía tan profunda como todos decían y porque, a falta de caño, para llenar las vasijas tenía una que acercarse a la fuerza para sumergirlas.

—Por suerte he podido agarrarla de la manga cuando ya tenía la mitad del cuerpo dentro —proseguía mi madre, excitadísima—. Cuando la he sacado, no me lo podía creer. Era Nati.

—¿Nati? ¿La prima? —preguntaba con asombro la abuela.

—Sí, la prima. Estaba como ida, creo que ni me ha reconocido. Gritaba, lloraba y tiritaba de miedo.

—De miedo y de frío, supongo, porque anda que no está helada el agua del manantial —rebatió la abuela—. Algo grave le ha tenido que pasar… ¿Te ha dicho algo?

Las palabras «algo grave» en boca de la abuela querían decir seguro «algo muy grave». Pensé que la historia se ponía interesante.

—Nada de nada —seguía mamá—. Aunque yo, del susto, tampoco. En el estado en que está, la pobre, me imaginaba lo peor. He esperado un rato hasta que se le ha pasado la tiritera y, como no tenía ropa seca para ponerle encima, la he cogido del brazo y la he subido a casa. La tía Remedios se ha llevado las manos a la cabeza cuando nos ha visto llegar, ella chorreando y yo asustadísima.

—¿Le has contado lo que había pasado? —preguntó la abuela mientras colgaba una de las sábanas en el tendal.

—No, qué le iba a decir si las únicas palabras de Nati antes de entrar a su casa han sido: No se lo digas a nadie, son cosas mías. Algún día te contaré.

—Y ¿te has ido sin más? —El tono de la abuela parecía de sorpresa.

—¿Qué más podía hacer? Lo más sensato era irme cuanto antes. Se lo había prometido a Nati. Cámbiala enseguida y dale algo caliente a ver si entra en calor, yo tengo que bajar a recoger la ropa antes que anochezca, le he dicho a la tía, y le he prometido que iré a verla mañana —se disculpaba mi madre.

—¿Y la tía no te ha preguntado nada? —A la abuela estaba claro que aquello no le parecía muy normal.

—No le he dado tiempo. Pero su mirada era más de pánico que de sorpresa. Como si se esperase algún acto de locura de su hija. ¿No le parece raro, madre?

—Muy raro. Está como está, pero nunca hubiese pensado que

podría hacer algo así —remató la abuela.

Intuí, por el ruido del balde y del cesto de las pinzas, que habían acabado de tender y, para no ser descubierta, me metí en casa como si nada y ayudé a tía Simona a poner la mesa.

El nombre de Nati no volvió a pronunciarse durante la cena, aunque supuse que seguirían hablando cuando yo no estuviese. Debía de estar atenta si no quería perderme la continuación de la historia. Y está claro que no quería.

Nunca había usado tanto el cuaderno de notas como en los últimos meses. Esa noche escribí: «Pobre Nati, ha querido tirarse a la poza. Mamá la ha salvado».

21

La mañana siguiente, cuando me desperté, todo me pareció muy raro. Ni una sola hebra de sol se colaba por las rendijas del postigo del ventanuco de mi cuarto. Tal vez aún era de noche. Pero de la cocina, cuya pared era contigua a la de mi cabecera, me llegaban ruidos y voces. La puerta de la habitación estaba abierta, como siempre, pero tampoco se veía luz en el portal. Me incorporé y, sin salir de la cama, abrí el postigo. Fuera, solo oscuridad y cortinas de agua. Era como si todos los grifos del cielo se hubiesen abierto al mismo tiempo. Me volví a arrebujar entre las mantas mientras oía la lluvia batir con furia en las tejas y el chorro cayendo, del canalón al barreño que la abuela solía poner siempre para recoger el agua del cielo, de lejos la mejor, solía decir ella. Pegué el oído a la pared. Ya había aprendido que los mayores decían las cosas más interesantes cuando yo no estaba presente.

No debían de hablar muy alto porque no conseguía seguir la conversación. Tan solo me llegaban algunas palabras sueltas. A mi madre le oí decir que nunca había visto a Nati tan triste, que no paraba de llorar. La voz de la abuela aún la oía más borrosa. Solo alcancé a entender: No me extraña, la pobre. Y a mi madre de nuevo: … Primero lo de Pablo y ahora esto. Mi abuela le preguntaba algo del padre y mi madre decía que no lo sabía. En fin, tuve la impresión de que no iba a sacar nada en claro y decidí dejarme ver.

La lluvia había reunido a la familia en la cocina y desayunaban todos juntos, al lado de la lumbre. Aparecí yo y dejaron de hablar de lo de Nati. Buenos días, pequeña, me saludó el abuelo, al tiempo que mamá me daba un beso. Aún no te he hecho las torrijas, hija, pero si quieres te tuesto una rebanada de pan en las ascuas, fue el saludo de la abuela. Hubiese querido decirles: Os he oído, lo sé todo y ya podéis dejar de disimular, pero me aguanté las ganas porque, si me descubría, nunca más podría enterarme de nada. Y yo quería saber más. Lo quería saber todo. Me hicieron un sitio en el banco al lado del hogar y esperé a que mi tostada estuviese lista para comérmela con un poco de aceite, un huevo frito y las cortezas de los torreznos que el abuelo había dejado para mí.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —lancé de sopetón.

—Lo primero de todo, almorzar —dijo la abuela, como si nada.

—¿Y después? —insistí yo sin dejarme distraer por lo esencial.

—Esperar a que amaine. —Le daba la vuelta al pan en las ascuas.

—¿Y si no amaina? —volví a la carga yo, dispuesta a no quedarme quieta por culpa de la lluvia.

—Siempre amaina —respondió la abuela, cuya serenidad no se alteraba ni un poco, hiciese sol o cayesen chuzos de punta, a menos que la cosecha estuviese en juego.

—La abuela quiere matar un pollo para ti —intervino mi madre, como si pensase que yo iba a participar en la muerte de un pollo.

—No, abuela, por favor. —La miré como si estuviese delante de un matarife de inofensivos animales—. Los pollos me gustan vivos.

—Pero, niña —replicó ella—, los animales o son útiles o son alimento.

—Pues haga usted lo que quiera, pero yo no me lo comeré —rematé ofendida, en mi papel de protectora de los polluelos.

—No le haga caso, madre, ¿qué sabrá ella de esto? —intervino mamá, zanjando el asunto—. Lo que podrías hacer es acercarte a ver a Áurea y de paso a los abuelos, que seguro que estarán en casa —añadió, dirigiéndose a mí.

—Ah, no. Eso sí que no. Allí no me dejan hacer nada y además no me quieren —dije en un arranque de sinceridad.

—¿Cómo no te van a querer? Qué tonterías dices —intervino la abuela y me miró como si me entendiese.

—No es una tontería. Es lo que pienso. No soy boba y sé muy bien quién me quiere y quién no. —Hubiese querido añadir: y no se hable más, como me decía mamá a mí cuando ponía punto final a alguna petición mía.

Acabado el desayuno, volví a mi habitación. Tuve que ponerme el vestido rosa, herencia de Áurea, y encima una chaqueta de lana que a saber de quién sería, porque las mangas eran mucho más largas que mis brazos. Cuando estaba ya aviada, mamá me dijo muy bajito:

—Papá se pondría muy triste si supiese lo que acabas de decir.

—Pues no se lo cuentes y así no lo sabrá.

—Ojo con ese tono, niña —dijo ella, aunque me pareció que no estaba muy enfadada.

—Mamá, ¿a ti te quieren los abuelos? —me atreví a preguntar.

—¿Y eso a qué viene ahora? —Tuve la impresión de haber dado en el clavo con la pregunta, a juzgar por su cara.

—Porque creo que no quieren a nadie. Y si nos quisiesen, no te habrían hecho trabajar cuando estabas tan embarazada. O a lo mejor no nos quieren porque tú te fuiste con papá y luego llegué yo, y el

niño… Demasiados para repartir, como suele decir el abuelo Benito.

—También me fui de esta casa y aquí nos quieren mucho —me interrumpió y me di cuenta de que no sabía o no quería decir nada más—. A veces las cosas son más complicadas de lo que parecen. Venga, basta ya de cháchara.

Salí de casa equipada con un mantón de la abuela que, nada más salir, usé de tejadillo para la cabeza y mamá me hizo poner unas bolsas de plástico en los pies para preservar las únicas zapatillas. En vez de pasar por casa de los abuelos, cogí la otra calle para ir directa a casa de Narcisa. Llegué con los brazos chorreando, pero el vestido y los pies intactos. En el portal estaba su padre reparando el asiento de un taburete y, al verme, me hizo entrar enseguida indicándome que las mujeres andaban por la cocina. Entré sin vacilar y allí estaban Narcisa, sus dos hermanas y su madre. ¿Quieres un trozo de torta de manteca? La he hecho yo, me dijo mi amiga para empezar y, sin esperar respuesta, me tendió un buen trozo. Me querían más ahí que en casa de mis abuelos, pensé, y eso que había muchas más bocas para alimentar y poco para repartir. Pero siempre me daban algo.

La madre de Narcisa estaba arrimando leños a la lumbre donde el puchero bullía, supuse que con la comida; sus hermanas se fueron a hacer las camas. Mi amiga había acabado ya de triar las lentejas que tenía en una fuente de hojalata y las metió en el puchero preparado para el fuego. Su madre le pidió que subiese al desván a buscar unos trozos de costilla de cerdo de los que conservaban en aceite en una tinaja enorme de barro. Fui con ella porque quería hablarle de Nati y delante de todas no me había atrevido. Hay cosas que es mejor que los mayores no sepan, pensé.

Mientras ella iba metiendo el cucharón de madera en la olla, le conté lo que había oído a medias desde la cama.

—Ya lo sabía —dijo ella, ni siquiera un poco sorprendida por lo que yo creía era una novedad.

—¿Qué sabías? —pregunté, algo ofendida ante la idea de que supiese tanto como yo.

—El otro día oí a mi madre decirles a mis hermanas que anduviesen con cuidado, no fuesen a acabar como Nati.

—¿Y cómo ha acabado Nati? —Saber menos que ella tampoco me importaba.

—Preñada. ¿No la has visto?

—No. Pero es verdad que cuando la vi en el entierro con un vestido que le iba como un saco, me recordó a mi madre cuando estaba esperando al niño. Pero si no está casada. Para tener un bebé también hace falta un padre.

—¡Qué va! Hace falta un hombre, aunque no sea padre —

respondió ella con la seguridad de alguien que sabe más de ciertas cosas que una chica de ciudad, pero de un modo que no me molestó.

—Pues no entiendo dónde está el problema —insistí—. ¿No dicen que los bebés son la alegría de la casa? Entonces, ¿por qué está triste?

—Eso no lo sé —admitió ella—, tal vez porque mataron a su novio.

—¿Y el novio era el hombre del bebé? —rematé, segura de haber encontrado la llave del misterio.

—Eso tampoco lo sé, pero algo tendremos que hacer para enterarnos. ¿No crees?

—Sí, claro. —Por fin íbamos a actuar—. ¿Por dónde empezamos?

—Hablaré con mi hermano Saturio y nos volveremos a juntar con Teo y los otros. Ellos siempre se enteran de todo. —Tan amiga mía como era, me pareció extraño que propusiese tal cosa.

—¿Tiene que ser con Teo? Aunque ya me ha pedido perdón, siempre me pregunto si es trigo limpio —añadí medio sin querer, porque no podía quedarme fuera de la investigación.

—Teo no volverá a meterse contigo. Ya lo verás. —Parecía tan segura de lo que decía que casi me convenció—. Además, ahora ya eres de la pandilla y mi hermano Saturio también está de tu parte. Bueno, ¿sí o no?

—Sí, claro que sí. —No podía arrugarme ahora que las cosas se ponían tan interesantes—. Yo se lo diré a Áurea.

Llegaron voces desde la cocina reclamando los trozos de costilla para meter en las lentejas y salimos las dos escaleras abajo a toda prisa. Su madre nos recibió con un: Qué, no se dejaban coger, al tiempo que nos guiñaba un ojo cómplice.

De regreso a casa, ya sin el tejadillo encima de mi cabeza porque había parado de llover, se me llenaron los pulmones de ese perfume tan especial que emanaba de la tierra después de la lluvia. Tan intenso, tan húmedo, tan oloroso era el aire que mi pecho era como un remolino de espliego, tomillo, ajedrea y mil cosas más. Tan profundo que me lo llevaría conmigo para siempre.

22

Menos mal que había hecho las paces con Teo porque ahora sí que me hubiese sido difícil evitarlo. Bien entrado el mes de julio, ya andaban todos acarreando y era casi imposible no toparse con él y con todos los demás en las eras. Vaya, que lo veía a todas horas.

Los abuelos segaban ya las últimas tierras y mi madre empezaba a ocuparse del acarreo. Se trataba de ir con la Petro a recoger los haces que habían ido quedando apilados en las fincas y transportarlos a la era. Yo, que siempre me había apuntado a todas, ahora me tenía que quedar con el crío. A veces me lo llevaba a casa de la abuela Marcelina para poder estar también con mi prima, aunque yo prefería que ella viniese a mi casa porque allí podíamos hablar de lo que nos diese la gana.

La pobre abuela Marcelina, entre que era bastante gorda y tenía una cojera que la obligaba a caminar con bastón, se cansaba al más mínimo esfuerzo. Por eso no iba al tajo. Se quedaba en casa, al cuidado de la comida, de las gallinas y de Áurea cuando venía. No era mala con nosotras, pero como no gozaba de buena salud, tampoco solía estar de buen talante y perdía la paciencia a la primera de cambio. Sobre todo conmigo porque decía que no paraba quieta. Pero qué quería.

Esa mañana, las encontré sentadas en el poyo del corral esmotando yeros para los animales. Tomás se puso a corretear detrás de las gallinas que picoteaban por el corral sin poder atrapar ninguna. Yo me puse a ayudarlas con los yeros por hacer algo, pero no era muy divertido, la verdad. Abuela, tengo hambre. ¿Cuándo comemos? Esa era una pregunta que solo podía salir de mi boca porque Áurea parecía mantenerse del aire. La abuela, de mala gana, frió tres huevos, uno en cazuelita aparte para Tomás y los otros dos para nosotras. Cortó unos pedazos de pan de la hogaza y nos hizo sentar a la mesa. Como éramos tres y solo dos huevos en el plato, o espabilaba o me quedaba con más hambre que antes de empezar. Cuando la pobre Áurea iba con su pan al plato, mi mano ya regresaba de él. Siempre un paso por delante cuando se trataba de engullir.

Luego fuimos a la era a esperar a los que venían con la carga. Los

tíos fueron los primeros y a ellos fuimos a ayudarlos. Nosotras soltamos las sogas acarreaderas del macho blanco, era tan manso que con él no corríamos peligro, mientras la tía Puri lo descargaba. En cambio, la mula tenía un genio que se las traía y, cuando se enfurruñaba, soltaba unas coces que para qué. De descargarla a ella se ocupó el tío. Mientras tanto, Niebla, la perra, que curiosamente iba allá donde estuviese el macho, se acercaba a nosotros como quien pide juego en su tiempo de recreo. Tomás empezó a revolcarse por la era y la perra se le ponía encima. El crío no paraba de reír. Cuando se cansaron de jugar, Niebla se acercó al macho con el que hacía una buena pareja y del que no se separaba nunca —él blanco, ella, de un negro reluciente— y era gracioso verlos a él parado y a ella, tumbada a la sombra del vientre de su compañero. Nosotras a lo nuestro, cada una sujetando las bridas de un animal mientras ellos iban hacinando de forma ordenada, partiendo de una base rectangular que crecía en altura a medida que iban llegando los haces. Tía Puri, la mujer del hermano pequeño de mi padre, sacó del bolsillo de su faldón unas moras que había cogido en los zarzales del camino y nos las dio. Eso por vuestra ayuda, nos dijo, pero no os las comáis de golpe que aún no están del todo maduras. Tomás mejor que no las vea, así no las probará.

En el pueblo había dos eras, la de arriba y la de abajo, y en cuanto empezaban a llegar las primeras caballerías y la gente empezaba a soltar los haces, cambiaban de aspecto totalmente. De ser espacios vacíos, se convertían en escenarios en movimiento. La gente, en una danza extraña y muda, iba construyendo algo que a los dos o tres días parecían pirámides. La altura de las hacinas era en parte una muestra de las posibilidades de cada familia.

La aldea estaba en lo alto de una meseta y la casa de la abuela María era la que se hallaba en el punto más elevado. Desde mi lugar preferido de observación, apoyada en la pared trasera del casillo, oteaba el horizonte por los cuatro costados. El campo era árido y desabrido, y la gama de colores en esa época del año muy limitada. De un lado el pedregal, del mismo tono grisáceo de las piedras con las que se habían construido las casas y las tainas donde se cerraban las ovejas, y del otro las fincas en las que se cultivaban cereales. Fincas cubiertas en ese momento de rastrojos dorados que ya no se movían al son del viento. Las tierras que los labradores dejaban en barbecho eran las únicas de un rojizo intenso. El mismo que el de los botijos. Esas ardían a la luz del poniente. A lo lejos, el monte se veía como una mancha oscura en el paisaje. El carrascal, para ser más precisa, del que sacaban la leña para el fuego y las bellotas para los cerdos, era aún un terreno vedado para mí. Aún no había puesto los pies allí y me lo imaginaba habitado por lobos y zorros, y por eso no apto para

niñas. Y como al parecer el miedo y yo nacimos al mismo tiempo, ya me iba bien que ese territorio me fuese prohibido.

El atardecer era mi momento preferido del día. En silencio, observaba esa luz que iba cambiando de color el cielo y ese enorme disco rojo que iba ocultándose poco a poco. En pocos minutos se pasaba del azul intenso al bermellón; luego a un rojo ardiente y por fin a un azul casi lila, al que le seguían la oscuridad y las primeras estrellas. Me quedaba embobada hasta que mamá salía a buscarme con un: Hija, el cielo va a seguir en su sitio, pero si te quedas ahí, vas a coger frío. Y no había otra que entrar en casa.

23

Llegó agosto y con él la trilla. Me gustaba mucho ese mes. El pueblo se animaba, las eras se llenaban de gente y todos los vecinos compartían el mismo espacio. Y me encantaba trillar. Había acabado de comerme las cortezas de los torreznos que el abuelo había dejado para mí y no todas las torrijas que había encima del coción porque Tomás seguía en la cama. En casa no había nadie más.

Fui directa a la era y, en efecto, allí estaban los abuelos. Bueno, los abuelos y casi todos los vecinos. La era palpitaba de gente y de sonidos de cencerros y de trillos quebrando las espigas.

Nada más verme, la abuela me hizo saltar a su trillo, me dio un par de besos y me preguntó si la acompañaba a la fuente. Pregunté por mamá y me dijo que había ido a lavar la ropa de los otros abuelos. No sé por qué me molestaba ver a mi madre al servicio de aquellos que no nos tenían, por decirlo de algún modo, un cariño especial. La abuela dejó la parva en manos del abuelo y fue directa al cantarero; cogió un par de cántaros y me tendió a mí los botijos.

—Abuela, ¿por qué tiene que ser mi madre la que hace la colada de los abuelos?

—¿Y quién quieres que la haga? Tu abuela no puede ni bajar la cuesta, así que arrodillarse en el lavadero ni te cuento.

—¿Y tía Puri qué?

—Tu tía Puri, como todas las mujeres, no podría hacerla hasta después de la cosecha. Tu madre sabe de eso y los ayuda.

Iba pensando en ello mientras cruzamos el corral de concejo, a pocos metros de la casa. En esa época del año no había animal alguno, ya que tanto vacas como bueyes estaban laborando en la era. Yo tenía que ir muy atenta sin perder de vista el suelo porque, además de los pedruscos que lo cubrían de forma irregular, había boñigas esparcidas por todas partes. Y hay que ver el tamaño de las bostas de las vacas. Eran parecidas a unas pastas que había visto una vez en el escaparate de una pastelería cuyo nombre era ensimismadas o algo parecido.

—¿Sabe una cosa? Las cacas de las vacas se parecen a un dulce que venden en Barcelona pero que no sé a qué sabe. —La abuela se rió y me miró como quien aún se sorprende con las tonterías que yo soltaba

—. Abuela, ¿podemos pasar por la otra calle y recogemos a Áurea? Tal vez también allí haya algún botijo vacío.

Cuando nos vio Áurea, se le iluminaron los ojos. Cogió un botijo y gritó a través del portal: Bajo con mi prima y la tía María a la fuente. Desde dentro se oyó la respiración entrecortada de la abuela Marcelina y algo que no entendimos, pero interpretamos como un permiso.

—¿Podremos trillar con usted, abuela? —solté a media cuesta. Sabía que no iba a decirme ni que sí ni que no porque no le gustaba como a mí desparramar palabras, pero estaba segura de que no tendríamos que rogar mucho para que nos dejase.

No me equivocaba porque, nada más soltar las vasijas del agua en sus cantareros respectivos, ya estábamos las dos con nuestros enormes sombreros de paja, en los pequeños banquitos de madera que servían de asiento. No habríamos dado ni tres vueltas cuando apareció Tomás de la mano de la abuela. También él quería participar de la fiesta. Lo sentamos en el mismo trillo y el crío iba más feliz que unas castañuelas. Áurea y yo éramos conscientes de estar haciendo algo importante porque, además de dar vueltas y más vueltas a la parva, debíamos estar atentas al movimiento de los rabos de las vacas y, cuando una de las dos lo levantaba muy alto, teníamos que coger deprisa la lata que había al lado del taburete y ponerla debajo del culo de la vaca para que sus cacas no cayesen sobre la parva. Teníamos que aplicarnos a conciencia porque una sola no conseguía aguantar el peso de la lata, a cuatro manos lo hacíamos de manera impecable, y rezar para que no les diese por cagar a los dos animales al mismo tiempo porque nos habrían faltado manos. No podía caer ni un pedacito sobre las espigas, porque solo de pensarlo nos daban arcadas.

Mientras tanto, el abuelo, horca en mano, le daba vueltas a la parva para que los cantos afilados del trillo no dejasen ni una espiga por triturar.

En ese momento, salió la abuela de casa para anunciar que la comida estaba lista. El abuelo desunció los animales, los metió en la cuadra, les dio de beber y se sentó con nosotras en la cocina. Mamá, al parecer, comería en la otra casa. Qué menos, pensé, si trabaja para ellos.

Después de comer, órdenes de mamá, había que hacer la siesta por aquello de que el sol no perdonaba. Así que Áurea y yo nos íbamos a mi cuarto y aunque no dormíamos, sino que le dábamos a la lengua, no había modo de saltarse ese capítulo.

A media tarde mamá ya estaba de vuelta y nosotras de nuevo en la era, no fuese que empezasen la recogida de la parva sin nuestra ayuda. Sentadas en el rastro, haciendo peso para poder recoger el máximo de trigo y paja, era como si fuésemos en coche. Cuando terminó la tarea,

estábamos de paja hasta las cejas y cubiertas del tamo que se desprendía del suelo trillado, pero eso era lo de menos. Nos sentíamos eufóricas.

Al finalizar la labor, a Áurea se le ocurrió que fuésemos a ver a Narcisa.

—Tía —dijo dirigiéndose a mamá—, ¿podemos ir a ver a mi prima? Ellos ya deben de haber recogido y no los molestaremos.

—Id, pero no tardéis. Hoy os meto a las dos en el balde antes de cenar. Lleváis paja hasta en las orejas.

En la era de abajo, la familia de Narcisa al completo acababa de recoger dos parvas. Trabajaban con dos yuntas a la vez y avanzaban más. Nada más vernos, su madre, que era muy buena mujer, le dijo:

—Anda, vete con ellas; mañana será otro día. —Era el momento de nuestras cosas.

24

La tía Remedios apareció en casa para pedir ayuda, cuando estábamos cenando. Su hija Nati había roto aguas y llevaba ya demasiado tiempo con contracciones. Aunque aquellas palabras me sonaban a chino, la cara de la tía Remedios y la reacción de la abuela me hicieron pensar que debía de ser el bebé de Nati porque la abuela no dudó un instante, se levantó del banco de la cocina, dejó la cuchara y salió al portal a buscar el mantón. Apenas habían cruzado la puerta las mujeres, mi madre se quedó pensativa un momento y dijo:

—Si debe de estar de ocho meses. Se ha adelantado. Voy a ir yo también a echar una mano. —Me miró como si supiese que iba a querer seguirla—. Tú te quedas aquí con el abuelo y la tía, acuestas a Tomás y le cuentas un cuento. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no puedo ir a ver cómo nace el bebé? —repliqué, a pesar de todo.

—Tú te quedas aquí —dijo mi madre en el tono que no admitía peros—. Un parto no es cosa de crías.

Justo cuando ella salía de la cocina, yo rezongué por lo bajini:

—¿En qué quedamos: cría o mujercita? —No me oyó y me alegré porque seguro que no le hubiese gustado.

Cogió su chaqueta del clavo del portal y se fue. Sin un buenas noches, ni un beso ni nada. Así era mi madre.

A lo mejor me había oído, pensé, aunque me daba igual. Medio enfurruñada, me acabé la sopa y me escapé a mi cuarto sin decir ni mu. Ni iba a acostar a Tomás ni a contarle ningún cuento; estaba rabiosa. Todavía no me había encaramado a la cama cuando entró tía Simona.

—¿Tú crees que esas son maneras de despedirse del abuelo y de mí? —me soltó con sus aires de maestra rancia—. Menudo genio tiene la niña. A saber de quién lo habrá heredado.

—Pues anda que tú —respondí con mi cara de pocos amigos.

—¿Yo qué? —preguntó mientras me miraba retadora—. Ve a darles un beso de buenas noches al niño y al abuelo. —Vaya por Dios, pensé, como si no tuviese bastante con mi madre.

—Ya voy. —Salté de la cama y salí delante de ella, con la cabeza

bien alta.

Entré de nuevo en la cocina. Le di un beso al abuelo, él a mí dos, y acercándose a mi oído me dijo:

—Que duermas bien, diablillo. No te preocupes. El abuelo no se acostará hasta que vuelvan las mujeres. Del niño me ocupo yo. Tu madre no se enterará. Te lo prometo.

—Gracias, abuelo. Con usted no estoy enfadada.

Dormir, dormir, no dormí mucho, la verdad, pero sí más de lo que hubiese deseado. No quería perderme nada de lo que se dijese al regreso de las mujeres, pero me lo perdí todo porque el sueño acabó por vencerme. Me desperté varias veces, pero la casa estaba en silencio. Se me ocurrió pensar cómo habría sido el nacimiento de Tomás y si también había tardado tanto en salir de la barriga de mamá. Nada que ver con el parto de una oveja.

Ya era de día cuando abrí los ojos de verdad. La luz se colaba por la rendija del ventanuco y se oían ruidos en la cocina, pero ninguna voz. Asomé la cabeza por la puerta de mi cuarto y tampoco vi a nadie en el portal. Así que fui directa a la cocina, y allí estaba mi madre preparándome el almuerzo. Yo quería seguir enfadada, pero pensé que, si pretendía enterarme de algo, era mejor disimular. Mi madre vino hacia mí, me dio un beso, me preguntó: ¿Has dormido bien? y quiso saber si Tomás había dado mucho trabajo por la noche. Para no mentir, negué solo con la cabeza porque estaba segura de que el abuelo no me habría traicionado. Después, me desboqué a preguntas:

—¿Cómo se llama el niño? —No entendí por qué mi madre se reía.

—No es un niño. Es una niña. Y todavía no tiene nombre —respondió ella.

—¿Y no podía nacer solo? Los animales no llaman a nadie cuando van a tener un bebé —contraataqué yo, dándole a entender que sabía muy bien de qué estábamos hablando.

—Porque los animales saben más que las mujeres de esas cosas, pero bueno, marisabidilla, ¿a qué viene eso ahora? —dijo ella, conteniendo la risa.

—Ya, ¿y teníais que ir las dos?

—Nunca se sabe lo que puede pasar.

—¿Qué puede pasar? —Mi curiosidad era mucho mayor que su paciencia, pero seguí poniéndola a prueba.

—Nada. —Aquello ya olía a última respuesta—. Lo importante es que Nati y la niña están bien. Y ahora, a almorzar.

—¿Dónde está la abuela? —proseguí, embalada como estaba.

—La abuela se ha quedado allí porque tía Remedios se lo pidió. No tardará en venir.

Las cosas ocurrían tan rápido que no me daba tiempo de seguirlas.

Cuando la abuela llegó, unas horas después, venía con cara de cansancio y de disgusto. Ni yo entendía por qué ni nadie se molestó en explicármelo. Lo mejor sería ir a buscar a Áurea y a Narcisa. Tal vez en su casa lo supiesen. A mi prima la encontré en el camino porque venía a mi encuentro toda excitada, en casa del abuelo Benito ya se habían enterado del nacimiento del bebé.

Pillamos a Narcisa de chiripa, que se preparaba para ir al huerto a buscar patatas. A pesar del miedo que me daba bajar al plantío, no había otra manera de poder hablar con ellas sin que nadie nos oyese.

—Nati ha tenido una niña —dije yo con cara de enterada.

—Sí. Ya lo sé —replicó ella mientras nos precedía por la pasarela de los huertos.

—En casa de los abuelos no se hablaba de otra cosa —añadió Áurea.

—Pues ya me diréis cómo corren las noticias. —Me molestaba no ser portadora de ninguna novedad y agregué—: Mi madre y mi abuela estuvieron allí, pero mi abuela no ha vuelto muy contenta. No entiendo por qué.

—Le van a quitar el bebé a Nati —precisó Narcisa, como siempre con más información que yo. Levantó la vista del suelo, no fuese a hacerse daño con la azada, y observó nuestra reacción.

—¿Quién se lo va a quitar? —preguntó, asustada, Áurea.

—Se lo van a llevar al hospicio —respondió ella, sin pestañear y esta vez mirando fijamente al surco que estaba cavando.

—¿Adónde? —Con Narcisa no me importaba demostrar que no sabía nada.

—Un sitio de monjas donde llevan a los bebés cuando la madre no los quiere.

—¿Nati no lo quiere? —Me costaba creer que una madre no quisiese a su niña.

De repente me di cuenta de que estaba como un pasmarote a su lado, haciendo preguntas y más preguntas, sin ni tan siquiera ayudarla, y me ofrecí:

—¿Te ayudo a meterlas en el cesto? —Su gesto con la cabeza me animó y, sin dejar de hablar, me afané en ir recogiendo las patatas que ella iba dejando al lado de la zanja.

—Sí, ella sí lo quiere —retomó ella—. Sus padres no. —Su respuesta no me aclaraba gran cosa y la miré sorprendida.

—¿Cómo? —La pregunta salió al mismo tiempo de la boca de Áurea que de la mía.

—Tampoco yo lo entiendo —admitió Narcisa.

—Habla con tu hermano y quedemos cuanto antes con los chicos. A lo mejor ellos saben más que nosotras.

Hasta Pedrín lo haría mejor que yo. No había manera de saber las cosas todas de una vez. Se me amontonaban los misterios, y las respuestas que unos y otros daban a mis preguntas no me llevaban muy lejos. Pero bueno, él lo tenía más fácil porque ahí estaba Roberto Alcázar, su jefe, para llegar adonde su ayudante no llegaba. Yo, por mi parte, solo tenía mi curiosidad desatada y a Narcisa, al parecer siempre mejor informada que yo. Y ahora, tal vez, a Teo —aunque no me hiciese mucha gracia— y algunos chicos para ayudarnos.

Sin embargo, anoté en mi libreta: «Ha nacido la niña de Nati. Nadie está feliz».

25

La trilla seguía avanzando, pero aquella mañana la abuela me dijo que tenía otras tareas y me preguntó si quería acompañarla. Desde que había llegado mi madre con el niño, habían ocurrido tantas cosas que yo andaba de un lado a otro queriendo solucionarlas todas. Había dejado de seguir a la abuela a todas partes y no le había prestado tanta atención como en los meses anteriores. Me encantó que me dijese que fuera con ella aunque no sabía a dónde, me daba igual.

Antes de salir, cogió unas alforjas, metió unas cosas en ellas, se las puso al hombro y me caló el sombrero en la cabeza.

—¿Lo tenemos todo? —me preguntó; lo que indicaba que algo me faltaba—. ¿Y la garrocha que te hizo el abuelo?

Tenía esa sabiduría aprendida con la práctica que la hacía estar pendiente de todo aquello que era útil y necesario.

Habíamos ya pasado la cruz de la era y cogido el sendero del monte, cuando di rienda suelta a mis preguntas.

—Abuela, usted sabe de todo; de cielos, estrellas, ganado, partos, arados, yuntas, tierras… ¿dónde ha aprendido todo eso? —le solté para empezar.

—La vida es la que enseña —me respondió tan tranquila.

—Pero ¿nunca ha ido a la escuela? —insistía yo.

—Nunca, mi niña. En casa éramos seis hermanos y tu bisabuelo pensó que llevar a la escuela a los niños era más que suficiente. Las mujeres no necesitábamos aprender. —Lo dijo sin rabia, pero su voz me pareció un poco triste.

—¿Tan malo era? —dije yo, convencida de que un padre bueno siempre mandaba a sus hijos a la escuela.

—Malo no era. Pero así fue. —Sentí que era mejor no continuar preguntando.

—Mamá me ha contado que sus dos hermanos se fueron muy jóvenes a América, y que luego llamaron a dos de sus hermanas para que fuesen a ayudarlos en el hotel que habían comprado. Ninguno regresó nunca más, ni volvieron a ver a sus padres ni a nadie. ¿Usted no los echaba de menos?

—Claro que sí. Sobre todo a las chicas.

—A lo mejor vienen a verla alguna vez, abuela. Uno no se olvida nunca de la familia.

—A lo mejor, aunque soñar con los ojos abiertos nunca da buenos resultados —concluyó serena.

—Pero usted sí mandó a la escuela a mamá y tía Simona, ¿verdad? —Ya lo sabía, pero quería oírselo decir a ella.

—Sí, aunque solo en invierno. En verano todas las manos son pocas en el tajo.

—¿Y quién se ocupaba de las ovejas en invierno? —Mi curiosidad era tan arrolladora como su paciencia.

—Pues quién iba a ser, la abuela —respondió ella—. Yo quería unas hijas más listas que yo. Que aprendiesen por lo menos a leer y a escribir.

—Pero si usted es la más lista de las tres —le dije con una gran sonrisa—. ¿Y adónde vamos hoy?

—A la taina a buscar a las ovejas.

Bien entradas ya en el monte, me explicó que tía Simona le había hablado de una oveja con una pata mala y que había que remediar para que no se quedase coja.

—Abuela, tía Simona me contó que ahora las ovejas duermen de día y comen de noche. ¿Es verdad?

—Sí. En verano se cierran en las horas que hace más calor porque se amodorran. Se vuelven a soltar cuando cae el día. —Parecía no cansarse nunca de mis preguntas y nunca dejaba una sin respuesta.

—¿Y la tía no tiene miedo por las noches? —A mí, solo de pensarlo, me temblaba el cuerpo.

—Para eso está Mora. La perra ladra si se acerca alguien o algún animal. Ella las protege.

—Ya… —dije yo, no del todo convencida de que la perra fuese defensa suficiente.

—¿Conoces el dicho?: La zorra mata y deja; la majada las lleva parejas. —Como si eso lo explicase todo.

—No lo entiendo —repliqué yo, incansable.

—Pues eso, que la zorra las puede matar, pero la majada impide que crezcan.

—¿Por qué?

—Porque tienen que andar y comer para hacerse grandes —remató ella, aunque yo seguía pensando con terror en las noches de tía Simona al aire libre y en que, gracias a Dios, no me había tocado a mí ese oficio.

Debíamos de estar cerca de la taina porque ya se oían los ladridos de Mora. Pero en cuanto reconoció a la abuela, dejó de llamar la atención. En realidad, ya había comprobado que todos los animales de

la casa la reconocían y se comportaban con ella con una docilidad que no usaban con los demás. Las gallinas la seguían hasta la cocina porque siempre les caía alguna migaja de pan o algún resto de comida, las cluecas y sus polluelos, en vez de dormir en el gallinero, lo hacían en un rincón de la cocina, dentro de un cedazo en cuyo fondo ella ponía una manta para que no pasasen frío. Tampoco la burra le rebuznaba jamás porque antes de que pudiese tener hambre, la abuela ya le había dado de comer.

Retiró el alambre que unía el poste de la talanquera al tronco clavado en el suelo y entramos en el corral. Luego, sacó del bolsillo de su mandil una llave enorme de hierro, que podría haber sido la de un castillo, pero era la de un cerrado de animales, y abrió el portón de madera, que chirrió como el del castillo que hubiera podido ser y no era. Entró en la majada y yo detrás. Mora agitó el rabo y nos recibió con alegría. Bueno, más a ella, porque a mí no me conocía tanto. Intenté contar las ovejas, pero no lo conseguí y eso que no eran muchas. En cuanto se desperezaron, estaban todas de pie alrededor de la abuela, con sus cencerros a todo lo que daban.

No tardó ni un segundo en detectar a la coja.

—Anda, ven a ayudarme —me dijo mientras la tumbaba en el suelo, entre la paja y las cacas—. Cógela de la cabeza, no tengas miedo, no te hará nada.

A pesar de no tenerlas todas conmigo, obedecí, me puse de rodillas, le cogí la cabeza y le hice mimos. Mientras tanto, la abuela sacó una cuerda de las alforjas y le ató las patas delanteras para inmovilizarla.

—La tiene rota, diagnosticó en el acto nada más palpar una de sus pezuñas traseras y, sin pensárselo dos veces, le cogió la pata y se la estiró en un gesto rápido, al que el animal respondió con un balido de dolor que me dolió también a mí.

—Abuela, le ha hecho daño —le dije, algo extrañada.

—Sí, hija, ya lo sé, pero era necesario para ponerle el hueso en el lugar. —Acto seguido, como para hacerse perdonar, le tendió un puñado de grano que llevaba en el bolsillo de su mandil.

Aquellos bolsillos parecían un pozo sin fondo: mendrugos de pan, montoncitos de grano, llaves… Mientras el animal comía, ella volvió a sacar de las alforjas un par de tablillas de enebro untadas de un mejunje de color rojo oscuro que olía muy fuerte —ante mi mirada atónita, me explicó que era brea caliente— y puso la patita mala entre las dos. El animal se dejaba hacer como si supiese que estaba en buenas manos, y yo, maravillada, seguía atenta todos sus movimientos. Acabó su tarea atando las tablillas con un trapo viejo con el que cubrió completamente todo el unte. Luego, le desató las patas delanteras, me pidió que la soltase y esperó que el animalillo se

pusiese en pie. Segundos después, aunque renqueando un poco, el animal se unió al rebaño.

—Y ahora ¿qué? ¿Se le curará?

—Claro que sí. No será la primera ni la última —respondió ella como si no tuviese ninguna duda—. Ahora hay que llevarlas a la taina del pueblo. Hoy viene el esquilador y a Tomás y a ti os gustará ver cómo les corta la melena. ¿Vamos?

Volvió a cerrar la puerta chirriante y la talanquera de la entrada, y salimos ovejas y yo detrás de la abuela. La perra la última.

En el camino de regreso, más demorado que el de la ida porque las ovejas iban parándose a mordisquear arbustos, bellotas o lo que encontrasen, pasamos cerca de donde el abuelo se había encontrado al muerto. Me dio un poco de repelús pensar en eso y apreté con más fuerza aún la mano de la abuela. Ella se dio cuenta, pero no dijo nada. Me fijé que iba mirando hacia un lado y otro del sendero, con atención. No tiene miedo, pensé, pero parece como si estuviese olfateando algo. Estábamos a pleno día, pero aún no habíamos salido de la zona boscosa, y más allá de los muros medio descalabrados de antiguas tainas, encinas y jabinos por todas partes y el camino minúsculo que había ido trazando la gente en sus idas y venidas, poco más alcanzábamos a ver. Todavía no se avistaba la cruz que, al estar en la parte más alta de las eras de arriba, era lo primero que se distinguía del pueblo cuando se venía del monte.

Nos detuvimos en el arroyo que cruzaba el sendero, apenas un surco de agua fría y cristalina en aquellas tierras pedregosas, para que las ovejas pudiesen beber. Mientras, la abuela seguía oteando y yo con ella. A unos cien metros de donde estábamos se veía una última taina. La de la tía Remedios, dejada de la mano de Dios desde que se vendieron las ovejas, me indicó ella, cualquier día de estos, se viene abajo. Aún no había acabado de hablar cuando Mora soltó un gruñido poco habitual. La abuela miró a su alrededor, pero nada le llamó la atención. A mí tampoco. Reanudamos la marcha y, a medida que nos aproximábamos a la taina de los padres de Nati, la perra gruñía más y más. A buen seguro la abuela se habría acercado hasta allí si yo no hubiese estado con ella, pensé.

Metimos las ovejas en la majada del pueblo porque, a pesar de estar medio derruida, servía para tenerlas cerradas, y nos fuimos derechas a casa.

—Hija —le dijo a mamá, que estaba recogiendo la ropa del tendedero—, voy a acercarme a casa de la tía Remedios un momento. He dejado las ovejas con el esquilador.

—No tarde. La comida ya está lista. —Se lo decía a ella, pero me miraba a mí—. ¿Qué tal ha ido el pastoreo? ¿No me vas a contar?

—La abuela le ha operado la pata a la oveja coja. Y luego ha venido andando con las demás.

—Ya te había dicho yo que la abuela sabe hacer de todo. —Menuda novedad, mi abuela hacía magia.

—La he ayudado aguantándole la cabeza al animal. —Sin distraerme de lo esencial, seguí—: ¿Sabes una cosa? Mora se ha puesto a gruñir cuando pasábamos delante de la taina de Nati. Por eso ha ido la abuela a hablar con la tía Remedios.

—Ah, ¿sí? —Solo va a decir eso, pensé, descontenta de no haber conseguido despertar su interés.

26

Decidí abrir un capítulo en mi cuaderno que titulé: «Deberes». En los últimos días habían ocurrido muchas cosas nuevas y a mí se me acumulaban las dudas por resolver y las tareas por hacer. No podía olvidarme de las más importantes. Empecé a escribir:

1. Ponerle nombre a la niña de Nati.
2. Averiguar quién es el padre.
3. Buscarlo para que no se la quiten a la madre.
4. ¿Qué eran los ruidos de la taina que oyó la abuela?
5. ¿Quién mató a Pablo?

Lo de Pablo lo puse en último lugar no porque no fuese importante, sino porque pensé que al muerto ya no lo podíamos resucitar y podía esperar más que lo de la niña, que acababa de nacer. En alguno de los casos de Roberto Alcázar, había leído que lo importante era establecer prioridades. Y me había parecido entender que se trataba justamente de eso. De poner lo más importante en primer lugar.

Se trataba de ir paso a paso y sin perder comba. Le enseñaría el cuaderno a Narcisa y, si estaba de acuerdo, luego veríamos con los chicos los puntos en que podían echarnos una mano.

—A la niña, la llamaremos Milagros —anuncié a voz en grito cuando estábamos todos en la mesa, como le había oído hacer al alguacil cuando soltaba los pregones en medio de la plaza: «Se hace saber que…».

—¿A qué niña? —preguntó la abuela, aunque la verdad es que todos me miraron con la pregunta en la boca.

—A la recién nacida —respondí con aplomo—. Todas tienen nombre menos ella.

—Pero, hija, eso no es asunto tuyo —replicó mi madre, mientras le daba de comer a Tomás.

Entonces, cuáles son mis asuntos, me pregunté yo. Si los mayores se empeñan en esconderme las cosas, los asuntos me los busco yo. En esas reflexiones andaba, cuando oí a mi madre de nuevo:

—Espera a que la bauticen y sabrás cómo la llaman.

—Luego ya veremos, pero de momento se llamará Milagros. —Debí de parecerles muy convincente porque hasta el abuelo se atrevió a decir:

—Me parece bien, pequeña. Mejor que decir siempre la pobre criatura, o cosas así.

La primera tarea era la más fácil, no podía negarlo, pero estaba contenta de haberla superado tan pronto. La segunda era ya harina de otro costal.

Mediaba agosto cuando finalizamos la trilla. Tan solo quedaba esperar que soplase algo de viento para aventar, o sea separar la paja del grano. La era seguía estando en plena actividad y casi todos los vecinos andaban por allí. Nuestro trozo era el más cercano a casa, o sea el más elevado del terreno y desde donde podía ver a todos los demás. No mucho más allá estaba el del tío Teodosio, y a su lado el del abuelo Benito. Áurea, como siempre, estaba con nosotros, aunque de vez en cuando íbamos a ver a los tíos por si nos dejaban hacer algo ellos también. No era ningún juego, pero disfrutábamos mucho más que si lo hubiese sido. Solo las miradas que el chulo de Teo me lanzaba a distancia me nublaban la alegría. Aunque me daba cuenta de que no me veía ahora como cuando me tiró la bicha, no sabía interpretar esa nueva mirada.

También Áurea se había dado cuenta de que se giraba a menudo hacia donde estábamos nosotras y aquella mañana me dijo: Más pronto o más tarde acabará siendo tu amigo. En un pueblo como este no es bueno tener rencillas con los pocos que hay que valgan la pena. Además, es guapísimo. Ese era el lado romántico de mi prima, del que yo no tenía ni una pizca.

A media mañana se levantó algo de viento y todos nos pusimos a la tarea. La abuela iba apilando con una horca algunos montones de la parva y el abuelo con el bieldo los lanzaba al aire, que, al final, era el que decidía dónde caía la paja y dónde el grano. Nosotras, con horcas más pequeñas, nos esmerábamos en recoger los pedazos de parva que el abuelo iba dejando para tenernos ocupadas.

El paisaje cambiaba de un día para otro. Tan pronto se veían algunas parvas sin recoger, como montones de paja por un lado y pequeños montículos de grano: avena, cebada, centeno y trigo, debidamente separados. La abuela observaba el cielo al atardecer, no fuese a llover y se pudriera lo que ya se había recogido. El grano era la vida. El alimento de todo el año, solía decir la abuela, y por eso había que guardarlo como un tesoro. En la era no se podía dejar solo, así que el abuelo pasó varias noches custodiándolo. Solía hacerse un hueco entre la paja, se cubría con una manta de lana y permanecía

alerta para que ni pillo ni animal alguno se llevasen el fruto de la cosecha.

Por la mañana, entraba en casa a calentarse y a almorzar, y la abuela se iba a ocupar su lugar de vigilancia. Con el grano siempre se quedaba alguien.

Cuando ya había concluido el aventado, había que pasar al cribado. Y allí estábamos de nuevo toda la familia para ayudar a dejar la cosecha lo más rápido posible a buen resguardo.

Fuimos echando el grano primero a la criba que tenía los agujeros del fondo más grandes para que se desprendiesen las granzas, luego, a otra con agujeros más pequeños para que se cayese la paja y, por fin, a otra de agujeros aún menores, para eliminar el tamo, que entendí era la pajilla más pequeña. Después, limpio el grano, fuimos llenando los celemines, los rasamos y metimos el grano en sacos y talegos. Ahí yo me entregué a gusto porque era algo que estaba a mi alcance. Incluso llegué a proponerle al abuelo que me dejase anotar en su lugar los celemines que iban saliendo. Él me sonrió y, tendiéndome la libreta que tenía en la mano, me dijo:

—¿Cómo no te voy a dejar? Seguro que lo haces mejor que yo, mi niña. Luego ayudarás al abuelo a calcular las fanegas. —Me puse muy contenta de que confiase en mí.

Todos los de casa, todos menos yo porque no podía con ellos, fueron subiendo con los sacos a la cámara —así llamaban al desván que hacía las veces de granero— por aquella escalera de madera que parecía querer venirse abajo de un momento a otro y que crujía de mala manera a cada paso. Una vez arriba, incluso la abuela, pequeñita como era, tenía que doblarse sobre sí misma de tan bajo que era el techo. Depositaron los sacos en un rincón y acto seguido sembraron por todo el piso las rudimentarias trampas que el abuelo construía para los ratones, tan temibles en aquellos momentos como las tormentas durante la cosecha. En ese trajín andábamos cuando, de repente, apareció Narcisa en el corral. Saludó y, dirigiéndose a mi madre, preguntó:

—¿Me puedo llevar a su hija un momento? Quiero enseñarle una cosa. —Su aire de misterio no debió de resultarle muy natural a mi madre porque la miró extrañada.

Yo fui la única no sorprendida por la súbita aparición de Narcisa. Sabía que pasaría a buscarme en cuanto hubiese novedades sobre nuestra investigación.

—Sí, claro —respondió mamá, a pesar de todo—. Pero chiquilladas, las justas.

Pasamos a buscar a Áurea y emprendimos la bajada de la cuesta. Narcisa solo comentó que los chicos tenían noticias frescas. Y añadió,

dirigiéndose a mí: Y tú no le vayas a hacer un feo a Teo que nos complique las cosas, ¿vale? Cuenta conmigo, le dije.

En efecto, en el plantío estaban ya Teo, Saturio, Flavia, la hija del cartero, y Jesús, el mayor de toda la pandilla. La más pequeña, yo. Teo me dirigió una sonrisa amistosa, pero, aunque ya no me sentía amenazada por él porque todos los de casa decían que no era un mal chico, tampoco estaba convencida de sus buenas intenciones.

La más pequeña y la más bajita, sí, pero no la más tímida. Pensé que no podía achicarme ante ellos por más cara de brutos que tuviesen. Les demostraría que los años no eran lo más importante para según qué cosas.

—Hola a todos —saludé como quien da comienzo a la reunión—. Narcisa dice que tenéis novedades…

Se fueron sentando todos en círculo sobre la hierba como los indios de las películas. Yo permanecí de pie porque me daba repelús sentarme en un sitio donde podía haber bichas; pensé que si no me sentaba podía parecer la jefa del grupo. No perdía nada por intentarlo. De la necesidad, virtud, hubiese dicho la abuela.

—A Nati la preñó Venancio, el alguacil —dijo de buenas a primeras el hermano de tía Puri.

—Hala, ¿qué dices? —Narcisa se me adelantó en la pregunta.

—Y tú ¿cómo lo sabes? —A mí también me costaba creerlo.

—¿Lo sabes o te lo imaginas? —intervino Narcisa—. No creo que Nati te lo haya ido a contar a ti.

—Claro que no, listilla —Jesús se levantó del círculo con cara de ofendido, y se colocó en posición de superioridad, sobre todo con relación a mí—, pero uno tiene los oídos para escuchar. —Me dio la impresión de que tenía ganas de hacerse de rogar.

—Pero nos lo vas a contar, ¿verdad? —dijo Áurea para animarle.

—Mis padres me mandaron un día a desbrozar el camposanto y a reponer una cruz de madera en la tumba de los abuelos porque la otra había desaparecido. En eso estaba cuando me pareció oír voces cerca. Como los muertos no hablan, dejé de hacer ruido con la azada y puse la oreja. Enseguida reconocí la voz recia de Venancio y, al rato, la de Nati. Debían de estar en el porche de la iglesia donde supuse pensarían estar al abrigo de miradas.

—¿No sería al atardecer? —pregunté yo.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque a mis abuelos y a mí nos sorprendió verlos ahí un día, cuando volvíamos del tajo. Estaban hablando, pero no oímos nada.

—Pero yo sí. —Jesús quería añadir misterio a su información—. Y me quedé de piedra…

—Bueno, desembucha —intervino Teo, molesto por tantos rodeos.

—Venga, ya. Guárdate los detalles y acaba de una vez. —Ahora era Saturio quien se impacientaba.

—Por lo visto habían quedado de encontrarse ahí justo a esa hora. Yo no los veía, pero oía casi todo lo que decían.

Jesús se sentía el protagonista y hacía pausas como para hacer más interesante su historia.

—Supongo que él debió acercársele para abrazarla o besarla porque Nati dijo: «Déjame en paz, no me toques…» —continuó Jesús a los pocos segundos—, después, un silencio y Venancio diciendo: «Te quiero con locura y tú lo sabes». A Nati la oía peor porque se sonaba la nariz al mismo tiempo que hablaba. «Lo mío no ha sido un arrebato… siempre te he querido a ti», decía él. Y Nati, esta vez con voz segura, replicó: «Un cantamañanas, eso es lo que eres, y encima peligroso».

A juzgar por las expresiones de los demás, entendí que también era la primera vez que oían semejante versión. La sorpresa era general. La incredulidad también.

—Ya. Y yo voy y me creo que tú sabías eso y no has dicho nada hasta ahora —soltó con aires de superioridad Teo.

—Pues sí. No todos somos bocazas como tú —respondió Jesús, ofendido.

—Ni tan calzonazos como tú. —Teo no soportaba no tener la última palabra.

—Vale ya. Dejaos de pullas. —Narcisa intervino a tiempo de evitar una bronca—. Sigue, Jesús.

—Nati le dijo que lo único que había conseguido era destrozar su vida. Que había intentado ir al sabinar de La Peña a ver a la santera buscando ayuda, pero que esta se había negado porque el embarazo estaba ya demasiado adelantado. La oí llorar, mocarse de nuevo y soltar: «Ahora, la criatura llegará, y se quedará sin padre ni madre. Así que guarda los arrumacos para tu mujer porque yo no tengo el cuerpo para fiestas».

—Y Venancio ¿no decía nada? —A pesar de que mi cabeza estaba a punto de explotar, yo quería seguir hasta el final.

—Solo oí preguntarle si se lo había contado a alguien. Y a Nati, dura como una piedra, contestarle con un no tan rotundo que tembló la pared del camposanto.

—¿Y? —todos parecíamos estar esperando más.

—Nada. Ella se fue primero. Después tuve que esperar oírle salir a él para poder irme yo. Si me hubiese descubierto allí, igual me hubiese matado.

Tuvimos que parar nuestra conversación en seco porque oímos voces de gente que bajaba a la fuente. Nos separamos allí. Los chicos

se fueron siguiendo el curso del río, anunciando a voz en grito que iban a coger cangrejos y nosotras subimos al pueblo, cada una a su casa.

Áurea no dijo palabra hasta que no estuvimos las dos solas, pero a juzgar por su cara, aún no había digerido lo que había oído.

—¿Tú te has creído lo que ha contado Jesús? —Sus ojos eran más expresivos que sus palabras.

—Yo sí, pero ya veo que tú no.

—Porque Venancio es el alguacil.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Además, Venancio no se puede casar porque él ya tiene mujer e hija —replicó ella.

—Y sobre todo porque ella no le quiere. —Nadie me lo había dicho, pero a mí me lo parecía.

Paramos la conversación ya en el portal de casa y le hice un gesto con el dedo en la boca para que no hablase con nadie de eso. Entramos y nos fuimos colocando en la mesa como si nada hubiese ocurrido. En el cuaderno puse: «Hoy mejor no escribo. Cuando lo vea más claro, lo haré».

27

Aquella noche mientras me acostaba, oí a la abuela comentarle al abuelo que la bardera del cielo de la tarde presagiaba vientos fríos y fuertes, y que habría que madrugar para que no se les volase la paja. No sabía lo que era la bardera, pero sí lo que había que hacer con la paja y, cómo no, pedí a mi madre que me despertase pronto, porque quería ayudar. Mamá se sonrió y dándome un beso de buenas noches, me dijo: Faltaría más, hija, como si no nos conociésemos; o sea que me quedé sin saber si me despertaría o no. En vez de insistir, repliqué: En cuanto abra los ojos, iré a buscar a Áurea.

No me despertaron como había pedido, pero cuando me levanté, mi madre aún andaba por la cocina. Adónde vas tan pronto, me preguntó a pesar de saber que, si yo barruntaba que algo iba a fallar, me despertaba solita antes de lo previsto. Como había dicho la abuela, se colaba un viento frío por la ranura del portón de madera de la entrada. Y eso quería decir dos cosas: que la abuela siempre tenía razón y que mi estancia allí pronto llegaría a su fin.

Me puse un poco triste pensando en eso, pero no tanto como para perderme las tareas en curso. Desayuné más rápido que de costumbre y, con la advertencia de mi madre de que hacía un frío pelón, dejé a un lado mi vestido de verano, me puse una camiseta de manga larga rescatada del arcón, un suéter de lana color vino con las coderas a punto de agujerearse, calcetines largos y una falda marrón horrorosa heredada de vete a saber quién, tan larga que casi no se me veían ni los calcetines. Gracias a Dios no había espejo grande para mirarse toda entera porque debía de parecer un espantapájaros, pero me daba igual.

Salí al corral y el viento me sacudió de tal manera que poco me faltó para echarme a volar. Me gustó la idea, porque desde pequeña venía diciendo que me hubiese encantado ser pájaro. Pero en aquel instante tocaba seguir con los pies en el suelo. Debía plantarle cara a ese cierzo que, de frente y con violencia, me tiraba para atrás en la calleja camino de casa de los abuelos paternos, como si estuviese peleándose conmigo y me lanzase agujas a la cara para frenarme. No entendí aquello que decía la abuela tan a menudo: Ya verás, estos

aires lo curan todo, porque a mí me estaban agrietando los labios y rajándome la piel.

Así, de espantapájaros y con una pinta que no quiero ni imaginar, me crucé con Teo y con su padre, que volvían con las angueras hacia la era, cuando yo aún no había llegado a casa del abuelo Benito. Me saludaron los dos, y esta vez no giré la cara y respondí como una niña bien educada. Las dos calles del pueblo eran un vaivén de gente yendo y viniendo de los almiares a la era y viceversa.

Allí estaba Áurea, en la cocina, y comiéndose la odiada sopa de ajo de la abuela Marcelina. ¿Quieres?, me preguntó, en una invitación de ayuda para acabársela. Le dije que no, pero me miró con tal cara de pena que cogí una cuchara y le eché una mano mientras le decía: ¿Todos los días lo mismo? Y, ante su gesto afirmativo, y aprovechando que la abuela estaba en el portal y no podía oírme, susurré: No sé por qué no vienes a casa. La abuela me había oído porque, entre dientes, nos llegó su voz asmática: Eso, eso. Llévatela contigo para que luego le cuente a su madre que aquí no le damos bien de comer. Sentí rabia y pena a la vez; pena porque yo sabía que la abuela Marcelina no era mala, pero tenía que seguir los mandados del rancio del abuelo, al que todos obedecían con más temor que otra cosa, y rabia porque Áurea no era una chivata y nunca diría algo así.

Una vez acabada la sopa, le dije a mi prima: Mírame bien, yo con esta pinta y ¿adivina con quién me he topado? Se puso a reír. Pues sí, justo con él.

Aún nos estábamos riendo cuando llegamos a la era para ver a qué familia nos uníamos primero. Empezamos con tío Rufino y tía Puri, solo porque el pajar estaba más lejos.

La cosa consistía en ir llenando con la horca las angueras, que eran como unas cestas muy grandes hechas con mimbres, que tenían dos palos delante y dos detrás para que pudiesen cogerlas entre dos cuando iban y venían de la era al pajar. La gracia para nosotras era esperarlos en el almiar y tumbarnos encima de la paja que acababan de descargar. Así la íbamos apretando y cabía más, según nos decían. Después, en el camino de vuelta a la era, nos metíamos en las angueras y los portadores nos llevaban como si fuésemos paja, pero más pesada. Luego, mientras se volvían a llenar de nuevo, nos íbamos corriendo al pajar de la otra familia y hacíamos otro tanto.

Al final del día llevábamos paja hasta en los dientes. No hubo manera de escapar al balde de agua caliente que mamá nos tenía preparado.

Esa noche me costó dormir. No sé si soñé o si estaba despierta, pero lo cierto es que no paraba de ver bebés secuestrados, madres llorando a moco tendido y hombres malísimos que no paraban de hacerles mil cosas a las mozas del pueblo. ¿Toda esa historia me

estaba nublando el juicio? El caso es que me puse a pensar en Tomás y me atormentó la idea de que alguien pudiese llevárselo. Qué estupidez, me dije. Aquí estamos seguros.

Escribí en el cuaderno: «He tenido una pesadilla horrorosa. Bebés robados, madres llorosas y hombres malísimos».

28

Salí esa mañana de casa y lo primero que vi fue a tía Simona en el corral echándoles grano a las gallinas y canturreando: Pita, pita, bonita… No tiene sentido, pensé, qué tendrá que ver el hambre con los cánticos. A mí ni las gallinas podían distraerme de los misterios que tenía por resolver. Y como no pensaba parar hasta que lo consiguiese, hasta me atreví a preguntarle a mi tía. De perdidos, al río, como decía la abuela, y me lancé. Era raro que yo buscase su compañía y por su cara de extrañeza entendí que le sorprendía mi presencia, así de repente.

—Tía, ¿de verdad le van a quitar el bebé a Nati? —No me anduve con rodeos. ¿Para qué?

—Y a ti ¿quién te ha contado eso? —Su tono siempre tenía algo que me recordaba a la leche agria.

—Me lo dijo Narcisa. —Me arrepentí nada más decirlo porque a lo mejor mi amiga no habría querido que la tía lo supiese.

—Ya. —No supe distinguir si eso era un sí o un no—. Eso parece.

—¿Por qué se la quitan? —Ya puesta, no me iba a parar a la primera—. Narcisa me dijo que sus padres no la quieren. ¿Por qué si la niña no ha tenido tiempo de hacer nada malo?

No podía imaginar a unos abuelos rechazando a una nieta recién nacida. De repente, se me pasó por la cabeza que a lo mejor los padres de papá también hubiesen preferido devolverme a mí. Me dio un repelús solo de pensarlo.

—Tú no lo puedes entender. —Y dale—. Porque quieren a Nati y a su pequeña. Por eso lo hacen. Quieren lo mejor para las dos.

—¿Y su mamá? ¿No la cuidaría mejor? Tendrá que mamar, digo yo.

—Sí, claro. —Me pareció ver que le brillaban los ojos como cuando te vas a poner a llorar—. Todo es muy difícil… pero la nena estará bien. —A juzgar por la cara que ponía mientras me lo decía, me costaba creerlo—. Las monjas la cuidarán y le enseñarán a leer y a escribir.

—Y luego, ¿Nati irá a buscarla? —insistí con ganas de oír algo bueno para no ponerme demasiado triste.

—Niña, ¿cómo voy a saber yo eso? Y basta ya de charlas. Se nos echa el tiempo encima y hay cosas que hacer. —Lloraba, sí, porque se sacó un pañuelo del bolsillo y se frotó los ojos.

Llegué a una conclusión. Todos sabían lo que iba a pasar con la nena. En casa, la idea no le gustaba a nadie, pero todos decían comprenderla. Todos menos yo. No entendía nada.

—¿Dónde está mi madre? —pregunté al darme cuenta de que no iba a enterarme de nada más.

—Se ha ido con Tomás a ver a tus abuelos. —Me pareció aliviada por el cambio de tema—. Podrías acercarte a verlos tú también.

No me apetecía ni un poco, pero si mi madre estaba allí, la visita me resultaría más fácil. Y si tenía suerte y encontraba a tía Puri en casa, mejor todavía. Ella, en comparación con la desabrida tía Simona, era pura alegría. Nunca me reñía y siempre se mostraba cariñosa conmigo. En realidad, la única en aquella casa que no olía a rancio era ella, por eso nos llevábamos tan bien.

Tía Puri y su marido, el hermano pequeño de papá, vivían con los abuelos porque no tenían casa propia. Era simpática y también un poco rara. Le encantaban los animales, no solo los de casa, sino todos. Hablaba con los pájaros, cogía ranas y sapos con la mano, les daba de comer y luego los soltaba, era capaz incluso de alimentar a los ratones. No tenía miedo de ningún animal, por más peligroso que fuese, pero desconfiaba casi de todo el mundo. Solía decir: Los animales no te hacen nada si no los atacas; los hombres, sí. Yo muy de acuerdo con ella no estaba, porque sabía que había hombres buenos y malos, y animales también, pero como ella era mayor, debía de saber más de esas cosas.

Siempre me daba moras, endrinas, escaramujos o lo que encontrase por esos caminos de Dios y siempre me avisaba: No te des un atracón que ya sabes lo que pasa. Hacía bien en recordármelo porque tenía razón. Siempre se me descomponía la barriga, y luego tenía que pasarme buena parte del día en los casares, o sea a pleno campo, o al abrigo de una taina, a hacer lo que hubiese que hacer. Como no había ni agua ni retrete en casa, cada uno se buscaba el rincón que más le convenía. Por eso yo decía que me iba a mi rincón. Y de rincón, nada. Como mucho, trataba de situar el culo contra un trozo de muro o un pedregal, oteando a derecha e izquierda por si aparecía alguien en el peor momento. Yo ya sabía lo que era un váter y me moría de asco y de vergüenza cuando, con descomposición y sin papel de ninguna clase, tenía que limpiarme con un trozo de tejo o con la hoja de algún arbusto grande, que, por desgracia, no abundaban. Luego, salía pitando a lavarme las manos en el barreño que se dejaba en la cocina para eso.

Encontré a tía Puri en el corral con los cántaros en la mano,

dispuesta a bajar a la fuente.

—Hola, bichejo. —Me llamaba así aposta para hacerme rabiar. Sabía de mis miedos, pero no me podía enfadar porque dicho por ella, que amaba a todos los bichos, solo podía ser cariñoso—. Tu madre está con el niño y con los abuelos. Voy a por agua. ¿Vienes conmigo?

—Sí —le contesté—. Espérame. Voy a coger un botijo. —Entré zumbando en el portal, agarré el primer botijo de la cantarera, dije: Me voy con la tía y volví a salir.

—No has saludado a los abuelos —me advirtió—. Luego dirán que es culpa mía.

Volví a entrar a dar los besos que no había dado, no la fuesen a regañar a ella por mi culpa, y salí volando para no escuchar cosas como: No hay quien pueda con ella, tiene que estar en todas partes…

De camino a la fuente, debíamos pasar por delante de la casa del alguacil. En el corral estaba su mujer, Boni, de la misma edad de Puri, zurrando unos colchones de lana con una furia desatada. Alzaba la vara de madera con tanta rabia que parecía apalear incluso lo que no se veía. Escupía palabras incomprensibles por la boca, aunque no tenía a nadie que las escuchase. Los palabros se mezclaban con el zumbido del golpe en el aire y el ruido de la vara al caer sobre el pobre colchón. Parecía una lucha más que una tarea. No nos había visto acercarnos, pero mi tía se detuvo frente al corral.

—Para ya, mujer, los vas a reventar —le dijo mientras depositaba los cántaros en el murete de la entrada y yo hacía otro tanto con el botijo.

—Reventar… Ojalá pudiese reventarlo todo… —Su cara, aunque avejentada, solía ser alegre, pero en ese momento la tenía más bien avinagrada.

—¿A ti qué te pasa hoy, mujer de Dios? —Por lo visto mi tía también lo había notado—. Si sigues así, te quedas sin colchones en un santiamén. —Intentó hacerla sonreír, pero no lo logró.

—Tienes razón —se limitó a decir.

—Bueno, cuando quieras ya me contarás… —añadió tía Puri mientras volvía a coger los cántaros del murete.

—Este marido mío, que no sé qué le pasa últimamente… —Se había acercado a nosotras y casi en susurros se dirigía a Puri—. Sale y entra de casa sin decir adónde va. A veces regresa con un humor de perros. El otro día me levantó la mano porque le dije que no eran horas de llegar a cenar. Nunca lo había hecho. Me asusté.

—Debe de estar preocupado. Lo de Pablo sigue sin resolverse —intentó tranquilizarla mi tía.

—Puede ser. Pero no sé yo, algo más debe de haber… —respondió la mujer, como si necesitase oír de alguien que sus temores tenían

razón de ser.

—¿Algo más? —Mi tía, tan curiosa como yo, preguntaba; yo hacía ver que no prestaba atención, pero no perdía comba—. ¿En qué estás pensando?

La mujer se acercó aún más a Puri y siguió hablándole casi en susurros. A mí me llegaban solo palabras sueltas.

—… una moza preñada, el novio de la moza que aparece muerto… no hay culpable… una criatura sin padre… ¿Vas a decirme que no son demasiadas cosas al mismo tiempo? —Había dejado de apalear el colchón, pero seguía tan alterada como antes.

Yo no decía ni mu porque sabía cuándo era mejor tener la boca cerrada. Y también, para ser sincera, porque no había entendido nada de las palabras entrecortadas de Boni.

—Mujer, habla con él. —Me di cuenta de que tampoco mi tía sabía muy bien qué decir—. Que te cuente de una vez.

—Igual crees que no lo he intentado. —El vinagre de su cara se iba haciendo cada vez más fuerte; tanto que podía olerse.

—No sé qué decirte. —Tía Puri volvió a coger los cántaros del murete—. Ya hablaremos en otro momento. Nos vamos corriendo que están esperando el agua en casa.

Al doblar la esquina de la calleja, cuando ya habíamos dejado las casas atrás, no pude retener ni un minuto más mi lengua inquieta y me lancé sin más:

—Tía, ¿qué le pasaba a Boni? Parecía muy enfadada con su marido, ¿verdad?

—Cosas de maridos y mujeres. —Lo dijo con tanta naturalidad que hasta hubiese podido pensar que eso era lo normal, aunque no me lo parecía.

—¿Venancio le ha pegado? —Se me había quedado grabado lo de la mano levantada.

—No. Qué tonterías dices. Venancio es un buen hombre. —Habíamos llegado ya a la fuente y Puri, también ella, me decía—: Cuidado con la poza, no te acerques demasiado. ¿De dónde has sacado tú eso?

—Ella ha dicho que le había levantado la mano y se había asustado…

—Me parece a mí que esa cabecita tuya está inventando una historia. —Me interrumpió porque ya tenía los cántaros y el botijo llenos, e hizo un gesto pidiendo mi colaboración para ayudarla a cargar.

Se bajó a mi altura para que pudiese ponerle el rodete en la cabeza mientras yo intentaba poner las ideas en orden en la mía a punto de estallar con tanta información. Ella podía decir lo que quisiese, pero

yo estaba segura de haber oído a Boni decir eso.

Enfilada ya la maldita cuesta y con la tía con un cántaro en equilibrio encima del rodete y el otro apoyado en su cadera, me daba miedo hablarle no fuese a caérsele todo por mi culpa. Aun así, lo intenté.

—¿Sabes que a Nati le van a quitar a su niña?

—Sí, eso me han dicho —me respondió sin pestañear.

—Nadie quiere explicarme por qué.

—Pues porque las cosas son así en estas tierras. Una mujer soltera con hijos lo tiene muy difícil. —Su respuesta, aunque lógica, no acababa con mis dudas.

—Pero la familia la puede ayudar…

—Ya. Pero sus padres creen que, si se queda con el bebé, ya nadie querrá casarse con ella —respondió sin más.

—¿Y eso por qué? ¿Qué culpa tiene la niña? —Estaba tan horrorizada con la idea de que separasen al bebé de la madre que daba la impresión de que yo tenía que defender a la criatura contra todos.

—Ninguna.

A este paso iban a faltarme páginas en el cuaderno. Esa noche escribí ya metida en la cama: «Boni, la mujer del alguacil, tiene razón; están pasando cosas muy raras en el pueblo. A Nati piensan quitarle la niña porque dicen que, si no, la desgraciada sería ella. A los mayores no hay quien los entienda, pero yo estoy del lado de Milagros. ¿Qué culpa tendrá ella de haber nacido?».

29

Ya había resuelto los dos primeros puntos de mis deberes, pero no por ello estaba más adelantada. Pensaba que la solución de los dos primeros me llevaría directamente a descifrar el tercero, pero ahora me daba cuenta de mi ingenuidad, porque resultaba ser todo lo contrario. Justo por ser quien era el papá de Milagros iban a separar a la niña de la madre. Menuda papeleta se me presentaba. Para empezar, no debería haberle puesto ese nombre porque de milagro nada; más bien parecía un calvario. Habría debido llamarla Dolores.

La verdad era que aún no había conseguido poner en orden mi cabeza después de la sentada en el plantío con los chicos hacía un par de tardes. O por decirlo de otro modo, tenía un lío fenomenal y un problema de conciencia tan grande que no me cabía en el pecho. Áurea, Narcisa y yo habíamos decidido no decir nada en casa de lo que Jesús nos había contado. Nos había picado el aguijón, o mejor dicho me había picado a mí, de seguir adelante con nuestra investigación, de encontrar respuestas a preguntas que nadie había encontrado hasta entonces y descubrir la verdad. Por otro lado, por muy polvorilla, curiosa y traviesa que fuese, mentir se me daba muy mal. Tan mal que las pocas veces que lo había intentado, me habían pescado enseguida. Casi antes de hablar.

Y aunque me repetía una y otra vez que no era lo mismo dejar de contar algo que mentir, no por ello me sentía mejor. Pensaba que mi silencio podía hacerle daño a alguien, tal vez a Milagros, o aún peor, podía dejar a Venancio libre para hacer niños a destajo. En esas dos noches de mal dormir habían desfilado por mis sueños imágenes de las mozas del pueblo dejando bebés por todos los rincones: pajares, tainas, gallineros. Todos hijos del mismo padre, que al final no era un padre de verdad… Pesadillas que me despertaban sobresaltada e inquieta.

Decidí acercarme esa misma mañana a casa de los padres de tía Puri por si encontraba a Jesús. Porque una cosa estaba clara. Si él había hablado con su hermana o con quien fuera de lo que había oído, de nada servía que me atormentase con el silencio.

Tuve suerte de encontrármelo en el camino. De hecho, nos

cruzamos en la calle de la escuela cuando salía de su casa para ir a llevarle a su hermana un recado de sus padres. Caminaba con el desgarbo de siempre, con aquellas albarcas que parecían mucho más grandes que sus pies, pero que no le hacían ir más rápido, sino más patoso. Tenía el pelo pincho como si se hubiese asustado al nacer y ya nunca más hubiese dejado de estarlo. Eso le daba un aspecto simpático, aunque tenía entendido que a él no le gustaba nada. Sus ojos eran tan transparentes como los de tía Puri. Tan claros que no podían ocultar nada, pensé por primera vez.

Me alegré de verle en territorio neutro porque así podíamos hablar más tranquilos.

—Hola, te andaba buscando —solté a modo de saludo.

—¿A mí? ¿Y ahora qué pasa? —En su tono había una queja, una señal de hartazgo que no supe descifrar.

—Tranquilo. No pasa nada.

—Eso lo dirás tú, pero ya lo creo que pasa. —Había rebajado el tono, pero seguía serio, como enfadado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me arrepiento de haberos contado lo que os conté. A Teo, el muy gallito, le ha faltado tiempo para cacarearlo por ahí. Mi hermana ya se ha enterado de lo de Venancio.

—¿En serio? ¿Y cómo sabes qué ha sido Teo?

—Solo ha podido ser él —dijo convencido—, y tú ¿para qué me buscabas? —definitivamente, no estaba muy amistoso.

—Para nada. Solo quería decirte que yo no he dicho nada en casa. Me está costando un montón pero no suelto prenda. Por mí, puedes estar tranquilo. ¿Y si se entera Venancio de que lo sabemos?

—Venancio no es mal tío, pero… Tendría gracia que fuese Boni la que le cortase la picha a él. —Esa sola idea le hizo soltar una carcajada; la primera y la única—. Bueno, me voy volando porque tengo un montón de cosas que hacer.

—Vale, pero ¿podremos reunirnos otra vez? —Sonó a súplica más que a pregunta.

—Mientras no venga el imbécil de Teo… porque si no, acabaremos a hostias. —Salió disparado, con su paso desgarbado.

También yo salí pitando hacia casa. Como si me hubiesen liberado de una carga o como si la conversación con Jesús me hubiera dado permiso para hablar. En el camino, dudé si era mejor empezar diciéndoselo a la abuela o a mamá, pero tenía claro que debía ser prudente y no lanzarlo al vuelo.

Le tocó a mamá. La encontré en la sala con Tomás, que piaba por salir de casa.

—¿Puedo contarte un secreto? —le lancé a bocajarro.

—Venga, cuenta. Te mueres de ganas de hacerlo. —Puso una cara entre sorprendida y divertida—. Como si no nos conociésemos.

—Pues resulta que el papá de Milagros es Venancio. Bueno, no es el papá de verdad, pero podría serlo… en fin. —Me costaba explicarme. De repente, me di cuenta de que no sabía las palabras necesarias para hacerme entender y me dio mucha rabia.

—Sé lo que quieres decir. —Por una vez, mamá vino a rescatarme —. No te preocupes. Lo que no sé es cómo demonios te has enterado tú de eso. ¿No andarás fisgoneando por donde no debes? —El lado salvador de mi madre no había durado mucho porque ese tono ya volvía a sonarme a reprimenda.

—Pues si me vas a reñir, no te lo digo. —Me sentía ofendida por su falta de confianza, y decepcionada porque no me parecía muy interesada por la cuestión.

—No me vengas ahora con esas. —Señalando al niño, hizo un gesto como indicándome que saliese con él—. ¿Quién te ha dicho a ti semejante cosa?

De repente, decir toda la verdad me parecía alta traición hacia Jesús, pero la madre sargento no parecía conformarse con el silencio, así que apechugué con la culpa y dije que el hermano de tía Puri los había oído hablar desde el camposanto.

—O sea que lo sabe todo el pueblo. —De nuevo me pareció una acusación directa de mi madre y empecé a pensar que hubiese hecho mejor callándome.

—A mí no me mires —respondí enfadada—. Aunque no te lo creas, yo no se lo he dicho a nadie.

—Mejor así —concluyó ella, absolviéndome con dos palabras—. Pobre Nati. Ahora sí que estará en boca de todo el mundo. — Decididamente, el lenguaje de los adultos era cualquier cosa menos fácil de entender.

Como estaba claro que ella no quería seguir hablando conmigo del tema, decidí salir con Tomás a dar una vuelta por el pueblo. Últimamente no estaba mucho por él, y el pobre no tenía ninguna culpa.

30

Las fronteras del pueblo eran las que eran, o sea las que la vista abarcaba. El mundo también empezaba y acababa en ellas. O como mucho en Soria para aquellos que, como la abuela, debían desplazarse, a pie o en caballería, a la feria si necesitaban comprar o vender algún animal. Mamá me lo había contado más de una vez y yo la creía, pero no conseguía imaginarme cómo podían hacer cincuenta kilómetros en el mismo día. Alguna vez había tenido que quedarse a dormir allí porque no había conseguido dar con el tratante ideal o porque no podía vender las ovejas por el precio que le pedían por la ternera, me había dicho. Recuerdo haberle preguntado también por qué iba la abuela en vez del abuelo y si no tenía miedo de hacer un viaje tan largo ella sola. La respuesta de mi madre, sin ella pretenderlo, me dio que pensar durante unos cuantos días.

—¿Miedo de qué? Miedo era el que pasaba yo cuando con ocho años me mandaba la abuela a llevarle la ropa limpia a su padre después de que enviudase. Tu bisabuelo vivía en Nódalo, en aquella casa que te enseñé un día, y mamá tenía que cruzar el monte para llegar hasta allí. Con miedo o sin él, tenía que ir, así que no había donde elegir. A los miedos los vence la necesidad, hija mía —prosiguió ella, y añadió—: Créeme, a tu abuela hay muy pocas cosas que le den miedo. Y si va ella en lugar del abuelo, es porque ella es más lista que él. Solo por eso.

El mundo era pequeño, sí, y se redujo aún más aquella mañana. Unos aullidos me despertaron de madrugada. Parecían lejanos, pero en el silencio del amanecer sonaban como los de un lobo. Pensé que no corríamos peligro porque todos estábamos en casa, pero aun así me levanté y me acerqué a la cocina, donde la abuela trasteaba ya.

—Buenos días. ¿Ha oído eso, abuela? ¿Son lobos?

—Hola, pequeña. No. No son lobos. Los lobos nunca aparecen a estas horas.

—Entonces, ¿qué es? —Su serenidad habitual a veces me desarmaba.

El abuelo, que en ese momento salía ya vestido de la alcoba, se sorprendió al verme en la cocina cuando aún no clareaba. Me dio un

beso fugaz que sabía a sueño, se echó la zamarra al hombro y salió. Al abrir la puerta, los gritos se hicieron más presentes y a mí me dio un repelús.

—Tenga cuidado, abuelo. Llévese un palo. —Fue lo único que acerté a decir.

—Tranquila, mi niña. Debe de ser un animal herido —respondió él, ya desde el corral, mientras yo cerraba la puerta a toda prisa.

Por momentos daba la impresión de que los aullidos se acercaban. Yo estaba arrugada de miedo y aunque la curiosidad me mataba, no me moví ni un milímetro de las sayas de la abuela.

Al poco rato apareció también mamá, todavía en camisón, frotándose los ojos como quien despierta de una pesadilla. Cuando percibió que los berridos eran reales y venían del exterior, no se lo pensó ni un minuto. Volvió a su alcoba, se vistió en un pispás, cogió al vuelo el mantón que colgaba del clavo del portal y, dirigiéndose a la abuela en unos palabros que no conseguí entender, dijo:

—Madre, eso no es un animal herido. Creo que al final se han salido con la suya.

—¿Habrán tenido entrañas para hacerlo? —completó la abuela misteriosamente y enseguida, en un intento de volver a la normalidad, se sentó en el banco y en un tono cómplice dijo—: Déjame adivinar. ¿Te vuelves a la cama o prefieres ayudar a la abuela con las torrijas?

—Hay que ver lo lista que es —respondí dándole un beso sonoro en la mejilla.

—Hala pues. Ya estás tardando en vestirte si no quieres que te dé un pasmo.

Arrimó las trébedes a las ascuas, puso encima la sartén con el sebo de cerdo y empezó a cortar el pan. En el puchero ya estaban cociéndose las alubias del mediodía, de las que emanaba el aroma picante y colorado del chorizo. Llegué a preguntarme si la abuela se acostaba o si permanecía toda la noche atareada. Ahí estábamos las dos en plena faena, cuando oímos la puerta de casa abrirse. Antes de salir al portal, me estremecí porque los ruidos guturales y los gemidos venían de allí. Salían de la garganta de Nati, a la que mi madre llevaba casi en brazos. Sollozaba y decía cosas sin sentido. No nos vio ni a la abuela ni a mí, no dijo ni tan siquiera buenos días. Parecía estar sin estar. Como si solo su cuerpo estuviese presente, desmadejado como un monigote roto casi colgando de los brazos de mamá. En su cara no había más espacio para el terror, los ojos llenos de sangre parecían querer salirse de las órbitas, los párpados hinchados podían explotar de un momento a otro y tenía la boca rígida y torcida como una vara quebrada. Yo nunca había visto un loco en mi vida, pero Nati en ese momento me pareció una pobre loca

poseída por el demonio, de esas que nos describían en las clases de catecismo. Y, sin embargo, solo era la madre de una niña de menos de un mes.

Mamá se la llevó directamente a la alcoba y cerró la puerta. Desde el portal oía a la una sollozar cada vez más bajito y a la otra susurrar algo que no conseguía descifrar, pero que sonaba parecido a la cantinela que yo solía hacerle a Tomás cuando era bebé para que se durmiese.

La abuela no decía nada. El abuelo, que llegó un poco después, se sentó en el banco a mi lado, cogió mis manos entre las suyas, endurecidas y callosas, y las envolvió en un gesto que me supo a protección. Tampoco él dijo nada. Ni falta que hacía. Incluso yo era capaz de imaginar lo que acababa de pasar. A Nati le habían arrebatado su niña. Solo podía ser eso. No podía hacerme la fuerte cuando el corazón se me estaba partiendo. Me puse a llorar sin remilgos y apoyé la cabeza en las rodillas del abuelo.

A todos se nos habían quitado las ganas de desayunar. A todos nos habían robado las palabras. Vi a la abuela arrimar un pucherillo pequeño a la lumbre y luego poner unas hierbas en él. Lo tapó y esperó un ratito. Después, coló el contenido con un trapo blanco, puso una cucharada de miel en un vaso y se fue con él a la alcoba. Así era ella. Siempre sabía lo que era necesario hacer.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que regresaron a la cocina mamá y la abuela. Mamá, con los ojos llorosos y la abuela con un semblante de preocupación poco común en ella.

—Por fin se ha dormido —dijo mamá, mientras se sonaba los mocos—. Pobre mujer, le han roto la vida.

—No pensaba yo que la tía Remedios fuese capaz de llevárselo. A una madre le tiene que costar hacerle eso a su hija… —El tono de la abuela era casi compasivo, como si tuviese pena también de esos padres tan salvajes.

—Pero el bruto del Victorino lo tenía claro desde el primer día —dijo el abuelo, resuelto.

—El caso es que cuando la chica se ha despertado, aún de noche, el bebé ya no estaba en el capazo a sus pies. Ha saltado de la cama y se ha metido en la alcoba de sus padres esperando encontrarlo allí. Y ahí ha sido cuando ha empezado a berrear con toda la fuerza de sus entrañas, porque la cama de sus padres estaba vacía y no había rastro de Milagros. —Mamá hacía un esfuerzo por controlar sus nervios, le costaba contarnos aquello—. Eso es todo lo que he conseguido entender entre gritos y sollozos. Enloquecida, en el medio de las eras de abajo, aullando a los cuatro vientos y en camisón. Se me ha partido el alma… —las lágrimas cortaban sus palabras— como un animal herido de muerte.

Se me acumulaban los nudos en el estómago y en el corazón. Sentía pena hasta por mamá. La imaginaba pensando en las locuras que ella hubiese sido capaz de hacer si sus padres le hubiesen quitado a Tomás. Ella mejor que nadie podía entender el dolor de Nati.

—Pero seguro que lo han hecho por su bien. —Fueron las primeras palabras del abuelo—. No ha debido de ser fácil para ellos desprenderse de su nieta.

—Por Dios, abuelo, ¿cómo puede decir eso? —me atreví a intervenir—. ¿Bien para quién?

—Hija, te queda mucho por aprender todavía. Día llegará que entenderás lo que quiere decir el abuelo.

O sea que mamá me mandó callar, como tantas otras veces, pero sin el tono autoritario habitual en ella.

31

Pocos días después de lo de Nati, parecía que la vida en el pueblo seguía siendo la misma de siempre, pero yo sabía que para ella y para su hija había cambiado por completo.

Salí a la puerta del corral al sonido de los cencerros de vacas y bueyes. Era un gusto ver al vaquero, con su garrocha, su manta al hombro y su zurrón a la espalda, detrás de vacas y bueyes que, como todos los años, volvían de pastar en los pinares. Él se las llevaba cuando se acababa la trilla y las devolvía después, cuando ya habían andado sueltas y se habían puesto ciegas de comer. Yo siempre había creído que el vaquero o el pastor iban delante de los animales para guiarlos, pero no. Aprendí varias cosas: que cada cencerro sonaba diferente, que, a medida que las reses iban entrando por el camino de La Vega, cada una iba directa a su establo y que el vaquero allí, en el pueblo, ya no era necesario. Todo muy misterioso.

La noche anterior, la abuela había anunciado que tenían que ir al monte a por leña porque la reserva del casillo menguaba a ojos vistas.

Mamá dijo que iría con ellos para ayudarlos y todos me miraron a mí dando por sentado que me apuntaría enseguida a la expedición. Qué poco me conocían. Ahora tenía cosas más importantes de las que ocuparme.

—Tranquilos, yo me quedo con Tomás —dije—. Voy a enseñarle a leer, como hizo papá conmigo.

Porque era papá quien me había ido trayendo los tebeos todos los miércoles y solo por eso el miércoles era mi día favorito de la semana. Las historietas eran mi única fuente de lectura y a ellas volvía una y otra vez con un apetito exagerado. Iba tantas veces de la última página a la primera y de la primera a la última que acababa por saberme de memoria las aventuras de unos y otros. Todos ellos me acompañaban durante la semana, entraba en sus vidas y seguía sus peripecias, ansiosa por saber lo que ocurriría con ellos en la entrega del miércoles siguiente.

Recordé que en aquella época ya sabía que era dos cosas: raquítica y lectora. Lo que no sabía era si una cosa tenía que ver con la otra, pero me parecía raro. Aquel aceite asqueroso que me daban para

hacerme más fuerte y que me provocaba arcadas no podía tener relación con el gustito que me daba leer.

Cuando salí de mis recuerdos, los vi a todos observándome con ojos como platos, como si no me vieran capaz de enseñarle a leer a Tomás. No tenía ni libros de párvulos ni cartillas, pero empezaría con los tebeos como había hecho papá conmigo. O no, tal vez mejor por las palabras que él ya conocía: «pa-pá», «ma-má», «ta-ta» —esa era yo —, «ya-ya» —esa era la abuela—, y poco a poco iríamos avanzando.

—La niña tiene razón —dijo mi madre—. Dejaré la comida lista y si nos retrasamos que se la dé ella. Esta hija mía es un trueno, pero muy responsable. El crío la adora.

Tanto como eso…, pensé yo, pero me gustó oír el resto en boca de mi madre. Además, necesitaba estar sola un rato para repasar los deberes, desbaratados por completo desde el día de la desaparición de la niña.

Habían pasado pocos días desde esa madrugada loca que tanta tristeza me había causado y desde aquel momento nada había vuelto a ser igual. Los argumentos de los adultos no me convencían y, por muchas vueltas que les diese, no podía dejar de ver a los abuelos de Milagros como unos monstruos. Se me quitaron las ganas de pasar por su casa y evitaba ir con mamá cuando ella iba a ver cómo andaba Nati, que no había salido de su alcoba desde aquella mañana.

En el pueblo no se hablaba de otra cosa. Así era en casa de mis abuelos paternos, cosa que Áurea no soportaba. El abuelo Benito, con su particular lengua afilada, no paraba de soltar veneno. Que si todos tenemos que pagar por nuestros pecados, que si así aprenderá a mantener las piernas cerradas la próxima vez, que la tía Remedios había hecho lo que tenía que hacer, que si los hombres, hombres son… Me rechinaban los dientes cuando lo oía, tanto que salía corriendo para no decirle cuánto lo odiaba.

Entendí enseguida por qué Nati no había vuelto a salir a la calle, ni había vuelto al lavadero, ni se había dejado ver. Mamá decía que caería enferma porque ni comía ni dormía. Sigue con la mirada perdida como a la espera de un milagro, nos dijo después de una de sus visitas.

De repente, la investigación de la muerte de Pablo ya no me parecía tan necesaria. Aunque, pensándolo bien, a lo mejor si descubríamos al asesino, Nati recuperaría algo de su cordura. Tenía que espabilarme si quería ayudarla. Pensando en ella, en cuanto llegaron los del monte con la Petro cargada de leña, salí diciendo que había comido al mismo tiempo que el niño y corrí a casa de Narcisa, aunque por el camino más largo porque no quería pasar por delante de la casa de Boni y encontrarme a su marido. Como si no tuviese bastantes miedos, ahora también se lo tenía a él.

Evité la casa de Venancio, pero no había manera de sortear la del tío Teodosio. Y casi me di de bruces con Teo. Algo así como escapar del fuego y caer en las brasas, se me ocurrió pensar. Estaba en el corral de su casa poniéndole los arreos a la yegua y, nada más verme, me dio un «Buenos días» que me supo a burla.

No podía burlarse de mí por ser de ciudad, porque eso ya me lo había hecho pagar con creces. Y que yo tuviese once años y él catorce no era suficiente para sentirse más importante que nadie. Me molestaba el hecho de que yo era un taponcillo a su lado y para hablar con él debía mirar hacia arriba, lo que me hacía sentir inferior a la fuerza y me confundía porque, además de muy bruto, era muy guapo y tenía unos ojos oscuros como el carbón en llamas que quemaban cuando te miraban, y un aire de poder frente a todo y frente a todos. Me daban rabia su mirada de gallito y sus aires de chico mayor, pero buena era yo para arrugarme.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —preguntó en tono más amistoso.

—A ver a Narcisa. ¿Y tú?

—Al molino, pero antes tengo que hacer algo. —Había cierto misterio en su voz, como si no hablase de cosas del campo. Me hice la tonta.

—¿Se puede saber qué cosa?, ¿o es un secreto? Aunque no sé yo si los secretos y tú hacéis buenas migas.

—Vaya con la forastera, la de cosas que sabe. —Me miró socarrón —. Tú y yo vamos a acabar entendiéndonos bien. Pequeña, pero lista. Como a mí me gustan.

—Entonces, ¿me lo cuentas o no? Yo sí sé guardar un secreto — largué rabiosa porque ese «pequeña», viniendo de él, me pareció un insulto.

—Llevo unos días barruntando algo. —La yegua ya estaba aparejada y él se disponía a montar cuando se giró hacia mí—. Si vienes, te lo cuento.

—¿Ir contigo? ¿Adónde? —Me había dejado tan boquiabierta su invitación que no supe cómo reaccionar—. Le he dicho a mi madre que no tardaría.

—Y yo tengo que hacer lo mío. Anda, ven, te prometo que estarás en casa a tiempo. Te ayudo a subir.

No tuve tiempo de negarme. Me cogió por la cintura y me alzó hasta la albarda del animal. Luego, en un movimiento ágil, montó él y se instaló delante de mí.

—Cógete a mí, no te vaya a perder por el camino —dijo con retintín.

No me lo podía creer. Primero casi me mata de un susto y ahora me invita a ir con él. ¿Por qué a mí y no a cualquier otro chico del

pueblo? ¿Me la querría jugar otra vez? En menudo lío me estaba metiendo. Todo eso pensaba cuando ya era demasiado tarde.

Me agarré a su cintura y me dio un tembleque, aunque frío no hacía. Tal vez era miedo. Miedo de estar haciendo algo que no estaba bien; la que me podía caer si la escapada llegaba a oídos de mi madre. Era peligroso y lo sabía, pero me cosquilleaba el estómago y el corazón se me salía del sitio. Nunca había sentido algo así.

No sabía dónde íbamos, pero me fijé en el cuidado con el que salió del corral de su casa y rodeó el pueblo al paso. Muerta de miedo, pero excitadísima como nunca lo había estado, miraba a derecha e izquierda, temerosa de ser descubierta. Gracias a Dios, no nos cruzamos con nadie porque me jugaba el poco pelo que tenía si mi madre se enteraba, pero no todos los días podía ser la protagonista de una aventura así. En esos momentos, lo demás me importaba un pito.

Mi inesperado amigo no abrió la boca hasta que no estuvimos en la entrada del monte, a la altura de las tainas. Paró la yegua, se apeó, ató el cabestro a una chaparra y me ofreció una mano para poder saltar de la montura. Solo entonces, los dos ya en tierra firme, me miró, ahí sí con cara seria, dispuesto a contarme. Había que prestar atención, pero todo me parecía tan extraordinario que me costaba serenarme y encontrar mi desparpajo habitual.

—Desde que Jesús nos contó lo de Venancio y Nati, no he dejado de pensar en el pobre Pablo. —Sus primeras palabras me devolvieron a la realidad, sin contemplaciones.

—Toma, y yo. —No le dije lo de mis «deberes» porque imaginé lo vería como una chiquillada.

—Lo mataron y aún no sabemos ni quién ni por qué. ¿Tú no has jugado a pensar quién pudo ser el asesino?

—Yo con los muertos no juego. —No sé si lo hizo a propósito, pero no me gustó la palabra y quise hacérselo notar.

—Venga, no te mosquees tan pronto.

—El muerto, muerto está y no podemos resucitarlo —repliqué compungida—, pero Nati está viva y lo está pasando muy mal. Dios quiera que no se muera también, porque mi madre dice que desde que se llevaron a la niña está como ida.

—Eso parece. Y aunque nadie la ha visto estos últimos días, anda en boca de todo el mundo. —Temí que también él se pusiese a despotricar como el abuelo, justo ahora que empezábamos a caernos bien. Gracias a Dios, no lo hizo.

—Bueno, ¿me explicas qué hemos venido a hacer aquí o no?

—Buscar… eso hacemos. Porque si descubrimos quién mató a su novio, a lo mejor eso la alivia. —Me gustó que pensase como yo—. El que lo hizo no pudo llevarse el machete o el cuchillo a su casa. O lo

tiró o lo escondió.

—Y antes borró todas las huellas —añadí yo, orgullosa de aportar algo.

—La Guardia Civil no encontró nada y el muerto ya cría malvas en el camposanto, pero el asesino igual está entre nosotros, vivito y coleando.

A pesar del escalofrío que me entró al oír la palabra «asesino», tuve la impresión de que se guardaba cosas y le animé a seguir.

—¿Y si fuese Venancio?

—Lo mismo me pregunto yo desde el otro día. —Vi un destello de repentina admiración hacia la «pequeña» que tenía enfrente.

—Pero no esperarás que el machete esté justo en el escenario del crimen. —Recordé la frase de Roberto Alcázar y me pareció un buen momento para soltarla.

—Menos choteo, que te dejo aquí tirada y tú verás…

—Entonces, ¿qué estás buscando? —dije sin darme por enterada de su amenaza.

—No sé. No paro de darle vueltas.

Solo nos habíamos desplazado unos metros desde donde había dejado la yegua atada y lo único que hacía era mirar a su alrededor como si esperase que alguien fuese a salir del encinar. La cercanía de las tainas y su gesto oteador me hicieron recordar la actitud de mi abuela el día de las ovejas. Tampoco le dije nada de eso porque si hubiese querido ir a la taina de tía Remedios, nos atrasaríamos más, llegaría tarde a casa y mi madre me la montaría bien gorda.

—Ha llovido tanto desde entonces que ni huellas ni nada —dije yo un poco apremiante.

—Eso ya lo veremos. Anda, vamos que aún llegaremos tarde los dos. —Me alivió que eso lo dijese él.

El trayecto de retorno al pueblo me pareció cortísimo. A lo mejor había espoleado a la yegua, pero ni me enteré. A la entrada del pueblo, me ayudó a saltar tras las paredes medio derruidas de las tainas que estaban enfrente de casa y se despidió:

—¿Amigos de verdad?

32

Mamá estaba en la cocina con Tomás. Desde el portal dije: Hola, mamá. Sin levantar la vista me devolvió: Un poco más y tengo que salir a buscarte. Pensé que alguna me caería por mi tardanza, pero casi me alegré de que estuviese ocupada con el crío porque venía tan acalorada que, si me hubiese mirado, se habría dado cuenta enseguida de mi turbación y me habría acribillado a preguntas. Mi cara debía de ser como el pimentón de las sopas de la abuela y buena era ella como para dejar escapar una ocasión así.

—¿Se puede saber dónde estabas? Pensaba que te habrías olvidado de tu promesa. —Después de mojarme la cara en la cocina y de echar un trago del botijo, estaba algo más serena para hacerle frente.

—¿En qué quedamos? ¿Soy o no soy la niña responsable que pregonas por ahí? Dices que puedes confiar en mí, pero…

—Es verdad, lo eres. Por eso te dejo a Tomás. —Bien jugado, pensé, he escapado de esta sin tener que mentir—. Bueno, me voy ya.

—Anda, vete tranquila.

—No tardaré mucho. Voy a ver a Nati. Quédate con Tomás y para la merienda le das el par de torrijas que han quedado de esta mañana.

Me quedé observándola mientras daba las instrucciones de siempre. Era más bien bajita y delgada; todo menos el pecho. Yo la veía muy mayor porque siempre iba vestida con ropa oscura, pero hacía pocos días le había preguntado cuántos años tenía y me había respondido: Yo treinta, papá treinta y ocho. Treinta me parecía entrar en la categoría de los jóvenes; treinta y ocho ya no lo tenía tan claro. O a lo mejor sí. Cómo podía saberlo yo. Pensé que a mí aún me faltaban diecinueve para alcanzarla. Una barbaridad.

El niño seguía en la sala y garateaba tranquilamente en una hoja de papel encima del arca. Cuando me quise dar cuenta, me pareció ver que se le cerraban los ojos por momentos y lo puse en la cama de mamá. No tardó ni un minuto en dormirse. Con sus ricitos rubios, esos ojos tan claros y esa piel tan blanca, me hacía pensar en los ángeles que salían pintados en los libros de religión. Me acerqué y le dije:

—Así me gusta. Tú tranquilo. Tu hermana tiene cosas importantes que hacer, pero no me muevo de aquí. —Aunque no sabía si podía

oírme, me negaba a usar ese lenguaje ridículo de los mayores con los críos.

La sala era tan pequeña que, desde cualquier lado, podía verlo si dejaba abierta la cortina de tela blanca que daba al exterior; aunque pequeña como todas las demás, dejaba pasar la luz intensa de la tarde. Unos arcones de madera vieja, únicos armarios de la casa y asientos de excepción, ocupaban las otras dos paredes. En el centro, la mesa redonda donde comíamos cuando no se cabía en la cocina, con un hule de plástico que no se sabía de qué color había sido ni de dónde había venido. Al igual que las seis sillas imposibles de emparejar de diferentes que eran. Para poder ver al crío, tuve que instalarme de espaldas a la ventana, cosa que no me gustaba hacer porque siempre temía no ver a quien pudiese estar acechando desde el corral.

Cogí la libreta donde iba anotando cosas y me dispuse a escribir, sin perder de vista al enano, que no corría mayor peligro que el de caerse de la cama. Tenía que contar todo lo que estaba viviendo.

«Están pasando tantas cosas que no sé ni por dónde empezar. Teo, el de la víbora, al que no podía ver ni de lejos, se ha hecho amigo mío. Ni yo me lo creo. Es muy guapo, aunque tiene cara de malo. Esta mañana me ha subido a su yegua y me ha dicho que me cogiese fuerte a su cintura. Hemos ido al monte porque dice que allí debía de estar el arma que mató a Pablo. Donde mi abuelo se encontró al muerto. Porque no se murió, lo mataron.

»Me ha cogido tan de sorpresa que al principio tenía un poco de miedo, pero he ido con él y no ha pasado nada. Al contrario, ha estado de lo más simpático.

»Este año todo está siendo diferente. Estoy menos con mi abuela porque con el crío no se puede ir a ningún sitio y alguien se tiene que quedar con él.

»También estoy contenta porque los chicos ya no me miran como la tonta de la ciudad y me han aceptado en su pandilla. Bueno, con los malos de toda la vida no, porque esos son peligrosos de verdad, pero con los demás sí.

»Tenemos pendiente de resolver lo del muerto. Pero ahora, además, está Nati, la novia de Pablo, que ya intentó tirarse a la poza de la fuente, y mamá, que estaba en el lavadero consiguió rescatarla a tiempo. La pobre se ha vuelto medio loca porque ha parido a una niña que no tiene padre. Y encima, los abuelos del bebé se lo han llevado a un hospicio. O sea que la criatura está sin padre ni madre.

»Muchas cosas por hacer. También tengo que estar al tanto de las andanzas del alguacil, que, como dice Teo, no es trigo limpio.

»Espero poder hacerlo todo antes de tener que volver a casa. Me daría mucha rabia irme sin saber cómo se acaba nuestra

investigación.».

33

Con Flavia también me llevaba muy bien, aunque a veces se reía de mí. Era dos años mayor que yo, pero igual de bajita. Delgada, con rasgos finos y piel muy clara, se distinguía del resto de las chicas del pueblo. Sus padres, aunque campesinos como los demás, recibían una pequeña retribución por ocuparse del correo —así me lo había contado mi madre cuando le pregunté por qué Flavia no tenía las manos agrietadas como Narcisa, ni los labios quemados por el sol—, y por eso ella iba a la escuela cuando los demás de su edad estaban en el campo y, cuando apretaban las tareas de la siega y de la cosecha, ella asumía la tarea de su madre con el correo. Cogía el zurrón de piel y bajaba, mañana y tarde, a la carretera a esperar el coche de línea que iba a Soria y al mismo coche en su camino inverso hacia El Burgo de Osma. Entregaba la correspondencia que llevaba en el zurrón y cogía de manos de Antonio, el conductor de todos conocido, la que llegaba para nuestro pueblo y para Las Fraguas, a tres kilómetros campo a través del nuestro. Según la abuela, sus padres eran buena gente y ella muy sensata y responsable. Tía Simona, sin embargo, desconfiaba de ellos. Le tienen rabia a tu madre porque le quitó el novio a la tía de Flavia, me dijo un día.

A mí eso ni me iba ni me venía y llegué a pensar que a lo mejor Simona se lo había inventado. Ya me había dado cuenta de que estaba un poco celosa de mi madre porque se había casado con el chico más guapo del pueblo y tenía ya dos hijos, cuando ella, que era cuatro años mayor, seguía soltera y con pocas posibilidades de encontrar novio. No era ni fea ni tonta, pero sí bastante rarilla y siempre lucía cara agria.

Con Flavia bajaba algunas tardes a esperar el coche de línea y la acompañaba a hacer el reparto. No era tan cariñosa como Narcisa, pero sí más pícara. Aunque me gustaba estar con ella, desde que empezaron a pasar cosas raras la había dejado un poco de lado. Ahora la necesitaba, así que no dudé y me acerqué a su casa a la hora que solía salir. Y justo estaba abriendo el buzón para recoger el correo cuando aparecí. Me miró sorprendida.

—Hombre, hacía tiempo que no aparecías a estas horas —dijo en

tono de reproche.

—Es verdad. Mi madre me deja con el crío más de lo que quisiera. —No era verdad, pero tampoco mentira y me sirvió de pretexto.

No quería contarle lo de mi escapada con Teo porque ni tan siquiera se lo había contado a Narcisa y porque prefería guardármelo un tiempo solo para mí.

Con Flavia no lo tenía fácil, pero me arriesgué de todas maneras. Ella había estado el día de la reunión en el plantío y sabía de qué iba la cosa. Además, conocía mejor que yo las idas y venidas de la gente del pueblo, sus costumbres y sus manías. Tenía que convencerla para que se uniese a mí en la búsqueda de no sabía exactamente qué, sin decirle que Teo estaba también buscando lo mismo.

—Oye, si bajo contigo al coche de línea y te acompaño a Las Fraguas, ¿tú vienes conmigo luego a un sitio?

Por la cara que puso me di cuenta de lo inesperado de mi pregunta. Había ido con ella a buscar el correo otras veces y nunca le había pedido nada a cambio.

—Muy misteriosa estás hoy. Depende.

—¿De qué?

—De si está lejos o no. Cuando lleguen mis padres, tengo que tener la cena hecha. ¿Nos dará tiempo?

—Ya lo creo —respondí enseguida, como si supiese yo de distancias y de tiempos—. Además, no nos desviaremos mucho de tu ruta.

—Y ¿tiene que ser hoy? —No la veía yo muy colaboradora—. ¿Por qué tanta urgencia?

—Puede ser mañana. Pero cuanto antes mejor —dije yo resuelta.

—Mientras no me caiga una bronca por tu culpa…

—Tú tranquila. Volveremos a tiempo. —No me pareció muy convencida, pero mi oferta de acompañarla debía de ser tentadora porque al final accedió.

—Vale. Pues vamos hoy.

—Ve andando —le dije—, aviso en casa y enseguida te alcanzo.

No habíamos dado ni dos pasos, cuando su curiosidad se desató. Antes de llegar a la carretera, ya le había contado lo de los ruidos que habían despertado el interés de Mora a nuestro regreso de la taina. Le dije que mi abuela también se había parado a observar, pero no habíamos visto nada raro.

—Y ahora tú quieres ver allí lo que la tía María no vio. ¿Es eso? — Su mirada parecía querer decir otra cosa. Algo así como «¿Tú te crees más lista que nadie, o qué?».

—No, qué va —repliqué yo enseguida—. Si te digo la verdad, no sé ni lo que ando buscando, pero…

—Venga, ataja de una vez y dime por qué te ha entrado la urgencia ahora.

—A mi abuela debió de parecerle extraño porque estábamos a la altura de la taina de los padres de Nati, que, según me dijo, no usaban desde que se vendieron las ovejas.

—¿Y?

—Nada más entrar en el pueblo, me dejó con mi madre y se fue a casa de la tía Remedios a decirles eso.

—¿Eso qué?

—Lo de los gruñidos de la perra así sin más ni más.

—Y hoy, no sé cuántos días después y sin perra, ¿qué vamos a descubrir nosotras?

—A ver si va a resultar que no eres tan lista como dicen. —Hubiese querido no decirlo, y me arrepentí en el acto—. Perdóname, no quería decir eso.

—Pero ya lo has dicho. —No parecía demasiado enfadada.

—A mí se me había olvidado aquello por completo. Pero el día que supimos lo de Venancio y Nati, empecé a darle vueltas a lo de la muerte de Pablo. El abuelo se lo encontró más o menos en el mismo lugar.

—Sí, ya me acuerdo —dijo ella, más participativa—. Y también recuerdo que la Guardia Civil no encontró ni huellas ni cuchillo ni nada.

—Pues eso. Eso es lo que anda rondándome por la cabeza.

Enzarzadas en la conversación se nos hizo el camino cortísimo. Casi sin darnos cuenta, estábamos entrando ya en Las Fraguas. Flavia solo tenía que dejar dos cartas, así que fuimos rápidas. A la salida del pueblo, fue ella quien tomó el mando de la expedición. Conocía bien los atroches y, en vez de seguir el camino del pueblo, cortó campo a través por rastrojos y pedregales para ponernos enseguida a cubierto de jabinos y retamas, y pasar más desapercibidas, dijo.

El sol, muy cerca de la línea del horizonte, empezaba a teñirlo todo de rojo. Aceleramos el paso sin hablar hasta que encontró la senda estrecha que conducía al monte.

Mentiría si dijera que no sentí escalofríos cuando Flavia, más arrojada que yo, empujó con el hombro la puerta medio derrengada de la majada. Nada que ver con los escalofríos del día anterior en la yegua junto a Teo, aunque ni unos ni otros podían ser de frío. Tenía un canguelis que me moría, pero la idea de ir allí había sido mía y ahora no podía tirarme atrás.

La majada era tan oscura como todas las demás, pero esta tenía la fachada orientada a poniente y, cuando Flavia abrió la puerta, lo que vi fue un cañón de luz roja invadiendo el interior. Me quedé unos

segundos embobada ante lo que me pareció una lengua de fuego capaz de incendiarlo todo. Demasiada luz, pensé, para lo poco que hay que iluminar. Apenas montones de cacas de ovejas de tiempos pasados que, de tan resecas, parecían bolitas negras de carbón. A lo largo de las paredes de piedra, restos de gavillas de paja cuyo color no se parecía en nada al original y que desprendían un olor horroroso desconocido para mí, y poca cosa más.

—¿Entras o no? —La voz de Flavia me devolvió a la realidad.

—Qué pestazo. —Intenté disimular mis temores y di unos pasos en su dirección—. ¿A qué huele?

—Tranquila. A muerto no es —respondió ella con una ironía que me había merecido—. Huele a hierba y paja podrida. ¿No ves los boquetes del tejado? Cuando llueve, llueve aquí dentro y cuando nieva también.

Flavia, con su garrocha, avanzaba poco a poco, hurgando en los montones de hierba y de paja que se acumulaban sobre todo contra las paredes. Yo llevaba la mía, a la que me aferraba como si fuese mi mejor defensa. Entendí de golpe las palabras del abuelo cuando me la dio: «Para que seas como los demás; al campo siempre con ella, pequeña».

—Si hubiese un machete o un cuchillo escondido, estaría por aquí —iba diciendo Flavia mientras escarbaba.

—Mira esto —dije yo desde una de las esquinas—. Si la majada, como dijo mi abuela, está abandonada desde hace años, ¿esto qué es? —Con mi palo le señalaba lo que me parecían cenizas.

—Diría que son restos de una hoguera —dijo Flavia, tan intrigada como yo, removiendo de nuevo con la garrocha—. No es reciente, pero tampoco tan vieja como las cacas de las ovejas. —El abismo entre sus conocimientos y los míos en ese terreno era clarísimo.

—¿Y quién iba a venir aquí a encender un fuego? Menudo peligro, ¿no?

—Vete tú a saber. Algún cabrero cobijándose de una mala noche, o unos novios que han venido a revolcarse…

—¡No! Te estás burlando de mí.

—Si vieses la cara que pones en este momento, tú también te reirías —remachó ella en un tono que me dejó sin saber si sus palabras tenían o no razón de ser.

Siguió escarbando con tesón hasta que la base de la garrocha pareció topar con un objeto metálico. Apartó las cenizas hasta tener al descubierto algo que, a la luz rojiza que nos envolvía, parecía estar en ascuas. Justo en el momento en el que se agachaba con la intención de coger lo que quiera que fuese, un ruido extraño nos puso a las dos de pie y en estado de alerta. El ruido se intensificó encima de nuestras

cabezas mientras retrocedíamos hacia la puerta, pero antes de alcanzarla, un pájaro enorme penetró por uno de los agujeros del tejado y se puso a revolotear a nuestro alrededor, desorientado y frenético. Aleteaba desesperado con un vuelo amenazador porque tan pronto chocaba contra las paredes como lo hacía contra nuestro cuerpo. Salimos de allí por piernas y detrás de nosotras el pajarraco, que alzó el vuelo nada más cruzar el portalón.

Flavia con menos aplomo que al entrar y las dos jadeantes por el susto que nos acabábamos de llevar. Nos miramos preguntándonos sin palabras cuál de las dos iba a acercarse a cerrar la puerta. Fue ella, por supuesto. Entornó el portalón y pasó el gancho por encima del clavo del madero que lo enmarcaba.

—Mejor aceleramos el paso —dijo— porque ya casi no hay luz y me va a caer una buena si llegan ellos antes que yo.

La seguí sin rechistar; bastante había hecho ya por mí. No quería que tuviese problemas por mi culpa y, en silencio, aligeramos cuanto pudimos hasta llegar a la cruz. Ya no había llamaradas en el horizonte y un cachito de luna aparecía justo ante nosotras.

—Maldito pájaro, seguimos en el mismo punto que antes. Tendremos que volver —le dije casi alzando la voz cuando corría ya por el corral de concejo, en dirección a su casa.

—Volveremos, ¡como las golondrinas…! —me lanzó con el mismo tono de sorna que había usado toda la tarde conmigo.

En el corral de casa me topé con los abuelos, que llegaban de los huertos en ese momento con un cesto de patatas que llevaban cada uno de un asa.

—Y tú, mi niña, ¿de dónde vienes a estas horas? —me preguntó la abuela mientras se descargaba de las alforjas que llevaba colgadas en el hombro. Y, sin esperar respuesta y abriendo los brazos para acogerme—: Anda, ven aquí a darme un beso.

Olía a tierra fresca pero su cuerpo desprendía el calor de siempre. Así, abrazada a ella, tenía la impresión de que nada malo me podía pasar. Pequeña, pero fuerte como un roble, solía decir mi madre de ella.

—¿Y para el abuelo no queda nada? —Al oír su voz a mis espaldas, sentí que el abuelo podía tener la misma pelusa que, según mi madre, sentía yo con mi hermano.

Me solté de los brazos refugio y me agarré a la cintura del que esperaba turno, porque también él era muy bueno y, aunque no fuese tan fuerte como ella, era mucho más guapo y tenía unos ojos del color del cielo.

—¿De dónde dices que venías? —me preguntó al tiempo que sonreía picarón.

—Abuelo, es usted un tramposo. No he dicho nada.

—Me has pillado. —Su sonrisa era la de un crío pequeño—. Pero me lo vas a decir, ¿o no?

—He bajado con Flavia al correo y hemos ido juntas a Las Fraguas a repartir las cartas. Le he pedido permiso a mi madre —añadí, anticipándome a la posible pregunta.

—Como tiene que ser —dijo él mientras entrábamos en casa cogidos de la mano.

34

Esa noche me dolió la barriga aunque no de la misma manera que cuando me daba un atracón de moras, endrinas o escaramujos. Era un dolorcillo nuevo que no sabía identificar pero que no me impidió dormir. Al levantarme y ver mi pijama manchado de sangre, entendí lo de los paños en el lavadero y la conversación con Flavia al respecto. No sabía si alegrarme, como me había dicho ella, o enrabietarme porque lo de los paños en las bragas me parecía difícil de llevar. Encima, tendré que decírselo a mamá y a la abuela porque eso no hay quien lo esconda. Vaya, que muy alegre no estaba.

En la cocina estaba mamá, pero no sabía muy bien por dónde empezar. Nunca habíamos hablado de eso. Le di un beso de buenos días y me giré para que viese ella misma las manchas en los pantalones. Creo que esperaba verme asustada y se llevó un chasco. Empezó con la cantinela de que «Ya eres mujer, mi niña», «Eso ahora te pasará todos los meses», «No pasa nada, no estás enferma»… y yo lo único que dije fue:

—Mamá, todo eso ya lo sé. Pero ¿me vas a explicar cuántos días dura esa historia de los pañales?

—Bueno, señorita, usted perdone. No la sabía tan enterada. —Era la primera vez que oía a mi madre hablar en un tono de broma—. Y los pañales los tendrás que usar tres o cuatro; bueno, los días que sean necesarios. Ninguna mujer es igual.

Esta vez ya no necesité excusas para asumir mi tarea de ayudante de cartera. Me planté en casa de Flavia media hora antes de la llegada del correo y entendió enseguida que volveríamos a hacer el trayecto de la última vez porque sugirió coger una vela de su casa y una caja de cerillas.

De bajada a la carretera, lo primero que solté con cierta fiereza fue:

—Esta noche me ha venido la regla y me he puesto perdida.

—¿Lo ves? Ya te dije yo que cualquier día de estos. Bueno, pues ya eres una mujer más.

—De momento con semejante engorro en las bragas, no puedo casi ni andar normal. Encima, todos deben darse cuenta de que estás con

eso. ¿No?

—Y a ti qué más te da. No eres la primera ni serás la última. Tranquila.

Llegó el coche de línea y Antonio le dio la correspondencia. Me alegré de que no hubiese correo para Las Fraguas; así llegaríamos antes a nuestro objetivo.

Sin apenas darnos cuenta, estábamos ya en el camino del monte. Y casi como si nos hubiésemos dado una señal, las dos nos callamos de golpe. De repente, la cercanía de la majada nos había transformado en vigilantes sigilosas.

Entramos en la taina sin vacilar. Los días iban acortando, teníamos menos tiempo de luz y debíamos volver al pueblo antes de que anocheciese. Además, ya sabíamos lo que buscábamos. Flavia, mucho más atrevida que yo —aunque tampoco hacía falta ser muy valiente para ser menos cagueta— dejó la cartera con la correspondencia colgada de la talanquera de la entrada, sacó la vela y las cerillas de la cartera, y fue hacia el montón de cenizas. Lo que había llamado nuestra atención la otra vez no estaba a la vista, y las dos nos miramos pensando que alguien se nos había adelantado, pero tampoco nos íbamos a rendir a la primera.

Flavia encendió la vela y me la pasó advirtiendo:

—Cuidado con eso. Solo faltaría que prendiésemos fuego.

—Tranquila —fue lo único que se me ocurrió decir mientras cogía la vela con una mano y con la otra formaba un cuenco por debajo para que la cera no cayese al suelo.

Yo alumbraba al tiempo que ella removía con el bastón las cenizas. Cuando volvió a aparecer aquello brillante, la vi precipitarse con la intención de cogerlo.

—¡No! —le grité—. Dejarás tus huellas. —Sorprendida ella por lo tajante de mi «no» y orgullosa yo de todo cuanto había aprendido con Roberto Alcázar y Pedrín—. Tenemos que cogerlo con un trapo o lo que sea.

—Ah, muy bien, listilla, ya me dirás de dónde sacamos un trapo. —Me miraba por primera vez como si ya fuese una mujer.

—Como no creo que te vayas a quitar los sostenes para cogerlo, me saco un calcetín y lo agarro con él. —Decidida a ser útil, hice lo que decía previa entrega de la vela a mi boquiabierta amiga.

Cogí lo que parecía ser una chapa metálica, le di media vuelta al calcetín y la chapa quedó a buen resguardo en la puntera gracias al nudo que hice. Flavia me observaba hacer con cara de pasmarote, apagó de un soplo la vela, cogió su cartera y salimos de allí cuando apenas quedaba ya un cuarto de sol en el horizonte.

—Me muero de ganas de saber qué es —dije, con pena de no haber

podido examinar el objeto—. Tú ¿no?

—Igual que tú, no te joroba —respondió—, pero seamos prácticas. ¿Has pensado dónde lo vamos a esconder hasta mañana?

—Te lo llevas tú y ya se te ocurrirá algo. A mí me pillan seguro. Bastante tendré con inventarme algo para explicar lo del único calcetín.

—Vale —concluyó ella—. Pásate por casa después del correo de la mañana.

Apretamos el paso hasta la cruz, desde donde ya se veían en las ventanas de nuestra casa los destellos de las luces de quinqué. Mi madre me iba a enganchar, seguro. Y si me quitaba el otro calcetín, se extrañaría más aún porque desde lo de la víbora me daba miedo andar con los pies al aire y ella lo sabía.

—Buenas noches —me dijo la sargento de guardia nada más cruzar el umbral—, hay que ver lo que dan de sí los días para ti. ¿De dónde sales a estas horas?

—Si te lo he dicho… Al correo con Flavia.

—Anda que no hace tiempo que ha pasado el correo —replicó, dispuesta a no dejar pasar ni una.

—La he acompañado también al reparto. Si no, me aburro.

—Ya. Y la pareja… —lo sabía, tenía que mirarme a los pies— ¿se ha perdido en el camino?

—No. Nos hemos parado a coger unas moras, se me ha enganchado a la zarza y del tirón que he dado, había más agujero que calcetín. Total, que allí lo he dejado.

—Muy bonito, sí, señora. Como si fuésemos ricos.

35

Noche en blanco. Excitada como estaba con el hallazgo de la víspera, no hubo modo de cerrar los ojos. Los tebeos me estaban jugando una mala pasada; por momentos me creía una detective de verdad y al rato caía en la cuenta de que no habría manera de desentrañar el misterio. ¿Qué demonios sería aquella chapa? ¿Nos llevaría a algún sitio? ¿Qué haríamos con ella? En realidad, casi me estaba arrepintiendo de habérsela dejado a Flavia. Si la tuviese yo, en cuanto clarease saldría pitando a ver si veía a Teo. Me moría de ganas de contárselo. ¿Qué diría? ¿Se sentiría orgulloso de mí o tendría envidia por no haberlo descubierto él?

Lo difícil era salir de casa si mi madre estaba presente. Conseguí zafarme de ella tras la consabida promesa de volver a tiempo para quedarme con el crío, y salí de estampida hacia el lugar convenido con mi amiga. Subía por la ladera de la iglesia con la cartera al hombro.

Lo primero que Flavia me dijo al encontrarnos era que se había tropezado con Nati bajando a la carretera.

—Iba con la mirada perdida y mascullando por lo bajo, como si rezase.

—¿Has hablado con ella?

—Qué va. Yo creo que ni me ha visto. Estaba como ida.

—Yo no he vuelto a verla desde que se llevaron a la niña, pero mi madre dice que nunca más volverá a ser la misma. —Estuve a punto de contarle lo del día de la poza, pero de repente recordé que era un secreto y me callé.

—Ah, tengo una carta para tu madre. ¿Se la llevas tú? —Me tendió el sobre y reconocí de inmediato la letra de papá y aquel sello diminuto que solo empleaban los funcionarios de Correos.

—Bueno, ¿vamos a lo nuestro? —No podía más de impaciencia—. Espero que no lo hayas mirado por tu cuenta.

Ni me contestó. Dejó el correo encima de la silla del portal, cerró la puerta y se dirigió, conmigo detrás, al corral donde tenían las gallinas y la corte del cerdo.

—No quise entrar con el calcetín a casa. Por eso lo metí aquí antes

de entrar —dijo, ante mi mirada de sorpresa.

—Pues olerá a todo menos a flores del campo… —repliqué, por decir algo.

—Usted perdone, señorita. —Estaba claro que podía haberme callado—. Me olvidaba de que eres de ciudad.

—Anda ya. No me vengas con esas.

Alzó el gamellón donde comía el cerdo y allí estaba el calcetín con la llave del secreto.

Era tan poca la luz que entraba por el ventanuco que decidió ir directa a su casa. Cerró la puerta tras de sí y, sentadas en el suelo del portal, sacó con cuidado la chapa de su escondite, la depositó encima de un trapo de cocina y con una esquina del mismo la cogió con la mano y la expuso a la luz por ambas caras. Era una pieza de latón de lo más vulgar, redonda como una moneda de 10 céntimos y con dos agujeritos, como si fuese para colgar. En una de las caras parecía haber algo escrito, pero estaba tan desgastada y, sobre todo, tan sucia que no hubo manera de descifrarlo.

—¿Y si la pusiésemos en remojo? —propuso Flavia con firmeza—. Tiene más mierda que el palo de un gallinero.

—Pero si la lavamos, borraremos todas las huellas.

—Y si no lo hacemos, seguimos igual que antes. También podemos dársela a Venancio para que la entregue a la Guardia Civil. —Flavia tenía un sentido práctico que me desarmaba.

—Sí, hombre, ¿y qué más? Imagínate que es suya. Nos puede pasar de todo y nada bueno —dije con más temor que convicción.

—También podemos enseñársela a Nati. A lo mejor a ella le suena de algo.

Ninguna de las propuestas me parecía muy juiciosa. Nati no estaba en esos momentos para adivinanzas. Ni tan siquiera podíamos estar seguras de que la mujer tuviese la cabeza en su sitio. Decidimos seguir dejando el hallazgo en el calcetín y pensar con la cabeza más fría. Sin embargo, de vuelta a casa para cumplir con mis obligaciones de hermana devota, pensé que la carta de papá solo podía anunciar su inminente llegada y nuestro cercano regreso a la ciudad. Y aunque tenía muchas ganas de verlo, no tenía ninguna de irme. No en el momento en el que las cosas se ponían tan interesantes. No cuando me había ganado un lugar en la pandilla y me había hecho amiga del chico más guapo del pueblo.

Cogí el cuaderno y escribí: «Creo que Flavia y yo hemos encontrado una prueba del asesinato de Pablo. En la majada de los padres de Nati, restos sospechosos de una hoguera no muy antigua, y escarbando entre las cenizas, una chapa con algo escrito que no podemos leer porque está muy sucia. Tengo que pensar cómo nos las

arreglamos para poder ver lo que pone sin borrar las huellas. Nosotras hemos sido cuidadosas».

36

Como solía hacerse en la familia, la carta de papá se leyó en voz alta para los abuelos. Yo, la verdad, no me enteré de gran cosa porque estaba demasiado pendiente de la fecha de su llegada. Si Dios quiere, proseguía la lectura mamá, pronto estaremos juntos de nuevo. Esta vez se me ha hecho muy largo el tiempo sin vosotros. Tengo muchas ganas de veros, de ver a la niña recuperada y al pequeño… Más o menos lo de siempre. Ya he comprado billete para el día 1 de septiembre y los de vuelta, para el 21… Se me enredaron las emociones en un santiamén y ya no presté atención a nada más. No era yo muy propensa al desaliento, así que se me ocurrió pensar que, en el peor de los casos, tenía veintitantos días por delante.

Y esa mañana, mientras andaba era arriba y era abajo pensando en los pasos a seguir, apareció Teo por allí. Llevaba su sombrero de paja bien calado, de manera que casi no se le veían los ojos. La camisa blanca de lienzo a medio abotonar mostraba su pecho negro como el tizón, moteado con briznas de paja, y las mangas remangadas dejaban a la vista una parte de esos brazos fuertes y musculosos que, de repente, soñé me cogían en volandas.

—Hola, muy tranquila te veo —dijo a modo de saludo—. ¿Te has dado fiesta?

—No, qué va, andaba pensando y vigilando.

—¿Vigilando? —Sonrió malicioso—. Si ya no hay nada que vigilar. ¿No estarás espiando?

—Espiar no es lo mío —acerté a decir—. Para espiar hay que mentir, y eso se me da fatal.

—Hay que ver lo rápido que te mosqueas. —Seguía sonriendo.

—Detesto que me tomen el pelo. —Intenté ponerme seria, pero no lo conseguí.

—No te estaba tomando el pelo, palabra. ¿No habíamos quedado amigos? —Me tendió la mano como quien quiere reafirmar la paz.

—Sí, pero nunca sé por dónde me vas a salir —dije sin soltar mi mano de la suya.

—¿Algo nuevo con lo de la taina? —El cambio repentino de tema me alivió y volví a sentir el suelo firme bajo mis pies.

—Sí. Quería contártelo a ti el primero. Por eso estaba rondando por aquí. —No tuve que fingir más.

—O sea que me espiabas a mí. —Soltó una sonora carcajada, pero en vez de ofenderme, me supo a gloria porque esta vez no era burlona.

Me preparaba para contarle lo de la moneda cuando apareció la cara de mi madre, que, desde el murete del corral, me gritó:

—Niña, los botijos están vacíos y de aquí a poco comemos. ¿Me has oído?

—Sí, mamá —grité en su dirección.

—Luego me lo cuentas. Cuando se ponga el sol. —Volvió a mirarme con cara de pillo—. ¿De acuerdo?

Dije que sí con la cabeza y entré corriendo en casa.

Mamá sabía de mis miedos a bajar a la fuente. Sabía por Narcisa que en el plantío y en los huertos se veían a menudo culebras y sapos, sobre todo en verano. Eso bastaba para que yo imaginase todo tipo de reptiles saltándome al cuello. A mi madre, sin embargo, que yo me quejase y me resistiese a bajar la dejaba totalmente indiferente. Ni se perturbaba. A mis argumentos respondía con mayor firmeza, con esa manera suya tan especial de no ceder un milímetro ante lo que consideraba una debilidad que debía vencer.

—Hija, un día u otro tendrás que acabar con esos temores. ¿Recuerdas lo que te dije de la abuela?

—Sí —dije malhumorada—. Que los miedos se acaban cuando te enfrentas a ellos.

—Pues eso.

Como no vi en su mirada la crueldad que suponía, bajé los brazos en señal de derrota, cogí los malditos botijos y salí rechinando los dientes, con las dos manos ocupadas y sin garrocha. Derrotada pero no del todo, porque pensaba pasarme a buscar a Áurea y ella seguro que me acompañaba sin reproches ni nada de nada.

Camino de la fuente, pensé que no estaba siendo muy leal con mi amiga Narcisa. Si se enteraba de que se lo había contado a Teo antes que a ella, se sentiría traicionada. Para tranquilizar mi conciencia propuse a Áurea que pasásemos por su casa, pero estaba todo cerrado a cal y canto, así que, proseguí yo con mi mudo runrún, si se lo digo a ella corro el riesgo de que se enteren sus hermanos antes que Teo, y eso sí que no.

Dejé los pensamientos quietos un instante para poner toda la atención en el suelo que pisaba porque el hecho de ir acompañada no ahuyentaba a los bichos. Acercarse al pilón y esperar que saliese el agua por los pitorros de los botijos era para mí una aventura de alto riesgo. Hasta que no cogimos ladera arriba, no dejaron de temblarme las piernas.

Áurea se quedó en casa de los abuelos con sus botijos y yo enfilé hacia la mía. Cuando entré, la cazuela de patatas con costilla de cerdo humeaba ya en la mesita de la cocina. Vista y no vista, y nada de cabeceos chicharreros. Había que espabilar, así solía decir la abuela, y aprovechar las tardes largas para avanzar.

—Mamá, he quedado con Flavia para el correo —dije a sabiendas de que era un embuste, aunque pequeño y necesario porque las noticias de papá aceleraban las cosas. No podía entretenerme con chiquilladas.

Llegué a casa de los carteros justo cuando Flavia salía a esperar el coche de línea. Le dije que me dejase el calcetín, que yo tenía más tiempo que ella para darle vueltas a la chapa. Me miró desconfiada, pero ante mi promesa de devolvérsela por la noche, no tuvo más remedio que dármela. Tuve suerte, me cupo debajo del sombrero de paja y conseguí llegar a la era sin cruzarme a nadie en el camino ni perder el tesoro que llevaba en la cabeza. Lo escondí entre las piedras del murete del casillo, donde, como centinela de guardia, esperé la puesta del sol y sobre todo la llegada de Teo.

Fue puntual. Nada más recoger su parva, vino hacia mí. Bajo su mirada burlona y curiosa, saqué el bendito calcetín de su escondite.

—Salgamos de aquí o nos verá todo el pueblo. —Quería que nuestros encuentros fuesen solo nuestros.

Nos metimos en el corral de la majada justo enfrente de casa. Sentados en el suelo, desde la era no nos podían ver.

—Estás en todas —dijo con un tono que quise pensar era de orgullo.

Me miraba entre sorprendido e inquieto mientras desanudaba el calcetín y, sin poder contenerme, solté medio riendo:

—Si vieses la cara que pones… Como si esperases ver salir el cuchillo de este estuche tan chulo.

—Menos coña, pequeña, que me largo.

—Vaya. Pensaba que era yo la que se mosqueaba enseguida… No, no te vayas, me siento muy segura cuando estoy contigo —dije sin decir, o tal vez dije sin querer porque las palabras me sorprendieron incluso a mí.

—Así está mejor —repuso él chulito, pero sonriente.

No se esperaba lo que vio porque me pareció que durante unos segundos hablaba para sí mismo y movía la cabeza como diciendo No puede ser, no puede ser. Se acercó a la chapa, la observó sin tocarla y, dirigiéndose a mí, soltó:

—Eso ya lo he visto yo antes. —Lo decía como si le costase creer en sus palabras—. ¿Hay algo escrito? ¿No será de un militar?

—No lo sé. Está tan sucia que no hemos conseguido descifrarlo y

no la hemos limpiado para no perder las huellas.

—Déjame ver. —Le dio la vuelta con un canto del paño mientras observaba aquel trozo de metal como escarbando en su memoria—. No recuerdo qué verano fue, pero estoy seguro de haber visto algo parecido colgando del cuello de alguien del pueblo.

—¿Hombre o mujer? —pregunté con ánimo de concretar.

—Hombre, seguro. Recuerdo que fue durante la siega y me llamó la atención porque cuando se agachaba para coger los haces, vi algo que le colgaba y se balanceaba en el aire. Pensé que debía de estorbarle para la faena.

—Vaya por Dios —exclamé de repente, contrariada—. Se acabó la paz. Ya están llegando los de casa.

—Es que esta vez ni nos hemos enterado de que se ponía el sol. —Quise ver dulzura en sus palabras, o eso me pareció, porque aquella mano suya ruda se posó encima de la mía con una delicadeza desconocida—. Pero habrá más. El sol se pone todos los días —remató.

Debí de sonrojarme, pero no me importó. Estaba tan a gusto allí con él que hasta me guardé la noticia de la inoportuna llegada de mi padre para más adelante.

Envolví a toda prisa la chapa y, antes de levantarme para ir a devolvérsela a Flavia, se acercó a mi oído y me dijo:

—Me ha gustado mucho lo que has dicho antes.

Volví a sentir aquellos escalofríos raros del día de la escapada. Eran como ráfagas de electricidad corriendo por mi cuerpo, calentándolo todo por dentro. No supe qué responder, tenía aún su cara muy cerca de la mía quemándome, pero me costaba separarme. Se me escapó un beso ligero en su mejilla y salí pitando sin mirar atrás.

En el cuaderno no pude dejar de anotar: «Teo y yo ya somos muy amigos. Hoy no he podido aguantarme y le he dado un beso. Me ha dado tanta vergüenza que me he ido sin ver la cara que ponía».

37

Las cosas se me amontonaban en la cabeza y en el corazón. Papá estaba al caer y yo aún no había encontrado una excusa válida para quedarme más tiempo. Había sondeado a mi madre sobre la posibilidad de alargar nuestra estancia un poco más con la excusa de que a Tomás también le sentaban de maravilla aquellos aires. No coló. Menuda era ella, como para comprar gato por liebre.

—Ya veo. Dispuesta a sacrificarte unos días más por el niño —me contestó con ironía y añadió—: ¿Y el instituto qué?

—Podríamos quedarnos hasta el Pilar; total con lo que he faltado este año, unos días menos de clase ni se notarán —me atreví a insistir.

Me miró de tal modo que pensé que iba a continuar con el estribillo de siempre: Ya sabes lo que dice la abuela, antes la obligación que la devoción, pero por suerte no lo dijo. Qué demonios tendría que ver la devoción con lo que yo planteaba. En fin, estaba claro que tenía que espabilarme si quería dejarlo todo atado y bien atado.

Las palabras de Teo sobre la chapa me habían dado ánimos. Si conseguíamos descifrar las iniciales, tal vez pudiésemos llegar a una conclusión. Ya le había hablado a Narcisa de ello y no me pareció demasiado molesta por no haber sido la primera en enterarse. Solo dijo, y en eso estábamos de acuerdo, que teníamos que reunirnos todos antes de decidir qué hacíamos con el hallazgo.

—Me ocupo yo de convocarlos —dijo, resuelta—. Podría ser mañana mismo.

—Fenomenal.

Quedamos en encontrarnos al día siguiente en la dehesa. La idea se le había ocurrido a Saturio. Su padre le había encargado que fuese a buscar una vaca que estaba a punto de parir para meterla en la cuadra hasta que tuviese al becerro. Motivo más que suficiente para justificar mi interés en ir a ver.

Bajamos todos por el camino de La Vega a paso ligero. Calculé que teníamos una hora y media por delante, antes de que se pusiese el sol, así que no podíamos entretenernos. En un recodo del camino, justo enfrente de la dehesa, nos paramos en corro para poder hablar. Flavia

sacó el ya famoso calcetín de su bolsillo, abrió el envoltorio y colocó el paño que envolvía la moneda encima de un pedrusco. La dejé hacer sin rechistar porque ya había tenido mi momento protagonista con Teo, cosa que los demás no sabían, a excepción de Áurea y Narcisa.

—¿Y eso qué es? —Jesús fue el primero en demostrar su asombro.

—Lo que encontramos en la taina —respondió Flavia— el día del milano. Volvimos a buscarlo. A ver quién es el listo que sabe lo que es.

Teo me miró cómplice, pero permaneció callado. Yo también. Estaba segura de que hablaría después de que los demás hubiesen dicho la suya.

—¿No será una identificación militar? —intervino Saturio—. Padre, al volver del frente, traía una placa parecida con unos números grabados. Nos contó que la usaban para identificar a los que morían.

—Es verdad —añadió Narcisa—. Aún la tiene guardada de recuerdo.

—A mí también me la enseñó un día. Recuerdo que me dijo: «Por lo menos yo he vuelto» —aportó Áurea.

—Pero esta no tiene números —dije yo, por fin—. Hay algo grabado, pero no se ve.

—Lo que tiene es mucha mierda —precisó Jesús mientras nos miraba a Flavia y a mí como si no hubiésemos sido capaces de limpiarla—. Un buen chorro de agua y problema resuelto.

—Y adiós a las huellas. —Flavia le devolvió una mirada casi rabiosa—. Mira que llegas a ser bruto.

—Y tú, listilla.

—Basta ya de chiquilladas. —Ahora era Teo quien se había acercado a observar la chapa—. No tengo ni idea de lo que puede ser. Pero creo haber visto una igual o parecida colgada del cuello de uno de los nuestros.

—¿De los nuestros? —repuso alarmado Jesús—. ¿De los que estamos aquí?

—No, hombre, no. Me refiero a los vecinos.

—¿En serio? —inquirió Flavia—. ¿De quién? Haber empezado por ahí.

—No lo recuerdo. —Teo seguro que mentía; ni que llevasen todos los hombres una chapa al cuello—. Creo que fue durante la siega del año pasado…

Hizo una pausa, como quien se esfuerza en recordar, mientras todas las miradas estaban clavadas en él, a la espera de una revelación. Todas menos la mía. Yo sabía que él lo sabía, aunque no entendía por qué no lo decía de una vez. Me pregunté a qué demonios estaba jugando. Flavia, con la fuerza que ponía a veces en sus palabras, me devolvió a la escena.

—Venga ya, Teo. ¿Cuántos hombres conoces que lleven una moneda colgada al cuello? A ver si era tu padre y por eso no dices nada.

—O el tuyo. No te jode —reaccionó él al segundo—. Si digo que no me acuerdo es porque no me acuerdo. ¿Estamos?

La cosa se ponía fea y alguien debía pararla. Estaba a punto de intervenir cuando lo hizo Saturio.

—¿Qué os parece si lo hacemos a cara o cruz?

—¿A cara o cruz? Pero si somos cuatro monos —dijo Narcisa.

—Cuatro monos que no se ponen de acuerdo —prosiguió Saturio —. Dos posibilidades nada más: cara, limpiamos de una puta vez la chapa y salimos de dudas, o cruz, se la entregamos al alguacil para que se la lleve a la Guardia Civil. La mayoría gana. ¿De acuerdo?

No sé si estábamos todos de acuerdo, pero al final asentimos los siete con un gesto de cabeza. Cuatro dijimos «cara» para despejar las dudas cuanto antes y tres «cruz». Nos acercamos a la orilla del riachuelo que dotaba de agua a la dehesa y, en lo que casi pareció un bautismo a juzgar por la devoción que le poníamos todos, le dimos un agua bendita a la dichosa chapa. Enseguida aparecieron a la vista de todos dos iniciales grabadas en una de las caras: la uve y la eme; en la otra, la imagen de una virgen o de un santo, tan desgastada por el tiempo que era imposible identificarlo. Pero ¿a quién le interesaban los santos en ese momento?

Los observé a todos para ver sus reacciones. Menos Teo, que ya había dicho la suya, los demás parecían no creerse nada de lo que estaba ocurriendo. A Saturio, con pinta de querer descifrar aquello de una puta vez, como decía él; a Áurea, con una cara de horror que daba penita verla, y a Jesús con ojos desorbitados por el asombro y lo que podría venir después.

—El padre de Nati se llama Victorino Madrigal —dijo nuestra cartera oficial con la autoridad del cargo.

—Y el alguacil, Venancio Molero. Y los dos podrían tener motivos para deshacerse de Pablo —intervino Jesús con acierto.

—Tienes razón —dije yo por fin—. Si Teo no recuerda quién la llevaba, vamos a tener que averiguarlo nosotros antes de que culpemos a la persona equivocada. —Miré a propósito a Teo, esperando una reacción que no llegó.

Saturio fue a buscar la vaca paridera y volvimos todos al pueblo no tan rápido como me hubiese gustado, porque quien marcaba el paso era el animal con su enorme panza. Áurea y yo teníamos que recogernos antes de que anocheciese y el sol ya se había escondido hacía un buen rato, o sea que alguna palabra dulce de mamá me esperaba en cuanto entrase. Pensé que no sería la última y dejé de

preocuparme. El cielo ya no era rojo sino más bien morado. Como ocurría antes de anochecer. De eso ya sabía yo bastante.

Saqué mi cuaderno de su escondite y escribí: «Estamos más cerca de saber quién mató a Pablo. Esto se pone interesante».

38

A pie de carretera, frente a la caseta cochambrosa, refugio de viajeros en días de lluvia o de cierzo desenfrenado, aguardaba el comité de bienvenida a papá.

No podía quejarse porque, a excepción del abuelo y la tía Simona, estábamos todos presentes: la abuela con la burra Petro aparejada como Dios manda: con el serón de cáñamo dispuesto a acoger el equipaje y al crío; mamá, que pretendía no demostrar las ganas de ver a su marido, pero no paraba de mirar a la cuesta por la que se veían llegar los coches, y Tomás cogido de mi mano, tan limpito y aseado que parecía salir de un escaparate. En cuanto a mí, con mis cuatro pelos de siempre, tiesos y a capricho del viento, sin costras en las rodillas desde que ya no era una niña y con el vestido azul que, a decir de mamá, resaltaba mi piel tostada y mis ojos claros. Casi parecía que papá nos fuese a pasar revista, cuando bien sabía yo que esa era una de las tareas preferidas de mamá.

Después de Antonio, conductor, hacedor de favores y emisario entre los vecinos de los diferentes pueblos, bajó papá y juro que en esos momentos me alegré mucho de verle. Lo vi de pie, indeciso durante unos segundos, en la mano la bolsa de escay marrón que iba y venía de Barcelona al pueblo y al revés, con la comida para el viaje. Parecía dudar hacia quién dirigir su primer abrazo, pero Tomás le resolvió el problema. Se soltó de mi mano y fue hacia él a los gritos de Papá, papá. Él lo cogió en volandas, lo alzó al cielo como solía hacer conmigo, y empezó a decirle: Cómo está mi niño, hay que ver lo grande que te has hecho. Ahora le tocaba a Tomás porque yo ya no era una cría y no había modo de competir con eso. Y aunque esperé mi turno con aplomo, confieso que no disfruté de mi segundo lugar. Después de dejar al niño en el suelo, papá vino hacia mí e intentó hacer otro tanto conmigo.

—Hija mía, contigo ya no puedo. Hay que ver lo que pesas —dijo él, entre risas y muecas de alegría—. Estás hecha toda una mujer.

Si supiese cómo le agradecí en aquel instante que se tragase la coletilla «ita» que a punto estuvo de salir de su boca. Me llenó de orgullo que papá ya no me viese como una chiquilla y solo por eso le

brindé más besos que de costumbre.

Mamá, la pobre, esperó su turno y únicamente tuvo derecho a un par de besos en las mejillas y a un abrazo sin más. A esas alturas ya me había dado cuenta de que en aquellas tierras de secano no crecían las demostraciones de cariño. Imaginaba que se besarían y abrazarían cuando estuviesen solos, aunque lo cierto era que tampoco en casa les había visto hacerse muchas carantoñas. Que los míos eran castellanos secos hasta en los gestos era algo que había tenido ocasión de comprobar en persona desde pequeña. Mamá quería mucho a sus hijos, pero ni nos lo decía ni nos achuchaba como yo había visto hacer a otros padres con sus peques. Me parecía que un marido podía besar a su mujer donde le diese la gana, que eso ni era pecado ni le hacía daño a nadie. Había cosas de los mayores que tal vez nunca entendería.

Después de saludar a la abuela, con la que papá se llevaba muy bien, cargó la maleta de cartón en un lado del serón y en el otro a Tomás. Yo preferí no montar y subí andando, cogida de su mano, al tiempo que él pasaba la otra por encima del hombro de mamá. La abuela, como siempre, tiraba de la burra y conducía el cortejo.

—¿Y tú no me vas a contar nada de tus andanzas por aquí? —me preguntó papá. Bajó su mirada hacia mí y apretó mi mano como queriendo animarme a hacerlo.

Me sonrió, le devolví la sonrisa y pensé que debía de sorprenderle no verme soltar de inmediato la torrentera verbal a la que los tenía acostumbrados. Yo quería contárselo todo tranquilamente, cuando estuviésemos solos. No eran cosas para contar en los caminos. Pero tampoco quería que papá pensase que estaba enfadada o qué sé yo. Por eso, simplemente dije:

—¿Sabes qué? —No le di tiempo de responder—. Ahora ya bajo sola a la fuente a por agua.

—¿Qué me dices? ¿Sin miedos? Eso sí que es de sobresaliente.

—Sí. ¿A que sí, mamá? —interpelé a mi madre para que confirmase mi relato.

—Sí, claro que sí. Se ha hecho valiente de golpe. —Ni ella se lo creía, pero lo dijo.

—Además —añadí yo, cogiendo carrerilla—, me he hecho amiga del chico que me tiró el maldito bicho.

—¡No! ¿De verdad? —Papá me miraba como si estuviese hablándole a una hija cambiada—. Eso sí que tiene mérito.

—Bueno, él me pidió perdón y yo le perdoné. Es menos malo de lo que parece. —Ya estaba dicho, pero me pareció que esto último me lo podría haber ahorrado. En todo caso, me vino de perlas que estuviésemos ya frente a la iglesia, porque en cualquier momento

deberíamos pararnos a saludar a unos y a otros.

Papá, que no tenía un pelo de tonto, sabía muy bien que si no quería entrar con mal pie en el pueblo, lo primero que debía hacer era pasar por casa de sus padres. Ellos ya se habían asomado a los casares para otear la carretera y, cuando nos vieron subir por el camino de la iglesia, salieron ambos al corral para recibir al hijo. A la abuela Marcelina se le escapó una lagrimilla cuando se le acercó a darle un par de besos. El abuelo, con su vozarrón de capataz, preguntó cómo había ido el viaje y poco más. Luego, endulzó el tono para dirigirse a nosotros, los nietos, y por primera vez en mi vida, nos preguntó si queríamos merendar.

La mirada que le dirigió mamá no me pareció ser de agradecimiento sino más bien de rabia, pero vete tú a saber. El niño dijo que sí sin pensárselo y tuvo el gran premio: una rosquilla bien dorada y envuelta en azúcar que se comió golosamente en el serón, sembrándolo de migas. A mí se me iban los ojos y las tripas detrás de ella, pero ese abuelo ya no me camelaba ni con una docena de rosquillas. A mí, no. En voz bien alta, dije: No, gracias, no tengo hambre. Lo hice a propósito. Papá me miró con cara de asombro. Miré a mamá y supe que ella me había entendido. ¿Acaso papá no se daba cuenta de lo rácanos que eran sus padres? Bueno, el abuelo sobre todo. La abuela no hacía otra cosa más que obedecer al marido, que era quien mandaba. Él imponía las tareas, hacía y deshacía, y para dejarlo bien claro decía: En una casa solo hay un jefe y en la mía ese soy yo, no había nadie que se atreviese a llevarle la contraria. De repente me acordé de lo que tía Simona me había dicho un día respecto al noviazgo de papá. Que, después de dos o tres años de relación con la elegida por su padre, al regresar de la mili rompió con ella y empezó a cortejar a mamá y me reí por dentro porque eso significaba que papá a veces se había atrevido a plantarle cara.

—Os esperamos a cenar —dijo la abuela desde el portal cuando reemprendimos la marcha—, como siempre.

Como siempre que viene mi padre, el día de su llegada y la víspera de nuestra partida, me dije. Como mucho, igual nos toca un huevo frito por persona. La abuela María ya tiene colgadas un par de cecinas en la cocina porque sabe que papá y yo nos chupamos los dedos con ella. Solo pensar en eso se me aventó la rabia. Me acerqué a la abuela María, la cogí de la mano y, por lo bajini, le dije: Abuela, hoy no cenamos con usted. Me miró, apretó con fuerza mi mano y dijo: Ya lo sé, hija, como todos los años, y casi murmurando añadió: Pobres son y pobres se morirán. A veces me costaba entender los dichos de la abuela, pero aquel lo entendí a la primera.

Ya en casa, Tomás y yo participamos en el ritual de vaciar la maleta. Bueno, tampoco había gran cosa que sacar: un pijama, dos

pares de pantalones, los del por si, como decía mamá, por si hay que ir a la ciudad, por si había alguna boda o algún entierro o porque nunca se sabe lo que puede pasar. Seguro que fue la tía Fidela, que en eso era calcadita a mi madre, la que los metió en la maleta. Traía también un uniforme suyo, viejo, viejísimo que ya no podía usar para repartir cartas y que solía ponerse para faldegar, tarea que siempre le tocaba hacer a él en casa de la abuela María. El pantalón azul casi negro, de una tela muy basta y la camisa, también azul, con grandes bolsillos en la pechera, que, al final de la faena, ya no se sabía si eran azules o blancos. Una chaqueta granate de lana gorda, tejida por tía Fidela, una camisa blanca y otra de color, varios pares de calcetines zurcidos y unos a los que todavía no les había llegado la hora, por si. En fin, lo de siempre, pero ni el niño ni yo perdíamos la ilusión de la sorpresa. Íbamos dejándolo todo encima de la cama con cuidado, y de repente, como en un número de magia, oímos:

—A ver, a ver lo que tenemos por aquí. —Papá parecía escarbar en el fondo del equipaje.

—No hay nada, papá —dijo el niño asomando sus rizos al borde de la maleta, con unos ojitos que pasaron en un segundo de la curiosidad a la desilusión.

Pero a papá le gustaba jugar con nosotros —la abuela solía decir que era muy chiquero—, así que, mientras el crío sondeaba las profundidades, sacó algo del bolsillo de sus pantalones y le dijo:

—Cierra los ojos y abre las manos. Pero bien cerrados, sin trampas. —Tomás obedeció a pies juntillas y cerró los ojos con tal fuerza que se le arrugó la cara como a un viejo. Estaba tan gracioso que tuvimos que contenernos para no estallar en risas. Papá depositó algo que no llegué a ver en sus manos, las cerró de nuevo y dijo—: Ya puedes abrirlos.

La expresión de Tomás al abrir los ojos era de pura alegría. Su mirada iba de los dos soldaditos de plomo, surgidos a saber de dónde, a papá y, de nuevo, a aquellos dos soldados que permanecían inmóviles, como caídos en batalla, en el cuenco de sus manos y que, de repente, como por arte de encantamiento o al calorcillo del niño, fueron levantándose como si nada, dispuestos a enfrentarse a quien fuese menester.

—Me los dio una señora del barrio —explicó papá—. Un día le subí un paquete de un hijo suyo que trabaja en Alemania y supongo que eso le hizo pensar en el mío. Me los entregó diciendo: «Para su niño. Seguro que le gustarán. Todavía están aquí de cuando el mío era pequeño».

—¿Vamos a jugar? —Fue lo primero que dijo Tomás, medio atropellado entre besos y palabras, mientras intentaba abarcar el cuello de papá con sus brazos.

Me alegró su alegría. Tomás no hacía ni la mitad de ruido que yo,

ni parecía ser la mitad de travieso de lo que dicen había sido yo. Era más bien tímido, pero siempre estaba de buenas, sonreía fácilmente y, cuando lo hacía, con aquellos ojazos azules y aquellos rizos de querubín, de verdad que parecía un ángel. Ahora me hacía gracia que a nadie se le hubiese ocurrido la comparación hablando de mí.

—Y para mi niña preferida ¿qué tenemos aquí? —De nuevo la voz de papá con tono de mago.

—¡Hala! —exclamé al ver cómo sacaba del fondo de la maleta un montón de tebeos que había cubierto con papel de periódico—. ¿Todos para mí?

—¿Para quién si no? —respondió papá con cara de chiquillo ofendido—. Desde que vino mamá, te los he ido guardando. Y también te he traído el libro que me dijiste tenían para ti en el instituto. Y ahí estaba *La isla del tesoro* prometida.

—Gracias, papá. —Le di un par de besos bien sonoros, cogí el montoncito de tebeos, los escondí detrás de la espalda y volé a la cocina para enseñárselos a los demás.

El abuelo cortaba pan de la hogaza en ese momento y la abuela atizaba el fuego. De repente, frené mi carrerilla de los tebeos y sentí pena de no festejar la alegría del día con ella.

—Abuela, si quiere me quedo a cenar con ustedes. Ya sabe que no me muero de ganas de ver al abuelo Benito.

—No, hija, no. A tu padre no le gustará que les hagas ese feo. —En voz más baja, añadió—: Día de mucho, vísperas de nada.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que hoy os tendrán a todos y mañana a nadie. —Así de precisas eran siempre sus palabras. Ni una más ni una menos de las necesarias. Al final, acabé sacando los tebeos de su escondite y los tendí hacia los dos.

—Mirad lo que me ha traído papá. —Abrí el que tenía más a mano y empecé a hojearlo delante de ellos para que viesen lo que era un tebeo. Si queréis, un día os leeré una historia de la familia Ulises. Es mi preferida. Os gustará.

—Claro, pequeña, mañana le lees una al abuelo cuando se vaya a dormir. —A veces decía cosas que me hacían reír.

—Vale, abuelo, como si yo fuese tú. —Le miré y él me devolvió una sonrisa entre burlona y cariñosa.

Mi cuaderno no paraba de salir y entrar de su escondite. Esa noche escribí: «Ha llegado papá. Tenía ganas de verlo, aunque eso quiera decir que pronto volveremos todos a Barcelona. Contenta y triste a la vez».

39

A la mañana siguiente, la abuela y yo estábamos en el corral dándoles de comer a las gallinas. Ya no había grano en las eras, pero ellas querían salir igual por si encontraban algo entre la hierba. Al habitual reclamo de Pitas, pitas, pitas… no tardaba en tenerlas a todas a su alrededor y algunas, las más atrevidas, incluso intentaban saltar al hueco del delantal donde la abuela había puesto trozos de pan y granos de avena. Se armaba un jolgorio de mucho cuidado porque el gallo y las hembras se enfrentaban a menudo por el pedazo más grande.

Acabado el banquete, desde la ventana de la sala, abierta de par en par para ventilar las alcobas, me llegaban las voces de papá y mamá apenas entrecortadas por el ruido de las palizas que mamá les daba a los colchones.

—He visto a la niña muy… —oí decir a mi padre—, menos atropellada, mayor. Como si en vez de nueve meses, hiciese años…

—Lo mismo le decía yo a mi madre el otro día. Ya se nos ha hecho mujer. —Dale con lo mismo, pensé yo, menuda victoria.

La abuela detuvo el rastrillado al que se aplicaba cada mañana para dejar el corral tan limpio como el resto. Me pareció que ella estaba oyendo lo mismo que yo y me extrañó que no se inventase algo para distraerme y alejarme de allí. De la manera como me miró, estoy segura de que lo pensó, pero al final no dijo nada, siguió con lo suyo y yo con lo mío, o sea, escuchando.

—¿De verdad ha perdido sus miedos? —decía papá—. ¿O decía lo de los botijos para que me sintiese orgulloso de ella?

—Qué va. Bajar, baja, aunque cagadita de miedo. Vamos que si baja —añadió mamá en ese tono que no admitía réplicas—. Antes de tu llegada me dijo que quería contarte muchas cosas. ¿Por qué no te vas con ella a dar una vuelta antes de que tu padre te reclame para cualquier cosa?

Esperaba que me diese tiempo. Tiempo para pensar lo que podía contarle y lo que no. Yo me conocía y, aunque papá hubiese dicho que me veía menos atropellada, sabía que si me hacían hablar, podía soltar cosas de las que luego me arrepintiese.

Papá solo tardó unos segundos en salir y, con la excusa de que mamá le había pedido media docena de huevos, fue directo al nidal del casillo. Al salir, con los huevos en la cazuela de barro, dijo:

—Abuela, he visto un par de cecinas en la cocina. ¿Están ya curadas?

—Curadas y esperándote —respondió la abuela, sin más.

—María, no me malacostumbre. —Jamás había oído hablar a mi padre en ese tono a sus propios padres—. Habrá que probarlas, ¿no? Usted dirá cuándo.

—Ahí están. Empiézalas cuando quieras. Tu hija estaba trinando ya por hacerlo, pero prefirió esperarte. —Me miró con esos ojos que hablaban más que ella y se sonrió.

—Así me gusta, mi niña —replicó papá, me pareció que con orgullo—. Las cosas compartidas siempre saben mejor.

Papá y yo siempre habíamos tenido una complicidad especial, de la que a veces me había aprovechado como refugio ante la autoridad de mamá. Mamá era la que castigaba: A la cama sin cenar —lo peor que le podía pasar a una tragaldabas como yo— o La próxima vez que te vayas con tus amigos por ahí sin avisar, te prometo que te quedas sin tebeos y ya te puedes ir olvidando de ir al cine. Y lo malo es que lo hacía de verdad. Sin piedad. Cuando eso ocurría yo me sometía con firmeza a sus castigos, o sea sin llorar. Faltaría más, pensaba yo, encima de que no he hecho nada grave, no le voy a dar el gustazo de verme vencida. Me quedaba en mi habitación, con una rabia que me devoraba las tripas, pero en silencio. Ahora, eso sí, en cuanto oía a papá abrir la puerta de casa, y enseguida reconocía cuándo era él porque oía el ruido de la cartera de cuero que dejaba caer en el recibidor, entonces la vida cambiaba para mí.

Salía como una flecha de mi encierro y corría a su encuentro. Me dejaba levantar en vilo como cuando era pequeña, recibía sus besos, daba los míos y empezaba el numerito de quejas y súplicas.

—Mamá me ha castigado. —Esa solía ser mi primera flecha—. Me ha mandado a la cama sin cenar —seguía, poniendo cara de inocente hambrienta.

—A saber qué habrás hecho esta vez. —Esta parte también me la sabía porque era la misma de siempre—. ¿Me lo cuentas tú o se lo pregunto a mamá?

Acababa contándoselo yo, primero porque contada por mí, fuese la que fuese la trastada del momento, siempre sonaba a travesura y yo sabía que en el fondo a papá le gustaba que lo fuese. Hay que ver lo que te pareces a tu padre, solía decir mamá, y a veces añadía: Creo que por eso eres la niña de sus ojos. Y segundo, porque sabía que el relato de mi madre era siempre tan riguroso y tan serio que hasta la

menor de mis tonterías parecía algo tremendo.

Total, que las cosas solían acabar del mismo modo. Papá me reñía sin reñirme, me hacía prometer que nunca más volvería a hacer enfadar a mamá y me llevaba de la mano al comedor para que cenase con él.

Decía esto porque a veces yo adivinaba lo que papá iba a decirme antes de que abriese la boca. Como ocurrió justo en ese momento en el corral. Sabía que iba a proponerme cualquier cosa que pudiésemos hacer juntos. Y como lo sabía, me preparé la respuesta.

—Había pensado bajar al río a ver si pesco unos cangrejos. —Creía conocerle, pero él a mí más porque sabía cómo tentarme—. ¿Vienes conmigo?

—Hoy no puedo, papá. —Me dio pena negarme porque a él casi nunca le negaba nada, pero lo primero era lo primero—. Había quedado en encontrarme con la pandilla ayer, pero hacía tanto que no te veía que preferí estar contigo. Quedé con ellos hoy, antes del almuerzo.

No sabía mentir, era verdad, pero lo dicho no era más que una mentirijilla sin más. Lo que me rondaba en la cabeza era que tenía que ver a Teo cuanto antes y averiguar quién era el hombre de la medalla. Estaba segura de que él lo sabía y, no sé por qué, segura también de que a mí me lo diría. Solo después podría hablar con mi padre.

—¿Podemos dejarlo para mañana, papá? —acerté a decir un poco culposa—. Mañana vamos —dije escapándome ya en dirección a las eras.

40

Teo no solo me demostraba que no era tan bruto como yo había sentenciado el maldito día de la bicha, sino que cuanto más lo trataba, más cuenta me daba de cosas que hacía que nunca hubiese imaginado en un chico como él. Por ejemplo, lo de la chapa.

Después de dejar a mi padre plantado, me di un garbeo por el pueblo. Estaba saliendo del corral de su casa con un saco al hombro y con un gesto me hizo entender que fuese hacia el pajar, justo en la parte trasera de su corral.

—¿Pasa algo? —preguntó nada más entrar en el granero—. Apareces cuando menos se te espera.

—Y eso ¿es bueno o malo? —Sonreí con malicia.

—A veces bueno; otras no tanto. —Me pregunté por qué a veces «no tanto».

—Ahora que estamos solos, ¿vas a decirme quién era el hombre de la medalla? —Ya puesta, incluso fui más allá—. Sé que lo sabes.

—Hay que ver cómo eres, no se te escapa una —replicó con un tono que me supo a triunfo personal—. Claro que lo sé. Como dijo Flavia, tampoco por aquí hay tantos tíos con medallas.

Subió al altillo y, mientras vaciaba el saco de avena en el troje correspondiente, le oí decir:

—Daría dinero por no haber visto nada, te lo juro.

—¿Pero no andábamos buscando una prueba? —acerté a decir, algo confundida—. No te entiendo.

De nuevo a mi lado, me miró de frente sin pestañear. Me estaba dejando bien claro que necesitaba confiar en mí.

—Y si te digo que es de Venancio ¿te das cuenta de lo que eso significa? —Su tono sonó ofendido, pero vi alivio en su mirada—. Ni sé si es suya, pero él la llevaba.

—¿Por qué te preocupa tanto que sea de él? —De verdad no veía el porqué de tanto agobio—. Si me lo cuentas, podremos preocuparnos juntos.

—Por si no lo sabes, Venancio es primo hermano de mi padre. —Me miró con cara de perro apaleado—. No quiero ni pensar la que se armará en casa si la Guardia Civil viene a buscarlo por mi culpa.

Sus palabras me dejaron helada. Él jamás había dicho una palabra sobre el parentesco del alguacil con su padre, del que todos los chicos debían de estar al corriente menos yo.

No supe qué decirle.

—Es verdad. Menudo cargo de conciencia —dije al fin, con voz no muy firme.

—También él está casado y tiene una cría. —Seguía con los ojos clavados en mí como buscando ayuda—. Otra familia deshecha. ¿Cómo puedo hacerles eso?

Sentí un nudo en el estómago y unas lágrimas luchando por no salir. Mi corazón me decía que ni la mujer ni la niña tenían la culpa de nada, pero, por otro lado, creía que si alguien hacía algo malo, tenía que pagar por ello. O, por lo menos, así nos lo habían repetido en las clases de catecismo.

—Tienes razón. Con la de vueltas que le hemos dado al asunto del muerto, nos hemos metido en camisas de once varas. Yo, la primera. O sea, que íbamos locos detrás de la verdad y cuando parece que la hemos encontrado, no sabemos qué hacer con ella.

—Eso mismo pienso yo —corroboró él—, solo que tú lo has dicho mejor.

De repente me vino a la memoria la escena con tía Puri y la mujer del alguacil el día que bajábamos a la fuente. Recordé lo enfadada y preocupada que estaba ella porque, según dijo, su marido andaba muy extraño los últimos tiempos. ¿Lo sabía? ¿Sospechaba algo? Qué más daba. La familia ya se había descompuesto y ella debía de haber olido a podrido. Sentía pena por ellas y también vergüenza por no haberme dado cuenta antes de que Teo era capaz de pensar en alguien que no fuese él mismo.

—Y ¿ahora qué hacemos? —atiné a preguntar, tan desorientada como él.

—Lo malo es que los chicos ya lo saben, aunque no lo vio nadie más que yo. Depende de lo que cuente o no cuente. Te juro que no duermo…

—No me extraña, pero yo de ti no hablaría con nadie de momento. Debemos pensar con calma en todo ello para no hacer sufrir a más gente. —Pretendía calmarle cuando toda yo era un manojo de nervios.

Debía de pesarme la conciencia casi tanto como los pies, porque me costaba avanzar y el corto camino a casa me pareció penoso. Tal vez me había hecho mayor de golpe porque, por primera vez, me di cuenta de que mi curiosidad, mi espíritu detectivesco y mi manera arrebatada de hacer las cosas estaban teniendo consecuencias que ni se me habían ocurrido. Yo solo quería ayudar a Nati, porque me daba tanta pena que verla y sentir dolor era todo una, pero a mi cabeza loca

ni se le ocurrió pensar que, fuese quien fuese el culpable, si era alguien del pueblo, se podía armar una de padre y muy señor mío. En menudo lío me había metido y, de rebote, a los demás. Era yo la única responsable y no tenía ni idea de cómo salir del embrollo sin causar más daño del que ya se había hecho, que no era poco. Me sentía atrapada. Acababa de decirle a Teo que no lo hablase con nadie, lo que quería decir que tampoco yo pensaba hacerlo. Sin embargo, aunque no quería traicionar su confianza, mi conciencia me decía que tal vez fuese necesario que lo consultase, previa promesa de secreto, con alguien que tuviese más juicio que yo, pero no sabía si era mejor hacerlo con la abuela o con mamá o papá.

Teo se fue hacia la era, donde lo esperaba su padre. Faltaba bien poco para la hora de comer, pero hablar durante la comida, imposible. Demasiada gente para confesarme. Con la poca paciencia que Dios me había dado, tendría que esperar que acabasen los cabeceos típicos de esa hora y mientras tanto decidir cuál de ellos iba a ser mi confesor. De cualquier modo, fuera quien fuese, estaba segura de que iba a caerme un buen rapapolvo por meterme donde nadie me llamaba, y que todos los padrenuestros y avemarías que me endiñaba el cura de Barcelona cuando me confesaba me iban a parecer gloria bendita al lado de la que me caería.

41

Elegí a mi padre. Tal vez por puro egoísmo porque, como decía mamá, a la niña de sus ojos no puede negarle nada, pero juro que no solo por eso. Por primera vez, intenté embridar mis impulsos y pensar antes de actuar.

De verdad. Pensé que no podía cargar a la abuela con esta historia. Ella vivía allí, eran cuatro gatos y ni siquiera todos de buen pelaje. Solo faltaría que por mi culpa tuviese que enfrentarse a la rabia de una familia más. Porque yo sabía que no se desviaría ni un milímetro de su estricto sentido de la justicia, aunque le hubiese supuesto la enemistad del pueblo entero. A mamá, juiciosa y equilibrada como su madre, la pondría en un aprieto si tuviese que elegir entre acusar al asesino del novio de su amiga y dejar a otra criatura sin padre. Sin contar con que, en cuanto a mi comportamiento, su rigor hubiese sido de aúpa. Si me reprendía cuando no había hecho nada malo, no podía ni imaginar el castigo que me impondría como autora del desaguisado. También pensé que, no habiendo estado tan presente en los hechos, a papá le costaría menos ser imparcial. Para él la familia de Venancio era una más. Y, por último, se me ocurrió que, como todo el mundo parecía estar de acuerdo en que papá de joven había sido un pieza que las había hecho de todos los colores, miraría mis poco gloriosas hazañas con ojos más comprensivos que nadie.

Total, que le tocó a él. Me las apañé para engatusarlo sin esforzarme mucho, la verdad.

—Papá, lo siento. Se ha hecho tarde para los cangrejos, pero, si te parece, podemos ir a buscar moras y endrinas —dije, poniendo la cara de niña preferida de papá.

—¿Y eso? —Me miró sorprendido—. ¿No tenías que verte con tus amigos?

—Sí, pero al final nos hemos encontrado un ratito antes de comer —dije con una voz que ni yo reconocí.

—Menuda brujilla estás hecha. —La de papá, en cambio, sonaba divertida.

El sol aún tardaría unas tres horas en esconderse, pero ya no molestaba. Las tierras de La Vega, las más fértiles del pueblo según la

abuela, ya en rastrojos, parecían desnudas y sin sentido. Solo la luz del atardecer, aún dorada, cubría el amarillo pajizo con una capa de día de fiesta. La tierra de esa zona, del rojo intenso de los botijos, parecía arder bajo el sol y las fincas en barbecho contrastaban con el oro de los rastrojos. El cielo sin manchas dolía de tan intenso y, a la que se movía el aire, nos llegaba el olor familiar de paja recién cortada. La tarde era serena. En cambio, yo me sentía como una represa a punto de desbordar. Y, en efecto, apenas traspusimos el camino de La Vega, las compuertas se abrieron por completo y la torrentera fluyó como si lo fuese a arrasar todo. De pronto, me sentí ridícula con mi cesta de esparto al brazo y la garrocha del abuelo en la mano, completamente inútiles para mantenerme a flote.

Mis palabras debían de salir a borbotones porque por un momento percibí que hasta mi padre parecía ahogarse en ellas.

—Calma, hija —oí que me decía—, respira.

—Es que son muchas cosas, papá. Han pasado cosas muy serias este verano y tengo que contártelas todas cuanto antes.

—Ya veo. Tan urgente que tiene que ser aquí y ahora. —Me miraba algo preocupado—. ¿No te habrás metido en algún lío?

Enseguida buscó un sitio limpio de broza y de cardos, y me hizo un gesto con la cabeza para que me sentase. Dejé la cesta a un lado de mi asiento de piedra y papá se colocó justo enfrente de mí. Debió de pensar que esta vez su hija se había pasado de la raya.

—Más o menos —respondí yo con menos firmeza de la que quería —, pero a lo mejor lo podemos arreglar si me ayudas.

A partir de ahí, sintiéndome ya algo más aliviada, empecé a contarle, con tanto orden como pude, los acontecimientos. Cómo nos habíamos enterado de que el alguacil era quien había dejado preñada a Nati, el nacimiento de Milagros, la locura de Nati al comprobar que sus propios padres le habían quitado a la niña para llevársela no se sabía dónde, lo de la perra el día de las ovejas con la abuela, y mi curiosidad desatada.

—Bueno, hasta aquí, todo más o menos normal. —Creo que mi padre intervino justo en ese momento porque debió de intuir que ahí empezaban los problemas o, mejor dicho, mis problemas—. Ahora viene lo peligroso, ¿no? —Se sonrió.

—Papá, no te rías. —No soportaba que no me tomase en serio.

—No me río. Pero si vieses tu cara, hasta parece que a Pablo lo mataste tú.

Seguí contándole cómo había camelado a Flavia para que me acompañase a la taina abandonada donde la perra había empezado a ladrar y lo de las cenizas recientes. Incluso le dije lo del milano que tanto nos había asustado para que se riese un poco a mi costa y, por

fin, le hablé de la maldita medalla con las iniciales uve y eme.

—¿Y cuál es el misterio? —preguntó tras unos segundos de silencio que no me gustaron nada. No podía creerme que papá no entendiese nada de nada—. Que yo sepa —prosiguió—, una medalla nunca le ha hecho daño a nadie. —Esto lo dijo como quien cuenta un chiste sin gracia, pero yo me di cuenta de que su cara estaba más seria que de costumbre.

—Papá, por Dios, ¿no te parece raro que aparezca entre cenizas en una taina abandonada? Y esas iniciales ¿no te dicen nada? —Pensé que los padres a veces no resultaban ser ni la mitad de listos que una cree.

Le volvió a cambiar la cara y me sonrió.

—¿No serás tú la que tiene un empacho de tebeos? A ver, ¿a qué conclusión ha llegado la aprendiz de detective? —Eso me dolió a pesar de la cara divertida que puso.

—Esas iniciales podrían ser las del padre de Nati —respondí con fiereza—, pero Teo dice haber visto a Venancio el año pasado con la medalla. ¿Cómo explicas que estuviese en la majada del tío Victorino?

—O sea que a Pablo lo mató el tío Victorino o el alguacil. ¿Es eso?

—Podría ser. ¿O no? —repliqué con aplomo—. Y ahora no sabemos qué hacer.

—¿Sabemos? ¿Quién lo sabe? ¿El pueblo entero? ¿Dónde está la medalla? —preguntaba como si disparase.

—No. Solo los chicos. La tiene escondida Flavia en la corte del cerdo. —Sonaba a broma, pero era la verdad.

—Bueno, hubiese sido mejor que no lo supiese tanta gente, pero una medalla no es un cuchillo. Mientras el arma no aparezca. —Me impresionó su sangre fría cuando la mía bullía.

—¿Me estás diciendo que hagamos como si nada? ¿Que volvamos a dejarla donde la encontramos?

—Sería lo más prudente. A Pablo ya no lo resucita nadie. A Venancio no se le puede culpar por perder una medalla, ni al tío Victorino por ser el dueño de la taina. ¿Tú qué crees?

Volvió de nuevo a cambiarle la cara.

—No sé, la verdad. El pobre Teo está que no duerme desde el día que dijo delante de todos que se la había visto puesta a alguien, pero solo a mí me ha dicho a quién. Y encima, Venancio es primo hermano de su padre.

—Vaya. Por lo que veo, ahora eres su mejor amiga. —Puso cara de pillo y consiguió que se me subiesen los colores, pero enseguida, serio, continuó—. Mi niña, creo que tendrías que hablar con él y hacerle ver que la medalla no es prueba suficiente para culpar a nadie, que si se la entregáis a la Guardia Civil, es probable que piensen que son cosas de

chiquillos, pero lo que sí es seguro es que nos harán a todos la vida imposible. Y encima, para ponerse laureles, son capaces de meter en la cárcel a una persona inocente. Creo que deberías hacerle razonar. Prométeme que lo intentarás.

—Te lo prometo.

—Y ahora vamos a coger unas cuantas moras, ya sabes que a tu madre no se le escapa una. ¿Te parece?

Con estas últimas palabras y, sin que yo se lo pidiese, me dio a entender que respetaría la promesa que yo le había hecho a Teo y que no le contaría nuestra conversación a mamá. A cuatro manos y con los zarzales repletos de fruta, conseguimos llenar media cesta en un momento, tras lo cual emprendimos el camino de regreso a casa, yo con el corazón más aliviado, y orgullosa de poder compartir semejante secreto con papá.

El cuaderno no podía esperar. Escribí: «Se lo he contado todo a papá y me he sentido mucho mejor después de hacerlo. Me parece que estaba más preocupado de lo que aparentaba y me ha pedido que hable con Teo y que seamos prudentes. Algo así como que a ver si iba a ser peor el remedio que la enfermedad».

42

No me quedaba otra que empezar el plan por mi cuenta y proponérselo a Teo tan pronto como me fuese posible, cosa que —ya me había dado cuenta— no iba a ser fácil teniendo a todos los vecinos en el pueblo.

Lo primero era lo primero. Tenía que recuperar la medalla sin levantar las sospechas de Flavia y, tratándose de ella, fácil no era. Así que se me ocurrió pasar por su casa para ver si me podía meter en la pocilga de los cerdos sin dejarme ver. Tuve suerte. La casa estaba cerrada, Flavia debía de haber bajado a esperar el correo a la carretera y sus padres estarían en los huertos o donde fuese, el caso es que no había nadie. Entré como una ladronzuela cualquiera y, a pesar de los gruñidos de los animales, en un plis plas levanté el gamellón de madera, cogí el asqueroso calcetín y me lo metí en el bolsillo de la chaqueta. Salí más rápida de lo que había entrado, mirando a un lado y otro de la calle para asegurarme de que no me había visto nadie.

Aprovechando que mamá había salido con Tomás para ir a ver a Nati y que no había nadie en casa, me metí en la sala, cogí el bloc de papel de carta y mis lápices y, con el máximo esmero, me puse a calcar la medalla por ambas caras. La primera vez no me quedó del todo bien, la segunda mejor y la tercera ya la di por buena. De entrada, eso ya me permitiría devolver el calcetín a su escondite antes de que Flavia se diese cuenta de que había desaparecido y de que alguien de casa acabase por descubrir el cochambroso calcetín que aún llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Metí las tres hojas de papel en un tebeo y lo escondí debajo del colchón de mi cama, donde estaría a buen recaudo por lo menos hasta que mi madre, a la mañana siguiente, le diese la zurra cotidiana para ahuecar la lana.

Cuantos más éramos en la casa, más difícil se volvía hacer algo en secreto. En todas partes había alguien y, a excepción de mi alcoba, donde aparte de dormir no se podía hacer gran cosa, no había dónde meterse. Como yo no era de sestear, a todos les iba a extrañar verme encerrada en el cuarto, así que se me ocurrió subir a la cámara. Recogí lo guardado debajo del colchón y me descalcé para no hacer crujir los escalones torcidos y desvencijados. Sabía que había ratones allí

porque los había visto muertos en las trampillas que les ponía el abuelo, pero subí con mi asco a cuestas.

Allí arriba, un único ventanuco iluminaba apenas el espacio frente a las escaleras, justo donde estaba el camastro en el que dormía la tía cuando nosotros desembarcábamos. En él me senté para poder usar como mesa la cubierta del arcón donde la abuela guardaba las hogazas de pan envueltas en paños al abrigo de los ratoncillos. En la cámara se mezclaban todos los olores de la casa: de la cuadra subía el tufo animal de los excrementos; percibía el aroma a campo del grano recién guardado en la parte más baja del espacio, donde no se podía circular de pie, y de las ollas de barro, en las que conservaban en aceite parte de la matanza del cerdo, se colaba un olorcillo que hacía cantar a mis tripas. Desplegué las hojas donde había calcado la medalla y, antes de escribir sobre el papel, anoté en mi cabeza lo que se me había ocurrido la noche anterior. No podía equivocarme. Si lo hacía, tendría que empezar todo de nuevo. Abrí la maleta de papá y cogí uno de los tebeos que esperaban su turno de lectura. Me serviría para hacer borradores y no ensuciar las páginas en las que había calcado la medalla; luego los quemaría en el hogar. Al final, me salió esto:

a cada cerdo le llega su san martín.
tengo la prueba de que eres el asesino.
más te vale confesar tu culpa al cura.
él ya lo sabe.

No las tenía todas conmigo respecto a lo que pensaría Teo de mi plan. Podía acobardarse y no querer participar; en ese caso, qué haría yo. ¿Me atrevería a seguir adelante? De valiente no tenía ni un pelo, eso lo sabía todo el mundo, incluso yo, pero todos ignoraban que, cuando me empecinaba en defender lo que me parecía justo, sacaba coraje o imprudencia de donde no había.

Volviendo a Teo, lo peor que podía pasar es que se pusiese de uñas conmigo y no quisiese saber nada más de mí. Y eso, de ninguna de las maneras, y menos a tan pocos días de mi regreso a la ciudad. No podía dejar que se enfadase conmigo. Usaría todas mis mañas para tratar de convencerlo. La nota era el mínimo castigo para quien había matado a un hombre, pero ¿lo vería él tan claro como yo?

Bajé de nuevo de puntillas para no despertar a nadie, aunque cuando crucé el portal me di cuenta de que ya no había cabezas balanceándose en la sala. Solo Tomás debía de estar durmiendo en la cama de mis padres porque me llegaba su respiración pausada. Deduje que estarían todos de nuevo en sus faenas y que el ruido de cacharros

que salía de la cocina era obra de mi madre. Me deslicé veloz a la alcoba y escondí de nuevo todos los papeles. Asomé la cabeza en la cocina, justo para preguntar dónde estaban los demás. Papá está con los suyos, los abuelos han bajado al huerto. En cuanto el niño se despierte, voy yo también, oí que decía mamá cuando yo cruzaba ya el umbral de la puerta.

Ya empezaba a ser experta en cielos y, en cuanto salí a la era, me di cuenta de que el comentario de la víspera de la abuela de que iba a cambiar el tiempo no había sido por casualidad. El azul hiriente y silencioso de la mañana se había convertido en una danza de sábanas blancas y vaporosas, enredadas como la colada en el tendedero cuando sopla el viento.

El cielo dejó de ser una fiesta en pocos minutos y, salvo una línea débil en el horizonte dorado, que parecía haber sido trazada con tiralíneas, el resto de la inmensidad sobre nuestras cabezas era de un azul oscuro tirando a negro. Era precioso, pero daba miedo, casi tanto como asomarse a la poza de la fuente. La noche parecía haber caído de repente. Daba la impresión de que se fuese a acabar el mundo. Lo primero que pensé fue que, si se ponía a llover, mi encuentro con Teo se complicaba. ¿Dónde demonios íbamos a encontrarnos si todo el mundo acababa guareciéndose en sus casas?

Un trueno bronco rompió el silencio y pensé que los abuelos se iban a mojar. Alcé la vista hacia el cielo justo en el momento en que una culebrilla de luz lo rasgó en varios pedazos. El espectáculo me atraía y atemorizaba al mismo tiempo. Recordé que el último verano, en una tarde de tormenta, un rayo había caído en una de las tainas más cercanas al pueblo, usada como pajar, que no tardó en convertirse en hoguera. Las casas estaban tan cerca que los vecinos salieron todos a una para intentar apagarla. No llovía todavía y, por lo tanto, debían actuar rápido. Habían hecho una cadena humana que se pasaba cubos de agua de mano en mano, desde la fuente hasta el lugar del incendio. Me había parecido una lucha desigual e injusta, y aunque no me dejaron acercarme, podía ver la cara de preocupación de los vecinos convertidos en bomberos. Cuando por fin la lluvia se desató con fuerza, las llamas empezaron a ceder. Era la primera vez que veía a buenos y malos trabajar juntos.

Escampó por fin y aunque el sol no se dejaba ver, yo sabía que andaba por ahí escondido tras esa gran capa de leche fermentada que, por poniente, aún dejaba pasar un rayo tenue de luz. Un arcoíris tímido cruzaba el cielo por el levante y parecía caer justo encima de la ermita de la Virgen de Inodejo, como si estuviese engalanándola para el día de su fiesta que justo era el domingo siguiente. Como había refrescado, cogí uno de los mantones colgados en el portal y me lo puse no solo de abrigo sino sobre todo para esconder los papeles que

pretendía enseñarle a Teo. Salí por la calle de la escuela para evitar la casa de los otros abuelos y la de Venancio, pero tampoco podía plantarme en casa de Teo sin ningún motivo aparente. O me inventaba una excusa, o no podría verle. Tenía que pasar por delante de la casa de Narcisa y si salía alguien, no podría evadirme. Estaba poniéndome nerviosa. El portal de Teo estaba cerrado, normal con la que había caído, y ya me iba a dar la vuelta cuando oí los cascos de un animal al mismo tiempo que un pequeño silbido. Solo podía ser él. Regresaba de la fuente con la mula cargada de cántaros. Respiré aliviada. Me hizo una señal para que lo esperase en el casillo trasero, descargó el agua y un minuto después ya estuvo conmigo. Puso su mano en mi hombro para guiarme hacia dentro y entornó la puerta. A pesar del mantón, de la chaqueta y del vestido que separaban su mano de mi piel, me dio un escalofrío. Deseé que no se hubiese dado cuenta porque seguía sin decir palabra.

—¿Qué te pasa? —pregunté cuando ya no se nos podía oír desde la calle—. Te veo muy serio.

—¿Y me lo preguntas tú? —respondió como si mis palabras fuesen una solemne tontería—. Eres la única que sabe lo que me pasa.

Parecía enfadado conmigo, aunque no acertaba a saber por qué. Su tono había dejado de ser amistoso y cordial. Era como si en ese momento yo fuese su única enemiga. Sentí que el suelo se movía bajo mis pies y vi todo mi plan a punto de desmoronarse, pero estaba decidida a no echarme atrás, y no me dio la gana de dejarle ver lo mucho que me impresionaba su cambio de actitud.

—Claro que lo sé, y me gusta ser la única, te lo aseguro —dije sin sonreír, pero en un tono más cercano.

De repente, lo vi claro. Iba a tener que mentirle. Había puesto su confianza en mí y no podía defraudarle. No iba a decirle que había hablado con mi padre.

—¿Has pensado algo? —dijo, sin aflojar su seriedad—. Ya no puedo más con todo esto.

—Sí. Se me ha ocurrido que lo mejor es que tú sigas diciéndoles a todos que no recuerdas quién era el de la medalla, pero…

—Pero ¿qué? —prosiguió él, curioso.

Abrí el mantón y saqué los papeles que llevaba escondidos. Temerosa, le tendí la hoja con el calco de la medalla y el texto, sin perder de vista sus ojos y esperando su reacción.

—¿Te has vuelto loca? —soltó mientras me miraba fijamente—. ¿No pretenderás que le haga llegar yo esta nota?

—No. Claro que no. Eso lo haré yo, aunque no sé muy bien cómo.

—Pues que sepas que no le será difícil adivinar quién lo ha escrito. —Su mirada seguía siendo fría—. Esa letra tan bonita solo puede ser

tuya o de tu prima.

—Y a mí qué —dije, cada vez más envalentonada—. Dentro de unos días ya no estaré aquí y si lo piensa bien, no moverá ni un dedo.

—¿Y qué ganamos con esto? —preguntó, desconfiado.

—Ni ganamos ni perdemos. Tendrá que vivir con la culpa y con el remordimiento. Y si lo comparas con la Guardia Civil viniendo a buscarte, eso no es nada.

—Eso desde luego. —Empezaba ya a aflojar su enfado—. ¿Y se te ha ocurrido a ti solita?

—Ya ves. Pensando en ti y en tu familia. ¿No crees que vale la pena intentarlo?

—Sí, tal vez sí, pero prométeme que vas a intentar escribir peor y que vas a poner alguna falta de ortografía. Aquí somos pocos los que escribimos así de bien.

No podía creérmelo. De repente, está preocupado por mí, pensé, mientras sentía un calorcillo agradable recorrerme el cuerpo.

—Prometido.

—¿Qué hacemos con la medalla?

—Yo la dejaría donde estaba.

—¿A los demás qué les contamos?

—Que es mejor no embarullar más las cosas. Que no te acuerdas de quién es y no vamos a culpar a nadie sin estar seguros. ¿Te parece?

—Vale. Y una cosa más. Yo de ti no le haría llegar la nota antes de la fiesta de Inodejo. Ya sabes, allí vamos a estar todos y más vale que estén los ánimos tranquilos.

—De acuerdo. ¿Amigos de nuevo? —pregunté yo, aliviada por fin.

—Desde aquel día, no he dejado de serlo —dijo él, ahora sí con una leve sonrisa.

—Pues hace un rato no lo parecías. Estabas enfurruñado conmigo y eso es lo último que quiero.

Nada más decir eso lo vi dar un paso decidido hacia mí. Tanto se me acercó que hasta sentí un poco de miedo. Me quedé quieta como una estatua, sin saber qué hacer. Enseguida me di cuenta de que no estaba enfadado. Al contrario, sus ojazos sonreían cuando le vi extender sus manos a la altura de mi cabeza y coger mi cara suavemente entre las dos. Toda yo era un junco, los pies en el suelo, temblorosa a merced del viento. Me miró directo a los ojos pidiéndome que los cerrase. Lo hice sin rechistar y sin trampas. Era tanto el calor que sentía que me pareció que sus manos iban a dejar marca en mi piel y, aunque no lo veía, sentía que ese olor suyo a paja tierna se mezclaba con el mío a espliego húmedo, confundiéndolos. Tan cerca estaba de mí que hasta su corazón oí, tan desbocado como el mío.

De repente, unos labios carnosos parecían buscar un lugar en los míos. Con tanto cuidado que parecían pedir permiso. Jamás había conocido una dulzura así ni me la había imaginado en él. Su delicadeza no me pareció de este mundo. Enredada en un remolino y con un alboroto tremendo en las tripas y en el corazón, enmudecí. Nadie me había preparado para un momento así. Seguí con los ojos cerrados, pidiéndole al tiempo que por favor se parase y dejando penetrar en mi boca el sabor a mies de la suya y guardarlo para siempre.

Cuando abrí los ojos, seguía frente a mí y sonreía. Yo creo que me sonrojé y bajé la mirada. Me cogió de la mano antes de salir, me la apretó fuerte, muy fuerte y me dijo al oído:

—Te voy a echar mucho de menos, pequeña —y, cómplice, me guiñó el ojo. No me gustaba que me llamase así, y él lo sabía.

—Y yo a ti. Te escribiré, si prometes contestarme.

—Pues claro.

Cuando cruzamos el umbral del casillo, ya había anochecido. El silencio limpio de después de la lluvia, sin nadie en las calles. Te acompaño, me susurró al oído. Dije que no a pesar de lo que me costaba separarme de él. Me regaló un beso rápido en la mejilla y se fue. Él por la calleja del medio y yo, por la de la escuela.

El silencio de la calle jamás había sido tan compañero.

La cabeza flotando, los sentidos a flor de piel y el corazón desbocado como un caballo espantado —aunque no, no lo estaba—, anduve lentamente hacia casa. Atrasaba mi llegada porque sabía que me iban a acribillar a preguntas y yo quería seguir arrullada por el ensueño.

Esa noche me dio miedo apuntar en el cuaderno lo que me había pasado. De momento, mejor sería que me lo guardase solo para mí.

43

El segundo domingo de septiembre amaneció un día espléndido. Era la fiesta de Inodejo. La Virgen se lo merece, oí decir a la abuela mientras ayudaba a preparar los trastos que había que llevar. Si llueve, pregunté, ¿no hay fiesta? Claro que la hay, aunque sea deslucida, contestó ella. Menos mal que ha salido este día, me dije, porque semejante trayecto bajo la lluvia me hubiese parecido una penitencia más que una festividad. Desde casa se veía el santuario como una mancha en el horizonte, entre el levante y el sur. Me parecía lejísimos. Antes de salir, pregunté a papá si podía ir a buscar a Áurea para que hiciese el trayecto con nosotros. Dijo que iría él mientras mamá acababa de vestir al crío. Cuando volvió con ella, nos subimos los tres en la caballería que el abuelo había aparejado de buena mañana y sobre la que mamá y tía Simona habían puesto el serón con las tortillas, los chorizos, la hogaza de pan, rosquillas, los botijos, la garrafa de aguardiente, la bota de vino y las chaquetas «por si».

La ermita de la Virgen de Inodejo estaba en lo alto de un cerro, en el medio de la nada. Los vecinos de todos los pueblos de los alrededores la veneraban y acudían allí para conmemorar no sé muy bien qué. Recordé que, cuando era más pequeña, la abuela me había dicho que era la Virgen de las tormentas, pero debí de olvidarme de preguntarle si se le pedía el fin de las tormentas o, al contrario, se le solicitaba agua para acabar con la sequía; también me había dicho que veinte o treinta vecindarios formaban parte de algo llamado «Concordia», que tampoco supe lo que quería decir. En realidad, aquello era como una romería. Todos, absolutamente todos, saliésemos de donde saliésemos, acabábamos cruzándonos en un punto en el que el camino, además de hinojos, cardillos y ajedreas, aparecía sembrado de cruces de hierro clavadas en mojones de piedras, que señalaban los últimos metros hasta el santuario. Algo así como un viacrucis, respondió a mi pregunta tía Simona, que caminaba al lado de la burra vigilando que el niño no se cayese. Menuda explicación, pensé, eso y nada para mí era lo mismo.

No tenía paciencia ni para rezos ni para sermones, pero había que pasar por ellos antes de poder disfrutar de la fiesta de verdad. El dicho

de la abuela «Primero la obligación y luego la devoción» aquí no cuadraba. Tenía que decirle que a veces debía de funcionar al revés. A ver qué respuesta me daba. Después de la misa, sacaron en andas a la Virgen en procesión, aunque para mí aquello era un simple paseo porque solo se daba la vuelta al santuario. Aquella imagen de la Virgen me resultaba simpática. Una madre amamantando a su niño. Una madre como las demás, con su bebé en el regazo y un pecho al aire. Como mamá dándole de mamar a Tomás. Algo que nunca había visto en una iglesia.

Fuera ya de la ermita, una algazara de gente con cestos y alforjas buscando sitio, de preferencia a la sombra de algún jabino o chaparra, para instalar las mantas en el suelo y sacar la comida. Solíamos agruparnos entre familias, juntando corrillos. A nuestro lado, se sentaron los de tía Remedios, Nati incluida. Me alegró verla allí y, aunque sus ojos seguían tristes y su semblante ausente, me di cuenta de que se había esforzado en arreglarse. Nada de las greñas desaliñadas de los últimos tiempos; en su lugar, un moño recogido en la nuca con redecilla, que le quedaba muy bien. Incluso, ante la insistencia de mamá, se había dejado dar un toque de carmín en los labios pálidos. Vestida con la ropa de los días de fiesta, parecía otra mujer. No podía decirlo en voz alta, pero a mis ojos había dejado de parecer una loca para parecerse a las demás. Encima de la chambra blanca ceñida a la cintura, una pañoleta de flores rojas y amarillas cuyo pico, por la espalda, marcaba el inicio de la falda de vuelo, de color teja.

Mientras mamá y Nati sacaban de las alforjas sus respectivas vituallas y las ponían todas juntas en el centro de la manta que hacía de mesa, yo, al lado de Áurea, oteaba el resto de grupos tratando de localizar a Teo, a los amigos y a Venancio. Estaba tan convencida de que aquella era la mejor ocasión para hacerle llegar la nota acusatoria que antes de salir de casa la había doblado tanto como había podido para meterla en el zapato, justo debajo del calcetín, porque el bolsillo del vestido me parecía demasiado arriesgado. Aún no sabía muy bien cómo hacerlo, pero me pareció que, entre tanta gente y con tanto movimiento, no sería fácil identificar al remitente. Además, tampoco había puesto al corriente a mi prima porque no quería que se preocupase por mí, ni que se asustase sin motivo.

Las voces aumentaban de volumen a medida que las botas de vino pasaban de mano en mano y tortillas, chorizos, lomos, y morcillas iban desapareciendo de las improvisadas mesas. Sabía que, antes de empezar el baile, se subastaban las roscas que cada pueblo llevaba y creí que ese era un buen momento. Tenía que decírselo a Teo y pedirle ayuda. Yo no podía acercarme tanto a Venancio sin más ni más. Teo, sí.

La gente empezaba a abandonar los corrillos y se arremolinaba alrededor de las andas de la Virgen, donde se habían colocado las roscas colgadas en forma de corona. Cada año le tocaba a un alcalde diferente dirigir la subasta. El de ese día, por lo que oí, era el de La Muela. Dinero, lo que se dice dinero, casi nadie tenía. Y aunque el precio de salida siempre era de unos pocos céntimos, tan solo el rico de cada pueblo o los que, como nosotros, tenían un trabajo en la ciudad podían llegar a pagar alguna rubia por una rosca. La familia que se hacía con ella la repartía allí mismo entre los suyos como postre, acompañada de una copita de anís.

Avisté a Teo entre la multitud y me acerqué a él. Era casi tan guapo como papá, solo que sus ojos no eran azules sino del color de la miel de romero. Seguía sin entender por qué un chico como él se había fijado en mí, bajita, con cara de pilla —como solía decirme papá — y no especialmente bonita, pero después del beso de la otra tarde ya no me importaba. Cuando me miraba a mí, sus ojos brillaban de un modo especial y solo yo podía darme cuenta de eso. Retrocedimos unos pasos hasta el murete del santuario y nos sentamos en él, de espaldas a la gente y de frente a la ermita. Me cogió una mano con disimulo y de nuevo sentí la culebrilla recorriéndome de arriba abajo. No podíamos tontear con tanta gente alrededor, así que fui directa al grano y le expliqué mi plan.

—Ya sé que no querías intervenir —le dije casi cuchicheando— pero a mí me va a ser imposible acercarme tanto a él. Tienes que ayudarme.

—Hay que ver lo que da de sí esa cabecita tuya —repuso él, entre sorprendido y divertido—. ¿Y si no lo hago? —preguntó, retador.

—Pues lo haré yo. Ya encontraré la manera. —En su mirada vi que no se esperaba esa respuesta.

—Y encima con agallas, faltaría más. También eso me gusta de ti. —No pude dejar de sonreír porque era la primera vez que alguien me consideraba valiente. Me encantó oírlo de su boca—. Anda, dame la nota. A ti no hay manera de decirte que no.

—¿Quieres que te diga cómo…?

—No. —No me dejó terminar la pregunta—. Ya me espabilaré. Confía en mí —dijo, metiendo la nota en el bolsillo del pantalón—. Nos vemos luego.

Cuando nos reincorporamos al grupo, ya había empezado la subasta. Vi a mi padre con el niño encima de los hombros y Áurea a su lado, y me acerqué a ellos.

—¿Qué hacías a solas con Teo? —cuchicheó ella a mi oído—. ¿Qué os traéis entre manos?

—Ya te contaré. Tiene que ver con lo de la medalla. —Y sin más,

me dirigí a mi padre—. Papá, ¿te vas a quedar con una? —dije señalando las roscas.

—… preguntó la hambrienta de la familia —contestó él, riéndose de mí descaradamente—. No estaría mal para merendar, ¿verdad? ¿Quieres pujar tú?

—¿Yo? —Estaba encantada de que me lo propusiera porque solo pujaban los mayores—. No sé cómo se hace.

—Es muy fácil. Cuando yo te diga, alzas la mano y gritas «una peseta». Si nadie ofrece más, será nuestra. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Hice lo que papá me había dicho, aunque sin perder de vista a Venancio, no fuese a escapar antes de poder darle la nota. La rosca, de todas las maneras, se la quedó por un duro una señora muy parecida a una sobrina del abuelo Tomás que vivía en un pueblo de Burgos al servicio de la Iglesia y de su hermano cura. Papá siempre decía, cuando mamá no le oía, que no soportaba su olor a incienso rancio. La señora de la subasta tampoco vestía de monja, ni falta que le hacía; la mantilla aún encima de la cabeza, cara de estar rezando en el medio del jolgorio, un rosario en una mano y el billete en la otra. Tendió el duro al alcalde, agarró la rosca y regresó con su familia.

Por fin, los músicos se pusieron a lo suyo. Eran solo dos, el gaitero y el guitarrista, siempre los mismos que animaban las fiestas de los pueblos de la comarca. No había nunca novedades en el repertorio: pasodobles, coplas y jotas. Qué más daba. La cuestión era bailar, divertirse un poco. Los novios y los casados siempre eran los primeros en salir, pero el baile era para todos, incluso para los que no tenían pareja. Las mujeres se emparejaban con mujeres, los niños y las niñas con quien fuera, pero los hombres nunca bailaban juntos, y eso a mí me extrañaba, la verdad. Bailonga como mis padres, no podía parar quieta, así que como ya nos habíamos encontrado todos, empecé a moverme. Primero salí con Áurea, luego con Narcisa y con Flavia, más tarde con Jesús, el hermano de tía Puri, y también con Saturio. El caso era no parar y disimular las ganas que tenía de hacerlo sobre todo con Teo, aunque lo suyo era esperar que me lo pidiera.

Los mozos sueltos solían quedarse de pie como estacas, bebiendo y haciendo el tonto hasta que por fin se decidían y se acercaban de dos en dos a alguna de las parejas de mujeres y, después de intercambiar algunas palabras con ellas, empezaban a bailar. Las mozas casi nunca se negaban porque, según me había contado mamá, estaba mal visto. También estaba mal visto, y además era pecado, dejar que el mozo se acercase demasiado. A mí lo del pecado me daba un poco igual, total, luego te confesabas, rezabas lo que el cura te mandase y santas pascuas. En eso estaba cuando por fin vi a Teo y Jesús venir hacia donde estábamos Áurea y yo, pero el muy sinvergüenza cogió a mi

prima y me dejó a Jesús a mí. Fue como un caldero de agua fría de la cabeza a los pies y, al mismo tiempo, una rabia muy grande que me ardía en la barriga. Me las pagará, me dije, mientras intentaba seguirle el paso a mi compañero sin pisotearlo. Vamos si me las pagará.

Daba gusto ver a papá y mamá moverse al son de los pasodobles. No habían parado desde el comienzo y se les veía tan risueños que me pareció una pena que no tuviesen más ocasiones de baile durante el año. Jesús y yo pasábamos cerca de ellos cuando oí a mamá pedirle a papá que fuese a sacar a tía Simona porque, la pobre, aún no se había estrenado y que, mientras tanto, iría a ver si animaba a Nati para bailar con ella. A papá no debió de hacerle mucha gracia eso de sacar a la tía porque nunca había sido santo de su devoción. Oí cómo le decía que por qué no lo hacían al revés, él sacaba a Nati y ella que bailase con su hermanita. A mamá el «ita» debió de gustarle tan poco como a mí porque dijo que con todo lo que había pasado la chica, si él creía que iba a empezar bailando con un hombre, lo tenía claro. Y remató «Sois todos iguales, no entendéis nada», dando el tema por zanjado. Entre son y son se soltó de los brazos de papá y fue hacia el corrillo donde aún estaba Nati con sus padres y los abuelos con el niño.

A saber cómo convenció mamá a Nati, lo cierto es que acabó sacándola a bailar un pasodoble. A mamá se la veía alegre, a ella no, pero igual me pareció un gran triunfo. Papá soltó a la tía nada más parar los músicos. Mamá, en cambio, consiguió retener a su pareja entre pieza y pieza a base de darle conversación. Yo las miraba como quien asiste a un milagro. Tan embobada estaba que tenía a Teo justo a mi espalda y ni me había dado cuenta. Me puso una mano en el hombro y no hizo falta que me girase para saber de quién era la mano. De repente, el milagro era él.

—¿Bailas? —preguntó por preguntar, porque ya me había cogido por la cintura sin esperar respuesta.

—Debería decir que no después del desplante de antes —dije sin sentirlo—. Eres un zopenco, que lo sepas.

—¿Qué querías? Si te sacaba a la primera, todos se hubiesen dado cuenta —dijo mientras contenía la risa.

—¿Cuenta? ¿De qué?

—De nuestras cosas.

—Pensaba que te referías a la nota —dije aposta en un tono ingenuo, aunque ese «nuestras cosas» había alborotado en el acto las mariposas que durante toda la tarde danzaban en mi estómago.

—Ja, ja, ja. —Rió abiertamente—. Siempre sales por donde menos se te espera. Me gusta. ¿Qué quieres? ¿Que lo diga con todas las letras?

—Pues sí —repuse yo, siguiéndole el juego, pero temiendo que en cualquier momento las mariposas me saliesen por la boca—. Dime, ¿qué es lo nuestro?

Sentí cómo su brazo hacía presión en mi cintura al mismo tiempo que el oído se me impregnaba de algo muy dulce; tan dulce que me mareaba. Tal vez estaba soñando. Tal vez mi imaginación me estaba jugando una mala pasada. No estaba segura de nada, pero me había parecido oír algo como «Besos así solo se los dan los novios» al mismo tiempo que sentía sus labios rozando mi oreja.

No dije nada porque no sabía qué decir. Volaba al son de la música, protegida por sus brazos fuertes y me sentía en el cielo. De repente, paró la música, la presión de la cintura aflojó, su mano soltó la mía y por un momento me pareció perder pie. Estaba mareada de verdad. Por suerte, ni él se alejó ni los músicos tardaron mucho en volver a tocar. Sin que me diese cuenta, ya volvía a sentirme segura en sus sólidas manos.

Me sacó de la ensoñación. Bastante más alto que yo, tuvo que inclinarse un poco para decirme por lo bajini:

—Mira a tu izquierda sin que se note. No te lo vas a creer. —En efecto, me costó creer lo que vi al girar la cabeza. Papá y un mozo que no conocía se habían acercado a la pareja que formaban mamá y Nati. Papá fue tan listo que apenas le dio tiempo de reaccionar a esta última que, aunque fuese a desgana, se encontró bailando con el otro—. Al final tendremos que creer en los milagros de la Virgen —prosiguió Teo con más alegría que fervor.

—¿Sabes quién es el mozo?

—No, pero tu padre parece conocerlo. No será mala gente.

—Ojalá —dije, dándole voz a mis ganas de que así fuese—. ¿Y la nota, está ya con quien tiene que estar?

—¿En qué quedamos? ¿Confías en mí o no? —Enseguida me di cuenta de que me podía haber ahorrado la pregunta.

—Claro que sí. Por completo.

—Pues ya está. Deja de preocuparte por eso.

La tarde iba cayendo y por primera vez no me alegraba de ello. Hubiese querido que el sol no se pusiera, que el día continuase, los músicos siguiesen tocando y yo pudiese estar unas horas más en aquel refugio de brazos tan inesperado como cálido.

—Niña. —La voz de mi madre retumbó como un trueno en mi cabeza—. Busca a tu prima y ve despidiéndote, que nos vamos ya.

«En la fiesta él se ha divertido haciéndome rabiar, pero al final hemos bailado juntos. Hubiese querido que los músicos no dejasen de tocar y que los relojes se parasen. Mamá ha sido la que me ha hecho bajar de la nube en la que me encontraba mejor que en ninguna otra

parte.» Eso quedó escrito para siempre en el cuaderno, en el que, claro está, no podía poner según qué nombres.

44

Me moría de ganas de saber si Teo había conseguido meter la nota en algún lugar en que solo la pudiese ver Venancio. Su respuesta en la fiesta me había parecido poco convincente. No había dicho ni sí ni no. Se había limitado a decir que confiase en él. Qué listo, pensé. Podría no habérsela hecho llegar, por aquello de ser de la familia, y quedar ante mí como un machote. Claro que confiaba en él. Más que eso, estaba enamorada, pero que fuésemos novios o no, nada tenía que ver con lo otro. O por lo menos, eso es lo que me dije a mí misma, aunque en realidad me di cuenta de que tal vez no era así. ¿Por qué había dejado en sus manos la devolución de la medalla a la taina? ¿Y si no la llevó?

Eso de enamorarme era lo más bonito que me había pasado en la vida, pero al mismo tiempo, como que me nublaba el juicio. Pensé en las amigas y en los chicos, y en lo mal que estaba quedando con ellos. Se me ocurrió que debía reunirlos, despedirme del grupo y contarles lo de la nota. Y de rebote, tal vez pudiesen ayudarme a espiar los movimientos de Venancio. Cuantos más ojos, mejor.

En la calle de la escuela me topé con Narcisa, que, por lo que dijo, venía a buscarme. Le conté lo de la nota y abrió unos ojos como panes. No me lo puedo creer.

—¿De verdad has hecho eso? ¿Te has vuelto loca? ¿Cuánto tiempo crees que va a tardar en saber que la has escrito tú?

Su preocupación por mí era sincera. Tanto que llegué a pensar si había sido una buena idea hablarle de eso.

—¿Cómo se la has hecho llegar? —Para tranquilizarla un poco le dije que le había pedido a Teo que lo hiciese por mí y que ni tan siquiera estaba segura de que lo hubiese hecho.

—Por eso quiero ver cómo reacciona y por eso me gustaría hablar con los demás para que estemos todos atentos.

—Cuenta conmigo, yo me ocupo de reunirlos. ¿Después de comer, en la fuente? —Asentí con la cabeza y nos separamos.

A la hora convenida, allí estaban todos. Todos menos Teo. Por un momento pensé que Narcisa no le habría dicho nada para no ponerlo en el aprieto de tener que decir la verdad sobre la nota, pero de

cualquier manera me parecía raro no verlo a mi lado.

—¿Por qué lo bueno dura tan poco? El verano se acaba y pronto tendré que irme —empecé a decir, sin saber muy bien cómo tocar el otro tema—. Quería despedirme y deciros que me ha gustado ser una más entre vosotros.

—¿Todo eso para decir adiós? Aquí no somos tan finos —replicó Flavia en un tono que me dolió.

—No es para tanto —dijo Saturio—. Somos amigos y ya está.

—Han pasado cosas muy fuertes este verano, pero tú te vas y nosotros nos quedamos. —Jesús no sonaba agresivo, pero había reproche en sus palabras.

—Sí —proseguí—. Sin ganas, pero me voy, aunque me preocupa tanto como a vosotros.

Narcisa se dio cuenta de que no sabía muy bien cómo continuar y vino en mi ayuda.

—Si os pensáis que se va tan tranquila, estáis muy equivocados. Incluso se ha puesto en peligro intentando desenmascarar al posible asesino.

La voz de Narcisa y el sonido del riachuelo que manaba justo allí, entre los chopos, me llevó a pensar en una tarde que habíamos estado las dos juntas cogiendo berros. Yo no los había probado nunca y en el momento que me los daba todos a mí, me dijo: Tú llévaselos a tu madre, que ella sabrá cómo hacerlos. Siempre tan generosa, pensé, mientras la conversación continuaba.

—¿En peligro? ¿Qué demonios has hecho? —Flavia sonaba de nuevo amistosa.

—No me he puesto en peligro ni soy una heroína, pero como creo —no podía decir lo que Teo me había confesado en secreto— que Venancio es el culpable, se me ocurrió hacerle llegar una nota diciendo que sabía que había sido él y que el señor cura también.

—¿Y la firmaste? —A Saturio se le salían los ojos de las órbitas.

—No, hombre, no. Era una nota anónima, toda en mayúsculas. Por eso quería veros. Tenemos que vigilar sus movimientos porque si es culpable, se pondrá nervioso y hará cosas raras. ¿Cuento con vosotros?

—Sí, claro. Pero no podemos plantarnos en la puerta de su casa —dijo Narcisa.

—La nota se la hice llegar ayer en Inodejo.

—Solo faltaría que se volviese contra Nati —dijo Jesús—, o contra ti, porque podrá ser un asesino, pero de tonto no tiene un pelo —continuó alarmado, inyectándome su propio miedo.

—No se atreverá a hacerle daño a nadie si piensa que lo vigilan. —Flavia dijo lo que yo estaba pensando.

—Tengo entendido que el culpable vuelve siempre al lugar del

crimen —sugerí con temor a que se riesen de mí.

—¿De dónde has sacado eso? —saltó Jesús.

—Lo leí en un libro.

—¿Y qué propones? ¿Que nos plantemos en batallón en el camino del monte? —preguntó Flavia, con retintín.

—No seas bruta. Nos vería a la legua. Tal vez se le ocurra volver a la taina a buscar lo que perdió. Lo podríamos esperar allí. Bueno, si os parece bien. —Tenía claro que yo sola no iba a ir y los necesitaba, pero no podía exigirles nada.

—A mí no me parece mal. —Volvió Narcisa en mi ayuda—. Total, no perdemos nada.

—Está bien. Podríamos ir al atardecer, escondernos y esperar —dijo Jesús, decidido—. Y Teo ¿por dónde anda?

—Fui a avisarle, pero no estaba en casa —respondió Narcisa con cautela, mirándome de reojo—. Pasad a buscarlo después, no sea que luego se queje de que no contamos con él.

—Me ocupo yo. En la cruz a eso de las seis —dijo rotundo Saturio antes de emprender la cuesta de la fuente.

Tenía que dejarme ver un poco en casa antes de volver a salir, pero en vez de tirar por la calle de la escuela, di un pequeño rodeo para pasar por delante de la casa de Venancio. Me sorprendió ver el portón totalmente cerrado. No era lo habitual. Ni se me pasó por la cabeza que tuviese algo que ver con mi nota porque ni Boni, su mujer, ni la niña tenían por qué saber nada de eso. Tal vez se habían ido los tres a Soria en el coche de línea de esa mañana, aunque eso aún era más raro. Le preguntaría a Flavia, ella tenía que saberlo.

Me topé con mis padres, que salían de casa de los otros abuelos con Áurea.

—¿Adónde vas tan sola a estas horas? —preguntó papá.

—Acabo de dejar a Narcisa. Iba a casa a deciros que luego he quedado con los chicos para ir a dar un paseo —dije demasiado acelerada.

—Bajamos a los huertos a coger judías para la cena. ¿Te vienes con nosotros? —Papá me pasó un brazo por el hombro.

Me pareció una buena manera de disimular y de tenerlos contentos. Últimamente andaba medio escurridiza y no me veían demasiado. Solo pregunté si iban a tardar mucho, a lo que mi padre medio en broma replicó que no me preocupase, que no llegaría tarde a mi cita. Seguramente creyó que iba a verme con mi nuevo amigo, como él decía.

A eso de las seis ya estábamos todos en la cruz de las eras de arriba, de donde salía el camino al monte. Si hacía un rato me había parecido rara la ausencia de Teo, en ese momento ya resultaba

preocupante. No esperemos a Teo, había dicho Saturio, al llegar al punto de encuentro. Según su madre, ha aparejado la yegua y se ha ido sin decir adónde. A saber en qué anda metido, pensé alarmada. Y acto seguido sentí rabia porque mucho te quiero perrito, pero pan poquito… Me quedan solo unos días en el pueblo y él como si nada, se larga de paseo a caballo. Yo creía que ser novios era querer estar todo el tiempo con el otro, pero por lo visto no era así. A lo mejor yo tenía más ganas que él de estar juntos. A lo mejor lo que yo sentía por él era mucho más fuerte que lo que él parecía sentir por mí. Esto de enamorarse resultaba más complicado de lo que había imaginado.

Perdida en mi laberinto de pensamientos, cuando me quise dar cuenta, estábamos ya cerca de la taina. El paisaje me impresionó más que de costumbre. Había algo de cuento de brujas en aquellas encinas viejas con sus ramas retorcidas, medio muertas y cubiertas de liquen. Inclinadas hacia el suelo, parecían garras de animales aferrándose al terreno pedregoso. El ramaje de ambos lados del sendero se entrelazaba, creando una especie de túnel a cielo abierto por el que solo podíamos pasar agachándonos. Los rayos del sol lo atravesaban con dificultad, haciendo que una parte estuviese como ardiendo y la otra casi en la oscuridad. El muro de piedra seca que, en algún tiempo, había sido parte de algún cerrado o majada aparecía y desaparecía de la vista, como por arte de magia. Unos metros más allá, nuestro destino. Como se trataba de vigilar, no entramos en la taina; nos escondimos todos tras uno de los muros del corral, a la espera y en silencio, contando con que, si nuestro hombre aparecía, lo haría de día. De no ser así, nuestro plan fracasaría.

Empezábamos a desanimarnos cuando, de repente, se oyeron pasos en la hojarasca del camino. Nos agachamos todos a una como si nos hubiese vencido una ráfaga violenta de aire, aunque no se nos movía ni un pelo. Había solo un pequeño boquete entre las piedras del muro para ojear, pero éramos muchos ojos y Jesús ya había colocado los suyos. A mí me pareció que podían oírse mis palpitaciones a leguas a la redonda, pero no nos quedaba otra que contener la respiración y aguardar.

Oí el ruido ronco de la talanquera del corral al abrirse y a punto estuve de mearme de miedo. Jesús nos hizo una señal con la cabeza para indicarnos que habíamos acertado. Dejamos que el visitante entrase en la taina y esperamos aún unos minutos antes de hacer lo mismo, de puntillas y pisando sobre la paja vieja. Algo me decía que no nos haría daño o por lo menos no a todos. Fue directo a los restos de la hoguera y repitió el gesto de Flavia con la garrocha el día de nuestro descubrimiento.

—¿Has perdido algo, Venancio? —gritó envalentonado Saturio.

Se giró en seco y nos encaró durante unos segundos mudos y sin

gestos. Estaba en la penumbra de la majada y nosotros en el marco de luz que entraba por la puerta. No podía verle la cara y habría dado cualquier cosa por poder hacerlo.

—¿Y vosotros? ¿Qué coño hacéis a estas horas en medio del monte? ¿En romería?

Su tono era bravucón, como si quisiera amenazarnos.

—Ya ves, de merienda por el campo —siguió Saturio en el mismo tono, mientras yo me preguntaba cómo demonios iba a acabar aquello.

No habíamos venido a hablar. Si nos dejábamos enredar, tal vez acabaríamos soltando más de la cuenta. Quise acercarme a Saturio para darle un codazo y pedirle que parara, pero la luz roja de poniente nos daba de pleno y él debía vernos muy bien. Me quedé quieta y alerta como los demás. No por mucho tiempo.

Nuestro hombre, como si nada, siguió hurgando en el montón de cenizas, lo que me pareció el colmo. Como si la situación fuese de lo más normal. La escena tenía algo de aquellas películas mudas que solíamos ver en la parroquia; de la inmovilidad total se pasaba a los gestos lentos y, de repente, los personajes empezaban a moverse aceleradamente como si la cámara les persiguiese. Algo así pasó ante mis ojos en aquellos momentos. Venancio volvió a mirar en nuestra dirección, paró su tarea y se dirigió hacia el corral más tieso que la garrocha que llevaba en la mano. Tuvimos que dejarle paso para salir, y ahí sí que pude ver sus ojos desorbitados y su mandíbula desencajada. Olía igual que los caballos cuando los llevan a herrar y sus pasos, a pesar de lentos, eran tensos. Fuera ya del corral, sin girarse hacia nosotros, aún se atrevió a decir:

—Que os aproveche. —Ahora el tono ya no era bravucón, sino apresurado, apenas un murmullo.

Allí seguíamos nosotros inmóviles cuando le vimos avivar el paso y, a los pocos metros, ponerse a correr como si le persiguiese el diablo.

—Tenías razón —admitió Jesús—. Creo que se ha llevado un buen susto.

—Esta noche no pega ojo, seguro —añadió Flavia.

—Ojalá la culpa no le deje dormir nunca más —concluyó Saturio.

—Pobre Boni —fueron las únicas palabras de Narcisa, que parecía estar aun digiriendo lo que acababa de ver.

—De esto ni una palabra a nadie, ¿entendido? —me atreví a pedir, sabiendo que iba a ser yo la primera en contárselo a Teo.

45

El viernes empezó con las instrucciones de mamá. Recoge tus cosas y súbelas a la cámara. Esta tarde toca hacer maletas. Por la noche, baño. Si quieres despedirte de tus amigos, ve ahora, pero no te olvides de que comemos con los otros abuelos. No te vayas a perder por ahí; ya sabes lo que le gusta al abuelo Benito que le hagan esperar. No soporta eso y muchas cosas más, pensé; solo le gusta mandar. A su mujer, a sus hijos y a quien se le ponga por delante.

Las órdenes variaban poco de un año a otro y significaban lo que significaban: fin de las vacaciones. Nunca las había recibido con alegría, pero en aquel momento me pesaron más que una losa del camposanto. Habían pasado demasiadas cosas: lo de Nati, nuestra investigación para encontrar al culpable de la muerte de Pablo, la pobre Milagros en la inclusa, pero, sobre todo, me había enamorado de Teo y, a partir de ahí, por primera vez, era yo la protagonista de la película. Pensé que el cielo debía de estar tan oscuro como mi talante porque, al salir de la cama, sentí más frío que de costumbre. Pero no. Abrí el ventanuco de la habitación y la luz penetró por él como un cañonazo de vida. Siempre había detestado los días grises, aunque esa mañana tanta luminosidad me pareció casi un insulto. Tenía ganas de llorar y el cielo parecía reírse de mí.

El aroma de las torrijas me animó un poco. Solo la abuela podía estar haciendo torrijas para los nietos justo el día antes de que se fuesen. Me vestí deprisa y de cualquier manera, y fui directa a la cocina, a su encuentro. Asomé la cara sin hacer ruido y la observé unos segundos. Encorvada al lado del fuego, donde la enorme sartén con patas y mango largo que usaba para las rosquillas y para los torreznos chisporroteaba cada vez que metía los trozos de pan empapados en huevo. ¡Cuánto la quería!

—Buenos días, abuela —la saludé antes de acercarme a ella para que no se asustase, no fuese a salpicarle el aceite—. Qué bien huelen.

—Mejor sabrán —dijo mientras dejaba el tenedor de palo en el plato del huevo batido—. Anda, dale un beso bien fuerte a la abuela, de esos que no se borran nunca.

Me abracé fuerte a su cuello y permanecí así un ratito,

impregnándome de ese aroma a encina quemada tan familiar en ella. A pesar de que la torrija de la sartén empezaba a oler a chamuscada, me costaba soltarme. Sus brazos siempre habían sido un refugio cálido para mí, pero en aquel momento eran mucho más que eso. Me aferraba a ella como al único amarre firme en tierra ante la tempestad que se estaba formando en mi interior.

—Creo que se le ha quemado lo de la sartén —dije mientras aguantaba las lágrimas y dejaba su cuello.

—Ese abrazo vale más que mil torrijas —replicó ella, con la sonrisa iluminada—. Echaremos a suertes a ver a quién le toca una menos.

—Abuela, no me quiero ir. ¿Por qué no le pide a mamá que me deje con usted? —Abrió los ojos como dos rosquillas y me miró de frente.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado con esa nieta mía a la que le gustaba tanto ir al colegio? Primero la obligación y luego…

—Ya lo sé, abuela, pero aquí puedo seguir yendo a la escuela con los otros chicos. ¿O no?

—Qué más quisiera yo que tenerte aquí todo el año, pero lo que no puede ser, no puede ser. Cada mochuelo a su olivo.

—Ya.

Tenía razón, pero no me gustó oírlo. Debió de ver escrita en mi cara la decepción, porque siguió.

—Volverás, como las golondrinas. Vuelven todos los años y aquí nos encuentran. Chiquilla, ni que fuese una despedida para siempre. Habrá más veranos. —Me miraba con ojos sorprendidos porque creo que no se esperaba algo así, pero vino hacia mí de nuevo, me dio otro beso y casi al oído me dijo—: A saber lo que hierve en esa cabecita tuya.

—Abuela, la quiero mucho —le dije mientras le devolvía el beso.

—Y yo también. Más de lo que sé decir.

—Abuela, abuela —interrumpió Tomás con su lengua de trapo, recién salido de la alcoba—. Nos vamos.

Después de retirar la sartén del fuego, lo cogió en brazos, le pidió un beso, le devolvió un montón y empezó a pasar una mano por sus rizos dorados mientras le decía bajito que hasta el día siguiente aún faltaba mucho y que, si quería, después de almorzar, la abuela lo montaría en la burra y la llevarían al abrevadero a beber. El crío no debía de saber aún qué era aquello, pero a la invitación de la abuela respondió con un «sí» entusiasmado. Ya no sentía que mi hermano me robase a la abuela. Acudía a ella con la misma alegría que acudía yo, y ella le daba a él lo mismo que me había dado a mí cuando era pequeña: silencioso cariño a espuertas. La abuela no había cambiado. A lo mejor era yo la que ya no era la misma.

Almorzamos los tres juntos, cosa rara, y con el último bocado aún en la boca, le dije que me iba a despedir de mis amigos y salí disparada a la calle con lo que llevaba puesto. Pero nada más poner el pie en el corral, el frescor de la mañana me recordó que septiembre estaba ya bien avanzado y que ya no se podía salir a esas horas sin algo de abrigo. La escarcha había cubierto la hierba de un manto de lágrimas de cristal parecidas a las que colgaban de la lámpara del comedor de Barcelona. Era como si el campo sintiera también mi marcha. Aunque el sol ya no pegaba tanto como en verano, sabía que en unos momentos las lágrimas desaparecerían pronto, como las de Tomás cuando era pequeño y yo le acunaba para que dejase de llorar.

El manto se deshacía por donde yo iba pisando. Eran lágrimas de verdad, porque mis zapatillas se empapaban a medida que avanzaba hacia la casa de Flavia, con la intención de bajar una última vez con ella al correo. Me había ayudado en la aventura de la taina y le estaba agradecida y, aunque sabía que no iba a ser fácil desentenderme de sus preguntas, me sentía obligada a hacerlo.

—Bueno, ¿y ahora qué? —soltó al bajar por la cuesta de la iglesia hacia la carretera—. Tú te vas y nosotros nos quedamos con el asesino.

—Tranquila, ese no le vuelve a hacer daño a nadie —respondí, a la defensiva.

—Si tú lo dices… ¿Y la medalla? ¿Qué hacemos con eso?

—La medalla volvió a su sitio —dije con firmeza, aunque tampoco podía estar tan segura de ello—. Ayer no le dimos tiempo de encontrarla.

—Volverá a por ella y la hará desaparecer —dijo, segura de sus palabras—. Y aquí paz y después gloria. Nunca sabremos si ha matado a Pablo o no, pero seguirá suelto.

Se hacía las mismas preguntas que yo le había hecho a mi padre, y con razón.

—Tú crees que porque me voy, me tiene sin cuidado, pero te equivocas. Por algún lado se delatará.

—Pues ya me dirás cómo y cuándo —insistió ella, obstinada—. Hace ya tres meses de eso y aquí no ha pasado nada. Nosotros solo le hemos dado un susto. Nada más.

—Deja de mirarme como si fuese una cobarde huyendo a toda prisa. Estamos en el mismo bando. ¿Te acuerdas? —Sonreí para reforzar lo que decía.

—Sí. Eso creo. ¿Darás noticias de vez en cuando? —Me alegré de que cambiase de tema—. ¿O solo le escribirás al descerebrado de Teo? —Me extrañaba a mí que hubiese tardado tanto en poner el dedo en la llaga.

—Os escribiré a todos. A él también. —Pero, pensé, me las apañaré para que tú no te enteres de quién le escribe—. Y esperaré respuestas. ¿Entendido?

—Entendido.

De regreso al pueblo, se puso a contarme que había estado bailando en Inodejo con un chico muy majo de La Cuenca —cómo debía de estar yo aquel día para no darme ni cuenta—, con el que había quedado en volverse a ver para la fiesta del Pilar. Me dijo que cuando viniese la próxima vez, iríamos juntas a su pueblo para que lo conociese. Me alegré de verla tan entusiasmada y, antes de quedarme en casa de Narcisa, le di un par de besos de despedida y le deseé buena suerte con el mozo.

Con los ojos humedecidos, Narcisa, a la vez que me pidió que le escribiese, me alargaba un paquete envuelto en un trapo blanco. Como sé que te gustan, te he hecho unas rosquillas por si a Áurea y a ti os entra hambre en el tren. Las lágrimas también asomaban a mis ojos cuando la abracé y me despedí.

—Voy a echarte mucho de menos —me dijo durante el abrazo—. Nunca he tenido una amiga como tú.

Me costaba dejarla, pero de repente me acordé de las palabras de mi madre y de las exigencias del abuelo.

—Yo también —repliqué, esforzándome en sonreír—. Este verano ha sido de los que no se olvidan. Te veo mañana, en el pasacalle oficial —le dije en broma, casi como para enjugar las lágrimas.

La comida en casa de los abuelos no era motivo de tristeza para mí, la verdad, pero tampoco era como para saltar de alegría. Hacía parte del ritual de las vísperas de viaje y no había cómo escabullirse. Menos mal que estaba Áurea, y de buen humor, porque ella estaba deseando marcharse. Justo antes de entrar en su portal, mamá me había advertido: Por lo que más quieras, intenta comportarte y no soltar una de las tuyas, vale, mi niña. Hazlo por papá. Y por él lo hice.

La abuela Marcelina, excepcionalmente, había matado una gallina que ya no ponía huevos, dijo. La había guisado con patatas y servido en una cazuela de barro de la que, como siempre, picoteábamos todos menos el niño, que tuvo derecho a un plato aparte. La verdad es que yo tenía ganas de cualquier cosa menos de comer, pero como estaban también los tíos, no me costó tanto esforzarme en ser como mamá quería. Tía Puri se sentó a mi lado y me iba dando toques con el pie cuando me veía poner la cara de pilla, antes de que saliese algo de mi boca.

No veía la hora de salir de allí. Los días eran más cortos y dos días antes Teo me había propuesto que el último atardecer lo viésemos juntos desde Fuente La Peña, el lugar, me dijo, en el que se había dado

cuenta de que le gustaba.

Por fin, mi madre empezó a despedirse de los abuelos y de los tíos. Dijo que aún tenía las maletas por hacer y la comida del viaje por preparar. Yo sabía que eso no era del todo verdad porque la abuela y tía Simona debían de estar ocupándose del capítulo de la comida, pero agradecí su salida y aproveché para irme con ella. Papá y Tomás aún se quedaron un rato más. Le prometí a mamá que estaría en casa antes de que anocheciese, para meterme en el balde del baño y cenar en familia, y salí al trote a encontrarme con Teo.

46

Allí estaba él, en el camino del monte, tal como habíamos acordado.

Sin decir palabra, me cogió de la mano, seguimos la senda entre muros de piedra seca y majadas medio destruidas y nos dirigimos hacia el punto más alto del encinar. Nadie solía ir por allí un día normal. Tampoco para mí lo era. Me iba a la mañana siguiente y estaba hecha un ovillo desmadejado de nervios. El silencio del camino me decía que tampoco Teo estaba como siempre. ¿Estará tan triste como yo? Nos sentamos en una peña, mirando hacia poniente. Puso su brazo encima de mi hombro y yo apoyé la cabeza en su torso. No quería llorar y menos aún darle la impresión de que era una ñoña, así que me aguanté las lágrimas y sollocé por dentro. Debió de notarlo porque sentí su mano deslizarse entre mis cuatro pelos, en un gesto que me pareció más un consuelo que una caricia.

—Triste no me gustas. Tú no eres así —dijo, por fin, alzando mi barbilla con su mano libre—. Ni que fuese una despedida para siempre.

—Ya lo sé, serán solo nueve meses, pero se me van a hacer siglos. —Le miré directa a los ojos como si quisiese robarle la mirada.

Estaba ansiosa por saber dónde se había metido el día anterior. Ansiosa y mosqueada, pero temía pedirle cuentas porque no quería enturbiar ese último momento. Retuve mis impulsos y seguí con la mirada clavada en él.

—¿No decías que me escribirías? Prometí contestarte y lo haré —dijo él en un tono cariñoso.

—Claro que sí, aunque ya sé que la listilla de Flavia enseguida pensará que somos novios.

—¿Y no lo somos? —Los ojos le brillaban más que de costumbre. La luz que llegaba del poniente los iluminaba de una manera especial.

—No sé. Nunca he tenido novio —dije sin necesidad—, tú eres el primero.

—Tendré que camelarme a Flavia para que no se vaya de la lengua.

—Sí, hombre, para que me robe el novio. —Soltó una carcajada tan sincera que acabé uniéndome a su risa.

—Esa es mi chica —dijo, divertido—. Guerrera y celosilla. Pero no temas, eso no va a pasar. Si me gustase Flavia, la habría elegido a ella. ¿No?

—Yo qué sé, pero algo habrá que hacer, porque si se enteran los abuelos, más pronto o más tarde se enterarán mis padres y ahí sí que se armaría la marimorena.

—De eso te ocupas tú, ¿vale?

—Vale.

—A mí se me acaba de ocurrir algo. Mira, ven —me cogió de la mano y no me soltó hasta que llegamos ante el roble más imponente del monte.

Sacó su navaja del bolsillo y empezó a hendirla en la corteza del árbol con un movimiento tozudo y persistente. No paró hasta tener una «T» bien dibujada. Cuando le vi dispuesto a seguir tallando, le detuve en seco porque entendí que su intención era poner mi inicial al lado de la suya. Y eso ya me parecía demasiado descaro.

—No, por favor, no lo hagas —le dije—. Sería como poner un anuncio.

—Tienes razón. No importa, pero incluso así el roble se acordará de nosotros y yo de ti —me susurró al oído como si alguien pudiese oírnos.

Ya casi se había escondido el sol por completo y la tierra roja del lugar parecía estar en llamas. Luego empezaría a teñirse todo de aquel morado tiznado de azul que en un santiamén pasaría a ser negro. Soplaba una brisa fresca y dudé si era eso lo que me hacía temblar.

—Tendríamos que regresar. En nada, se nos echa encima la noche —dije, levantándome sin ganas y con las lágrimas a punto de brotar.

—¿Y te da miedo? —preguntó retador, mientras se soltaba el pañuelo que, humedecido, solía llevar anudado al cuello para evitar insolaciones en los días de trilla.

—No. Contigo no. Lo digo por los de casa, ya sabes —respondí convencida mientras el llanto había empezado a manar y me corría mejillas abajo.

Sin pensárselo ni un segundo, se acercó a mí y con el pañuelo que olía a paja recién cortada como él, me enjugó suavemente las lágrimas.

—Ten, quédatelo. —Lo puso en mis manos y con las suyas ya libres me rodeó la cara—. Me gustaría que lo tuvieses para que no te olvides de mí.

—No necesito el pañuelo para eso. No podría olvidarme de ti ni queriendo. Puedes estar seguro —acerté a decir entre sollozos.

—Pero yo quiero que te lo quedes. ¿Tú no me dejas nada en prenda? —dijo haciendo una mueca de decepción.

—No tengo nada aquí, lo siento.

—Sí que tienes. Solo necesito tu permiso para quedármelo —replicó él con ese aire de chico bravucón que tanto me atemorizaba al principio—. ¿Puedo?

Antes de que fuese capaz de abrir la boca, le vi sacar una pequeña navaja del bolsillo de su pantalón. Navajas así llevaban casi todos los hombres del pueblo, incluso el abuelo, y, aunque no tuve miedo, su actitud debió dejarme boquiabierta porque enseguida se apresuró a tranquilizarme, con una sonrisa divertida.

—Ja, ja, ja. Estás muerta de miedo. Ni que fuese el asesino que andábamos buscando. Tranquila, solo quería pedirte un mechón de pelo.

—Uf, menos mal. Pensé que te habías vuelto loco de repente —dije, casi riendo. Sacó la hoja del mango de enebro y, una vez abierta, ya no me pareció tan pequeña. Estábamos tan cerca el uno del otro que aquello podía resultar peligroso, pero lo vi tan seguro manejándola que permanecí quieta. Al instante, noté el frío de la hoja en la nuca y debí de moverme sin querer porque, en susurros, me dijo en un tono que me pareció guasón:

—Tranquila, el pelo no duele. No te muevas.

Con gesto rápido cortó un pequeño mechón que en la luz del atardecer parecía más dorado de lo que era en realidad. Vi cómo lo guardaba con cuidado en un librito de papel de fumar en el bolsillo de su camisa. Lo tenía todo preparado, el muy bribón, porque él no fumaba; debía de haberle birlado el librito a su padre. Me gustó que hubiese estado pensando en mí.

—Nos tenemos que ir —dije yo, sin ningunas ganas de moverme de allí—. Me van a matar.

—Yo de aquí no me muevo sin recibir mi beso de despedida.

Me estaba provocando, lo sabía. El primer beso había sido medio robado. Él quería que este no lo fuese. Estábamos los dos de pie, tan cerca el uno del otro que solo tuve que alzar mi cara para encontrarme con la suya, que parecía esperarme. Nuestros labios se encontraron a medio camino y todo lo demás desapareció a nuestro alrededor. Dulce como la miel de tomillo, tierno como los gorrioncillos que venían a buscar las migas de pan en el corral y tan intenso como algunos de mis sueños en los que volaba como una golondrina por encima de los tejados de la aldea. Esta vez no estaba soñando, o tal vez sí, ya ni sabía. De lo único que estaba segura era de no estar volando, sino firmemente amarrada por unos brazos fuertes que no daban señales de querer soltarme.

De ese momento, de esa delicia, de esa puesta de sol que lo enrojecía todo aún más que de costumbre, del aroma que desprendía

su torso y de esa mano suya que abarcaba y aseguraba la mía con firmeza en el camino de regreso, no podría olvidarme nunca más.

En el camino de regreso íbamos despacio, como si el tiempo no importase, aunque a lo lejos se avistaba ya la luz del quinqué en casa de la abuela. Mostraba el camino cuando empezaba a anochecer, pero esa noche su luz guía no me pareció tan necesaria. Iba de la mano del chico del que me había enamorado y no me podía perder.

Tampoco esa noche saqué el cuaderno de debajo del colchón. Demasiado peligroso escribir todo lo que me había ocurrido.

47

Entre campos de rastrojos tostados por el sol, bajo un cielo azul que no parecía tener fin, el tren avanzaba lentamente. Amorrada a la ventana, la frente apoyada en el cristal, veía sin ver y rumiaba en silencio. Evitaba mirar para que no se diesen cuenta de mis ojos lagrimosos. Frente a mí, Áurea, Tomás y mamá, a mi lado papá, que intentaba distraer al pequeño. En qué mano está el real, le oí decir. En esta, respondía el crío, y papá debía de mostrarle las dos manos vacías. Otra vez, otra, pedía Tomás, y vuelta a empezar hasta que el niño adivinó dónde estaba la moneda del agujero. Papá no necesitaba gran cosa para entretenerlo; unas monedas, algunos trucos y mucha pillería. Pensé con alivio que por lo menos me dejaba tranquila a mí. No tenía ganas de hablar, ni siquiera con Áurea, y mucho menos de contestar preguntas que no podría responder. Con la de veces que habíamos hecho el mismo trayecto, cómo iban a entender a qué venía ahora tanta tristeza.

Seguía teniendo en los labios el sabor dulce y fuerte de las moras que Teo no paraba de llevarse a la boca y, en la mano, la huella de la suya. Pensaba guardarlo solo para mí. Igual he pillado eso que llaman mal de amores, me preguntaba mientras seguía pegada a la ventana. Porque era algo raro, eso seguro. Ni yo misma entendía cómo podía sentir al mismo tiempo una gran felicidad interior y una punzada de dolor cuando pensaba en él y en la de meses que faltaban para volver a verle. Casi un año. Una barbaridad.

Tenía que hacer algo para poder dar la cara, aunque fuese con disimulo. En Calatayud no iba a poder esconderme de mis padres y se me iba a notar lo que sentía por dentro. En estos momentos debo de ser casi transparente, me dije. Tengo que recordar solo las cosas bonitas del verano, las que me hacen sentir una persona diferente. Debo dejar que el otoño siga su camino para que llegue cuanto antes la primavera y enseguida el verano de nuevo. No puedo morirme de pena. Los dos tenemos que ser fuertes.

Cuando paramos en Calatayud, seguía en mis ensoñaciones y sin muchas ganas de hablar. Sabía que el trayecto siguiente era infernal; el tren que debíamos coger venía de Madrid y solía llegar lleno, así

que, si no aprovechábamos para comer en la estación, estábamos seguros de no poder hacerlo en horas. Nos metimos en la sala de espera y, tras adueñarnos de uno de los bancos de madera, mamá abrió la tapa del cesto de la comida. Enseguida me invadieron olores familiares de la lumbre de la abuela: una tortilla de chorizo y unos trozos de lomo en adobo asomaban en la fiambrera. Papá sacó la hogaza de pan de la cesta y la navaja del bolsillo y empezó a cortar un trozo para cada uno. Había también unas manzanas que tía Simona había comprado al Nemesio de La Cuenca, una bota de vino y una botella de agua. Me di cuenta de que me estaban ocurriendo muchas cosas por primera vez. Tal vez demasiadas para poder digerirlas todas juntas. Tan raro era no tener hambre que hasta yo me extrañé al rechazar de primeras lo que mamá me ofrecía, pero por no oír otra vez Se puede saber qué te pasa, muda y sin apetito, cogí un trozo de pan y otro de tortilla. Áurea, la pobre, a quien tampoco le había contado la despedida con Teo, no entendía nada y me miraba confusa. Papá me observaba de reojo sin decir ni pío. Me pareció ver en su mirada una pizca de comprensión. Parecía decirme sin decir: Yo sé lo que te pasa, hija mía. Y el silencio que nos unió me puso muy blanda por dentro.

El jefe de estación estaba en el andén con su banderín rojo, su gorra y su silbato anunciando la inminente llegada del tren. No fallaba. Al poco tiempo, el pitido del rápido de Madrid y las nubes de vapor que salían de la chimenea de la locomotora lo confirmaban. Los viajeros reunieron sus cosas, se despidieron de su gente, y se arremolinaron a las puertas de los vagones. Mamá, Áurea, Tomás y yo subimos los primeros; papá, con las maletas y demás trastos, después. Era difícil acomodarse en aquel corredor tan estrecho con tantos bultos y con tanto pasajero circulando en un sentido y otro del vagón. Papá colocó las maletas a modo de asiento para el niño y solo después se fue a recorrer el resto de los vagones para ver si encontraba algún asiento libre para mamá y Tomás. No hubo manera. Todos parecíamos formar parte del mismo rebaño al que, después de dejar pastar libre por cerros y prados, un pastor invisible devolvía a su redil. Detestaba esa parte del viaje. Apretujada, oliendo a sudores varios y ninguno muy agradable, asfixiada por la falta de aire y por mi propio agobio, todo me resultaba horroroso.

Por suerte, en Zaragoza se bajó del compartimento que teníamos justo enfrente un matrimonio. No pude dejar de observar con envidia cómo el marido pasaba el brazo por la espalda de la mujer y la guiaba a través del pasillo embutido de gente. Imaginé que tal vez un día fuésemos Teo y yo una pareja parecida. Mamá y Tomás ocuparon los asientos que habían dejado libres y papá aprovechó para colocar los bultos pequeños en el hueco libre del estante. A nosotros tres nos tocó

seguir apretujados en el pasillo unas buenas horas hasta que en Mora pudimos aposentarnos en el vagón siguiente. Vaya porquería de viaje. Solo lo pensé, pero debía de aparecer escrito sobre mi flequillo porque papá se dio cuenta e intentó animarme.

—No hay para tanto, hija mía, el año que viene seguirán estando todos allí.

—Ya, pero en un año pueden pasar muchas cosas —repliqué mientras pensaba que una de ellas podía ser que Teo dejase de pensar en mí o que conociese a alguna otra chica en las fiestas del Pilar.

—En el pueblo siempre suele pasar lo mismo, año tras año —siguió él.

—Menos cuando ocurren cosas extraordinarias como este.

—Tienes razón, hija. A veces pasan cosas raras, pero muy de tarde en tarde —quiso tranquilizarme.

¿Cosas raras? Aparece un hombre muerto, nace una niña sin padre, le quitan la hija a la madre que se ha quedado sin novio, y casi se tira a la poza. Encima, tu hija se enamora. Eso es mucho más que raro. Es algo que no se olvida en la vida, pensé.

Hubiese querido contarle a Áurea lo de Venancio en la taina, pero con el compartimento lleno, decidí dejarlo para otro momento. Debí de quedarme dormida apoyada en su hombro, porque me despertó el trajín de los pasajeros bajando maletas de los estantes y papá diciendo: No os mováis de aquí, voy a buscar a mamá y al niño; ya estamos llegando.

En el andén de la estación de Francia estaban esperándonos los tíos. Contentos de ver a su hija tostada por el sol y con tan buen aspecto. Repartieron besos a troche y moche, cogieron los bultos entre los cuatro y Tomás se quedó atrás con nosotras dos.

—Tengo muchas cosas que contarte —le dije a Áurea, que me miraba como si no me conociese— pero no podía hacerlo en el tren —le susurré al oído.

—Pues quédate en casa esta noche y me las cuentas —replicó, como si fuese lo más fácil del mundo.

—Mamá, puedo quedarme con los tíos esta noche —disparé sin pausas.

—Mira tú lo rápido que se le ha pasado la morriña a la niña. —Fue la respuesta de mamá.

—Papá, por favor, dile que me deje —supliqué dirigiendo la mirada al interlocutor más comprensivo.

—Vale, pero mañana por la mañana te quiero en casa. —La bendición vino de mamá, que ni tiempo le dio a papá de dirigirle la pregunta. La misma mamá que siempre tenía que poner parches a sus consentimientos.

Se me hacía cuesta arriba volver a Pueblo Nuevo recién llegada del terruño. Aún no había conseguido hacerme el nido en aquel piso sombrío y triste ni en aquel barrio gris y cochambroso.

Ya en la cama, después de cenar, mi prima me apremió:

—Anda, empieza ya. Me tienes en ascuas.

Sabía que era de las mías y que jamás le diría nada a nadie de todo lo que le contase.

—Teo y yo somos novios. —Abrió los ojos como platos—. Ayer nos encontramos en Fuente La Peña para despedirnos y nos besamos.

—¿Qué? ¿De verdad? —Me miraba con ojos incrédulos mientras esperaba la continuación.

—Sí. Me he enamorado como una tonta. Además de guapo, ya sabes, es mucho más valiente de lo que puedas imaginar.

—¿Y te gustó el beso? —La veía vivir mi aventura como si fuese la suya.

—Sí. Nunca había sentido algo así. Te lo prometo.

—Qué envidia me das —lo decía de corazón—, aunque supongo que estos meses se te van a hacer larguísimos.

—Sí. Muy largos. Pero le escribiré y me prometió que contestaría.

—¿Lo sabe alguien más? ¿Narcisa? —preguntó cautelosa.

—No. Solo tú. Este es nuestro secreto, prima.

—Entendido. Puedes confiar en mí. —Eso ya lo había dado por supuesto.

Luego le conté lo de Venancio en la taina porque allí no me había atrevido a llevarla por si pasaba algo, pero ni yo estoy segura de lo que dije ni creo que ella me escuchase con atención, porque a ambas nos venció el sueño y no sé cuál de las dos cayó rendida primero.

48

Las clases habían empezado hacía tres semanas y yo seguía yendo al instituto sin mucho entusiasmo. Desde nuestro regreso, los fines de semana había seguido yendo a casa de mis tíos. Allí tenía a Áurea y a los amigos de siempre. En Pueblo Nuevo no había conseguido hacerme un hueco todavía.

Esa tarde, al volver del instituto, mamá y Tomás no estaban. Habían ido al médico porque el crío tenía anginas, me contó Víctor, nuestro huésped, que, cosa rara, había vuelto del trabajo antes que otros días. Me pareció un poco triste y me senté a su lado. Igual conseguía animarlo.

—¿Sabes jugar a la brisca? —lancé, como si nada.

—Claro. A eso jugábamos mucho en el pueblo, en las tardes de invierno —respondió con orgullo—. ¿Echamos una partida?

Saqué del cajón del bufé el paquete de cartas y se las tendí para que las barajase. En realidad, yo casi no sabía jugar, pero para el caso era igual. Seguro que me ganaba y a lo mejor eso le alegraba.

—¿Tienes novia en el pueblo? —Por su mirada vi que no se esperaba la pregunta.

—Yo no, ¿y tú? —Igual se me notaba en la cara que estaba enamorada, o tal vez era más listo de lo que yo creía. Me dejó pasmada, pero no muda.

—Estás de broma. Mis padres me matarían. Soy demasiado joven. —Como palo habían salido bastos y, por desgracia, no tenía ninguno en la mano. Tiré al tuntún un dos de oros.

—¿Te gusta ir al pueblo?

—¿Que si me gusta? Es lo que más me gusta del mundo —respondí tan rápida que creo que se me subieron los colores de la cara—. Y tú ¿no echas de menos el tuyo?

—Aún no llevo un año aquí —dijo como si con eso respondiese a mi pregunta—, pregúntame de aquí a unos meses y hablamos de nuevo. Lo que más echo a faltar es el campo abierto, el aire, el sol y hasta la nieve y el hielo…

—Ja, ja, ja. O sea, todo. —No le había dejado acabar, pero se rió conmigo. Seguíamos jugando sin prestar demasiada atención a las

cartas, cuando llegó papá. Dejó la cartera en el recibidor y vino a unirse a nosotros.

—¿Quién gana? —preguntó por preguntar, porque sabía que yo no era jugadora—. Tengo una cosa para ti en la cartera. ¿Acabas la partida o te la voy a buscar?

—Acaba tú por mí. Seguro que Víctor se aburre conmigo. —Le pasé mis cartas y fui corriendo al pasillo.

En el fondo de la cartera había un sobre. Un único sobre. Y era para mí. ¿Para mí? No llevaba remite, pero el matasellos era de Golmayo. Me dio un vuelco el corazón y sin decir ni pío, lo metí debajo de la almohada de la cama.

—¿Qué? ¿Contenta? —lanzó papá cuando reaparecí en el comedor —. ¿No me vas a decir de quién es?

—No lleva remite. De Flavia o de Narcisa, seguro. Luego la leo —respondí yo como si nada, con miedo de que se me oyesen los latidos desbocados.

Mamá, por suerte, entraba en ese momento con Tomás, que salió corriendo a abrazar a papá. No he ido al cole, estoy malito. Papá le puso la mano en la frente para comprobar la temperatura y le preguntó: ¿Muy malito como para irte a la cama o poco malito como para cenar con nosotros? Poco malito, dijo el crío entusiasmado ante la idea de acostarse más tarde. Mamá debía haberlo dejado todo preparado porque salió de la cocina dando órdenes. La cena ya está y la mesa sin poner. Había sopa de fideos y tortilla de alcachofas. Cenamos deprisa y gracias a Dios no se mencionó la carta. Dije que tenía deberes y me fui directa a la habitación.

El corazón me decía que la carta solo podía ser de él y las manos me temblaban al abrir el sobre. Menudo chasco si era de Narcisa o Flavia. El hecho de no llevar remite le daba razón a mi corazonada. Las chicas hubiesen puesto su nombre en el dorso del sobre. Me di cuenta de que no conocía la letra de Teo, o sea, que hasta que no leí la primera línea, no pude respirar con tranquilidad.

> *Hola, pequeña*. Vaya, empezaba con guasas.
>
> *Te prometí que respondería a tus cartas, pero no he podido esperar. Tenía que contarte muchas cosas. Hoy me he quedado en la escuela un rato más para estar tranquilo.*
>
> *He pensado mucho en ti estos días. Tanto que se me nota en la cara que no ando por aquí sino por allí, donde tú estás. Ayer, mi madre me preguntó dónde demonios tenía la cabeza porque me hablaba y ni me enteraba*. El corazón desbocado parecía no caberme en el pecho. Esas palabras dichas por él me parecían la única luz en ese día tan gris. *Me gustaría saber que también tú te acuerdas de mí. Tengo ganas de que llegue ya el verano y volver a*

estar contigo. Que si yo me acuerdo de ti. Ni te imaginas cuánto. Voy a ir tachando en el calendario los días que faltan para poder estar de nuevo juntos.

Aquí hace ya frío. El maestro ha dejado la estufa encendida cuando le he dicho que me quedaba a estudiar. Me encantan tus mentiras cuando son a favor mío. *Miro las llamas y me acuerdo de tus ojos. ¿Nunca te he dicho que hablas con ellos? Pues te lo digo ahora. Llevo tu mechón de pelo siempre conmigo. Me hace mucha compañía. Tengo ganas de volver a abrazarte*. Y yo de dejarme abrazar. *Pienso en el susto que te di y me muero de vergüenza*. No pienses más en eso, por favor, yo ya lo he olvidado.

Quiero contarte algo que no te dije el último día. Algo importante. Me callé en nuestra despedida porque no quería ponerte en peligro. Madre mía, me temblaban de nuevo las manos ante lo que podía venir a continuación. Me quería proteger de qué. *Lo hice una vez pero nunca más. Puedes estar segura.*

Supongo que te extrañó no verme en las reuniones con los chicos. Seguro que pensaste que era un fresco. Cierto. Me sentí abandonada, lo confieso, pero te perdoné el día de nuestra despedida. Pienso en ella de día y de noche. *Yo también lo pensé y me carcomía por dentro. Pero tenía algo que hacer. Algo que nadie podía hacer por mí. Y lo hice.*

La tarde que fuisteis al monte, me acerqué al cuartelillo de la Guardia Civil. Quería entregarles la medalla. Te mentí al decirte que la había vuelto a dejar en su sitio. Pensé que después de tanto tiempo nadie me haría mucho caso, pero me daba igual. No conté nada de nuestras sospechas, solo les dije dónde la había encontrado. Nada más. No podía denunciar a Venancio porque no tengo ninguna prueba, pero tampoco dejar la muerte de Pablo en el aire. No podía hacer como si no hubiese pasado nada después de todo lo que habíamos hablado. No dije nada ni de ti ni de Flavia. Puedes estar tranquila. Qué ganas de abrazarte, no lo sabes tú bien. Tú, el más valiente de todos, diste la cara por nosotras.

Espero que entiendas por qué no acudí. Lo tenía que hacer. Quería que te sintieses orgullosa de mí. Orgullosa, es poco. Soy feliz porque me he enamorado del chico más valiente del mundo.

Mi padre me ha dicho que va a comprar una bici para mí. Un viejo de La Cuenca ya no puede pedalear y la vende. Lo primero que he pensado es que en verano te llevaré a una laguna muy bonita donde no va nadie. Y podremos bañarnos. Solo de pensarlo, ya me veía encima de la bici, sorbiendo el aroma de la mies recién segada. Qué emoción.

No sé lo que pasará ahora, y te confieso que estoy un poco asustado. De momento el otro día vino la pareja de guardias civiles a dar una vuelta por el pueblo. Parecía una visita como la que hacen de vez en cuando. Que yo sepa no hablaron con Venancio, pero les vi adentrarse en el monte. Bueno, vale ya por hoy. Voy a meter la carta en el sobre que he metido en el zurrón y la echaré al buzón por la noche para que nadie me vea. Espero me perdones por la mentira y por no haber estado presente cuando debía. Dime algo. Esperaré tus noticias. ¿Cómo no voy a perdonarte si eres mi héroe?

Seguiré pensando en ti todo el tiempo. También yo y prometo escribirte todo lo que pueda para que no se nos haga tan largo este invierno. Para que no desaparezca de tus pensamientos y para que me lleves en tu corazón.

Teo

Leí y releí su carta. La más bonita que había recibido en mi vida. Me dejé empapar por sus palabras dulces y refugiar en esos brazos fuertes que me sostenían. Veía sus ojos la última tarde, con aquel ardor que les daba el atardecer y no podía con el batiburrillo de emociones que se apoderaban de mí. Sentía un cosquilleo extraño en el vientre y su mano en mi hombro; llevé la mía hasta la suya y la dejé allí un buen rato. No sabía qué era aquello, pero el calorcillo que envolvía mi cuerpo era tan agradable que cerré los ojos y me dejé llevar por esa sensación nueva que era puro placer. El mundo que me rodeaba había dejado de existir, también yo andaba por otro sitio. No estaba sola. Teo seguía allí conmigo.

49

«No estaba sola. Teo seguía allí conmigo.»

Esas eran las últimas palabras de mi cuaderno. Y aunque no había nadie a mi lado, también era cierto que Teo, de alguna manera, seguía a mi lado. No podía sustraerme a la importancia que habían tenido para mí aquellos meses en los que estuve en el pueblo, supuestamente enferma. Una enfermedad que, en realidad, no era otra cosa que el malestar de vivir en un lugar oscuro y preñado de grisura. Solo tenía once años, pero mi cuerpo sabía que lo que necesitaba era la compañía de los abuelos, el aire abierto y sentirme libre como una cabritilla. Ocho meses, cargados de emociones insólitas y totalmente novedosas para mí, que tendieron un puente entre la cría y la mujer.

Sonrío y me pregunto qué habrá sido de Teo. Había vuelto a verlo al año siguiente y todos los colores del arcoíris volvieron a brillar en mi retina. Ni se había olvidado de mí ni yo de él y los besos que nos dimos seguían sabiendo a miel. Cuando pases por aquí te acordarás de mí, aunque no quieras, me había dicho. Poco se imaginaba él lo bien encaminado que iba porque, en efecto, cuando volví a ver la «T» en el roble el día que estuve con mi hermano, no pude sino pensar en él a pesar de los muchos años que habían pasado desde aquel remoto verano en el que grabó la inicial de su nombre y el momento de mi reencuentro con el árbol. Seguimos viéndonos hasta que cumplí los catorce y empecé a trabajar. Luego, las vacaciones eran más cortas y no había mucho tiempo para nuestros encuentros. No rompimos nuestro noviazgo, pero se fue diluyendo entre ausencias cada vez más largas. ¿Por dónde andará ahora? ¿Qué habrá sido de él? ¿Dónde habrían emigrado sus padres? Estará casado, y tendrá hijos, seguro. Habrá hecho su camino, que, al parecer, no estaba previsto que se cruzase con el mío.

Porque el mío había cambiado mucho desde aquella Semana Santa en la que estuve con mi hermano en la aldea vacía. Más de cinco años en los que seguí dando vueltas como una peonza. Había recalado en Madrid con un nuevo trabajo en una multinacional francesa. No era la senda que yo hubiese preferido si hubiese podido elegir, pero era la única manera de ganar el dinero suficiente para impedir que la casa

del pueblo fuese vendida a un extraño. Había logrado convencer a mi madre con la promesa de que me iba a ocupar yo de restaurar el tejado de la casa y de hacer lo que estuviese en mi mano para que no se hundiese. Madrid estaba más cerca de Soria y me comprometí a viajar allí los fines de semana que me fuese posible.

Había contactado ya con Valeriano, el albañil de La Cuenca, y le había pedido que, así que tuviese tiempo, volviese a la aldea e hiciese lo necesario para afianzar el tejado. Negocié con él que le iría pagando un poco cada mes. Me miró como si estuviese viendo a un Don Quijote y no sé si se apiadó de mí o lo aceptó como quien premia a alguien que quiere recuperar una vivienda en un lugar en el que no quedaba nadie. Tal vez pensó que si no estaba loca, poco me faltaba, pero el caso es que accedió.

También yo a veces pensaba que mis ideas eran totalmente descabelladas, que mi deseo de no perder aquel hogar preñado de buenos recuerdos no me llevaría a ninguna parte, que estaba desvariando, pero a la mañana siguiente volvía a creer en mis buenos propósitos.

Confieso que, además de la conservación de la casa, me movía un impulso al que no sabía poner nombre, pero en el que confiaba ciegamente. Me preguntaba si mi intuición me llevaría a buen puerto o me daría la espalda y concluí que siempre me habían ido mejor las cosas cuando me permitía guiarme por el aliento y dejaba la razón en un segundo plano. Si mi madre leyese mis pensamientos, diría casi seguro algo como: «Sí, hija, sí, tú tan rebelde como siempre».

Mi vida en Madrid era casi monacal. No conocía a nadie y los días se repetían con una monotonía exasperante. De casa al despacho y del despacho a casa. Los fines de semana eran el no va más. El teléfono apenas sonaba y cuando lo hacía eran mi madre, mi hermano o mis sobrinas que llamaban para saber si seguía resistiendo tanta soledad. Y qué les iba a decir. Que todo iba muy bien, que vivía en un barrio precioso, eso era verdad, que iba al cine —sola, pero iba—, que leía mucho y había empezado a escribir. No sé si me creían, aunque poco importaba. La abuela solía decirme que uno siempre es responsable de sus actos. Yo había elegido ese camino, aun a sabiendas de que no iba a ser un sendero de rosas, y nadie tenía que sufrir por ello.

Mi rutina solo se quebraba cuando venía a visitarme Marc, un francés con el que tenía una relación intermitente pero profunda. Su presencia llenaba mis días de gloria. Iba atesorando esos momentos en un espacio a buen resguardo para cuando él se fuese. Solía decirle que como espécimen no estaba nada mal: un compañero estimulante, inteligente y con mucho sentido del humor no se encontraba todos los días. Nuestras conversaciones solían ser un duelo dialéctico en el que nunca había ni vencedores ni vencidos. Él podía conmigo en ese

terreno, pero jamás me dejaba en evidencia. Su habilidad resultaba sorprendente porque tenía una manera delicada de compartir lo que sabía sin que el interlocutor, o sea yo, se diese cuenta de lo mucho que estaba aprendiendo.

Tenía una curiosidad mayúscula; tanta que una vez me dijo muy serio que su ignorancia era mucho más amplia que sus conocimientos. Tal vez por eso me azuzaba a menudo para que le contase historias de mi niñez, del pueblo, de la abuela. Le encantaban.

Marc provenía de un mundo totalmente diferente al mío, pero insistió e insistió en conocer el sitio en el que había nacido. Y allí nos fuimos un fin de semana.

Le impactó el pueblo abandonado y el silencio sobrecogedor. Al entrar en la casa, como de costumbre, tuvimos que abrirnos paso entre las telarañas, pero ni se inmutó. Como si hiciesen parte de su día a día. Se lo enseñé todo, palmo a palmo, y como si de una visita guiada se tratase, iba contándole una historia en cada sitio. Dejé la cocina para lo último porque a mí siempre me había parecido el lugar más peculiar, con su chimenea cónica que abarcaba todo el espacio, con el agujero arriba de todo por el que se atisbaba un pedazo de cielo. Por ahí entraban las golondrinas para hacer sus nidos, pero también el agua y la nieve. Era entrar allí y revivir los momentos inolvidables al lado de la lumbre con los abuelos, mis pinitos en el oficio de panadera, el puchero siempre listo para la comida, los torreznos, las torrijas. Sentimientos, olores y sabores. Las emociones giraban y giraban dentro de mí en un carrusel desenfrenado.

Los ojos de Marc iban de un lado a otro como si estuviese descubriendo un universo nuevo. Del estupor a la sorpresa. No se lo podía creer.

—No son las Américas, pero casi casi… —dije con ironía—. Ni de lejos te imaginabas algo así.

—Es verdad. ¿Cómo has podido escondérmelo durante tanto tiempo? —respondió, haciendo un gesto que lo abarcaba todo.

—No te lo he escondido. Estos son mis orígenes. Ya ves, nada que ver con los tuyos.

—Esto es un tesoro. De los de verdad. Madre mía, la de cosas que tienes para escribir —dijo como quien no espera la más mínima objeción.

—En ello ando —confesé casi sin pretenderlo.

—Nunca dejarás de sorprenderme. ¿También eso me lo querías esconder?

—Ya sabes. Todos tenemos nuestros secretillos.

Se puso a reír como siempre lo hacía cuando yo salía con una réplica infantil.

—Ya veo. Pero antes de que acabe el fin de semana, me vas a tener que contar más cosas de esta casa, de tu familia, de tus travesuras, de tus veranos.

—Solo si te portas bien —dije, guiñándole un ojo.

50

Miro a mi alrededor, a las paredes de mi habitación, y pienso que en este pequeño microcosmos está condensada una buena parte de mi vida. La que estaba destinada a ser una trashumante con su rebaño de ovejas apenas llegó a ser una trotamundos con varias mudanzas a sus espaldas y demasiadas remembranzas en las maletas.

Ahí están las pequeñas instantáneas de dos de los hombres que he amado. Sus sonrisas me interpelan y me narran travesías remotas, algunas plácidas y otras encrespadas. Ambos parecen convivir en paz lado a lado, como tal vez lo hubiesen hecho de haberse conocido.

También el retrato que hizo Tawkif de las dos caras: la castellana seria y la carioca risueña que él, como los demás, veía en mí. Y una vieja y amarillenta foto de mis primeros años en Río en los que mi desnudez queda velada por una suave tela de araña fabricada por el tiempo. Hay además un lienzo pintado por otro amigo en el que se ve una maleta de pie y, a través de ella, sendas siluetas de un hombre y una mujer. Me digo que en la mirada que los demás posan sobre ti no siempre nos reconocemos. El espejo que nos refleja o los ojos que nos observan nos dan a menudo imágenes muy diferentes. Tampoco es única la que vemos con los nuestros propios, siempre alterada por el momento vital del que no puedes desprenderte. Me sonrío al comprobar que cuando tenía treinta años lo que el espejo mostraba de mí me resultaba amable. Hoy, casi con sesenta, evito verme reflejada hasta en los cristales espejados de las gafas de aquellos que no conozco.

Emprendí vuelo demasiado joven: me adentré en mundos desconocidos, menos peligrosos que el monte del pueblo, pero igual de intimidantes.

París no fue la fiesta que podría haber sido porque en aquellos años setenta, aunque casada con un parisino, no dejaba de ser una extranjera del sur y España, un país del Norte de África. Fue, de todos modos, una bocanada de aire fresco llegando de donde llegaba. Tanta belleza, cultura y libertades me sacaron del aroma a incienso rancio, del paisaje de sotanas y tricornios y del ambiente plomizo en el que vivía. Más tarde Brasil, lugar en el que jamás me sentí ni extranjera ni

desplazada por serlo, pasó a ser algo más que una brisa de aire fresco. Aquello fue un verdadero vendaval de emociones. Un ventanal abierto a todos los aires: costumbres, razas, colores, músicas, sabores. La calidez y la alegría genuina de la gente llenaban cualquier hueco de nostalgia o lejanía. Encuentros inesperados y enriquecedores. Amigos de ida y vuelta, como los favores de las vecinas de mamá en nuestro piso de Pueblo Nuevo.

En la mesita de noche, el volumen en edición rústica de las *Obras completas* de Antonio Machado, al que acudo regularmente para alimentar mi ansia de encontrar en mis escritos, cada vez más necesarios para mí, un leve eco de sus versos. Y, aunque sigo sin encontrarlo, me nutro de sus palabras sobre esa tierra que es la mía, y en parte también la suya. De su mano recorro los yermos y las colinas rocosas que tantas veces he pisado.

Libros y más libros en la estantería que cubre la pared frontal de la habitación. Los que huelen a mar, y han ido y venido conmigo a lo largo de los años, y los muchos que me quedan por leer. Me anima pensar que aún hay mundos en los que sumergirme y muchas vidas por descubrir.

Me hago un café, enciendo un pitillo y me quedo un buen rato observando el exterior a través de los cristales del balcón de la sala de estar. Poca gente en la calle; los comercios aún cerrados; tan solo el quiosquero de la esquina montando su tenderete de periódicos y la cafetería frente al quiosco parecen estar en sus puestos. Me parece raro observar el quehacer ajeno porque nunca he podido ejercer de espectadora. Siempre me he sentido parte actora en la obra. Ahora siento extrañeza de mí misma viendo la vida desde platea.

Pienso en mis orígenes campesinos, así como en la valentía de mis padres cuando decidieron dejar su vida de labriegos y venirse a la ciudad con una hija aún en pañales. Las pocas perspectivas de labrarse un futuro con tan pocas herramientas en sus manos, las penurias, y la niña que tenía más hambre que la que la cartilla de abastecimiento podía cubrir. Ahí se forjó mi prematuro sentido de la responsabilidad y mi consecuente renuncia a estudiar en la universidad. No podía hacer pasar a los míos por un sacrificio de semejante calado económico.

Vuelvo a la habitación con el ánimo de darme una ducha y ponerme en movimiento, pero me detengo a mirar la única fotografía que tengo de la abuela en el pueblo. Está con su vecina, Francisca, en el corral, ambas vestidas de negro, con el pañuelo en la cabeza, dando de comer a las gallinas. Me conmueve. Sencilla, trabajadora y serena como siempre, parece devolverme la mirada. En sus ojos azules veo todos los campos. Me digo que ella no debió de hacerse tantas preguntas sobre su lugar en la vida. Tampoco eligió el espacio en el

que estaba ni las funciones que ejercía. Sin embargo, hizo de aquel sitio un entrañable hogar para todos. Una mujer de una pieza que, mientras me mira, parece decirme: Hija, nada de compadecerse, estás donde has elegido estar.

No, abuela, no estoy donde he elegido. Demasiados vaivenes como para mantener el equilibrio. Demasiado lastre para volver de nuevo al lugar al que pertenezco. Pero tiene usted razón, le digo a la fotografía. No tengo de qué compadecerme. Aún me queda tiempo para darle una vuelta más al timón. De momento, he dejado el trabajo y con eso he dado ya un gran paso.

Aunque de tendencia soñadora, mis pies siempre han permanecido en tierra firme. Ahora siento que la tierra que pisan ni es tan firme ni tan fértil como parecía. Y para no defraudar a los que siempre me tacharon de inquieta y, sobre todo, para seguir reconociéndome, siento que tengo que transitar otras veredas, tal vez atreverme de una vez por todas a ser dueña de mi vida, sin ataduras ni soportes.

Estoy contenta por haber conseguido que la casa permanezca en pie. No será de ningún intruso. Me pertenece. La he rescatado. Arderá de nuevo la leña en el hogar, saldrá humo de la chimenea, volverán a anidar las golondrinas en primavera y los vencejos a sobrevolar el cielo. Vendrán de nuevo los gorriones al corral en busca de las migas de pan y las águilas a construir sus nidos en el campanario. Volveré a tocar las estrellas con los dedos y a tumbarme en la hierba de la era al atardecer. Veré de nuevo el oleaje de los campos azules en mayo y las frágiles pero atrevidas amapolas abrirse camino entre las olas. Escarchas matinales me devolverán al pasado con sus lágrimas de cristal y tal vez llore con ellas recordando otras mañanas. Será de nuevo la casa de todos.

Aprenderé a callar y a escuchar el silencio. Será mi refugio. Tal vez el único lugar en que por fin pueda dedicarme a escribir, solo a escribir. Intentaré recuperar todo aquello que de verdad importa y tal vez pueda así reencontrarme. Porque oigo ya el murmullo del manantial del que provienen estas aguas en las que intento mantenerme a flote.

Abuela, también yo, como sus golondrinas, aprenderé a hacer mi nido. Un poco tarde para eso, parece decirme, y no le falta razón. Pero el otoño es la estación apacible, bien lo sabe usted. Se ha cosechado lo que se ha sembrado, el esfuerzo ha dado sus frutos y el alimento del año está a buen recaudo. A mí siempre me ha gustado la dulzura de ese tiempo que da días más cortos, brinda la luz sin cegarte y las noches se adelantan a los sueños. No tema, abuela, esta vez iré ligera de equipaje. Solo me llevaré allí lo que me sustenta: libros, música y mis apuntes en los cuadernos. Tal vez alguna foto. O tal vez no. Y no, no estoy soñando. Nunca he estado más despierta.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es

NOTAS

[1] Los textos de *Las aventuras de Huckelberry Finn* proceden de la traducción de María Teresa Monguió para la edición de 1957 de Editorial Juventud, Barcelona.